

SOCIEDAD CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
COLECCION DE VIAJEROS RELATIVA A CHILE

10 (450-31)

C. E. BLADH

La República de Chile

1821-1828

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA
VALENZUELA BASTERRICA Y CIA.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

10 (450-31)

LA REPUBLICA DE CHILE

8180

SOCIEDAD CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
COLECCION DE VIAJEROS RELATIVA A CHILE

C. E. BLADH

La República de Chile

1821-1828

DR | 

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Visitación de Imp. y Bibl.
13 DIC 1951
Depósito Legal

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años tuvimos la suerte de adquirir en Londres un curioso volumen, de pequeño formato, intitulado *Republiken Chile Aren 1821-1828*; su autor C. E. Bladh, con pie de imprenta de L. L. Hjerta, fechado en Estocolmo, 1837. Trabajábamos por entonces en una biografía de don Mateo Arnaldo Hoevel, ese extraordinario sueco-americano a quien Chile debe la introducción de la imprenta periódica. Pudimos, gracias a la señora Maggie K. de Gómez Millas, que nos tradujo algunos

Traducido del sueco al castellano por Elisabeth De Vylder de Lundberg. Revisión de Eugenio Pereira Salas.

It was a land, unmarred by art,
To please the eye and cheer the heart:
The natives simple huts were seen
Peeping their palmy groves between,
Groves, where each dome of sweepy leaves
In air of morning gently heaves,
And, as the deep vans fall and rise,
Changes its richly verdant dyes;
A land whose simple sons till now
Had scarcely seen a careful brow.

Columbus' First View of America by Johanna Baillie.

capítulos, asomarnos al contexto de la obra, y así permanecemos en actitud ansiosa frente a las tapas verdinegras del libro hasta que la amabilidad y entusiasmo del señor Nils Hedberg, del Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo, encontró la ilustrada atención del Ministro de Suecia, Mr. Folke Wennerberg y del agregado cultural Mr. Martin Rogberg. El Instituto Sueco-Chileno de Cultura creyó conveniente traducir el texto, que cuidadosamente revisado por el que estas líneas escribe, se publica ahora en las páginas de esta *Revista*.

El libro toca por la nacionalidad del autor al problema de las primeras relaciones entre Chile y Suecia y creemos conveniente adelantar algunos datos, en espera de la prolija monografía que sobre el tema prepara el diplomático, señor Axel Paulin, que ya ha lanzado a la imprenta algunos señeros estudios que tratan de la llegada de sus connacionales a las regiones del Río de la Plata (1).

El nombre de Suecia no era ignorado en la América del Sur en las últimas décadas coloniales, y un viajero que tendremos el placer de citar más adelante, se encontró muy sorprendido el año de 1817 al oír «que el nombre sueco era, no solamente conocido sino estimado de manera particular», en nuestros países. Con viva curiosidad quiso averiguar la razón de este hecho y pudo al fin constatar que se debía a la traducción española, hecha por Leonardo de Uria y Orueta (Madrid, 1763) de la clásica *Historia de Carlos XII*, escrita por Voltaire, ejemplares de cuyo libro encontró «en todos los pueblos y casi podría decir (extraña paradoja) en la casa de todos los eclesiásticos».

A este claro ejemplo de influencia cultural a la distancia, podríamos agregar el hecho cierto de la famosa gira del Precursor de la Independencia, el venezolano Francisco Miranda, por las tierras de Suecia el año de 1787, y aunque su *Diario* de viaje, vino a publicarse un siglo más tarde, no es aventurado

(1) Axel Paulin, *Oxehufvud en svensk viking*, Sohlmans, Stockholm 1947. Ver también Sven Ola Sward, *Latinamerika i svensk politik under 1810 och 1820*. Upsala, 1950.

creer que hayan tenido acceso a esas páginas muchos de sus compatriotas de la Gran América en que él soñara (2).

La nacionalidad sueca aparece en Chile en los documentos demográficos del empadronamiento de extranjeros que mandó levantar con fines de cauteloso recelo, el Gobernador Don



C. E. Bladh

Francisco García Carrasco, el año crucial de 1808. En el grupo de las 21 extranjerías allí indicadas figura escuetamente: «un sueco». Denominaba a Mathias Arnhold Hävel, comerciante, natural de Gotemburgo, cuya carrera hemos historiado en las

(2) *Archivo del General Miranda*. Ed. Vicente Dávila. Tomo III. Caracas 1929. Ha salido a luz una hermosa traducción sueca de este *Diario*, con un apéndice para el lector de habla española y unas 200 fotografías, publicación del Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo.

páginas de la *Revista Chilena de Historia y Geografía* (3). No se trataba tan sólo de un comerciante encasillado dentro de los marcos rígidos del horizonte económico, uno de aquellos que como se ha dicho con ingenio «conocen el precio y no el valor de las cosas», sino de viajeros en que latían inquietudes intelectuales y artísticas que los hacen ser elementos de progreso social. La obra de Hoevel, como introductor de la imprenta, en su delicado cargo de primer intendente de Santiago y Comisario de Marina en los años febriles de la preparación de la Expedición Libertadora del Perú, lo ata con fuertes lazos a la historia de Chile. Esta curiosidad era una de las características de la mentalidad sueca de esos años, no en vano la herencia social de Carl von Linné (1707-1778), el admirable autor de *Species Plantarum*, que también dirigió sus ojos a la América, inclinaba a los intelectuales suecos al conocimiento directo de la naturaleza física y del mundo espiritual.

Si Hoevel fué un hombre que el azar del comercio arrojó a las playas chilenas, como tantos otros, entre ellos Pedro Bari, tronco de esta familia chilena, no tardaron en venir a la hora decisiva de la Emancipación, representantes oficiales, señaladamente Juan Adan Graaner (1782-1819), ese gentilhombre sueco amigo de O'Higgins.

Graaner era un joven oficial de la marina de guerra que se había distinguido en la guerra ruso-sueca de 1808-1809; en las campañas de Prusia contra Napoleón y en las expediciones a Noruega, ganando en ellas el grado de Capitán de Estado Mayor en 1815. «Dotado— como escribe uno de sus biógrafos, Mr. Axel Paulin— de muchas cualidades naturales, ampliadas por estudios extensos en varios ramos de la ciencia, sabía aplicar en la vida práctica sus conocimientos con un criterio bien encaminado y certero». Conocía varios idiomas y sus dotes de «observador rápido y penetrante», hicieron de él un espléndido diplomático. En 1816 llegó por primera vez a Amé-

(3) E. P. S. *Don Mateo Arnaldo Hoevel (1773-1819)*, tirada aparte de la REVISTA CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA, Imp. Universitaria, 1941, véase el extracto hecho por Sverker Arnoldsson, *Göteborgaren, Don Mateo upplyst despot i Santiago*, en «Göteborgs Morgonost», Gotemburgo, 7 de agosto, 1947.

rica, desembarcando en las Regiones del Río de la Plata. Viajó a Tucumán, fué testigo de la Declaración de la Independencia y alcanzó hasta la frontera peruana, en excursiones que apuntaba en interesantes *Diarios*. De vuelta a Estocolmo, en mayo de 1817 presentó al Monarca un interesante informe (traducido por José Luis Busaniche), con el título de *Essai sur l'état actuel des Provinces Unies de l'Amérique Méridionale*. A fines del mismo año está de regreso en la Argentina, en calidad de emisario oficioso del Príncipe Bernadotte, que le había confiado la misión de estudiar las posibilidades de un intercambio sueco-americano y talvez, según conjetura Mr. Paulin, para presentar una posible candidatura monárquica del Príncipe heredero de Suecia.

Premunido de cartas de recomendación del General San Martín, pasó Graaner a Chile en pleno invierno de 1818. Sus actividades en el país han sido relatadas por Alberto Cruchaga Ossa, y fueron de tanta importancia para el enviado que decidió regresar a su patria a dar cuenta de sus gestiones económicas. Tomó la ruta del Mar Pacífico y después de cuatro meses y medio de navegación, pudo desembarcar en la embocadura del río Ganges. Achaques de salud lo obligaron a variar el itinerario que se había fijado de antemano y embarcó en viaje directo a Inglaterra en 1819.

Por desgracia no pudo resistir la navegación «y no tuvo la dicha de regresar a su patria, falleciendo a bordo, el 24 de noviembre de 1819, a la altura del Cabo de Buena Esperanza» (4).

Es difícil conjeturar la importancia que pudo tener la misión Graaner en Chile; sus apuntes están todavía inéditos y esperamos su aparición para un juicio más acertado sobre los planes que el dinámico diplomático, fallecido a la temprana edad de 37 años, había trazado en beneficio de las relaciones entre Chile y Suecia.

(4) Ver: Jean Adam Graaner, *Las Provincias del Río de la Plata en 1816*. Prólogo de Axel Paulin. Traducción y notas de José Luis Busaniche. El Ateneo, Buenos Aires, 1949. Para Chile, Alberto Cruchaga Ossa, *Un Gentilhombre sueco en Chile, en 1819*, REVISTA CHILENA.

Las vinculaciones comerciales en esta época inicial fueron, sin duda, precarias. Sabemos por las estadísticas de un cónsul norteamericano que en 1818 entró a Valparaíso un barco sueco de 150 toneladas que movió en total \$ 50.000 en importaciones y \$ 20.000 en exportaciones (5). En abril de 1819 se dió a la vela para Río de Janeiro la fragata sueca *Dromhingen*, Cap. Nils Eldrup, con un cargamento consistente en trigos y otros frutos del país. En noviembre de 1821 llegó la fragata *Ofir*, Cap. P. C. Idman, de la cual hablaremos más adelante. En 1822, otro barco sueco, Cap. Ambrosius; en 1823, el bergantín mercante *Kiel*, de 306 toneladas, Cap. D. E. Lawson, que traía a bordo al botánico sueco Marcos Anes. Un relato vívido de las actividades de ese pequeño grupo lo encontramos en el libro que se publica a continuación, que se debe a la pluma de C. E. Bladh.

La familia Bladh (Blad o Bład) era oriunda de Ostrobotnia, provincia de Finlandia que hasta 1809 fué parte integrante de Suecia. Carlos Eduardo, el viajero, nació en Estocolmo, el 13 de marzo de 1790 y era hijo de Petter Johan Bladh, hombre de negocios e industrial de profundas vinculaciones en la localidad. El joven Bladh abandonó, sin embargo, las tradiciones familiares y en vez de proseguir las actividades mercantiles, prefirió iniciar la carrera jurídica para la cual se sentía predestinado. Cursó los estudios secundarios en Abo, donde obtuvo su título de bachiller en humanidades el 4 de marzo de 1805. Tres años más tarde, iniciados ya sus estudios jurídicos, estalló la guerra sueco-rusa de 1808. Aunque por consejo de su padre no tomó parte directa en ella, se produjo a fines de junio de 1808 el conocido levantamiento de los campesinos de Ostrobotnia. Derrotados los insurgentes, los rusos se abrieron paso a través de la región y el 20 de julio, los cosacos saqueaban la mansión solariega de los Bladh, arrasando sus dependencias.

(5) E. P. S. *Henry Hill*, comerciante, vice-cónsul y misionero, Stgo. Archivo Nacional. Movimiento Marítimo de Valparaíso, 1819-1828. A pesar de las gestiones que ha realizado nuestro amigo Sr. Gualterio Looser con sus corresponsales suecos en el campo de la botánica, no se ha podido establecer la identidad del botánico Marcos Anes, seguramente castellanizado por las autoridades del puerto.

En manos de los invasores, sufrieron toda suerte de vejámenes y trágicas aventuras, que el joven Bladh iba a relatar más tarde en un libro fundamental para el conocimiento de estas campañas, *Recuerdos de la Guerra Finlandesa, 1808-1809*, Estocolmo, 1849.

Terminada la contienda, Carlos Eduardo reanudó sus estudios y obtuvo el título de Licenciado, el 15 de diciembre de 1810. Por un tiempo sirvió de abogado integrante de los Tribunales de Vasa, pero su salud, resentida por las atrocidades cometidas por los cosacos, lo obligó a renunciar a la carrera judicial, enderezando entonces su camino hacia climas más benignos.

En su nuevo cargo de tenedor de libros de una firma francesa, vino a Chile el año de 1821, a bordo de la fragata *Ofir*. Permaneció en Santiago hasta el año de 1827, en que se trasladó a Valparaíso. Fueron para él estos siete años «aun cuando no siempre los más afortunados en cuanto a la realización de las empresas propias de mi profesión, sin embargo los más agradables de mi vida, en virtud de la manera hospitalaria, sencilla y atenta con que fuí acogido por la mayoría de los chilenos con quienes tuve negocios o relaciones de amistad».

Alentado por las noticias que recibía de la Argentina, se trasladó a Buenos Aires, donde se encontró envuelto en la guerra civil. Allí se interesó vivamente por el desarrollo del intercambio comercial sueco-sudamericano y presentó a su Gobierno diversos informes sobre el tema, que no tuvieron significado práctico porque quedaron inéditos en los archivos. Un memorándum más sistemático, en el cual Bladh trató de ilustrar todas las posibilidades que existían para el intercambio comercial, fué reproducido más tarde por él mismo en el libro que publicó sobre Argentina y Uruguay.

Al regresar a su patria, Carlos Eduardo Bladh se dedicó a la tarea de dar a conocer los países americanos que había recorrido. Publicó primero su *República de Chile durante los años de 1821 a 1828*, Estocolmo, 1837, y dos años más tarde su *Viaje a Montevideo-Buenos Aires y Descripción del Río de la Plata y las Provincias Unidas del mismo nombre, Paraguay, Misiones y la República Oriental*, Estocolmo, 1839. Los críticos

suecos alabaron su relato vivaz, claro y ameno que lleva el sello de la percepción propia y sus múltiples intereses: geografía, naturaleza, usos y costumbres, riquezas, productos e industrias de los nuevos países.

Una década más tarde, Bladh prosiguió la labor literaria así iniciada, publicando sus citadas memorias de la guerra finlandesa, que ha llegado a constituir para la historiografía sueca, una fuente de capital información sobre el levantamiento de los campesinos en 1808 (6).

Rodeado del prestigio de haber sido uno de los primeros en llamar la atención de sus conciudadanos sobre las posibilidades de desarrollo de la América Hispana, a partir de esos años de inquietud que le había tocado vivir, Carlos Eduardo Bladh falleció en Estocolmo el 6 de abril de 1851. Ya el panorama cultural había cambiado: para un verdadero conocimiento se necesitaba algo más que las impresiones subjetivas de un viajero, y el Gobierno Sueco por esos mismos años había despachado con este propósito la fragata de guerra *Eugenia*, que entre 1851 y 1853 realizó un crucero científico por los mares de América (7).

Figura simpática y atrayente, Bladh aportó, sin duda, un caudal de observaciones pintorescas al conocimiento de la vida chilena en la época de la iniciación republicana. En su fisonomía, que conocemos por el retrato que insertamos, se destacan sus ojos penetrantes, curiosos, en el perfil de un rostro severo que reflejan las condiciones de su personalidad; pero su palabra es un testimonio que tenemos que cotejar con el juicio de la historia basada en una crítica interna y externa

(6) Las fuentes para el estudio de la personalidad de Bladh están contenidas en K. Hedman, *La familia Bladh*, 1922; *Las guerras de Suecia*, editado por el Estado Mayor Sueco, 1912. Utilizamos el artículo del Dr. B. Boethius; Archivero del Reino en el *Svenskt Biografiskt Lexikon*, Tomo IV, Estocolmo, 1924, que me ha sido proporcionado en traducción castellana por el Sr. Ministro de Suecia, Mr. Folke Wennerberg y el Agregado Cultural, Mr. Nils Redberg, a quienes agradezco su gentileza.

(7) Véase C. Skogman, *Viaje de la Fragata Eugenia 1851-1853*, traducido por Kjell Henrichsen, Buenos Aires, Ed. Solar, 1942. En este libro se cita el viaje de Bladh, que también aparece señalado en: Tom B. Jones, *South America Rediscovered*, Minnesota University Press, 1948, pág. 242.

de los documentos coetáneos al período en que vivió el viajero sueco en Chile (8). Su libro debe ser leído como todo libro de viajes—género delicioso pero a veces falaz—con beneficio de inventario y personalmente nosotros no compartimos muchos de sus juicios y aseveraciones.

La obra destinada a cumplir lo que el autor creía un servicio público y patriótico, tiene las características de todo documento escrito en primera persona, excesiva confianza en la memoria y simplificación de los hechos, para adaptarse a la curiosidad de un público lejano. A ratos pudiera rastrearse en el libro de Bladh algún resentimiento por la decepción que le causaran los fracasos de sus empresas económicas. No fué testigo presencial de todo lo que escribe e igual al caso de los testimonios contemporáneos, su juicio es a la vez visión e interpretación de los hechos, incluyendo datos que rebasan las operaciones sensoriales directas.

Sus fuentes de información parecen no haber sido las más adecuadas en lo que al desarrollo político de Chile se refiere, pues se inclina siempre a aceptar como verdad de fe, el rezongo habitual contra esto y aquello del auditorio de los pueblos de origen hispano. Acoge los rumores y les da el tono sentencial del magistrado; le falta la sensibilidad necesaria para captar los matices de los móviles que han guiado a los hombres en sus decisiones históricas, interpretándolas en forma de anécdotas, que si bien salpimentan el relato, invalidan muchos de sus juicios.

Apegado a sus firmes creencias religiosas protestantes, le es difícil examinar sin prejuicios las ceremonias de un culto tradicional diferente al suyo. Su excesivo racionalismo lo hace también interpretar en forma antojadiza muchos fenómenos de la vida emocional de un pueblo católico.

Al afirmar Carlos Eduardo Bladh en el prólogo que las bases documentales que había reunido para su futuro libro se perdieron en un naufragio, habiendo sido obligado a atenerse al ingrato mecanismo de la memoria, su obra hay que clasificarla

(8) Agradecemos una vez más al Sr. Ministro de Suecia, Mr. Folke Wenerberg, la gentileza de haber buscado y encontrado en Suecia el retrato de Bladh que se publica como ilustración.

entre los libros de recuerdos subjetivos. Los diversos capítulos tienen así valor diferente. Desde su llegada demuestra las cualidades de un observador minucioso, su visión de Valparaíso, del camino a Santiago son de una frescura extraordinaria, y toda la que podríamos llamar segunda parte de su libro a partir del capítulo XIV es de un gran interés para el estudio de la vida social, económica y el folklore del país. En lo histórico Bladh cabría en lo que se denomina hispanófilo y muchas de sus observaciones coinciden con el citado informe de Graaner en el sentido que no encuentran suficientes las causas del proceso de la Independencia. Es injusto, ingrato y desconsiderado con los Padres de la Patria y podríamos ir destruyendo con notas eruditas sus afirmaciones de joven iconoclasta, pero como ellas están incorporadas al consenso de la historia, preferimos eliminarlas para no destruir la armonía del relato.

Sobre la base de una traducción literal del sueco, el prologuista ha tratado de conservar el tono directo del estilo de Bladh, en quien es difícil advertir intenciones estéticas. El valor de este libro reside en el cuadro realista que ha trazado de la vida popular, campesina y urbana del país, en esa época tumultuosa, henchida de consecuencias para el desarrollo futuro de Chile.

EUGENIO PEREIRA SALAS.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

PREFACIO

Durante el tiempo que el autor de este libro permaneció en este país tan notable por muchos aspectos, había ido anotando todo lo que consideraba digno de atención, y escrito un gran número de artículos sobre asuntos históricos, políticos, estadísticos y comerciales. Estas anotaciones—junto con una colección de folletos políticos, diarios y decretos—se perdieron en el naufragio ocurrido durante su viaje de regreso a Suecia.

Privado por desgracia de esas fuentes, que tal vez le hubieran permitido dar un desarrollo satisfactorio y sistemático a esta obra, ha dudado mucho tiempo antes de publicarla; pero sabiendo que todavía en Suecia existen pocas informaciones sobre los países de la costa oeste de Sud-América, abriga la esperanza de que aún una descripción incompleta de lo que el autor conoce de estos países, será recibida con interés por los lectores suecos.

CAPÍTULO I

Viaje doblando el Cabo de Hornos.—Sus puertos.—El Estrecho de Magallanes.—El Pacífico.

El barco sueco *Ofir*, al mando de un compatriota benemérito, el Capitán de alta mar P. C. Idman, zarpó en julio de 1821 de Río de Janeiro, con destino a Valparaíso.

Tuvimos un viaje rápido y sin novedad hasta que llegamos a la altura del Cabo de Hornos, donde encontramos tiempo

riguroso y vientos contrarios. Casi todas las mañanas el buque aparecía cubierto por una capa de hielo de media cuarta; pero aunque llegamos una vez—si no me falla la memoria—hasta 69° de Lat. S., sin embargo no vimos ningún témpano flotante, que se encuentran a menudo aún en menores latitudes. El tiempo continuaba borrascoso; de manera que no se podía tomar la altura—no había cronómetro—y solamente dos veces divisamos el Cabo Extremo (1).

Casi todo el tiempo corría tempestad de S. O., y a menudo no podíamos izar otra vela que la mesana.

Las olas rodaban terriblemente altas; pero su movimiento parejo y casi mesurado apenas molestaba al buque. La tripulación, ahora que los pasajeros recibían solamente media ración, empezó por fin a quejarse y a mostrarse recalcitrante; pero la prudencia y la perseverancia del capitán vencieron sus dudas amenazadoras.

Después de singlar por siete semanas, pudimos por fin doblar el Cabo y seguir nuestro rumbo. El Pacífico respondía ahora perfectamente a su nombre; el mar estaba tranquilo como en un archipiélago, y no obstante el barco continuamente

(1) Cap Horn se llama en castellano: Cabo de Hornos, un nombre que probablemente tiene su origen en los volcanes en la Tierra del Fuego, los cuales los marineros españoles habrían comparado con hornos ardientes. Ultimamente los marineros han aceptado como regla, de nunca alejarse mucho de este promontorio, y así también han logrado pasarlo más rápidamente. En estos días, navegantes ingleses y franceses han explorado estas aguas, y han encontrado puertos excelentes en el mismo Cabo de Hornos. Se supone que la tierra contiene bosques inmensos de abetos y pinos. Los habitantes son blancos y de estatura baja, y viven en cavernas. Se alimentan de pescado y caza, artículos que, fuera de agua fresca, también constituyen las únicas provisiones que los marineros pueden obtener.

El Estrecho de Magallanes ha sido explorado por los mismos barcos, y se han trazado cartas náuticas de éste; y los navegantes podrán, sin duda, desde ahora y durante la época tempestuosa, usar esta ruta con preferencia, sobre todo porque los cargamentos, que durante este tiempo pasan el Cabo de Hornos, acostumbran ser más o menos dañados por la humedad, pues el agua entra por los agujeros. Durante mi regreso en diciembre de 1828, pasé este cabo a corta distancia, y pude divisar con mis propios ojos el nacimiento de la Cordillera de los Andes, cubierto de hielo y nieve. Teníamos noches de verano claras y maravillosas y tuvimos que sacarnos nuestros abrigos por el calor.

hacía una velocidad de cuatro millas (inglesas). El aire se despejó; la atmósfera limpia de Chile desplegó a la vista un cielo hermosísimo, y un gran número de meteoros nunca vistos antes atrayeron la admiración del viajero. Las noches eran hermosísimas; una brisa moderada hinchaba siempre las velas, y el buque avanzaba flotando alegremente por la onda del Pacífico. Era maravilloso y estimulante encontrar cómo el calor iba cada día en notable aumento durante nuestro curso continuo hacia el norte, y luego tuvimos que sacarnos los trajes pesados de invierno.

Finalmente avistamos la tierra chilena algo al sur de Valparaíso. Era extraño ver cómo las montañas nevadas constituían los primeros objetos que se podía descubrir, pero luego divisamos la costa misma. Se presentaba en todas partes como una alta muralla escarpada a la manera de un precipicio envuelto en una niebla densa.

Al acercarnos, el litoral nos pareció montañoso y estéril; aquí y allá se veía algún arbusto verde, pero en general dominaba el tono gris y triste, lo que vino a debilitar las ideas hermosas que sobre este país traíamos desde Europa. La primavera ya había pasado; y la sequía había calcinado la vegetación. Si hubiéramos llegado algunos meses antes, la costa hubiera presentado un cuadro animadísimo de vegetación densa.

Estábamos cerca de la costa, cuando de repente amainó el viento—cosa que ocurre frecuentemente durante el verano en los trópicos—y la marejada correntosa acercaba el barco hacia la costa escarpada. Fué lanzada el ancla, pero al sondear encontramos que no era fácil anclar. Largo tiempo vacilamos entre el miedo y la esperanza. Estábamos muy cerca de tierra y oíamos cómo hablaba la gente en la costa. Por fin la corriente nos enderezó hacia un promontorio. Una brisa lenta de tierra hinchó las velas y el barco empezó a obedecer al timón, saliendo sin novedad mar afuera.

CAPÍTULO II

Llegada a Valparaíso.—El Puerto.—Almendral.—Inundación.—Frutas y plantas.—Fortificación.—Fuerza naval.—Rodil y Petré.—Teatro.

El 6 de noviembre entró el barco al puerto de Valparaíso, después de un viaje de 106 días. Una multitud de personas curiosas subieron inmediatamente a bordo, para admirar de cerca un barco, cuya bandera solamente una vez antes se había visto ondear en estas aguas. Los chilenos exclamaban con cierto asombro: «¡Cómo un barco sueco ha podido encontrar la ruta hacia acá!»

Valparaíso forma un gran anfiteatro sobre una playa estrecha y baja, rodeada por numerosos cerros altos. La bahía no es de ningún modo segura; los barcos pequeños están atados a la misma tierra. Muy cerca de la ciudad están protegidos hacia el oeste por un cabo saliente; pero los barcos grandes están anclados a una profundidad de 20 a 40 brazas sin abrigo de este peligroso punto cardinal. La profundidad aumenta tan rápidamente desde la costa, que muchos barcos que entran no alcanzan a anclar, antes que sople la brisa de tierra, y tienen que volver a zarpar. Es durante el invierno, en la estación lluviosa, que los vientos del Oeste devastan terriblemente estas regiones. En esta temporada acaecen casi todos los años importantes siniestros náuticos en Valparaíso. En el año de 1823 encallaron más de 20 barcos y se perdieron, casi todos con su carga; la marea fué enorme y las olas subieron hasta las casas más cercanas a la costa.

La ciudad, o el Puerto, como se llama generalmente, tiene una sola calle que la atraviesa por lo largo; pero hay un buen número de caminos y senderos, que serpentean en muchas direcciones por todos los cerros y escarpados precipicios que rodean la ciudad por el lado interior. Aquí se encuentra una región romántica, donde casas y jardines alternan desde el valle profundo hasta el cerro más alto, con una hermosa vista sobre el puerto y el mar. Muchos edificios elegantes han sido construídos últimamente al lado del mar y de la plaza, entre las cuales se destaca la casa de un comerciante inglés (el señor

Waddington), por la razón de que todas sus terminaciones de madera, como los cruceros, vigas, crestas, techos, suelos, ventanas, puertas, paneles, etc., fueron fabricados en los Estados Unidos.

El suburbio que se llama el Almendral está situado cerca de la bahía, encima de una superficie bastante vasta y plana, de greda blanda y mezclada con arena; está dividido en cuerdas regulares, y tiene varias calles derechas, aunque generalmente poco habitadas. Varios extranjeros han invertido bastante dinero aquí, para poder gozar de una comodidad a la europea, para lo cual tanto el espacio como la superficie plana del suelo se prestaban. Construyeron lindas y cómodas casas, planearon jardines, terrazas de flores, etc., lo que dió a este suburbio un aspecto agradable y semi europeo; pero se había puesto poca atención a la solidez de las construcciones, pues todavía no había ocurrido ninguna inundación de importancia. Ha de saberse que se había omitido hacer los cimientos suficientemente profundos, construyéndose sobre la tierra; y encima levantaron grandes edificios de madera cruzada con ladrillos, quemados y sin quemar, como medianeras. Cuando en 1828 empezó la estación de las lluvias, una parte considerable de estas lindas construcciones fué destruída por la inundación.

Llovió a cántaros casi continuamente catorce días. El agua corría por los cerros cercanos, por sus cavidades, aumentando progresivamente la intensidad en tal grado que se percibían cataratas, allí donde antes se deslizaban arroyuelos tranquilos. En esta época estuve cuidando la casa de un compatriota, señor Olaf Liljevalch, que estaba de viaje; y por la lluvia y el mal estado de los caminos fuí obligado a permanecer en casa. Un día se sintió un ruido violento. Miré para afuera hacia la calle, y noté al instante que estaba llena de agua a una altura de dos pies. Fragmentos de edificios, utensilios de menaje, muebles, mulas, gallinas, ovejas y otros animales domésticos rodaban revueltos en la corriente furiosa. Como yo era el único hombre en casa y había una sola criada (el mozo había salido) para atender una quinta de más o menos 27 áreas, mi situación fué sumamente crítica, cuando el agua del patio, convertido en lago, se precipitó al vestíbulo. Entonces abrí la

puerta de la calle, a través de la cual el agua pudo escurrirse; pero me costó un trabajo tremendo impedir su entrada a las habitaciones.

La inundación duró con pocas interrupciones, catorce días, durante los cuales un gran número de casas de lujo y modestas se desplomaron y, junto con árboles y plantaciones, fueron arrastradas por la tromba. Los vecinos estaban ocupados continuamente en amontonar greda al centro de la calle desde las casas restantes para así detener el agua amenazante. También logré de esta manera proteger la casa que me había sido encomendada.

La estupefacción y miseria eran indescriptibles. Muchas familias habían perdido no solamente sus casas, sino también por largo tiempo su subsistencia; pero la hospitalidad española se demostró palpablemente en esta ocasión. Los que no tenían casa fueron alojados y alimentados en las de los más afortunados, en los edificios que se habían podido salvar—y muchos propietarios mantuvieron por varias semanas de veinte a treinta personas de su propio peculio.

Los cerros que rodean Valparaíso, son de una tierra gredosa, bastante fértil, mezclada con arena fina, de color rojo claro. El terreno bajo, inclinado hacia el mar, está compuesto de arena fina; pero los cultivos alrededor del Almendral han logrado un suelo fecundo gracias a las cercas, plantaciones de árboles y rellenamiento de tierra, que produce una gran variedad de flores y árboles frutales, entre los cuales hay que mencionar especialmente: el naranjo, durazno, damasco, higuera, ciruelo, manzano, peral, olivo, almendro, avellano y nogal; además crecen en abundancia la vid, fresas y otras frutas y una cantidad de verduras, entre las cuales la mayoría son europeas, excepto las raíces de col. Hay, como plantas nativas, una gran variedad de calabazas, zapallos, que se parece a ellas por su gusto y color. La betarraga y la raíz picante se encuentran aquí también, aunque ambas clases son raras y es difícil aclimatarlas; es de preferencia el extranjero el que las aprecia y cultiva.

El horticultor corta su parcela cada seis semanas cuando tiene oportunidad de guiar el agua de algún río o arroyuelo sobre los campos sembrados; y como se puede contar con una

venta diaria en las ciudades, se observa un cultivo considerable de estas verduras. Pero especialmente son las plantaciones de frutillas las que ocupan los campos más cercanos, y rinden unas entradas considerablemente mayores, pues la gente es muy aficionada a esta fruta (2). Las fresas que se encuentran en los cerros son pequeñas como las nuestras; pero cultivadas crecen más grandes que nuestras frutillas y no son, según mi parecer, inferiores a ellas en gusto u olor aromático. Generalmente se comen con vino y azúcar; pero no obstante las he comido sin inconveniente con leche, y esto con horror de los habitantes que consideran esta mezcla como un veneno. Como en muchos otros casos lo más seguro para un extranjero es acostumbrarse a este hábito del país.

En el mes de noviembre se ven las primeras frutillas, entonces aparecen niñitos montados en burros, dando gritos continuos y agudos de: «Frutillas», trayendo en la mano un palito largo de dos cuartas, envuelto en hojas y flores donde están pegadas 4 a 5 de estas frutas. Por tal primicia se paga al principio un real, alrededor de 24 «sk. rgs.», después de algunos días la cuarta parte y luego se puede comprar un almud entero por un real.

Valparaíso, en su calidad de primer puerto de Chile, fué provisto por los españoles de varias fortificaciones, las que sin embargo parecen mal calculadas para poder defender el puerto y la ciudad. La más cercana de estas fortificaciones está situada en el cabo sudoeste de la bahía, y tiene dos bastiones. Uno, «*el Fuerte*», está colocado en los bajos, domina gran parte de la bahía y se encuentra en bastante buen estado; aquí se iza la bandera nacional y se la saluda. La otra batería sobre un cerro, más arriba que la primera, da hacia la entrada de la bahía, pero su estado es deplorable. En uno de los cerros dominando la ciudad se ve un bastión derruido, y al otro lado se encuentran dos baterías pequeñas en el mismo mal estado;

(2) Muchos prejuicios existen en estos países respecto a la calidad de lo que uno come. Ciertas clases de duraznos se consideran por ej. como cálidas, y otras como frías, aunque toda persona imparcial debe admitir que ambas clases son iguales tanto en sabor como en efecto digestivo.

pero aún si estuvieran en orden y bien equipadas, la bahía es demasiado ancha para que pudiesen impedir a los barcos enemigos entrar al puerto, desembarcar tropas, etc.

La armada de la República tiene su base aquí. Bajo el mando del Lord Cochrane era bastante considerable por su número, aunque compuesta de naves viejas, parte presas a los españoles, partes compradas a un precio bajo a los comerciantes (3). En 1828 la flota consistía de un bergantín de guerra, *Aquiles*, y una goleta, *Mapocho*, los cuales ya estaban muy postrados por su edad y por descuido.

Se puede de esto colegir la apatía que reinaba en España, pues durante tantos años solamente un corsario había sido enviado de la península para cruzar a lo largo de la costa oeste de Sud-América, que carecía casi por completo de defensa. Este crucero causó enormes pérdidas a los patriotas, y capturó muchas presas (4), pero como no respetó las banderas de naciones neutrales, fué capturado por una fragata francesa y junto con su tripulación mandado a Francia, para ser juzgado allá según las leyes marciales.

La inseguridad en el mar hizo que todas las remesas de dinero entre los puertos tuvieran que ser postergadas por largo tiempo hasta que apareciera algún buque de guerra extranjero, al cual entonces se confiaban generalmente enormes sumas para ser transportadas.

(3) El resto de estas naves fué, en 1826, vendido por el gobierno de Chile a un Comisario enviado de las Provincias del Río de la Plata por la suma de 250.000 pesos. Esta escuadra destinada a la guerra contra el Brasil, consistía de una fragata, una corbeta grande y una más pequeña, de éstas solamente la última pudo doblar el Cabo de Hornos. La fragata se hundió antes de haber alcanzado el Cabo, con sus oficiales y alrededor de 600 marineros ingleses y norteamericanos a bordo, y la corbeta mayor volvió, después de dos días, a Valparaíso, donde fué condenada.

(4) Entre los barcos que fueron capturados por este crucero, había una goleta pequeña, perteneciente al Teniente Coronel, ex-Mayor del ejército sueco, Fredrik Petré. El barco enarbolaba la bandera de Chile y fué entregado al General Rodil, que entonces comandaba el fuerte del Callao, sitiado por las tropas de Bolívar. Petré, que se encontraba a bordo, fué hecho prisionero de guerra y encarcelado en los subterráneos del fuerte «Casas-Matas», donde pasó siete meses en la mayor miseria, hasta que fué finalmente libertado por la intervención de la casa comercial inglesa Bunster &

La guarnición de Valparaíso consistía en 200 hombres de infantería regular y de una compañía de artillería. El Gobernador era jefe tanto civil como militar. El puerto y el suburbio formaban en verdad una sola parroquia y la Iglesia principal, Santo Domingo, estaba situada en el primero. Pero había también dos monasterios con sus respectivas capillas. Todos éstos y casi todos los demás edificios de Valparaíso habían sido totalmente destruidos por el tremendo terremoto en 1822; pero ahora (1828) estaban reconstruidos en su mayor parte.

Durante mi estadía allí, un monasterio viejo y derrumbado, San Agustín, fué transformado en teatro, lo que desagradó a varias personas, pues todos los sepulcros que allí había fueron destruidos. Tanto el teatro como los espectáculos eran mediocres; pero las funciones eran muy concurridas, principalmente por todos los extranjeros de paso a Lima.

Vidder de Santiago de Chile y un comerciante danés, Fiellrruup, de Lima. La goleta fué confiscada, por lo cual Petré perdió la cantidad de 8.000 pesos. Como aquí por casualidad he mencionado al General Rodil, un relato corto de sus actuaciones en el Callao no carece de interés. Es sabido que el Virrey español en el Perú, Laserna (después de la batalla extraordinaria de Ayacucho a fines del año 1824, donde los españoles fueron totalmente vencidos por el ejército de Bolívar bajo el mando del Mariscal Sucre), capituló, y al mismo tiempo se comprometió a aconsejar a Rodil que entregase el Callao a los patriotas. Rodil no obedeció esta orden, sino que se defendió hasta el último. La valentía y perseverancia que demostró durante el sitio dilatado por falta de provisiones y una enfermedad que hacía estragos dentro del fuerte, son sin duda tan honrosas y excelentes como las que jamás se hayan mostrado en situación parecida; pero ¡qué contraste forman su crueldad y su egoísmo absoluto en comparación con éstas! El fuerte contenía, fuera de la guarnición, muchas familias que se habían refugiado ahí desde Lima, fuera del alcance de los patriotas. Estas traían consigo considerables capitales; pero cuando la hambruna y la enfermedades empezaron a estragar la resistencia, aquellas familias rogaron al comandante el permiso para trasladarse a bordo de los barcos neutrales que se encontraban en el puerto. Rodil tuvo la crueldad de negárselo. La mayoría perecieron dentro de las murallas del fuerte dejando sus bienes al *Protector*. Entre éstas se encontraba la familia del respetado Torre Tagle, que sumaba 18 personas. La escasez de harina era tan grande en este tiempo en Lima, que un cargamento que había pasado por la línea de bloqueo fué inmediatamente vendido a 40 pesos, o alrededor de 160 R: dr Rgs, la tonelada.

CAPÍTULO III

Chinganas.—Carreras.—Toros.—Peleas de gallos.—La conversación.—Los habitantes.—El Huaso.

Todos los domingos las familias hacían un paseo a pie hacia el suburbio, donde en casi toda casa había una pista de baile, la «Chingana», bajo el cielo abierto. Gente de ambos sexos de las clases bajas se reunían aquí en grupos. Una moza acompañaba con «guitarra» o «vihuela» una canción aguda y alegre pero poco recatada, durante lo cual una o varias parejas ejecutaban las danzas singulares y bastantes equívocas del país. Cerca había una cancha arreglada para el juego de pelota o palitroque, donde «los huasos» (5) jugaban plata, se emborrachaban con aguardiente y vino y a menudo entraban en riñas. Para las carreras, uno de los placeres principales del pueblo, se reunían los habitantes casi unánimemente en un promontorio plano y alto al sur de la ciudad, llamado «playa grande», donde también había chinganas y juegos, además de venta de helados, ponches, frutas y otros refrescos. Las corridas de toros y las peleas de gallos constituyen otro de los placeres favoritos del pueblo. Se ejecutan en un lugar abierto entre el puerto y el Almendral, donde para esta ocasión se construye una gran ramada, que es visitada por todas las clases sociales de ambos sexos. Las riñas son frecuentadas solamente por hombres, y entre ellos también por «caballeros ricos», los que en apuestas derrochan grandes sumas.

La conversación entre las clases altas es aquí en general vivaz y fina, y la vida social fácil y natural. Sin embargo, las costumbres extranjeras habían reemplazado en parte la hospitalidad y cordialidad tradicional que se conserva en las ciudades y regiones de Chile que han tenido menos contacto con el extranjero. Aquí las visitas son más formales, la recepción y la vida social más reservadas. Los habitantes del Puerto habían aceptado en general las maneras y modas extranjeras, por lo cual ellos eran considerados por los demás chilenos con una especie de desconfianza, y titulados con el sobrenombre

(5) Se llaman «Gauchos» en Buenos Aires y en Montevideo.

de «porteños», a lo cual se agregaba a menudo el epíteto de «pintor» para denotar su superficialidad. En este sentido se puede citar la tolerancia en materia religiosa que aquí es notable, en comparación con las regiones interiores del país.

Los habitantes, especialmente los campesinos, que vienen diariamente en multitud con sus tropas de mulas y sus carretas tiradas por bueyes, son altos, enérgicos y denotan algo de bueno a través de sus grandes ojos morenos. Cualquiera que tenga algo que vender se pasea montado o a pie por la ciudad mientras que continuamente vocea el nombre de su mercadería, de modo que se oyen al mismo tiempo tonos discordantísimos. Esto, en combinación con el vestuario singular de los campesinos, la compostura galante de «los huasos» a caballo, el sonido metálico y el lujo de sus enormes espuelas, asombra al europeo recién llegado y le recuerda al instante que se encuentra en un continente exótico. El capitalista, el oficial, el cura, el burgués y el campesino, todos van montados y llevan generalmente el mismo traje, aunque algo distinto en calidad en relación con los medios de cada cual. Por lo común, no usan corbata, la cual les molestaría al andar a caballo bajo el calor fuerte del sol y la polvareda. Su ropa interior consiste en un vestón apretado al cuerpo, camiseta y calzoncillos. La mayoría lleva botas; los zapatos no le vienen a un caballero chileno. Encima de las botas se ponen una especie de polainas negras de lana, las que se doblan en el muslo y caen sobre el tobillo. Se amarran debajo de la rodilla con cintas resplandecientes y se atan sobre el tobillo con las correas de las espuelas. Las espuelas son enormes, sus rodajas miden dos pulgadas; los adinerados las usan de plata, llegando hasta un valor de 30 pesos, y además los estribos, la huasca, las hebillas y la guarnición del freno son del mismo metal. Los pobres las usan de acero pulido, hierro o bronce. En la rodilla del jinete se asoma un mango bien adornado, generalmente de plata, que señala un cuchillo de 12 a 15 pulgadas de largo, metido adentro de la polaina, el cual es el arma vital del huaso y se llama puñal. Como abrigo en el día y en la noche cuando descansa bajo el cielo abierto, el huaso usa un paño cuadrado, generalmente de 4 varas de largo y 2 varas de ancho, con un agujero en la mitad, por el cual pasa la cabeza, cuando quiere llevarlo pues-

to. En otros casos lo usa como cinturón alrededor de la cintura o encima del hombro. Este capote se llama «poncho» y está tejido en colores pintorescos. Los ricos lo usan de una fina lana verde o azul con flecos dorados, o de una seda hilada en casa; pero en general consiste en un tocuyo grueso, doméstico en su factura, de fondo blanco y flecos y bandas anchas multicolores. El jinete lleva sobre su cabeza un liviano sombrero de Guayaquil (6) de ala corta, doblada para abajo, y de copa en forma cónica, atado bajo la barba con una cinta negra. La montura se distingue menos por su belleza que por lo útil que es su forma. Sobre el lomo del caballo se extienden peleros y varias tapas de una tela gruesa y encima se coloca una armazón de madera, hecha al estilo del lomo con tablillas sobresalientes, que sin embargo no debe tocar la espina dorsal. Esta montura se amarra bien firme con dos cinchas fuertes, y se tapa con tres cueros de oveja curtidos y teñidos en azul, colocados uno sobre el otro con la lana para arriba, encima de los cuales se pone un cuero blando de ternera curtido y pirograbado con decoraciones, no teñido, que se afirma sobre el asiento de la montura con una cincha ancha multicolor. Se cabalga muy cómodamente en este llamado «recado», que daña menos al caballo que las sillas inglesas, que se usan solamente en los paseos.

El huaso usa además el lazo, según se llama, que generalmente está colgado, enrollado, sobre el pomo del arzón. Consiste en una larga correa coherente, cortada de un cuero de vaca rudo y después retorcido en una cuerda redonda. Uno de sus extremos está atado a la cincha, el otro está provisto de un nudo corredizo. Se acostumbra llevar las riendas en la mano derecha del jinete, pero cuando quiere usar el lazo, las deja

(6) Los llaman sombreros chilenos equivocadamente, porque se fabrican en Guayaquil de una fibra que crece allá en abundancia. De tiempo inmemorial los indígenas han confeccionado trabajos curiosos preparando, partiéndolo y tiñendo esta fibra. Trabajan sin ayuda de máquinas, por lo cual sus productos más artísticos cuestan una suma considerable. He visto pagar por los sombreros más finos, 17 a 25 pesos. Las cigarreras de primera clase cuestan hasta 30 pesos. Los sombreros ordinarios que en general se usan en viajes, son simples y se pueden comprar en Chile por 10 reales, lo que equivale más o menos a 5 «Riksdaler Rgs».

caer, recoge la correa enrollada con la mano izquierda, toma ésta en la mano derecha, le da tantas vueltas como encuentre necesarias, y lo blande rápidamente sobre la cabeza para echarle vuelo al lazo, que después lanza sobre su víctima en línea recta con una velocidad y precisión asombrosa. He visto a estos jinetes hábiles perseguir a un caballo u otro animal, en plena carrera, y al mismo tiempo lanzar su lazo alrededor del cuello o del pie del animal, según su cálculo, y a una distancia increíble (7).

Los caballos se amaestran con este fin y siguen a menudo sin riendas los movimientos del jinete. Cuando—como casi siempre ocurre—se acierta con el lazo, el jinete estira las riendas; entonces el caballo se detiene al instante y le da el lado al animal preso, e inclina el cuerpo hacia el lado opuesto. Cuando la correa está en tensión, el caballo tiene en esta posición una fuerza tan superior, que el animal enlazado siempre se detiene al sufrir el choque, y a menudo cae al suelo.

Los caballos en Valparaíso y en las cercanías son— a causa de la falta de potreros espaciosos—inferiores a aquellos del interior del país y de las provincias del sur.

(7) El año 1827 fuí testigo ocular de una ocasión en que un huaso dió una prueba extraordinaria de su habilidad con el lazo. Un barco, *Arethusa*, de Nápoles, encalló durante una tormenta fuerte del oeste en las rocas de la costa de Valparaíso, a una distancia de alrededor de 10 leguas del camino entre el puerto y el Almendral. La tripulación se podría haber salvado mientras que el barco aun resistía; pero el capitán no se figuraba tan grande el peligro y mantenía la tripulación a bordo, para cuidar el barco y la carga. Sin embargo, la base del barco se soltó a los golpes; los mástiles se cayeron al agua y lo flotante de la carga, que consistía de mercancías en fardos, cubrió toda la superficie del agua entre el buque destrozado y la tierra. El piloto, con ocho marineros, que sabían nadar, se echaron entonces al agua del lado de barlovento y fueron felizmente conducidos por las olas a la costa peñascosa hacia el final de la bahía, que consiste de terreno arenoso, y ahí fueron todos rescatados. El Capitán, su hijo y siete de la tripulación estaban todavía a bordo; pero como el barco fuera amenazado de ser devorado por las olas inmensas, se tiraron cuatro marineros al agua, al sotavento del casco y fueron inmediatamente destrozados entre los fragmentos del barco y la carga. Toda la costa estaba llena de gente que quería ayudar a los infelices que todavía quedaban a bordo; pero no había ningún modo de salvarlos. Trataban de tirar cuerdas con piedras amarradas a bordo pero la tormenta contraria lo impedía; por fin se logró, cargando un

CAPÍTULO IV

El comercio

Valparaíso es el centro comercial del país, y durante los siete años que permanecí en Chile su opulencia aumentó considerablemente. En 1821 el número de habitantes ascendía a 12.000, pero en 1828 llegó a 20.000, y los barcos anclados en el puerto sumaban en total unos 50. La mayoría de éstos eran extranjeros, aunque muchos llevaban la bandera chilena. La necesidad de mercancías extranjeras en la capital, Santiago de Chile, y en la rica provincia del mismo nombre, se satisface mediante los cargamentos que llegan a Valparaíso; asimismo todos los artículos de exportación de la provincia se descargan allí. Valparaíso también constituye un puerto de depósito para toda clase de mercaderías de diversos continentes y el comercio de tránsito es considerable. Este puerto es el primero que visitan los barcos que llegan del Cabo de Hornos (los puertos situados en el sur de Chile son demasiado poco visitados para hacer excepción), y es el último en que fondean los que vienen del norte destinados al sur. De los puertos norteños se trae: cacao, sombreros de paja, «Pastillas» (una especie de rapé), cigarros habanos, peleterías, tejidos de lana, pisco, maíz, índigo,

cañón levemente—con un ovillo como emplazamiento—y disparando el tiro sobre el casco tiraron una cuerda fina a bordo; pero los hombres estaban paralizados por el terror y el frío, y no les ocurrió atar una maroma o un cable a la cuerda con lo cual hubieran podido alcanzar tierra y perecieron todos ante nuestros ojos, dejándonos la impresión dolorosa y terrible de su angustia. Un marinero inglés valiente, nadador fuerte, se había entre tanto tirado al agua a alguna distancia del barco naufragado, y había hecho un esfuerzo extremo para cruzar las marejadas en dirección oblicua y se abrió paso al costado de barlovento del buque, en la esperanza de poder nadar a tierra con algunos de los naufragos; pero a cada intento renovado era rechazado por las olas furiosas, hasta que se hundió por fin agotado por el trabajo, reapareció dos veces, pero quedó después largo rato invisible, y se dió por perdido para siempre, cuando otra vez asomó su cabeza sobre la ola; un huaso, con la rapidez de un rayo, lanzó su lazo alrededor del cuello del marinero audaz y lo arrastró felizmente a tierra acompañado del grito de «Viva» estrepitoso de miles de voces.

abarrotes y drogas, sal y salitre (8), plata y oro. Del norte de Chile: lingotes de cobre, barras de plata, cueros, carne seca («charqui») y fruta seca. Del sur del Chile: trigo, troncos, arbotantes, tablas, vino, aguardiente, caballos, asnos, mulas, «charqui», cueros, sebo, jabón y choros (una especie de conchas grandes que se comen). Del Archipiélago de la Sociedad: perlas y madreperla (9). De las islas de Chiloé: jamones, «charqui», sebo y jabón. De Buenos Aires, Paraguay y Río Grande: yerba mate (10) y tabaco. Del centro y del norte del Brasil: café y azúcar. De los Estados Unidos: muebles, «tocuyo» (género no blanqueado de algodón grueso), harina, jamones, carne salada y tocino, planchas de cobre, jabón, pez, alquitrán, velas de esperma, galletas de marinero, ginebra y rón, arroz, sidra, tabaco, cigarros, etc. De Inglaterra: vinos, aguardientes y ginebra, lienzo y telas de algodón, lanillas, alfombras preciosas, medias de seda, sombreros, drogas, papel, vidrio, loza,

(8) La sal consiste en sal de monte y se encuentra en varias partes de la costa oeste, también en el norte de Chile. Constituye una parte considerable de los cargamentos de los buques chilenos de regreso del Perú, y viene generalmente en forma de grandes cubos. El salitre, por otra parte, se encuentra en los alrededores de Arequipa a 17 grados de latitud sur. Una extraña coincidencia: un clima—donde nunca llueve—y un terreno arenoso, debe ser la razón para que la cristalización de éste ocurra asimismo aquí y sin ayuda de mano humana. Cubre los campos secos como una escarcha, y los habitantes lo recogen en sacos o calabazas. Por mucho tiempo se ha sabido que este fenómeno existía; pero lo de cargar barcos para Europa con salitre, es una empresa nueva. Según las últimas noticias que he recibido de Chile, de 3 a 4 barcos franceses zarparán de Arequipa cada año, cargados completamente con salitre, por cuenta de franceses, y la arroba (alrededor de 27 libras suecas) costará 12 reales (cerca de 6 Riggsdaler Rggsds) puesta a bordo.

(9) Conocí en Valparaíso a un inglés residente allá, nombrado Cumming, el cual, con un barco de cuarenta y tantas toneladas, hacía viajes anuales a estas islas, y regresaba con un cargamento completo de esta especie de conchas, además de una gran cantidad de petrificadas, conchas y mariscos de extraña apariencia. El mantenía en este lugar una multitud de indios, que tirándose al agua sacaban del fondo del mar estos productos. Pocas conchas contienen perlas; pero después de haber sacado las que se encuentran, se venden las conchas huecas por 6 ó 7 pesos la arroba.

(10) Este té sudamericano (mate) no se parece en lo más mínimo al té chino, ni en apariencia, gusto u olor. No puedo describir la planta por no haberla visto; pero este té se usa generalmente en la parte de Sudamérica

hierro y acero, además de diversas mercaderías fabricadas de este metal, como armas, clavos, clavitos de herraduras, herramientas de labranza y de carpintería, etc., pólvora, instrumentos, carne salada, tocino, pescado y mantequilla, tela de buque, cables y materias tintorantes, pez y alquitrán, etc. De España: acero de Mondragón, hierro de Vizcaya, sedas, aceite de oliva, vinos de Cataluña, Jerez y Málaga, aguardiente y papel, etc. De Francia, Holanda y los puertos alemanes: lanilla, sedas, espejos, vidrio, loza, ropa confeccionada y calzado, trabajos de joyería, algunos verdaderos y muchos falsos, géneros delgados, lienzos, paños de mesa, géneros de colcha, pinturas, licores, vinos, cognac, ginebra, aceite de oliva, encajes, bordados, trabajos en bronce, relojes, armas de fuego, pólvora, muebles, navajas de afeitar, perfumes, conservas, etc. De Italia: fideos, higos, aceite de oliva, conservas, azufre, cera, miel, drogas, etc.

El lujo y la opulencia general permite vender en el mismo país la mayoría de estos artículos, con excepción de aquellos que el mismo país produce, como ser oro, plata, cobre, plomo, trigo, cebada, drogas sudamericanas, «charqui», sebo, jabón sudamericano, cueros de buey, vaca y caballo, cueros de animales salvajes, frutas secas, avellanas y nueces, especias, entre las cuales gran cantidad de pimienta de Cayena, vino del país y aguardiente, etc., los que, después de las necesidades del país, constituyen artículos de exportación bastante considerable.

que antes pertenecía a España, y consiste de una trituración de las hojas, molidas hasta quedar casi como harina, mezcladas con los tallos leñosos de la planta. La mejor especie de esta hierba, además del mejor tabaco en Sudamérica, crece en la república de Paraguay; y como su Dictador, Doctor Francia, permite comunicaciones con Buenos Aires solamente cada cinco o seis años, los dos artículos son rarísimos y apreciadísimos. El tabaco de La Habana encuentra substituto; pero la yerba de Paraguay no puede de ningún modo ser substituída por la yerba de Río Grande; el precio de esta última clase era 9 pesos por arroba, mientras que aquélla valía 30 a 40 pesos. La planta se llama yerba mate, y el nombre «mate» dan a una taza globular de plata, nuez de coco o de loza en la cual meten esta especie de té con azúcar quemada e infusión de agua hirviendo y preparan la bebida que se revuelve con una cañita («bombilla») por la cual chupa después, en pequeñas cantidades, la persona que la quiere saborear.

Los precios de los géneros de importación eran ordinariamente altos, pero muchos artículos necesitaban bastante tiempo para que se pudiesen vender: por el hierro de Vizcaya se pagaba en tierra 8, por el inglés 6 pesos por quintal (cerca de $108\frac{1}{2}$ libras suecas), por el acero de Mondragón 18, y por el inglés 10 pesos por quintal, martillos $1\frac{3}{4}$ reales por libra, planchas de hierro sin estañar, 25 pesos por quintal; hachas, 10 piastras; palas, 15, azadas 16, por arroba; herraduras con clavos, 4 reales, o sea cerca de 2 R: dr rgs por cada conjunto; tablas de pino y abeto de 7 pies 3 pulgadas, 30 pesos, $1\frac{1}{2}$ pulgada, 20 id. por docena (se venden lentamente); pez sueca 20 a 30 pesos por barril (se venden según el peso), alquitrán, el mismo precio (la demanda de estos dos artículos es pequeña); cables de Manila ingleses y rusos, buenos para maromas surtidas, de 13 a 14 pesos por quintal; crehuela (lona fina) de Hamburgo, por pieza de $115\frac{1}{2}$; tipo «Ellen», 25 pesos.

De los géneros de exportación se vendían lingotes de cobre (en tierra) a 16 pesos por quintal; trigo 9 y 12 reales por fanega (de Concepción), lo que constituye alrededor de 21 «kappar» suecas, «charqui», 3 a 4 por arroba; cueros secos crudos de buey o vaca de un peso de 32 libras y más, $1\frac{1}{4}$ real por libra.

El derecho de aduana de importación era generalmente 27% ad valorem, con excepción del hierro y acero, que pagaba 15%; vinos y licores en botellas, muebles y vestidos, 40%; vinos y licores en barriles, 4 reales por galón; azúcar duro 3 pesos, azúcar flor 2 por arroba. Después de haber contado el porcentaje y el derecho de la mercancía de esta manera se vendían:

Libres de importación eran el mercurio, libros, mapas, dibujos, rifles, munición y máquinas, prensas y lapiceras, instrumentos de todas clases, también de música; máquinas y accesorios para las fábricas que existían en el país, monedas de plata y oro, y oro y barras de plata, ganado y bestias.

En *derecho de puerto* pagaban buques extranjeros un real por tonelada; nacionales, de un lugar extranjero, o con cargamento extranjero $\frac{1}{2}$ real por id.; nacionales, entre los propios puertos del país, 2 pesos por todo. Las mercancías llegadas en buques extranjeros, con el capitán y $\frac{1}{4}$ de la tripulación

chilenos, recibían una rebaja de 25% de los derechos que de otro modo hubieran tenido que pagar; la misma rebaja se daba a la mercancía de un nativo importada en un buque de otra nación. Los géneros extranjeros tenían una rebaja de 10% del derecho, cuando eran ellos consignados a nativo; pero esas rebajas de 10 y 25% no podían nunca alcanzar a una misma mercancía.

El derecho de aduana de exportación era 8% del valor con las siguientes excepciones: cuando el capitán y $\frac{1}{4}$ de la tripulación eran chilenos, se pagaban solamente 6%; cobre, exportado en buque extranjero, pagaba 2 pesos por quintal; en buque nacional, 1 $\frac{1}{2}$ pesos. Pesos enteros y medios 2%, monedas de oro $\frac{1}{25}$, etc.

Libres para la exportación eran: material para maromas, cáñamo y lino (11), vinos, cervezas, licores y carbón (12).

Los gastos eran considerables, tanto al descargar como al cargar, en consideración de la marejada continua de la costa, donde no había ni muelle ni puente, como en las ventas, porque el comisionista, fuera de un 5% en provisión y arriendo de bodega, sufría el 8 a 10% «del crédito»; a saber, es absolutamente necesario para obtener un precio elevado por una mercancía, venderla a plazos, y éstos se extienden a menudo hasta 12 meses.

Si alguien de Suecia intentara hacer especulaciones en Chile u otro de los países ultramarinos, le insinuaría en consideración al alto precio de los materiales de construcción en Chile, y pensando en el uso frecuente en el país, que llevara rejas para balcones y ventanas, marcos de ventanas y puertas, de madera seca, celosías, etc. Además pequeñas casas desarmables para casos de terremotos, coches, victorias y cabriolés, una partida de relojes de pared simples, algunos pares de ejes

(11) No hay probablemente ningún lugar en el mundo, donde el lino, pero sobre todo el cáñamo, crezcan mejor que en Chile. Pero el pueblo no sabe ni cómo cultivar esas plantas ni cómo prepararlas. Si se pudiera trasladar una familia del norte de Suecia ahí, esta empresa se consideraría con gratitud por el gobierno del país.

(12) Carbón hay en el sur de Chile pero es un artículo peligroso de transportar en barcos, pues se prende fuego fácilmente. Muchos buques se han quemado por llevar este artículo.

de hierro con ruedas guarnecidas para coches y carretas, llantas de madera, y cubos; sillas y sofás de madera simple, con asiento de mimbre bien pintadas y con la forma graciosa de las norteamericanas; un surtido completo para una mercería, una partida escogida de hierro en barras, pernos y cintas, algo de tablas, pez, alquitrán, calcio, vitriolo, pez de castilla y potasio; algunos mástiles y vergas, algunos botes livianos y de poca profundidad, que sean bravos para el mar; dragas con pequeñas anclas; lona de segunda clase, gruesa, cáñamo de varias clases, pesas, molejones, etc. (13).

Para tener buen éxito en este tráfico será siempre necesario observar todas las reglas y formas, que las naciones que comercian con estos países han ya introducido en Chile.

CAPÍTULO V

Viaje a Santiago de Chile.—Las Cuestas.—El terrateniente.—Los campesinos.—Vista de Santiago de Chile.

De Valparaíso se cuentan treinta leguas (alrededor de quince millas suecas) a Santiago de Chile, la capital de la república y de la provincia, situada al este de Valparaíso. Los llanos grandes, que forman esta superficie, están completamente separados por tres cadenas de montañas («Cuestas»), que constituyen como costillas de la gran cadena de la cordillera de los Andes. La primera, o «Alto del Puerto», empieza a la salida de Valparaíso, sigue la costa y es la más baja. La segunda, «La Cuesta de Zapata», encuentra al viajero a mitad de camino, y la tercera, «La Cuesta de Prado», está a una distancia de siete leguas de Santiago. Estas dos últimas son bastante altas y difíciles de pasar. En tiempos remotos sólo se podía pasarlas a caballo, pero el Capitán General, Don Ambrosio O'Higgins, cuya memoria se eterniza en muchas otras

(13) Un inglés, el Sr. Blest, ha establecido aquí una gran cervecería y fabrica una gran cantidad de cerveza buena, que en sabor mucho se parece a la buena de Estocolmo. Ha ensayado exportarla, pero la falta de cántaros de greda le ha impedido hasta ahora hacerlo, porque la cerveza fermenta demasiado en este clima para que se pueda conservar en botellas. Por esto los cántaros de greda son sumamente deseables y se usan a menudo en la importación de ginebra.

instituciones útiles, construyó una carretera a través de esas cuestras, la cual, aunque mal cuidada, en 1828 todavía era transitada por vehículos de todas clases. Zigzaguea a los dos lados de la cadena montañosa, del pie hasta la cumbre, y se necesitan dos horas para llegar al cerro más alto. De allá se ve un panorama majestuoso y cuando uno mira para abajo desde el borde de la Cuesta, los caballos y el ganado pastando parecen ratoncillos minúsculos. La diligencia corría en 1822 entre Valparaíso y Santiago; en ella cabían nueve personas, y el precio era un doblón (cerca de 68 R: dr Rgds.) por persona; pero era muy pesada y no fué empresa económica debido a los muchos caballos que se reventaron; por lo cual se suspendió el servicio. Después se usaron cabriolés de capota, de dos asientos, con un par de caballos.

Una vez tomé asiento para Santiago en uno de estos coches, que en el camino plano era tirado por cuatro caballos; pero al pasar las cuestras, había a veces que aparejar hasta dieciséis caballos de repuesto que acompañaban a la diligencia. Esto se hacía por medio del «lazo» que el jinete amarraba al coche, a las varas y a los arneses, y cuando el tiro estaba listo, partían en plena carrera cuesta arriba, zigzagueando, después de lo cual se detenía para girar, en uno de los parapetos construídos en cada vuelta del camino, hasta que los caballos descansasen. En seguida continuaba el viaje, con las mismas interrupciones hasta el punto más alto de la cuesta, donde los caballos de repuesto se desaparejaban y los cuatro primeros recibían cada uno su azote lanzándose cuesta abajo en plena carrera. Una dama que estaba adentro del coche se desmayó; nosotros los hombres sentimos vértigos y nos agarramos espasmódicamente a nuestros asientos; pero el cochero era muy hábil, y todo terminó bien. Después de un rato nos encontramos en el llano, y la dama desmayada volvió en sí. Mas el viaje no estaba exento de peligro, y anteriormente el mismo cochero había dado vuelta el coche, en una de estas cuestras, en plena carrera, en un giro corto, por lo cual rodó con caballo, coche y pasajeros y cayó camino abajo sin que nadie quedase herido en esta ocasión (14).

(14) Entre los pasajeros se encontraba una señora de la alta sociedad. Permaneció desmayada durante mucho tiempo después del vuelco. Su ros-

Sin embargo siempre es costumbre aquí bajar despacio por estas cuestas. Para frenar la velocidad se suelen amarrar dos caballos postillones con el lazo detrás del coche, que siguen resistiendo y así lo detienen.

Los carros tirados por bueyes (las carretas) son en este viaje bastante incómodos por su construcción pesada y su sobrecarga generalmente demasiado grande. Tienen solamente dos ruedas; pero éstas tienen alrededor de cuatro cuartas de altura y grosor equivalente; el eje es de madera, grueso en exceso y sobre él descansa el extremo de un tronco largo y grueso, cuyo otro extremo alcanza y está colocado sobre el yugo de los bueyes posteriores, de donde una correa pasa hacia el yugo de los del medio, y de allá a los primeros. Al bajar las cuestas siempre se desapareja la primera yunta de bueyes y se amarra detrás de la carreta con un cordel en los cuernos. Como la flema natural de estos animales los hace resistir el movimiento con toda su fuerza, así frena la rapidez del vehículo. Cuando se encuentran estas carretas en los sitios más angostos de las cuestas, o bien con tropas de mulas cargadas, resulta a menudo muy difícil, sobre todo para los coches, pasarlas, sin daño o accidente; pero el ruido penetrante y monótono (15) de las carretas y los gritos continuos de los arrieros: «*ánda mûla*», y «*mûla ónde va?*» avisan al viajero con anticipación de su proximidad.

En estas cuestas hace un calor sofocante en el día sobre todo cuando no hay viento, en la noche hace frío, sobre todo en el invierno. En parte esto da ocasión a que los asaltos, que a veces ocurren aquí, muy rara vez se cometen durante la noche, pues a los chilenos no les gusta exponerse al frío. La razón principal es sin embargo la facilidad que tienen los bandidos de espiar en el día desde lejos en la cuesta a los viajeros y saben así su número y sus armas, y pueden calcular con seguridad las con-

tro maquillado con carmín, fué comentado cortésmente por los pasajeros durante el desmayo; pero ella, estupefacta, lo desmintió con ayuda de un pañuelo y agua de colonia y se puso blanca como nieve.

(15) Los carreteros pretenden que sin este ruido monótono los bueyes no avanzarían sin detenerse a menudo; por esto aceitan las ruedas rara vez o nunca. El ruido parece de lejos el crujido de los trineos con cargas pesadas en un invierno helado.

secuencias de un ataque, que pudiera resultar peligroso para ellos mismos en la noche. Estos asaltos son raros y ocurren en general solamente cuando los bandidos se fugan de los presidios ambulantes.

Como en esta parte de Chile no llueve nunca desde principios de octubre hasta fines de mayo, el pasto se marchita durante esa estación, tanto en los campos como en los cerros, con excepción de las regiones alrededor de arroyos y fuentes. Las cuevas presentan así una vista ilimitada de un campo enorme color dorado, con grupos esparcidos aquí y allá de plantaciones frondosas y árboles pequeños (16) de un tono verde subidísimo. Aquí y allá el ojo avista una palmera solitaria, grupos de vacunos pastando, una manada de caballos medio salvajes o bien una caravana de carretas cargadas, una recua de mulas aparejadas o una cabalgata de mujeres de campo cabalgando en su arzón de una asa en «bestias de paso», acompañadas siempre por algunos «caballeros» y «huasos» montados en caballos de trote, sobre cuyas ancas muchas veces es posible ver la menuda «chilena», agradablemente sentada a la espalda del jinete (17).

En los valles de estas cuevas es posible encontrar una vegetación maravillosa de árboles siempre verdes. Se pasa ante un grupo de olivos y laureles silvestres que embalsaman el aire con un olor aromático tan fuerte, que muchas personas se marean al sentirlo. Grandes bandadas de loros multicolores se posan en los árboles y entristecen el alma con sus gritos.

El país está aquí como en todas partes de la zona central, poco poblado, y las casas del pueblo consisten en casuchas

(16) Se llaman aquí espinos, son de la familia de las ramneas, y tienen largas espinas de hasta cinco pulgadas. Constituyen la mejor y más abundante leña de estas regiones.

(17) Los hombres, sobre todo «los jinetes» (caballeros adiestrados a dominar el caballo), consideran realmente al caballo de paso apropiado para las mujeres, para cuyo servicio también se adiestran con el mayor cuidado; ellos los usan para viajes largos, pero generalmente montan caballos amansados para carreras y uno de paso constante y natural, pero rápido. Nadie se atreve a montar una yegua, se arriesgaría a ser apedreado. Caballos trotadores no usa el chileno; pero los adiestra para los extranjeros residentes en el país, los cuales los compran a un precio alto.

(«ranchos»), construídas de ramas y greda y cubiertas por cañas de totora, rara vez por tejas. Existe aquí una especie de feudalismo, debido a que desde los tiempos de la dominación española unas pocas familias poseían la mayor parte de la superficie del país, gracias al sistema de los «mayorazgos» (18). Estos latifundios son con pocas excepciones, mal cuidados; me refiero a lo grosero del estilo en su exterior. Pero el descuido de las chacras chicas supera a toda descripción. Estas poseen en general una casa sumamente modesta, construída de «adobes» (ladrillo para muros no cocido) o simplemente de greda. No se puede ver ni un solo rasgo de fineza ni de comodidad allende sus murallas, y dentro reina la ociosidad, lo sucio y el aburrimiento. No encontré sillas, pero en su lugar unas bancas primitivas sin pintura. En el medio del piso que es la misma tierra y en la única verdadera habitación (los otros eran retretes) hay una larga mesa rústica de madera, enterrada en la tierra, sobre la cual se extiende un paño de aspecto sospechoso, unos cuantos cuchillos y tenedores generalmente rotos; porque la familia no los usa y (para los invitados) algunos platos remendados. Se come con los dedos o bien con tenedores retirando las viandas de las fuentes colocadas en el medio de la mesa, y se bebe el vino del país en algunos vasos sucios comunes para todos los presentes. Las mujeres de la familia que nosotros visitamos eran pálidas y vegetaban en el «sans souci» (indiferencia), aburridísimas de «la siesta» (el descanso después de la comida), que siempre se practica en Chile tanto entre los ricos como entre los pobres.

✓ Siendo éstas las condiciones materiales con las excepciones que existen, sin embargo, en todas las cosas humanas no puede uno extrañarse que la limpieza y la holgura falten aún más en la clase pobre compuesta generalmente por los «inquilinos», que han obtenido permiso indefinido para establecerse en los terrenos enclavados en los fundos, con la obligación de ayudar por un modesto pago y a veces por nada, a los trabajos del fundo en las matanzas, las vendimias, la cosecha del trigo,

(18) Las tierras se pueden ahora vender y pueden pertenecer a alguien ajeno de la familia del mayorazgo.

la trilla, etc. El derecho de propiedad de la tierra donde se establecen, es demasiado inseguro para que pueda adherirlos a ella. Por esta razón limitan su trabajo a la construcción de algunos «ranchos» infames, donde las mujeres acostumbran tener «boliches» y «chingana», mientras que los hombres aficionados a las fiestas, asisten a las carreras y a las casas de juego, y a menudo se quedan cuatro o cinco días fuera de casa. Sus ideas sobre los placeres y diversiones son por consiguiente limitados y groseramente sensuales y como el lujo de los mejor colocados, o de la alta sociedad, apenas alcanzan a influirlos en el sentido de un mejoramiento en las costumbres domésticas, la elegancia en el vestir, la vida social o la comodidad, y como tampoco ambicionan igualar a aquéllos, en sus formas de vida, placeres y vicios, «el huaso» en consecuencia carece del estímulo de la imitación de una vida tranquila e industriosa; y por eso no debe extrañarse que estos hombres rústicos e ignorantes no atiendan al cuidado de la mujer y los niños fuera de la necesidad inmediata.

Bastantes buenas tabernas o fondas se encuentran a lo largo de este camino y en ellas se pueden alquilar caballos; pero en general se usan caballos propios o se arrienda uno para todo el viaje. El mejor lugar de reposo durante el camino es la aldea de Casa Blanca, cerca de 12 leguas de Valparaíso. Fué totalmente destruída en el terremoto de 1822 (lo que contaré más adelante), y muchas personas perdieron allí sus vidas; pero ahora (1828) estaba completamente reconstruída. Aquí y en otro paradero, El Cajón de Zapata, es posible encontrar, además de piezas decentes y buena comida, camas limpias, cosa que falta en las otras estaciones descritas.

× Después de haber recorrido la Cuesta de lo Prado, se divisa Santiago de Chile. Emerge entonces a una distancia de tres millas suecas (30 km.) en el centro de un llano y por sobre la ciudad se ve la Cordillera de los Andes, cubierta de nieves eternas, a una distancia casi de tres millas hacia el este. Chalets y chacras, árboles y plantaciones, crecen en las márgenes del río Mapocho que culebreando a través de grandes prados llena la superficie de esta extensa llanura. Sin embargo los alrededores de la ciudad no evocan grandes sensaciones, a causa de su aspecto triste, debido tanto a los muchos

lugares planos y estériles que hay que atravesar, como a la falta de estilo y elegancia que puede notarse en las chacras. El panorama de la ciudad es pintoresco debido a su situación grandiosa al pie de las montañas cubiertas de nieve; pero la superficie plana donde está ubicada y que la ciñe —tan llana, sin accidentes de cerros o lagos—, disminuye el efecto imponente que de otro modo ofrecería su extensión y su gran número de torres.

CAPÍTULO VI

Santiago de Chile.—Edificios.—Ahrengren.—Paseos.—Modo de vestirse.—Distracciones.

Santiago de Chile fué fundado en 1541; tiene alrededor de cuarenta mil habitantes, es de plano regular, dividido en manzanas, de cuadras (19) de 150 varas (alrededor de 114 metros) en cada lado. Los lotes edificados son extensos y los edificios cómodos. Consisten en casas de un piso, construídas con los dichos «adobes» (20) y forman tres o varios cuadrados o patios cerrados, en línea uno tras otro; el primero, que es limpio y bien pavimentado, encierra el «corps de logis» (parte principal); el segundo, contiene las piezas de los sirvientes, cocina, bodegas, etc., y hay en general en el centro del igualmente bien pavimentado segundo patio un jardín y una terraza; el tercero se usa para las dependencias, para los animales domésticos y para guardar leña, carbón, etc. Las puertas son enormes y forman con su bóveda hermosa un frontispicio que decora la casa misma. Las piezas son altas y espaciosas, y provistas de ventanas grandes, que se abren hacia el interior; por fuera

(19) Este nombre también se usa para designar la extensión areal de tierra: se dice por ejemplo: un fundo de 2.000 «cuadras».

(20) Ladrillos no cocidos de 5 cuartas de longitud y $2\frac{1}{2}$ cuartas de anchura, fabricados de greda, mezclada con paja y excrementos de caballo, por lo cual obtienen una flexibilidad que, mejor que piedra y ladrillo cocido, resiste a terremotos. Por miedo de éstos la anchura de los terrenos es tan grande y las casas tan bajas, que los habitantes, cuando ocurre este fenómeno, pueden salvarse en el centro de los patios, sin que sean alcanzados por las murallas derribadas.

se ven rejas fuertes enclavadas, que al principio producen efecto triste, pero las elegantes formas de las rejas, representando lirios y ramos de flores doradas y otros adornos, y la vista de caras alegres adentro, luego reconcilian el ojo del extranjero con este estilo. Varias casas hay provistas de «barandas» o balaustradas cubiertas del lado del patio, para producir frescura y sombra. Las calles son derechas y generalmente bien pavimentadas; tienen veredas a los dos lados y un arroyo en el centro. Del río Mapocho, que pasa por la ciudad, el agua es conducida por canales a través de los terrenos, lo que contribuye tanto a la higiene y la limpieza, como a la exuberancia de los plantíos.

Entre los edificios hermosos se destacan sobre todo la Catedral, un edificio imponente de piedra tallada, pero todavía sin terminar; se dice que tiene una longitud de 384 pies; la Moneda, un edificio aún más grande de varios pisos, sin estuco, pero deteriorado (fué construído bajo el control y según los planos de un arquitecto italiano), y el Consulado (tribunal de comercio), donde también los diputados tienen sus reuniones. El palacio de gobierno, cuya fachada ocupa toda la anchura de la plaza grande, es un edificio feo, sin simetría, con tres torres; y era la residencia del actual Director Supremo.— La Suprema Corte de Justicia y la policía residen ahí, y también se encontraban las oficinas del notario público y además la cárcel para detenidos. El lado opuesto de la plaza (21) está ocupado por un pórtico largo para las tiendas y paqueterías de la ciudad, que son decentes, algunas hasta elegantes, y bien provistas de toda especie de artículos.

La maestranza (22), es decir los Arsenales, situada en un ex-

(21) Esta plaza es más o menos tres veces mayor que la de Gustavo Adolfo de Estocolmo.

(22) El año 1823 la administración de esta institución fué entregada al antiguo Teniente de artillería de Vandes, Johan Ahrengren. Sus conocimientos prácticos y actividad incansable le atrajeron la confianza del gobierno del país. Su carácter noble le hizo el favorito de sus compañeros. Era capitán de batería de la Artillería de Chile, cuando estalló la guerra entre Brasil y los Provincias del Río de la Plata.

A pesar de que el gobierno chileno no quería aparecer tomando parte alguna en esta lucha, vió sin embargo con agrado a todo oficial que fuese a luchar bajo la bandera de las citadas provincias. Entre éstos se encontra-

tremo de la ciudad, es un edificio espacioso con varios patios grandes; había allí una fábrica de fusiles con 18 herrerías; muchos talleres, un polígono de artillería, considerables depósitos de armas, un cuartel y una capilla. Otro edificio considerable de piedra tallada está situado en una parte distante de la ciudad; destinado para ser cuartel, pero no había sido concluído, y fué entregado al olvido y a la destrucción del tiempo. Ocupaba una superficie de cuatro cuadras.

Entre las ruinas de este edificio se encontraba una obra de mérito de un escultor chileno. Este que de profesión era *Monaguillo* (servidor de los monjes), había tallado en un bloque de granito cuadrado de seis pies y grueso de tres pies, con la precisión más exquisita el escudo español, sin técnica alguna y con las herramientas que él mismo había inventado. Empezó este trabajo durante el dominio español y trabajó durante más de diez años, hasta que la Independencia de Chile hizo el escudo español innecesario (23), por lo cual el trabajo del escultor quedó impago y sin destino.

Después de la batalla de Maipú, donde los ejércitos unidos de Buenos Aires y Chile, bajo el mando de San Martín, vencieron y dispersaron al de España bajo Ossorio, un celo estúpido condujo a los soldados y al pueblo a este lugar, y el arte pagó un tributo triste al fanatismo, y muchos de los atri-

ban Ahrengren, y se destacó en varias ocasiones, sobre todo en Ituizangó, donde todo el ejército brasileño fué totalmente derrotado. Ahrengren fué nombrado Mayor en el campo de batalla. Una vez firmada la paz, se suscitó desacuerdo entre las provincias, y pronto estalló la guerra civil, que duró tres años en esos países entre los partidos Unitario y Federal. Todas las comunicaciones con Chile fueron cortadas, y Ahrengren, imposibilitado para volver, se vió obligado de entrar de nuevo al servicio de Buenos Aires. Acompañando como jefe de la artillería el cuerpo, que bajo el general Paz conquistó Córdoba, ascendió en grado y fué después coronel. Este cuerpo fué cortado en sus comunicaciones en Buenos Aires, y sujeto a múltiples sufrimientos y privaciones, lo debilitaban continuas deserciones, y terminó por ser derrotado por el general Quiroga el año 1831, cerca de Salta, donde Ahrengren y la mayoría de los oficiales perecieron. Tenía pleito al Estado de Chile por una suma de cuatro a cinco mil pesos, cuando se hizo la reforma del ejército.

(23) En el escudo de Chile se ve un indio sentado sobre el lomo del caimán (el cocodrilo americano), y el león español destrozado entre sus mandíbulas; al pie del indio hay tejida una corona.

butos sobresalientes en bajo relieve del escudo fueron mutilados por los martillos de esos hombres brutales. El artista mismo no pudo resistir esta barbaridad, se enloqueció.

Fuera de la Catedral hay en Santiago cuatro iglesias parroquiales, un gran número de capillas y monasterios, cuatro conventos de monjas, una universidad, que estaba bajo la inspección y la administración de la iglesia, varias escuelas, un hospital y una casa de huérfanos. La aduana de la ciudad también tiene un edificio bueno de dos pisos, pero dentro de las puertas reinaba como en las demás oficinas públicas, una suciedad imperdonable; las imponentes escalas eran un testimonio repugnante de esto y de la flojera de los empleados.

Parques hay varios, pero sobre todos se distinguían el Tajamar, la Cañada, el Santa Lucía y la Chimba.

El Tajamar es el más antiguo. Está situado al lado del río Mapocho, y había tomado su nombre de una muralla, edificada a lo largo del río, muy bien construída con vereda para los paseantes, sombreada por una alameda de sauces viejos. En esta alameda había un camino ancho para transeúntes en coche o a caballo, y en la tarde pasaba una carretela con tambores de agua para regar, refrescar el aire y asentar el polvo. A la sombra de estos árboles marchaban o bien, en los bancos allí colocados, se sentaban los paseantes. Fuera de la alameda se riegan los árboles por medio de canales del río, a la vera de los cuales reina un verdor siempre fresco; y era delicioso contemplar por las aberturas de los árboles frondosos la blanca nieve de las montañas gigantescas de la Cordillera. Esta alameda era muy visitada antes de que la Cañada estuviera lista como paseo; y desde entonces ella atrajo a los habitantes de la ciudad.

La Cañada es una plaza que parte en dos la ciudad, la Cañada y la Ciudad Nueva. El paseo fué construído bajo la dirección de don Bernardo O'Higgins, y el año 1828 estaba concluído en una longitud de 1.500 varas; el trabajo fué continuado sin interrupciones, y se creía que iba a tener una longitud cuatro veces la actual. Consiste en tres avenidas paralelas, derechas y anchas, separadas una de la otra y de los terrenos colindantes, por cuatro canales pavimentados, a cuyas orillas fueron plantados álamos erectos. Al frente del término

de una de las calles principales de la ciudad, y al centro de la parte concluída del paseo, estas alamedas se cortan en una gran rotonda, rodeada por álamos y juegos de agua. Bancos de piedra ocupan el interior de la rotonda, diseminados por ahí y por allá a lo largo de los paseos. Los caminos cubiertos de arena fina pero duramente pisoneada eran regados al anoche-
cer.

Todas las tardes, en especial los domingos, alrededor de las cinco, o después de la siesta, se reunían aquí las damas y los caballeros de la alta sociedad. Las distinguidas del sexo bello concurrían en calesas (24) apostadas fuera del paseo. Grupos de caballeros las rodeaban cuando ellas permanecían sentadas. Otros grupos formaban redondel alrededor de los bancos, colocados entre los árboles donde se sentaban únicamente las damas. Después de un rato de descanso, dejaban el lugar a otros transeúntes, mientras que las veredas se veían llenas de gente elegante de ambos sexos. Era aquí donde el orgulloso paso español desplegaba su efecto.

Las chilenas son generalmente hermosas, de buena figura y (en las ciudades) alegres. La naturaleza les ha dado pies pequeños, y son muy cuidadosas en mantener el calzado bonito y decente. Todas—hasta la señoras de edad—llevan medias de seda blanca de lama de plata, y zapatos de seda o cabritilla. Su vestido es de buen gusto, elegante y, en los bailes y ocasiones solemnes, costoso. Una dama de tono luce en tal ocasión un vestido nuevo, adornado con riquísimos encajes, y las modistas (25) tenían entonces, a riesgo de perder a sus clientes, que inventar nuevos adornos para el traje invidual de cada dama y nuevos modelos y ornamentos para «las chaque-

(24) Una especie de cabriolé medio cubierto, feo y pesado tirado por dos caballos, de los cuales uno sostiene las varas y el otro está montado por un cochero de librea con botas enormes y espuelas, y con un «perpetuum mobile» como huasca.

Coches y cabriolés se veían pocos.

(25) Estas tiene un «magasin de détail» para todas las joyas importadas de Francia o fabricadas por ellas mismas. Las más importantes son francesas, y ganaban mucha plata al principio de la Independencia, pues las chilenas entonces no cosían sus propios vestidos, lo que ahora es de costumbre. El costo del trabajo de un vestido de baile podía, a menudo, alcanzar a 30 o 40 pesos, sin contar los extras en los adornos.

tas» (el corpiño y las mangas). Nadie puede mostrarse en dos o más bailes con el mismo adorno o el mismo vestido. El lindo pelo negro o castaño lo peinan en trenzas encima de la cabeza, y pende en bonitos rizos sobre la frente y las sienas. Ni sombrero u otro tocado cualquiera pueden usar dentro de casa o al aire libre, para no alterar la hermosa cabellera, que cubren con un velo blanco delgado, aderezado con una peineta de tortuga, que podía flotar durante los paseos. Una sencilla flor natural es su único adorno.

Desde las casas que cercan el paseo, se oía el canto con acompañamiento de guitarra o la música alegre de baile. Ahí acudían las señoritas bajo los auspicios de las dueñas y de los caballeros. Las familias que se conocían, se reunían en grupos, y luego comenzaba la danza. Se servían helados y refrescos, y cuando un grupo quería hacer colación fuera en el paseo, podía obtener sillas y mesas para toda la tarde, además de los refrescos que se deseaban, sin ser molestado por el pago hasta la hora de partida. Esta confianza es común para toda persona bien vestida y para el extranjero.

Los transeúntes permanecían aquí generalmente hasta las 11 de la noche; pero cuando había luna, que es sumamente agradable en esta tierra, muchas veces se quedaban hasta la una o dos de la madrugada.

La Cañada termina en la cancha de carrera. Las carreras se efectúan generalmente dos veces por semana y son presenciadas por varios miles de personas de la ciudad y del campo. Las familias acuden en carretas de bueyes, muchas veces en número de doce personas, y adentro se oye la conversación alegre, risas, canto y música de guitarra. Aquí se lucían a menudo los mejores caballos que produce Chile, y muchas veces el ganador de una carrera se vendía a precios de 25 y hasta 30 dolones.

El Santa Lucía es una ciudadela, situada sobre una roca grande al centro de la población, de donde se domina una hermosa vista sobre la ciudad y sus alrededores. Hay allí un reloj solar con un lente que a las doce del día dispara un cañonazo horario.

La Chimba es un suburbio al otro lado del río, y tiene comunicación con la ciudad por medio de un hermoso puente de

piedra arqueado. El barrio tiene agua en abundancia y muchas plantaciones, lo que le da un aspecto campestre, que atrae a los habitantes de la ciudad.

CAPÍTULO VII

La vida social.—Bailes.—La manera de vivir.—Las chilenas.—Costumbres.—La mesa.—Serenos.

La vida social en Santiago de Chile es agradabilísima y atrayente sobre todo para los extranjeros. Tan pronto se es presentado, se pasa desde luego a ser miembro de las soirées de la casa. Estas, que aquí generalmente se llaman «tertulias», no son de manera alguna lujosas; una, o a lo sumo dos velas, alumbran la Sala, cuyo piso estaba cubierto por costosas alfombras; y no se ofrece ninguna otra clase de comida o refrescos sino «dulces», servidos en una bandeja, con un vaso de agua. Las señoritas se colocan en un semicírculo alrededor del sofá, donde se sientan las señoras. Los caballeros se colocan en otro semicírculo aún más grande detrás de las damas, y entretenían cada uno a su compañera en charla alegre. Luego los concurrentes persuadían a una de las hijas de la casa a tocar el piano. Tocaba y cantaba un rato, a veces acompañada. Pronto la dueña de la casa exigía baile, las sillas eran corridas hacia las paredes y los caballeros invitaban al minué, que se bailaba en un ritmo suavísimo, durante lo cual el talle ágil y el tobillo movedizo de las damas hacían un contraste excelente con los movimientos tiesos y mecánicos de los caballeros. Después se alternaba con vales, contradanzas españolas y «reel» (26). Tanto el vals como la contradanza se ejecutaban en ritmo lento; flotaban lentamente sobre el piso trenzando tal número de figuras con los brazos y las manos que se podía decir que bailaban más con las manos que con los pies. Sin embargo las figuras se ejecutaban con un ritmo medurado, y el conjunto se distingue por su naturalidad y

(26) Este baile fué introducido por los ingleses, y las buenas chilenas se molestaban al tomar parte en éste, porque sus vueltas no eran apropiadas para el clima, el genio o la costumbre.

gracia. Cuadrillas francesas también empezaban a bailarse en Chile, pero generalmente eran mal ejecutadas. «La gavota», al contrario, se bailaba a menudo y con gracia. Una costumbre extraña y desagradable es la llegada de conocidos y desconocidos a los patios, donde se bailaba, para observar la danza; y hasta señoras decentes «tapadas» asistían, junto con la gente del pueblo, para satisfacer su curiosidad.

Cuando las tertulias eran de mayor importancia, se servía limonada y «ponche en leche», hecho de leche, ron y azúcar; y en los grandes bailes abundaban la comida y el lujo. Todas las familias distinguidas prestaban en estas ocasiones, sin recato, sus pertenencias de espejos, cuadros, arañas, alfombras y otros muebles valiosos, cristales, cuchillerías y porcelanas, para realzar la casa en que se ofrecía el baile (27). Se derribaban paredes en el hogar para extender los salones y colocar las orquestas. Los salones eran revestidos de pilastras y festones de género de seda y flecos con los colores nacionales, azul, blanco y rojo; sobre los grandes patios se colocaban alfombras costosas, y los cubrían con carpas para poner allí las mesas para la comida y «el ramillete» (mesas, donde hay pilas y pirámides de frutas, confites y flores, además de vasos de cristal con dulces y licores).

Estos bailes costaban sumas considerables y eran generalmente ofrecidos por las corporaciones. Así los franceses acostumbraban dar un baile en el día de Napoleón el 15 de agosto, de los cuales recuerdo uno que costó más de 3.000, pesos; los ingleses en el día de San Jorge; la Municipalidad, en el día de la emancipación, etc. En estas ocasiones se daban a veces comidas, y, algo curioso, la bulliciosa manera inglesa de acompañar los brindis con «hip, hurra» y hacer ruidos con los platos, había sido introducida aquí también. Los brindis se proponían en largos e ininterrumpidos discursos, ocasión que el chileno elocuente ambicionaba para disertar sobre algún tema apropiado a la ocasión, pronunciado claramente y con buena dicción.

Con estas excepciones, la manera de vivir es generalmente

(27) Esta costumbre es general entre vecinos y conocidos, cuando alguno de ellos recibe visitas.

simple y sencilla, y un matrimonio no necesita arruinarse con las fiestas y cenas. Sin razón se dice de las chilenas que son livianas de carácter, y por consiguiente esposas peligrosas. Es cierto que no les gusta cocinar, y con razón pueden decir del horno: «que veut dire cela?», pero el clima y las costumbres de los antepasados son la causa de ello. Los esposos en Chile exigen menos de la mujer que los esposos europeos, pero, al contrario, los chilenos trabajan menos por su felicidad conyugal que los suecos. Sin embargo las chilenas rara vez desatienden el trabajo de costuras, bordados, etc. Pero las costumbres, que desde la emancipación se han relajado considerablemente, sobre todo entre la nueva generación masculina del país, son tal vez la única razón de los matrimonios desgraciados, que a veces se encuentran en Chile, los cuales, sin embargo, de ninguna manera pueden considerarse más frecuentes que en otros países, incluso la querida Suecia.

La educación de los jóvenes es sumamente superficial, y sus licencias no preocupan a los padres, que, por ser ellos mismos ignorantes y carecer de base sólida, fineza y tacto en la vida, se entusiasman de los pocos chispazos de elementos científicos que descubren en sus hijos, y toman a menudo equivocadamente su falta de disciplina y sus malas mañas por genio y oportunismo, consecuencias de la nueva época y de la libertad y los dejan libres, siendo generalmente temprano víctimas de su despreocupación y de sus vicios. Cuando ya son hombres, siguen con sus costumbres, y si contraen matrimonio, luego se aburren con sus esposas, almuerzan, comen y cenan fuera de la casa y pasan la mitad de la noche en casas de juego y otros lugares peligrosos. Mientras tanto las esposas permanecen solas en casa, muchas veces sin compañía y melancólicas; y como el esposo llega, generalmente triste, cansado, frío y aburrido, muy bien puede suceder que a la larga no todas las esposas puedan resistir la tentación de vengarse de esta indiferencia.

Aquí, como en otras partes, en la mayoría de los casos, la culpa la tiene el marido, si es que tiene una esposa inocente y sin embargo el matrimonio resulta desgraciado. Casi todos los matrimonios que han contraído extranjeros con chilenas, han sido felices, cuando el esposo ha sido prudente. Este ha sido

el caso de los ingleses, y dada facilidad natural para amoldarse de las chilenas a los gustos del marido, aquéllos han logrado, poco tiempo después de la boda, inculcarles el comportamiento y el delicado tacto de una «lady» inglesa.

El cariñoso comportamiento de los extranjeros, sobre todo de los ingleses, para con sus esposas y su costumbre de pasar todos los ratos libres exclusivamente en el hogar, no puede dejar de parecer agradabilísimo a las chilenas, sobre todo cuando compara este trato con el que dan sus propios compatriotas a sus esposas. Los extranjeros gozan así de una gran consideración entre las damas chilenas. Si no conocen el idioma español, son protegidos por las damas, quienes se toman la molestia de hacerse entender, pretenden comprender y adivinan lo que ellos quieren decir, y los corrigen con suavidad, sin hacerles bromas, como es costumbre en otras partes.

Los suecos no desmerecen en la opinión de las damas, y se hacían notar por su comportamiento, seriedad y cortesía; esta última cualidad se consideraba sin embargo como algo exagerada, tanto por la manera de descubrirse a menudo en la calle, como por las muchas reverencias y saludos en casa.

Las chilenas saludan de su asiento a los caballeros que entran, con una leve inclinación de cabeza y con las frases: «buenos días, don...», «buenas tardes, don...», o «buenas noches, don...»; título que antiguamente se daba a las personas reales y otras personas muy distinguidas, pero que ahora se usa hasta entre la servidumbre, agregando el nombre, si es una persona conocida; en otro caso se dice solamente «caballero»; a una persona de la intimidad se la designa por el apellido, sin el «don». Al saludar nunca se toma la mano de la dama y menos se la besa, porque esto se considera inmoral.

Los caballeros saludan a las damas con expresiones de: buenos días, etc., a lo que se agregaba «doña», pero si es una desconocida, se la llama solamente señorita. A la despedida de una fiesta los caballeros dicen a las damas: «le beso los pies» o «me inclino a sus pies», a lo que costestaban las damas: «le beso las manos» (28). Estos últimos saludos también se

(28) Es importante no hacer equivocaciones sobre esto. Un extranjero saludaba cierta vez a una dama con: le beso las manos; pero fué rápidamente corregido por ella con: «más abajo, bárbaro!».

cambian en la calle, pero entre los caballeros la expresión «le beso las manos», se usa sólo cuando se quiere ser muy cortés, en otro caso se dice «a Dios, señor», o «a la disposición de Usted». Al despedirse después de una presentación acostumbran exclamar los dueños de casa: «aquí está en su casa, yo y todo lo que contiene estamos a su disposición». Uno queda entonces invitado a repetir la visita, y si demora en volver se le llama «ingrato». Cuando se pregunta cómo se encuentra una persona presente o ausente, a la respuesta generalmente se agrega: «a su disposición»; muchas veces sin reflexión, si esta frase no es apropiada. Así contestó en una ocasión una persona que había sufrido de dolor de muelas; a la pregunta de cómo se sentía de las muelas: «Están bien, a su disposición».

Otra costumbre extraña es de ofrecer todo lo que agrada a otra persona o le atrae la atención, como por ejemplo: si uno encomia el reloj de otra persona, ésta responde siempre: «Aquí lo tiene, es suyo si Ud. lo desea». Desde luego esta es una galantería sin sentido, probablemente válida en la época de los caballeros, y no se puede tomar «al pie de la letra», sin ser considerado descortés; pero sin embargo, a veces la galantería llega a tal extremo todavía, que al aceptar un ofrecimiento hecho en esta forma, el dueño del objeto lo ha regalado sin oposición.

Si en una fonda uno se sienta en una mesa junto a un chileno, ocurre a veces que éste, aun si es un desconocido, calladamente paga la cuenta del otro al ser presentada.

En la casa donde uno tiene su «satisfacción» (29) es recibido franca y hospitalariamente a todas horas del día y se pone a su disposición todo lo que la casa contiene. Sin embargo, es una lástima que aquí también falten buenos modales en la mesa, aunque no tanto como en el campo. Generalmente a

(29) Esta palabra tiene un sentido muy extenso, y quiere decir aquí ser tan íntimo, que uno pueda sentirse como en su casa. A una persona que goza de este privilegio se le perdona mucho de lo que en caso contrario sería considerado un insulto; a menudo he observado y con sorpresa hasta qué grado los chilenos hacen uso de esto, tanto en la conversación como en los ademanes; a veces por ej. entran en presencia de damas, envueltos en sus capas, fumando puro, el sombrero puesto y zuecos en los pies, y así ataviados se han sentado junto a ellas, sin mayor miramiento.

uno le sirven los mejores trozos y a menudo la dueña de casa o una de las hijas ofrecen al invitado con su propio tenedor y se considera de buen tono que éste, a la recíproca, devuelva la cortesía. Se brinda con el vino del país y se pasa el tiempo entre bromas y ocurrencias.

La comida en Chile es al principio poco agradable para nuestro paladar nórdico. Para cocinar todo alimento frito o asado se usa grasa y aceite. Para lo cual se cuece grasa, ajo, ají, pimienta y tomates (una fruta colorada y jugosa, parecida en forma a la cebolla colorada); los guisos así preparados, sin embargo, son de mejor gusto que los que se sirven en Brasil, donde todos los guisos hacen arder la lengua y la garganta con el aliño de pimentón. La «olla podrida» de los chilenos es algo exquisito, cuando está bien preparada. Este guiso consiste en carne de buey o vaca, chanco, cordero, tocino, charqui, grasa, salchichas, salame, trozos de huevo, zapallo, repollo, cebolla, tomates, ají, arroz, apio, perejil, papas y zanahorias, pavos, gallinas y perdices, etc., todo lo cual, en una olla bien tapada, se deja hervir a fuego lento durante cuatro horas.

Pero lo que falta en la preparación de la comida, es compensado por los postres, que consistían en deliciosos duraznos y melones, nueces, higos, ciruelas, etc. Los duraznos, de los cuales hay muchas clases distintas, y los melones son sumamente agradables al paladar. Las naranjas son ácidas y más chicas que las del Brasil, y plátanos no crecen aquí; pero se traen de Lima, como una rareza junto con camotes (papas peruanas, que son blandas y dulces). Las manzanas son ásperas y duras, pero las peras son bastante buenas. Las «sandillas» son la fruta preferida por los chilenos. Crecen en abundancia y son durante el calor del verano, sobre todo en los viajes, lo más refrescante que uno puede encontrar. Se comen alrededor de las 11 de la mañana, hora en que son más saludables y apetitosas; pero se las considera indigestas en la comida, sobre todo si se bebe vino. En los meses de enero y febrero, cuando hay gran abundancia, es el único alimento de los campesinos, y rara vez hay casos de alguna enfermedad especial durante aquel tiempo, como consecuencia indirecta de la costumbre de comer esta fruta. Los huasos se juntan en grandes grupos en el sitio pavimentado fuera de las iglesias, y ahí comen sus

sandías; después de lo cual empiezan a jugar tanto por amores como por dinero y aguardiente, con las pepas de la fruta, a consecuencia de lo cual se producen riñas y pendencias a cuchillo. Durante este tiempo de verano también se ven casi todas las mañanas dos o tres cadáveres tendidos fuera de la comisaría para su examen, y para que puedan ser identificados y enterrados por los parientes del difunto.

Recién se ha fundado un cuerpo de serenos compuesto de vecinos conocidos y ciudadanos honorables. Los serenos se sitúan en cada esquina de la parte más poblada de la ciudad. En los suburbios el sereno tiene varias cuadras bajo su vigilancia, generalmente montado a caballo. Están bien armados y portan un pito, con el cual se llaman entre ellos, cuando es necesario. La ciudad paga su sueldo y son responsables de los robos que ocurrían. Cuando uno temía andar solo en la noche, era acompañado por uno de estos serenos, cada uno dentro de su distrito, hasta llegar a su casa; si uno se enfermaba y no tenía mozo para llamar al médico, los serenos pasaban el mensaje entre ellos, y acompañaban al doctor hasta el enfermo. A cada hora vocean el «Ave María Purísima» y la hora, y además anuncian si está claro o nublado, si llovía o temblaba. No conozco ningún ejemplo de persona decente que haya sido atacada en la noche o el día, al menos que éste haya sido imprudente, o haya tomado parte en las diversiones de la gente baja, o discutido con algún huaso, lo que es sumamente peligroso.

Los hurtos, al contrario, son tan comunes aquí como en otras ciudades, y el almacenero, que no se fija mucho cuando su almacén está lleno de gente, es comúnmente robado.

La crueldad con los animales, especialmente con el perro, es característica en esta gente, pero probablemente esto se debe en gran parte a la abundancia de perros vagos que hay aquí, y que a veces atacan a las personas. Ningún perro, grande o chico, puede pasar por la calle sin ser atacado a pedradas, o enlazado y castrado. Sin embargo «los huasos» poseen un gran número de perros que cuidan sus casuchas; pero generalmente son de tipo común y mal alimentados.

CAPÍTULO VIII

La religión.—El Nuncio.—El obispo.—El carnaval.—La Semana Santa.—El Rosario.—Los votos.—Los protestantes.

La religión católica, que es la única que se tolera en el país, se conserva aquí con una disciplina y ceremonial escrupulosamente mantenido. La gente es llamada por las campanadas de las iglesias, mañana y tarde, para la oración y se arrodillan entonces casi todos. Los extranjeros y personas distinguidas quedan de pie con la cabeza descubierta, y muchas veces que extranjeros olvidan descubrirse, el hecho les ha atraído la persecución del pueblo. Cuando la hostia va a ser administrada en forma particular, por ej. la extremaunción, se ejecuta con ceremonias, y en combinación con preparativos sumamente extraños a los ojos de los protestantes. En una carroza anticuada, de cuatro ruedas, cuyos cuatro vértices extremos están premunidos de campanillas de cascabel, tirada por dos míseros caballos o mulas, va sentado el sacerdote, en la mano un crucifijo con el sacramento, la mirada fija en un cáliz. Soldados con fusil al hombro marchan a cada lado de la carroza, delante de la cual corre un niño haciendo sonar un cascabel o una gran campana, seguido de un gran número de «rotos» con antorchas, un tambor y uno o dos violinistas, muy desafinados, que corriendo junto al tambor tocaban una música agudísima, algo al estilo de una alegre polonesa rústica. El cortejo consistía de un gran número de personas mal vestidas y pilluelos, que musitaban sus rezos.

Si esto ocurre después del crepúsculo, se encienden velas colgadas en las puertas y las ventanas, por donde pasa «el Santísimo» (así llaman generalmente al Sacramento), y entonces, lo mismo que durante el día, se arrodillan todos los que ven o sienten pasar la carroza. Hasta los extranjeros tienen a veces que molestarse en hacerlo, para evitar maltratamiento. Se procura entonces mantenerse a la distancia para no ofender a las supersticiones del país; pero si ocurre que uno es sorprendido en una esquina por la procesión y necesita pasarla, entonces es inevitable el arrodillarse. Al principio consideraba yo esta ceremonia—tan extraña y contraria a las costumbres

de nuestra iglesia—como algo semejante a idolatría, y en una ocasión, cuando pasó la carroza en la calle, me descubrí sin arrodillarme: entonces se paró la procesión, y tanto el cura como su séquito me mandaron arrodillarme. Contesté con intención en mal castellano que no les comprendía; y cuando varias veces habían repetido la orden: «hínquese» (arrodílese) yo siempre les contestaba: «no entiende» por «no entiendo». Por fin con ademanes y gestos me explicaron la ceremonia exigida; pero al proseguir con mi fingida ignorancia, me dejaron en paz, exclamando: «bruto inglés». Tiempo después, y cuando ya había visitado las iglesias y observado con admiración el fervor ardiente de las devotas, me fué posible (al no poder evitar la carroza con el Santísimo) y sin que me reprochara mi conciencia, practicar una ceremonia que, aunque no está conforme con el credo protestante, sin embargo me parecía glorificar el honor y la memoria del inspirado Fundador de la Religión Cristiana.

Se celebran en Santiago muchas procesiones, pero en especial aquella en honor de Nuestra Señora del Rosario, a las cuales concurre un gran número de monjes y hermanos, que llevan grandes velas de cera prendidas y llenan el aire con un canto chillón, al cual pilluelos gritones hacían un terrible eco. En todas partes por donde pasaba la imagen de Nuestra Señora se arrodillaba la gente. Cuando el obispo pasaba, le hacían el mismo homenaje; pero sobre todo veneraban al Nuncio Pontificio, Monseñor Muzi, que el Papa había mandado a pastorear las ovejas errantes de Sudamérica. Todas las mañanas se reunían gentes de todas las clases frente a su casa, para ver algo de su augusta persona, y en tales ocasiones se vendían los santos, reliquias y los grabados que él había traído de Roma. Los pobres podían con dos reales (1 R: dr rgs) comprar cuadros sencillos, imágenes de San Juan, San Francisco, San Antonio, Nuestra Señora de Dolores o del Carmen u otros santos de la iglesia. Su Eminencia hacía felices a muchas personas con esta repartición de indulgencias y bulas, que les libraba de hacer ayunos. Pero Muzi fué sorprendido al tratar de influir en la situación política y expulsado del país. Se dirigió entonces a Buenos Aires, con una recua de mulas, cargadas de reliquias de las cuales, sin embargo, parte se per-

dió en los precipicios de la Cordillera. Al llegar a Buenos Aires, fué expulsado nuevamente y debió regresar a Italia.

El obispo (Rodríguez) sufrió igual suerte. Su correspondencia con el Gobierno de España fué descubierta, acto que lo comprometió, por lo cual fué arrestado en la noche, y en gran secreto fué enviado a Valparaíso, de donde inmediatamente fué conducido a bordo de un buque de guerra y deportado a Acapulco. Al día siguiente los frailes se concentraron a caballo en las calles, tratando con los gritos de «viva la religión y el obispo», y «muera el Gobierno», inducir al pueblo a una revuelta, lo que en parte tuvo éxito; porque se aglomeró una multitud de gente baja frénate al Palacio, reclamando al obispo en alta voz, apoyados por el partido de los «Pelucones» (30), pero el Presidente se mantuvo firme y fué apoyado por la Guardia Nacional, que odiaba a los frailes, y después que éstos fueron dispersados, el entusiasmo se apagó. El obispo no regresó, y el gobierno designó en su lugar a otro prelado llamado Administrador Diocesano, y pidió al Papa su confirmación como Obispo. Esto fué rehusado por Su Santidad, que también más tarde negó su sanción al nombrarse en forma igual un prelado en el Brasil. Mientras tanto estos países tuvieron que conformarse a vivir sin la autoridad religiosa del obispo, pues el Ejecutivo no la toleraba, mientras no fueran elegidas por su propia autoridad. Probablemente Su Santidad terminará por transigir, temiendo perder estos rebaños de suyo bastante errantes.

Las ceremonias en las fiestas religiosas son extrañas y exóticas, y sobre todo la Noche Buena se celebra de una manera grotesca. Las iglesias iluminadas desde temprano se llenan de gente heterogénea, entre ellos una cantidad de niños y personas de edad, que llevan gallinas y cerdos vivos que son golpeados para hacerlos cloquear y chillar. Otros tocaban pitos y cuernos, o metían bulla con matracas. Este terrible ruido, en recuerdo del establo donde nació el Salvador, continuaba hasta después de la medianoche, entonces un niño vivo era presentado y el cura que oficiaba la misa, proclamaba el nacimiento de Cristo. La misa terminaba con un hermoso coro;

(30) Pelucas grandes, como llamaban a los fieles a España y a los conservadores.

pero el ruido de los fatales cuernos, pitos y matracas seguía toda la noche por todos los barrios de la ciudad.

El carnaval se realiza con toda clase de bromas, y especialmente el pesado y molesto juego de la chaya, en que caballeros y damas se tiraban agua. El juego empezaba con agua de colonia u otras clases finas de perfumes, mezclados con agua potable corriente, dentro de cáscaras pintadas de huevo, que se lanzaban unos a otros. Con el mismo fin se vertía agua en jeringas y botellitas; pero luego el juego tomaba un carácter más serio; se perseguían entre ellos en las calles con agua en vasijas y jarrones grandes: chorros de agua caían de las ventanas sobre los transeúntes; bandas de jóvenes, provistos de jeringas y botellas, atacaban las casas, y si los habitantes no podían rechazar el ataque, los jóvenes se apoderaban de las mujeres de la casa, las empapaban y a veces las sumergían en artesas y tinas llenas de este líquido. Muchos accidentados y muertos resultaban a menudo de este entretenimiento bárbaro, y las cáscaras de huevos imprudentemente lanzadas aruinaban la vista a varias personas, o les dejaban machucones en la cara. Por eso muchas familias no tomaban parte en la «Chaya», y mantenían cerradas puertas y portones durante los días que duraba la fiesta.

El gobierno había prohibido estos juegos bajo pena de multas, pero no quería, sin embargo, privar a la masa del pueblo de una costumbre tan arraigada, con medidas violentas de represión.

El día siguiente del carnaval se veía toda la gente plebeya junto con los devotos de las clases superiores, ir a las iglesias y salir con una cruz de ceniza en la frente, para prepararse al ayuno de cuaresma. Este era un tiempo muerto: ningún espectáculo, ni música, ni bailes se organizaba; había procesiones casi a diario, y «la casa de penitencia» (31) se llenaba de disciplinantes. En este tiempo también se veía a veces gente fanática, que corría delante de las procesiones y se azotaba

(31) Este era un gran edificio, hecho especialmente para estas ocasiones, donde los penitentes durante varias semanas se dedicaban a orar, ayunar y velar; y había muchos que se azotaban y de varias maneras torturaban su cuerpo.

la espalda desnuda, hasta que corría la sangre, lo que los demás católicos consideraban un sacrificio agradable a Dios.

Al llegar la Semana Santa, cesaban las campanadas en las iglesias, y en todas partes había un silencio de muerte. El jueves cesaba todo trabajo, las iglesias eran iluminadas y adornadas con festones de flores y coronas, y las calles se llenaban de personas de ambos sexos, vestidas de negro que en voz alta repetían sus oraciones al ir y volver de las iglesias y capillas de la ciudad, donde depositaban sus dádivas en platillos de plata, allí contemplaban el cuerpo del Salvador representado en un catafalco, y rezaban delante de algunas de las imágenes de las cuales varias tenían grandes aureolas. El sordo y monótono murmullo, producido por las miles de voces en la ciudad; el gran número de gente vestida de luto, y los presos, colocados aquí y allá en las esquinas, y que siempre hacían sonar sus cadenas con los gritos de: «limosna para los pobres prisioneros», todo esto daba un aspecto lúgubre y terrible a Santiago. Todas las personas parecían más o menos excitadas por la trascendencia del momento. Las iglesias, los conventos, los asilos y los pobres recibían también pruebas del fervor religioso del pueblo en forma de grandes regalos. Altas figuras vestidas de negro disfrazadas con grandes bonetes cónicos molestaban en las plazas a los transeúntes con el grito severo: «den limosna para sacar las almas de los difuntos del purgatorio», y estos llamados cucuruchos eran sobre todo para los niños mucho más temibles que nuestros chivos de Pascua.

El viernes Santo se celebraba de la misma manera con rezos en las calles, etc., pero el sábado Santo antes de las 12 del día se anunciaba la resurrección del Salvador, con salvas de cañones y campanadas, y un gran número de fuegos artificiales, que se lanzaban simultáneamente frente a las iglesias. El luto cesaba, terminaba el ayuno y cada uno volvía a su trabajo.

Ahora seguía otra clase de diversión. El gran número de perros, que habían estado en paz y se habían juntado en las calles durante la semana santa, eran ahora objeto de las persecuciones del pueblo; dos hombres sostenían un cable de cada extremo, que se colocaba a través de la calle, y cuando los perros,— asustados por el ruido de los cañones, campanas y fuegos artificiales,— trataban de escaparse corriendo, eran

lanzados al aire por estos hombres con los cables, y al tratar de saltar, provocaban gran alegría en el pueblo y otros espectadores.

Otro entretenimiento no menos ruidosa era la cremación de Judas Iscariote. Este pecador era representado en la figura de un monje, diplomático de peluca larga u oficial patriota—según la opinión política de los organizadores—, y para el auto de fe se invitaba a muchas personas. Después de haberse entretenido un rato con fuegos artificiales, el maniquí de Judas hacía explosión con un sonido estridente, a los gritos del pueblo. La noche terminaba con un baile.

Casi en todas las casas rezaban públicamente las damas de la familia (porque los hombres en general rara vez toman parte en las ceremonias religiosas), niños y servidumbre. Cada uno sostenía entonces un rosario en la mano, que tenía tantas perlititas como las veces que debía repetirse cada oración, y las perlititas eran divididas, por otras granates o más grandes, en grupos equivalentes a las distintas oraciones, de manera que un grupo tenía cierto número de perlas para el «Angelus Dei»; otro cierto número para el «Salve»; un tercero para el «Ave María», etc., y para no olvidar las veces que debían repetirse estas oraciones, después de cada rezo se tomaba una perla entre los dedos, cuando se terminaba por ej. con el «angelus Dei», se empezaba con el «Salve»; y así se continuaba hasta haber rezado todas las oraciones del rosario. Todos se arrodillaban durante esta ceremonia y musitaban cantando y rezando, tan rápido como era posible, probablemente para poder terminar luego con lo prescrito.

Me sucedió a veces, al ir a visitar a una familia, que al abrir la puerta inesperadamente sorprendía a sus miembros en este acto religioso; naturalmente yo me retiraba para no perturbar el ambiente; pero entonces me llamaba inmediatamente uno de los devotos y me obligaba a sentarme a su lado, me preguntaba al mismo tiempo que rezaba, cómo estaba, dónde había estado, si había visitado a fulano o zutano, sin dejar por esto de atender a su rosario.

En casos de enfermedades graves el enfermo hacía votos a algún Santo para recobrar su salud. A veces éstos eran extravagantes y no podían realizarse; entonces acudían a un sacerdote o Padre (nombre respetuoso que se da al monje o fraile),

que generalmente, después de una larga discusión sobre el asunto, por fin encontraba una solución «permutando el voto» por algo más fácil de realizar. Recuerdo que una dama, que en su lecho de enferma hizo manda a Santa Rita de que cuando se mejorara, llevaría durante seis meses vestido y manto (velo grande o capuchón) de bayeta (tela gruesa), barrer una vez la capilla de Santa Rita, y allí dar ocho pesos al primer necesitado que encontrara. Ella me contó su caso y traté por varias razones de convencerla que no hiciera votos tan estúpidos; sin embargo persistió en su fantástica idea, y se mejoró. Pero luego el asunto tomó un aspecto más grave: barrer la Iglesia y dar limosna a los pobres era algo fácil de realizar; pero llevar durante seis meses en el caluroso verano, vestido de bayeta, esto parecía algo inaudito a la madre de la dama. Yo, que había dado dinero para ambos votos, creía firmemente que ya que había hecho la manda, debía cumplirla al pie de la letra; pero la mamá convenció al cura y éste terminó con todos los escrúpulos a base del proverbio: la caridad empieza por casa, y en consecuencia el cura «permutó» de manera que la *criada*, en lugar de la hija de la patrona, tuvo que llevar la bayeta.

Tan a menudo insistían los curas y monjes en su fe, en las formas superficiales de la religión, que durante las Novenas se clavaban manifiestos en las iglesias, con la siguiente leyenda: «El o ellos de los creyentes, que durante la novena, que empieza el día de este mes en la iglesia tal y que visiten diariamente la misma iglesia a la hora prescrita, recibirá noventa y siete (más o menos, pues no recuerdo más) días de indulgencia».

Estos religiosos dan especial importancia a la confesión, sobre todo entre las damas, y muchas veces conturban la paz preciosa de un corazón inocente, con la revelación de sentimientos de los cuales la confesada había vivido en una feliz ignorancia.

Entre los sacerdotes hay muchos varones respetables, que se sacrifican íntegramente por su vocación; los sacristanes, al contrario, eran generalmente viciosos. Era escandaloso verlos, muchas veces ebrios, errar por las calles con una imagen sucia en la mano, representando a San Juan, San Francisco, San Antonio o algún otro Santo, que la gente tenía que besar, al

mismo tiempo que la manga del capuchón del «santero»; luego exigían dinero para la institución a que pertenecían. Era sobre todo la superstición de la gente pobre la que explotaban, pues éstos preferían sacar el pan de la boca de sus niños para darles a los frailes.

Tanto los curas como los monjes tienen un odio implacable a los extranjeros en general, pero sobre todo a los protestantes. Estos sentimientos eran compartidos en parte por los legos, tanto por envidia a la cultura y la educación de los extranjeros, que generalmente estaba por encima de las de los chilenos; como por la ira a causa de que el extranjero a veces ganaba debido a especulaciones y empresas industriales en el país, más que ellos mismos. Las damas eran aconsejadas por los curas y monjes de evitar todo trato con «los ingleses» como llaman a todos los protestantes sin distinción. De las otras naciones conocían en general solamente a los franceses y los europeos (por lo que se entiende españoles), y un poco a italianos y portugueses. Muchas veces me preguntaban si la Suecia o la Suiza, que confundían, no era parte integrante de Londres o Gran Bretaña...

Este odio contra los protestantes pudo constatarse durante el terrible terremoto que en 1822 arruinó esta provincia, cuando los curas y monjes en congregaciones públicas echaban crudísimas maldiciones sobre «los herejes», quienes por la emancipación igualmente maldita habían obtenido permiso para vivir entre los fieles, y debido a lo cual terremotos y otras plagas habían caído sobre el país, como prueba de la ira de Dios. Y si el Director Supremo (O'Higgins) no hubiera dispersado estas concentraciones inmediatamente, el pueblo bajo hubiera caído en el fanatismo y una noche de San Bartolomé hubiera podido ocurrir en Chile.

En este terrible cataclismo de la naturaleza también se usó la religión como pretexto para el comercio: grabados pobremente impresos, representando a San Hermenegildo (el Santo de los terremotos), se vendían insolentemente entre los pobres y ricos a 2 reales cada uno, con una oración del mismo Santo, debajo de la cual se podía leer una afirmación del obispo, que aquel que colocaba esta oración en su pieza y la leía tres veces al día, no iba a sufrir en el terremoto.

CAPÍTULO IX

Ideas sobre los terremotos.—Humboldt.—Hipótesis.—Terremoto.—La noche espantosa.—Frailes-Mendigos.—Milagros.—La subida y bajada del fondo del mar.—Callao.

Es curioso constatar que el lado este del continente Sud-Americano esté libre de este terrible espectáculo de la naturaleza, mientras que por el contrario los terremotos ocurren con frecuencia en el oeste. Parece que la sustancia volcánica contenida en esta parte del globo, se encuentra concentrada bajo la cordillera, junto a sus múltiples minerales.

Pueden contarse catorce volcanes en aquella parte de la cordillera que forma la frontera este de Chile, y al finalizar las erupciones a menudo se sienten temblores fuertes, que empiezan generalmente en la misma cordillera, y continúan en dirección oblicua, y con violencia creciente, hacia la costa del Pacífico (32).

Sin querer contradecir la opinión del barón Humboldt sobre estos fenómenos y sus factores principales, que anidan a una profundidad enorme bajo la superficie de la tierra, considero, sin embargo, que debo atraer la atención de los investigadores hacia algunos hechos, y exponer algunas hipótesis propias derivadas de aquellas observaciones.

Como todo el trecho de la cordillera, desde la Tierra del Fuego hasta el Istmo de Panamá, está constituido por una fila de montañas gigantescas, de las cuales varias deben alcanzar una altura de alrededor de 26.000 pies sobre el nivel del mar (33), no parece increíble que el fluido eléctrico con-

(32) Uno de estos volcanes está situado alrededor de siete millas al este de Santiago y a simple vista se puede ver el resplandor que surge de su cráter. Esta luz se refleja a veces en las noches de invierno en las nubes, y entonces forma rayos parecidos a nuestra aurora boreal, de hermoso aspecto.

(33) Las montañas chilenas no han sido medidas; pero considerando que la cordillera aquí está cubierta de nieve, y toda su longitud se ve a una distancia de 25 a 30 millas suecas, parece justa la idea del capitán Bonnycastle, que los volcanes Manflos, Tupungato, Descabezado, Blanco, Longaví, Chillán y el gigantesco Corcovado, están situados muy por encima de la base de la región nevada, por lo tanto por encima de 20.000 pies sobre el nivel del mar.

tenido en la atmósfera sea continuamente conducido hasta estas montañas por las materias atractivas que ellas contienen, y que cuando se sobrecarga, el mismo fluído hace explosión en las montañas, de lo cual entonces resultan erupciones volcánicas en los conos existentes de antiguo, o bien bajo la superficie de la tierra en el lado, donde encuentran menor resistencia. Se sabe por experiencia que generalmente es hacia la costa más cercana que los terremotos dirigen sus ondas sísmicas.

Que ningún terremoto hasta ahora se haya sentido en Brasil da fuerza a esta suposición, ya que por un lado se sabe que, aunque ese país contiene gran cantidad de minerales, sin embargo la altura de sus montañas no se puede ni comparar con la de la cordillera de los Andes, pero por otro lado parece que la anchura dilatada del Brasil constituyera una defensa contra el dilatado desarrollo de las fuerzas volcánicas, mientras que por el contrario el lado oeste de la cordillera forma una tira angosta de tierra, que separa la montaña del mar, y por lo tanto puede ser penetrada más fácilmente por la erupción de estas fuerzas: y tal vez uno tiene razón de suponer que el océano en realidad sea el receptáculo que el fluído volcánico-eléctrico busca, pues los terremotos generalmente siguen en dirección al mar.

Però sacar la consecuencia, como lo hace el barón Humboldt, de que la materia volcánica tenga más profundidad bajo la superficie terrestre, y que la subida del mar durante los terremotos, y el movimiento que a veces se siente en el océano a una distancia enorme del mismo lugar de la erupción, y casi al mismo instante que ha ocurrido la erupción, sería menos probable, pues todavía no se puede decir con seguridad si durante los terremotos el fluído agente actúa por lo bajo o por encima del nivel del mar. El hecho constatado de que durante el terremoto de Lisboa, el 1.º de noviembre de 1775, el océano inundó las costas de Suecia, Inglaterra y España, al mismo tiempo que las costas de las islas Antigua, Barbados y Martinica, sin que en estos países se sintiese el menor temblor, parece demostrar que el fluído volcánico-eléctrico se expande por el mar, sea que uno quiera suponer que haya avanzado por el mismo fondo del mar (aunque la exis-

tencia de esto pueda ser discutida en varias partes de nuestro globo), o bien, a una cierta distancia, bajo el nivel del mar, avanzando paralelamente al círculo del globo, hasta que un accidente geográfico terrestre lo detenga o lo ponga en contacto con la atmósfera, desapareciendo entonces el fluido (34).

Antes de mi llegada a Valparaíso no había sentido nunca un temblor, y durante mi primera estadía allí los que entonces se sintieron, fueron de menor importancia. En una ocasión vi a la gente salir corriendo a la calle desde la casa donde yo y mi amigo y compatriota, el antes mencionado capitán Idman, estábamos conversando; quedamos adentro sin saber que era un temblor el que había asustado a los demás; porque la sacudida de la casa y los tiritones de los vidrios nos parecían provocados por el paso de un coche. Los habitantes, al contrario, rara vez se equivocan al juzgar estos movimientos amenazadores, que además se anuncian en los pueblos por campanadas. El terremoto del 19 de noviembre de 1822 me dió una terrible y verdadera impresión de este majestuoso fenómeno de la naturaleza.

Era un día tranquilo, sofocante (35), y en el cielo claro parecía su azul habitual estar velado por una sombra, semejante al aspecto que tiene el cielo en nuestro país cuando sube el humo hasta el cielo. A las 4 de la tarde el termómetro Fahrenheit marcaba 80 grados, y el calor era sumamente molesto aun después de la puesta del sol; pero lo más incómodo era la dificultad que uno tenía para respirar, porque el aire te-

(34) El fuerte ruido, que a menudo se oye claramente antes de un terremoto, parece también demostrar la presencia de una materia activa en estos fenómenos; porque, suponiendo que este ruido provenga de golpes eléctricos en las cavidades de la tierra, estas cavidades deben estar cercanas y no estar cubiertas por ninguna capa sólida que detenga su avance hasta el exterior de la tierra, pues el ruido no podría llegar hasta el oído humano de otra manera. Todo esto se menciona aquí solamente como materia de estudio para los sabios

(35) Esto ha sido casi siempre el caso en los terremotos que presencié en Chile. La atmósfera poco antes y durante su estallido, ha estado así; y muchas veces me he asombrado al pasear al aire libre con un tiempo tranquilo y sofocante, de ver los árboles doblarse como bajo un huracán, sin sentir entonces que la tierra se estremecía bajo mis pies.

nía el mismo tipo que en nuestro país existe poco antes de estallar un trueno.

Faltaba un cuarto para las once de la noche, cuando entré en mi pieza y empecé a desvestirme para acostarme; entonces me molestó un ruido en el entretecho, parecido a los que muchas veces he oído hacer a los ratones—que hay muchos en casa—cuando corren por ahí. Este ruido duró como tres segundos, pero volvió a repetirse con breves intervalos, más fuertes y prolongados. Lleno de asombro por este desacostumbrado baile ratonil, volví los ojos hacia la pared de tablas que daba a la entrada y vi claramente que se movía, por lo que comprendí que era un terremoto. Me vestí inmediatamente, salí al vestíbulo y empecé a golpear en la puerta opuesta a la mía, donde habitaba Mme. H., con ánimo de despertarla y advertirla; pero ella estaba ya afuera en el patio más lejano y espacioso y me gritó de allí que me apresurara a salir de casa, que se estremecía con estrépito. Salí entonces al patio, pero mis pies estaban como atados a la tierra a causa del terror que experimentaba al sentir que la tierra subía y bajaba como las olas del mar, y al mismo tiempo me fijé en los movimientos ondulados que sacudían la casa. Por fin llegué al centro del patio y encontré allí, junto a Madame H... a un señor X..., que también vivía en la casa. Ella estaba fuera de sí y en su desesperación gritaba con todas sus fuerzas:

—Sucumbimos, sucumbimos. La tierra se abre debajo de nosotros. La tierra nos va a tragar dentro de un momento. ¡Tierra infeliz! ¿Por qué dejar a mi alegre Francia, para terminar mis días tan horriblemente por aquí?

El caballero decía con voz temblorosa: «Ojalá pudiera rogar a Dios» (36). Nuestras manos se entrelazaron involuntariamente, y los tres minutos del período más espantoso del fenómeno nos parecieron a todos una eternidad. Los crujidos del techo y de las decoraciones de la casa, que más tarde cayeron a la calle; el ruido de los vidrios y loza que se quebraban; la bulla de cajones y paquetes que caían de los estantes de las bodegas; las campanadas; el aullido de los perros; pero

(36) Este joven luego tuvo la insolencia de jactarse de su valor y se rió de mí, porque yo en esta ocasión imploré a Dios.

sobre todo los rezos de los habitantes, acompañados de fuertes golpes de pecho, suscitaron un espanto indescriptible.

Uno de los criados de la casa estaba tan amilanado y deprimido, que no podía pararse en sus pies, y se arrastraba sobre el estómago por el patio, gritando como un animal enfurecido.

Después que pasaron los tres minutos la tierra se sintió más firme; pero se esperaba con inquietud que se repitieran los fuertes golpes, y en consecuencia el derrumbe de la casa; pero aunque algunas sacudidas violentas se dejaron sentir de vez en cuando durante la noche, no hicieron sin embargo daño alguno.

Madame H. . . , el señor X. . . y toda la servidumbre se fueron al río, en cuyas riberas, según consejas antiguas, la tierra no se abre. Madame H. . . trató, con la vivacidad que es tan característica de su nación (era francesa) de persuadirme que dejara la casa, pero yo que era contador de un comerciante francés, que residía entonces en Valparaíso, tenía a mi cargo todas sus propiedades, no podía correr el riesgo de dejar su casa en tal ocasión, pues los ladrones acostumbraban aprovecharse de la confusión general para entrar en las casas sin ser observados. Me quedé así solo, cerré la puerta y pasé toda la noche sentado en una mesa al centro del patio, sobre la cual había colocado dos velas, algunos fusiles cargados, un sable, un paquete de cigarros y una botella de vino de Burdeos, todo lo cual había traído de la casa que continuaba estremeciéndose. La noche pasó tranquila, ni una pluma se movía, y el monótono ruido de los orantes se interrumpía solamente por los gritos: *Temblo* o *Terremoto*, por campanadas a unísono con algún temblor fuerte. Las procesiones no dejaban de pasar.

Al amanecer volvieron los inquilinos a sus casas y nos felicitamos que no hubiera sucedido nada de importancia, y que no se hubiera perdido ninguna vida humana. Sólo algunas viejas murallas se habían derrumbado, y las paredes de todas las casas se agrietaron. Supe entonces por aquéllos que la noche anterior habían estado al aire libre, que al principio del terremoto se había sentido un sordo ruido subterráneo parecido al movimiento lejano de coches.

Sin embargo, nadie se atrevió, durante los catorce días si-

guientes, a dormir en sus casas, sino que levantaron carpas en los patios, donde las familias se refugiaban al sentir temblores fuertes y pernoctaban. Muchas familias de la alta sociedad se trasladaban a la Cañada, paseo que por esta causa tomó un aspecto de campamento. Todos los conocidos que allá se dirigieron, olvidaron luego su espanto en la cordial vida social. Se dice que esta aglomeración de tanta gente tuvo como consecuencia un gran número de matrimonios, que de otra manera no se hubieran concertado.

Durante estos catorce días la tierra se estremecía continuamente, y aunque ello era apenas perceptible, se podía sin embargo advertir por el oleaje del agua en un vaso u otra vasija. Diariamente hubo procesiones, y los monjes mendicantes no dejaban a nadie en paz. Visitaban las casas, y sobre todo la de los extranjeros que les daban grandes limosnas, besando después sus imágenes y las mangas de sus capuchones para evitar ser contaminados por los herejes. Una vez fui abordado por uno en la plaza del Palacio. Me persiguió hasta mi casa, penetró en la bodega de mi patrón, y no se detuvo hasta que me hubo arrinconado en una pieza interior. Allí acercó la imagen a mi cara. Le expliqué que era protestante y no me obligara a besar la efigie ni la manga de su capuchón; y le prometí una limosna generosa si se comprometía a no perseguirme más en la calle, tras lo cual le puse dos reales en la mano. Esta medida tuvo éxito; me dejó en paz, pero a menudo me pedía limosna cuando me visitaba, y declaraba a sus colegas que yo era mejor cristiano que los mismos católicos. Más tarde le conocí mejor, y logré tener en su persona un protector para mí y mis amigos protestantes.

A esto contribuyó sobre todo una anécdota que había sucedido en Valparaíso y que le conté. Como es corta, sigue aquí.

Dos comerciantes ingleses, uno de los cuales se llamaba Taylor, estaban sentados juntos en una habitación en Valparaíso fumando cigarros y saboreando una copa de ponche, cuando estalló el terremoto. La primera sacudida, que fué terrible y sorpresiva, arruinó la casa donde estaban, de tal manera que los umbrales de la puerta se habían doblado y no se pudo abrir, a pesar de todos los esfuerzos. Tampoco pudie-

ron salir por las ventanas que estaban cerradas por afuera por fuertes rejas de hierro. Cada sacudón les daba la terrible perspectiva de ser aplastados por las murallas oscilantes de la casa, cuando de repente se desprendió un pedazo de la pared. Salieron corriendo por la abertura y estaban a salvo, cuando la casa se desplomó ruidosamente detrás de ellos.

Esto fué considerado por mi monje como un milagro y proclamado como tal entre los hermanos de su Orden con comentarios sobre la intervención extraña de San Hermenegildo en favor de los ingleses.

Si en Santiago, como ya se ha dicho, nadie perdió la vida, lo contrario sucedió en Valparaíso y en los pueblos de Casablanca, Aconcagua y Quillota, donde casi todas las casas se derrumbaron y muchas personas perdieron la vida. Las sacudidas fueron más violentas en la costa; y las gentes, que en su mayoría se habían acostado, no alcanzaron a salir y en gran número fueron aplastados por las paredes y los techos derrumbados.

En Valparaíso murieron cerca de sesenta personas y la miseria de los sobrevivientes fué indescriptible. Sin encontrar techo y sin comer (porque la entrada de víveres se detuvo por varios días) (37); personas de todas clases vagaban por los cerros de la ciudad, y una parte buscaba su salvación a bordo de los barcos anclados en el puerto.

Un experimento extraño se realizó en Valparaíso durante este sismo con relación a la subida y bajada del fondo del mar cerca de la costa. Se sabe que los terremotos se sienten a bordo de los barcos como una sensación de encallamiento, y he constatado por los relatos coincidentes de los capitanes que estaban entonces en Valparaíso, que sintieron un tremendo movimiento a bordo de sus naves, al unísono con las sacu-

(37) Entre las pocas casas que no se derrumbaron hay que señalar el Hotel de Pharoux. El dueño Pharoux tenía, fuera de su hotel, una gran panadería y tuvo por mucho tiempo el monopolio de alimentos. Aumentó enormemente el precio de sus productos, y ganó un capital considerable con la desgracia general; poco después de ésta dejó Chile con, según dicen, alrededor de 50.000 pesos. Se estableció como dueño de plantaciones en el Brasil, pero no tuvo éxito con este nuevo giro y volvió a Francia con una reducida fortuna.

didás más fuertes que destruían Valparaíso. Varios entre ellos lanzaron la sonda y encontraron la profundidad del agua disminuída en cinco brazas, o sea que donde los barcos antes del terremoto habían encontrado una profundidad de por ejemplo veinte brazas, al sondear habían encontrado solamente quince. Sin embargo, después de haber pasado las sacudidas más fuertes, recobró su nivel primitivo la profundidad.

Los chilenos habían anticipado esta catástrofe, porque tenían la idea fija, heredada por tradición desde tiempos remotos, que los terremotos grandes se suceden en Chile y el Perú más o menos cada noventa años, período que, según dicen, ya había transcurrido desde la destrucción del Callao (38). Esta hipótesis la han rechazado por experiencia, pues en 1835 todo el pueblo de Talcahuano y gran parte de Concepción fueron destruídos por un terremoto.

El gas de azufre, que durante los terremotos exhalan las grietas en la tierra, se sentía en Valparaíso pero no así en Santiago.

En Chile los terremotos, y sobre todo los que llamamos temblores, son frecuentes, y estos últimos pueden ocurrir tres a cuatro veces en las 24 horas. Los católicos se alarman mucho más con estos fenómenos que los protestantes. A cada temblor—aun el más leve—salen corriendo a la calle, se arrodillan, se golpean el pecho y rezan en voz alta. Esto era sobre todo desagradable en las noches, cuando se veían hombres y mujeres, semivestidos y a veces desnudos, salir corriendo de las casas en tropel. Yo y varios extranjeros seguíamos el ejemplo de los habitantes después de la experiencia del terremoto grande; pero luego nos aburríamos de salir en las noches pues generalmente no se alcanza a llegar a la puerta, antes

(38) Se contaba en Chile, que durante esta terrible desgracia la bahía de Callao se había encontrado de repente casi sin agua, pero que había vuelto el mar en forma de un alto muro, cuyo peso repentino sobre la superficie agitada de la tierra la hundió bajo la ola: Que todos los habitantes habían sucumbido, menos un hombre que se había salvado en una canoa (especie de tronco), con la cual había logrado alcanzar un árbol. Todavía se pueden divisar, sobre el fondo del mar y a una profundidad de varias brazas, las ruinas del viejo Callao.

que el temblor termine. En adelante nos quedamos tranquilamente en nuestras camas.

Debido a estas terribles escenas naturales, que ocurren tan frecuentemente en Chile, he mencionado en un capítulo anterior la idea de mandar al país algunas pequeñas casas fácilmente transportables a guisa de ensayo, y no dudo que una vez que los habitantes se persuadan de su utilidad, las van a usar como dormitorios, en lugar de las alcobas que ahora emplean.

CAPÍTULO X

La emancipación y la libertad.—Chacabuco.—Cancha Rayada. Fiestas cívicas

A partir del año de 1810, cuando Buenos Aires empezó a comerciar independientemente de España, lo que significaba el primer paso hacia la emancipación de Sud-América, la llama de la libertad se expandió hasta las demás colonias españolas. El mismo año empezaron los disturbios en Chile; pero las fuerzas españolas eran todavía muy poderosas para que estos desórdenes juveniles pudiesen tener influencia decisiva en las condiciones políticas del país.

Los españoles ya no eran los bárbaros descritos en las crónicas de la conquista de América. Las crueldades que cometieron los españoles en esa época, se han mantenido por tradición hasta nuestros días en la memoria de los nativos. Antes de la llegada de los europeos no conocían ellos castigos duros y penosos; pero los españoles introdujeron, además de la Inquisición, torturas de todas clases para alcanzar sus fines impuros, y los indios, antes muy ingenuos, adoptaron los mismos métodos para atormentar a su turno a los cristianos que caían en sus manos; obligaron a los misioneros en venganza a andar con los pies desnudos sobre hierro calentado al rojo, y cuando la piel de los pies se había desprendido, los hacían correr sobre piedras puntiagudas, y, por fin, eran apaleados, en forma tan horrorosa que debo librar al lector de su descripción.

La experiencia ha dado a los españoles una cara lección: ya no usurpan el territorio de los indios, y han aceptado la política de mantener la verdad y la ley, conservando amistad con ellos mediante regalos anuales. En los nuevos países se ha introducido poco a poco el orden que, aunque represivo en comparación con el obtenido en el continente del Norte, es insuficiente en relación con el desarrollo de la inteligencia del hombre. Se mantiene a la masa de los habitantes dentro de los límites de lo justo. La confianza y la honradez son, hoy día, virtudes respetadas. El campesino que llega a las ciudades desde remotos lugares, entrega «bona fide» al comerciante su bolsa de cuero de gato, llena de pesos, y retira de la bodega las mercaderías que necesita, y entrega el resto de su dinero en depósito hasta el año siguiente, sin pedir recibo por esta operación, y rara vez o tal vez nunca fué engañado por el comerciante.

Los peones pertenecientes a los fundos reciben buenos salarios, pero también son severamente obligados a trabajar, por lo cual los patrones siempre pueden contar con un cierto número de peones para las actividades agrícolas, y los trabajadores son mantenidos pese a su flojera, impertinencia y vicios; razón por la cual los robos son también rarísimos. Los viajeros son rara vez o nunca atacados por ladrones, y las casas se dejan cerradas tanto en las ciudades como en el campo. Durante las calurosas noches de verano las familias duermen seguras en las veredas frente a sus casas. Este cuadro era idéntico en la época colonial.

Por estas razones no se justifica entonces la sublevación de estas colonias contra la Madre Patria, basada en la tiranía española y en el descontento de los habitantes. No existía, en verdad, ningún descontento popular al estallar la revolución, y si no hubiera sido por el asunto del reconocimiento del rey José Bonaparte como rey de España y de las Indias, es probable que la emancipación de Hispano-América no hubiera tenido lugar. No habría español que mirase con buenos ojos a la dinastía francesa; y los jefes de las distintas colonias eran fieles a la patria madre y trabajaron con verdadero patriotismo contra el golpe de Estado de Napoleón, en la suposición

de que el orden se restablecería, tanto en España como en sus colonias.

Los criollos, por otra parte, consideraban su propio interés, y trabajaban mientras tanto junto con los españoles; la distancia de la madre patria era para ellos una garantía de que los franceses no podrían subyugarlos rápidamente.

Sin embargo surgió una controversia entre estos bandos, y la mayoría de los jefes de las tropas regulares formaron una liga, cuyo fin era apoderarse de la administración con ayuda de la fuerza militar disponible, bajo el pretexto de mantener las colonias unidas a la corona española.

A los contados jefes criollos que actuaban en nombre de España, y que de ningún modo querían reconocer la dinastía francesa, se unieron *por convicción ideológica* un gran número de propietarios y rentistas, y *por esperanza de lucro y ambición de carrera*, los buscadores de fortuna, aventureros e intrigantes. Los dos partidos principales fueron, por lo tanto, igualmente poderosos; porque si uno superaba al otro por la disciplina de las tropas regulares, éste dominaba por el número de los adeptos entre las milicias y los campesinos. Poco después empezó la lucha entre ambos grupos con alternativas de buen éxito, pero después que los españoles proclamaron la Constitución de 1812, vino un corto intervalo de tregua.

Este hecho despertó la simpatía de las colonias; y si el gobierno español lo hubiera aprovechado prudentemente, el Gobierno de España hubiera sido reconocido en todas partes; pero la situación confusa de la madre patria produjo el olvido de la situación de las colonias; y ocurrió así una nueva polémica entre los bandos, es decir, si permanecían fieles a la Constitución de Cádiz o a Fernando VII. La Constitución aprobada por las Cortes fué anulada por Fernando, que persiguió tanto a los patriotas que lo habían restablecido en el trono de España, como a los liberales más respetables de la península, los que fueron encarcelados, maltratados y condenados a muerte. Con este episodio la independencia de las Colonias, que era hasta el momento una adivinanza, se transformó en realidad segura. La finalidad de los patriotas fué la eliminación de los españoles, y con este fin se unieron todos los partidos. Las tropas regulares en adelante perdieron batalla

tras batalla y desde este período, Buenos Aires fué el foco desde donde las ideas de libertad e independencia se expandieron por la mayoría de las colonias.

Era suficiente haber nacido en la tierra americana para ser considerado patriota; igual que era suficiente motivo haber nacido en España para quedar fuera de la protección de las leyes, aun si se viviese pacíficamente y en conformidad con el nuevo orden de cosas. Cuando el jefe provisional o militar de un lugar necesitaba dinero, se extorsionaban enormes sumas de los ricos propietarios españoles, y muchas veces se usaban falsos pretextos para condenarlos a muerte o confiscar sus bienes. La furia llegó a tal punto, que los padres eran traicionados por sus hijos, que después acompañaban la marcha triunfal del pueblo, gritando «Viva la patria», junto a las horcas donde colgaban a sus padres.

Durante este período de terror la administración estuvo en manos de personas incultas: las leyes eran aplicadas a voluntad y capricho, las instituciones tradicionales fueron anuladas sin distinción y substituídas por otras a base del egoísmo, el lujo y la gloria. Como consecuencia estos nuevos Estados tuvieron un personal sumamente numeroso de empleados públicos, al contrario del espíritu de los Estados Unidos, donde se gasta lo menos posible en la administración. Así por ejemplo, la Banda Oriental del Uruguay durante el tiempo español fué gobernada por un jefe militar, con unos pocos empleados civiles bajo su mando, los que costaban solamente 12.000 pesos al Estado, mientras que por el contrario, al transformarse en República se ha creado un cuerpo de empleados públicos tan numerosos, que los gastos de la nación llegan a más de 600.000 pesos.

Mientras tanto en Chile las revueltas habían sido dominadas por los españoles. Un criollo de nombre Carrera, en vano sacrificó toda su fortuna y la de su familia en la lucha contra los peninsulares. Tuvo que refugiarse al fin en los Estados Unidos, donde consiguió formar una escuadra, con la cual regresó a Buenos Aires, pero allá fué liquidado por medio de intrigas. Este dinámico patriota fué después condenado a muerte por conspirador contra O'Higgins y San Martín y ejecutado en Mendoza.

Los españoles tenían bajo su dominio los puntos vitales de Chile, mientras que por el contrario el partido español en las provincias ribereñas del Río de la Plata sucumbió tras algunas batallas. Estas provincias poco después proclamaron su independencia en el Congreso de Tucumán. El general San Martín fué autorizado por el gobierno de Buenos Aires para organizar tropas auxiliares que en unión con los patriotas chilenos que estaban en Mendoza, lucharan por la independencia. Con un ejército formado en forma heterogénea, San Martín y O'Higgins cruzaron la cordillera, y el entusiasmo de los campesinos hizo posible a los huasos transportar cañones a través de los precipicios.

La expedición se hizo tan secretamente que los españoles no supieron nada hasta que de repente, el 12 de febrero 1817, en la Cuesta de Chacabuco, el campamento fué atacado por San Martín y sus tropas fueron diezmadas. Después de haber perdido varias batallas la fuerza española se retiró hacia el sur de Chile, donde San Martín incomprensiblemente les dejó tiempo para fortificarse, reclutar tropas, devastar el país y armar a los indios contra los patriotas. Esta última circunstancia fué especialmente desafortunada para el país tanto por los odios entre los aborígenes y los chilenos, como por los valiosos rebaños de ganado que se perdieron en la lucha (39).

San Martín, por su parte, había reforzado el ejército con los grandes recursos de Chile en aquel tiempo; de manera que cuando, en abril de 1818, el general Ossorio opuso resistencia, los españoles fueron derrotados otra vez y se retiraron con considerables pérdidas entre muertos y heridos. El odio era tan grande entre los adversarios que casi no se tomaban prisioneros. San Martín no aprovechó sin embargo

(39) Mucho tiempo después que los españoles fueran expulsados de Chile, mantuvieron entre los indios bajo el nombre de «agentes españoles», desertores y malhechores refugiados, que organizaban expediciones de indios contra los campesinos pacíficos. Uno de estos malhechores fué Benavides, que se había procurado un nombramiento de España. Después de haber cometido innumerables crueldades contra los chilenos, este criminal fué entregado por sus compañeros. Conducido a Santiago, fué ahorcado; el cuerpo destrozado y quemado, y sus cenizas dispersadas a los cuatro vientos.

de la victoria, sino que acampó en un lugar llamado Cancha Rayada, donde él y el ejército pasaron el resto del día de la batalla y parte de la noche en diversiones y fiestas. Las tropas españolas dispersas tuvieron tiempo de reunirse al notar que no eran perseguidas por los patriotas, y durante la noche volvieron a escondidas al campamento, donde encontraron casi todo el ejército de San Martín profundamente dormido. Se precipitaron de repente sobre el vivac y mataron una gran parte y dispersaron el resto del ejército patriota, que huyó en todas direcciones. Los propios generales San Martín y O'Higgins quisieron seguir a Mendoza llevando el tesoro del Estado y abandonando la ciudad de Santiago y el país al enemigo.

Pero en lugar de marchar en línea recta a la ciudad, que sin duda hubiera caído en sus manos sin resistencia, el enemigo se detuvo varios días en los alrededores, y así dejó tiempo a los soldados patriotas dispersos de replegarse hacia la capital, que fué el punto de reunión. Fué favorable también a los patriotas el hecho de que el general Las Heras, que comandaba algunos batallones del ejército de San Martín en Cancha-Rayada, durante la noche de la sorpresa no hubiera permitido que sus tropas tomaran parte en los excesos descritos, sino que había mantenido la disciplina y había colocado centinelas, etc., por lo que tuvo tiempo para precaverse del ataque de los españoles. Su regimiento fué el único que se mantuvo firme y protegió la retirada reuniendo después en sus filas un gran número de los soldados fugitivos.

Entre todos los hombres que hicieron la libertad y prestaron efectivos esfuerzos para salvar el ejército en Cancha-Rayada, distinguen los chilenos especialmente a Manuel Rodríguez (40). Su calma impávida en la hora del peligro inspiraba valor a los chilenos, y gracias a la confianza que tenían en él los guasos y los soldados de Chile, rápidamente agrupó

(40) San Martín y O'Higgins envidiaban su popularidad, y temían que los chilenos le proclamaran Jefe de la República; por esto le hicieron detener bajo falsos pretextos. Como juzgarlo ante una Corte era muy arriesgado, y hubiera podido causar la ruina de los propios acusadores, tuvieron que deshacerse de él de otra manera, y bajo pretexto de trasladarle a otro lugar, fué una noche sacado de la prisión y escoltado fuera de la ciudad por seis soldados y un oficial, y luego asesinado.

una inmensa multitud bajo su estandarte. Hizo regresar a los generales fugitivos y el tesoro nacional, y gracias a estas medidas consiguió provisiones para el ejército.

El 5 de abril de 1818 tuvo lugar en los extramuros de Santiago la extraordinaria batalla de Maipú, donde el ejército español fué total e irreparablemente derrotado.

Esta batalla decidió la independencia de Chile, y es de imaginarse la alegría de los santiaguinos de este inesperado y feliz desenlace de la lucha. Se adivinaba que si los españoles hubieran vencido, la capital habría sido saqueada sin piedad. La victoria fué celebrada con solemnes y alegres fiestas, carnavales, bailes, etc., y una de las calles principales de Santiago recibió, poco tiempo después, el nombre de calle de Maipú, como recuerdo eterno de este día tan glorioso en los anales de Chile.

Una de estas fiestas recordatorias, fué particularmente imponente y solemne y calculada para inculcar a los adolescentes el patriotismo. Al comienzo de mi estadía en Chile la vi celebrada con la pompa original, en el aniversario de la independencia y no carecerá de interés describirla.

En el centro de la gran plaza de la ciudad se plantó el árbol de la libertad, donde pendían los escudos de Chile y de los otros Estados libres de América. Las enseñas llevaban escritos los nombres de los héroes que habían caído por la libertad de Sud-América, y de las batallas ganadas por ellos. Alrededor del árbol de la libertad flameaban las banderas de las naciones independientes. Antes de la aurora se reunieron bellas jóvenes de la ciudad, de voces escogidas, vestidas de blanco, portando en sus manos coronas de laureles y flores, que formaron un círculo alrededor del árbol. Iban acompañadas por jóvenes, también de buenas voces, vestidos en frac azul y pantalones blancos, los cuales tomaron colocación haciendo círculo a las muchachas. Desde el Palacio vino el Director Supremo y los funcionarios superiores del Estado. A alguna distancia tocaba una banda militar de músicos. Toda la plaza estaba llena de espectadores.

Pronto reinó un inspirado silencio, y a los primeros rayos del sol, la bandera chilena fué izada sobre la cima del árbol de la libertad. Los cañones del castillo de Santa Lucía saludaron

con sus salvas y el coro juvenil entonó la música de la hermosa Canción Nacional de Chile (41). Las muchachas depositaron sus coronas al pie del árbol de la libertad. Durante este acto el Director Supremo y todos los asistentes estaban descubiertos, y el coro fué cantado por todo el público. Luego empezó la música y un desfile de niños de diez años de edad, llevando una pequeña espada en una mano y un ramo de laurel en la otra. Circularon alrededor del árbol simbólico, depositando cada uno su ofrenda al pie del tronco. Al anochecer tuvo lugar un baile popular en el Palacio, cuyo patio sirvió de sala de danza. La ciudad estaba iluminada, los balcones adornados, y en la plaza se prendieron fuegos artificiales acompañados de música militar. El entusiasmo que describo se fué apagando con los años, y disminuyeron las fiestas cívicas; y después de algunos años las jóvenes ya no sabrán cantar la Canción Nacional.

CAPÍTULO XI

Los héroes de la Independencia y la Administración

Los generales San Martín y O'Higgins—este último bajo las órdenes del primero—declararon independiente al país, proclamaron la República de Chile aboliendo la esclavitud (42), y prometieron al pueblo una Constitución. San Martín obtuvo de la nueva República el mando supremo de los ejércitos unidos de Chile y Buenos Aires, y después de haber derrotado a los españoles de la tierra firme de Chile—porque el archipiélago de Chiloé estaba todavía en sus manos—, se embarcó con estas tropas en Valparaíso, y se dirigió al Perú,

(41) No es tan hermosa como la que oí en Buenos Aires. Había traído un ejemplar de esta música para piano; pero se me perdió en el naufragio. No obstante espero poder enseñarla a nuestras cantantes nórdicas.

(42) Esto es algo característico de Chile, pues la esclavitud todavía existe en las Provincias del Río de la Plata, Banda Oriental del Uruguay, Perú, y si no estoy mal informado, en todas las antiguas colonias españolas. El número de negros en Chile es insignificante en comparación con el de los blancos, de manera que el malestar por la abolición de la esclavitud fué menos violento que en los otros Estados.

para libertar el Virreinato del dominio español. El gobierno de Chile quedó en manos de O'Higgins, con el título de Director Supremo.

Los chilenos se conformaron al principio con el gobierno elegido de esta manera, pues estaban cansados de la guerra y odiaban a los españoles por su conducta durante la reconquista. Las familias que tenían parentesco o amistad con los oficiales patriotas, habían sido maltratadas y arruinadas, y apenas hubo familia alguna en el país, que no hubiera sufrido en mayor o menor grado los resultados desagradables de esta mala política de los españoles (43). El pueblo y los huasos—para los cuales en general hubiera sido indiferente el triunfo de cualquier partido—todavía tenían fresca en su memoria la antigua disciplina española, y en consecuencia se sentían más contentos con la indisciplina y la flojera a que podían entregarse en esta nueva situación. El seductivo pillaje de la propiedad española, en el cual habían—sobre todo después de las batallas—tomado parte, contribuyó no poco a su júbilo por la instalación en el gobierno del general libertador.

Como la mayoría de los opulentos y educados y parte de la clase baja odiaban y temían a los españoles, no es extraño que ellos, halagados por la novedad, dejaron gobernar al general victorioso.

Pero este gobierno era despótico y débil. O'Higgins disponía a su gusto del tesoro nacional y de los empleos, y para el provecho de sus amigos no existía control sobre las entradas del país y los gastos públicos no se vigilaban. El Director Supremo, con la ayuda de su ministro de hacienda, Rodríguez, tomó medidas administrativas encaminadas al común interés de ambos. Así se dictó el nuevo reglamento de Aduanas, en el cual ciertas mercaderías corrientes, de las cuales él y el Ministro, por medio de un ex-oficial español, pero en realidad comerciante chileno, de nombre Arcos, ya habían mandado comprar una cantidad considerable, fueron gravados con un

(43) No se puede negar por cierto que los patriotas tomaron la misma venganza contra los simpatizantes españoles, pero en general fueron más clementes, pues bien sabían que las devastaciones iban a arruinar su propio país.

impuesto enorme en forma que ellos pasaron a ser los monopolistas de estas mercaderías.

Fuera del escándalo que este hecho produjo, la aversión de la nación se suscitó aún más por la disminución de las entradas aduaneras, pues el arancel fijado por el Gobierno hizo imposible a los demás comerciantes competir sin pérdidas con estos monopolistas del Estado, y en consecuencia pocas de las mercaderías se pudieron importar. Entre otros artículos el precio de azúcar y de la yerba mate subió 50%; y como estas mercaderías constituyen una parte considerable del consumo diario de los habitantes, el pueblo tuvo que pagar impuestos indirectos pero muy severos, los que recaían en el hombre de la calle y la clase obrera.

El Gobierno eligió un Congreso, que en su mayoría estuvo compuesto de los adherentes a O'Higgins, por intermedio de la cual impuso una burla de Constitución, que entregaba al jefe del Estado, entre otras prerrogativas, el poder legislativo casi completo.

Pro forma el Congreso encargó a algunas de estas personas afectas al Ejecutivo la formación de una Junta Nacional, compuesta de consejeros del Gobierno, y que en ciertos asuntos debían sancionar sus actos; pero el plan del Director de hacerse omnipotente y vitalicio se advertía claramente, y despertaba la ira y la cólera de aquéllos que habían trabajado con seriedad y sacrificios por la emancipación.

Un error inexcusable cometió O'Higgins al igual al dejar impagas las tropas que vigilaban la Frontera contra los indios, lo que provocó ante la tropa y sus oficiales el descontento contra el Gobierno, y fué la causa de que aquéllos obtuvieran subsistencias por medio de excursiones al territorio de los indios, provocando alzamientos y amenazando con la devastación y el fuego a los territorios del sur de la República.

En este estado de cosas, llegaron a Santiago las noticias de que las tropas descontentas se habían levantado contra el Gobierno y marchaban hacia la capital la división del norte en Coquimbo, bajo el mando del general Pinto, y la del sur a las órdenes del general Freire. O'Higgins mandó en su contra todas las tropas de las cuales podía disponer, y se esperaba una guerra civil.

En este período Lord Cochrane regresó a Chile para entregar el mando que la República le había confiado. Venía cubierto de gloria después de haber derrotado la fuerza de los españoles en el Pacífico. Como este valiente hijo de Neptuno tanto en Chile como en el Brasil ha sufrido críticas injustas, debo decir algunas palabras para vindicarlo de las acusaciones de egoísmo.

Se le acusa de egoísta, y es cierto que en varias ocasiones arbitrariamente se hizo pagar por su labor; pero en verdad conocía demasiado bien la naturaleza de la administración de estos países para poder actuar de otra manera, si quería cumplir la tarea con seguridad y fuerza. Su sueldo nunca le fué cancelado, aunque ambos países mencionados deben agradecerle la independencia de la madre tierra. Tenía que procurarse el dinero para el pago del sueldo de sus oficiales y la tripulación, ya que en otro caso probablemente hubieran quedado impagos, de lo cual no faltan ejemplos en los dos países en estos años aciagos.

Cochrane era extranjero y un descollante héroe naval, y por consiguiente objeto de la envidia de la mediocridad y de la mezquindad; pero era un hombre noble. Cuando cerca de las baterías del Callao abordó y capturó la fragata española *Esmeralda* con sus botes y lanchas, encontró al capitán Guise en la cubierta. Este había subido al mismo momento que el Almirante, pero del lado opuesto. Eran enemigos, porque Guise envidiaba a Cochrane; pero antes de atacar a sus enemigos comunes los españoles, extendió su mano a Guise con estas francas palabras: «Aquí, mi Capitán, somos amigos», y pelearon fraternalmente lado a lado.

Vi a este hombre extraordinario, cuando declaró a O'Higgins su desaprobación por los actos cometidos y su resolución de no tomar parte en la amenazante guerra civil. Dimitió su cargo y se despidió de los chilenos por medio de una proclama.

¿Y qué se puede decir de los demás héroes de la libertad de Sud-América? Que en Sud-América no hubo ningún Washington. El interés personal y la ambición se hacían la competencia; la libertad de los pueblos y la independencia de los países en general eran detalles para ellos. Aun Bolívar era dominante, ambicioso y déspota—aunque tal vez desinteresado—;

y son otros los nombres ilustres que han gozado y merecido el homenaje unánime de los contemporáneos. Sin embargo es un consuelo poder mencionar al general Arenales (44), que aunque menos favorecido por la suerte de las armas, sin embargo era conocido por su valentía, su ferviente patriotismo y sus nobles sentimientos, y el inglés general Miller, cuyas hazañas, cometidas exclusivamente por la libertad Sud-Americana, le han merecido el respeto y la gratitud de la mayoría de los Estados libres, en prenda de lo cual le han concedido la ciudadanía y le han obsequiado mercedes de tierra.

Hay sobre todo un hombre que con clara inteligencia y firme voluntad combina las descollantes cualidades de un hombre de Estado, los anhelos por la libertad real del pueblo, el amor a su patria y el desinterés; éste es Bernardino Rivadavia, ex-Presidente de las Provincias del Río de la Plata. Desafortunada fué la dictadura que quitó el timón del Estado de su mano poderosa. Pero volvamos a O'Higgins.

Los cuerpos del ejército de Pinto y Freire estaban a un día

(44) Riva-Agüero fué elegido por los diputados del Perú a la Presidencia de esta República, cuando Bolívar llegó al Perú con su ejército libertador. Bolívar anuló este nombramiento, arrestó al Presidente, le exiló y se proclamó Dictador. Después persiguió a todos los jefes militares peruanos que habían jurado obediencia a Riva-Agüero. Entre éstos pasaba el valiente general Brandsen, que tiempo después cayó en Ituzaingó. Bolívar le tuvo detenido durante mucho tiempo, y cuando por fin, después de varias peticiones reiteradas pudo conseguir ser juzgado por una corte marcial, ésta estaba compuesta por los partidarios de Bolívar e inferiores en grado. Fué privado de sus empleos por innoble parcialidad, exilado y declarado indigno de servir a la República.

Cuando nuestro compatriota Petré fué libertado del cautiverio en la fortaleza del Callao, había sido obligado a dar a Rodil su palabra de honor de no servir en la guerra actual contra los españoles; al llegar a Lima fué llamado por Bolívar, que le preguntó cómo le parecían las preparaciones de los sitiadores. Petré le contestó francamente que le parecía que las líneas estaban colocadas a una distancia tres veces más larga de lo necesario. Bolívar, que supo que Petré había sido un oficial ingeniero, trató entonces de hacerlo entrar a su servicio, aunque Petré ya había mencionado que estaba impedido por haber dado su palabra de honor.

En una fiesta en Lima, Bolívar se subió sobre la mesa y andando entre las copas y los platos ahí colocados, la recorrió desde un extremo al otro exclamando:

«Así voy a marchar con mis colombianos hasta el Cabo de Hornos».

de viaje de Santiago, cuando en la mañana del 19 de enero de 1823 se encontraron proclamas anónimas clavadas en las esquinas, aconsejando a la Junta Nacional, a la Municipalidad y a los ciudadanos que se reunieran inmediatamente en el Consulado para discutir los medios para salvar la ciudad y cambiar el Gobierno. A consecuencia de ellas una enorme multitud se aglomeró en la Municipalidad y sus jefes obligaron al Congreso a que por medio de una diputación comunicaran a O'Higgins el deseo del pueblo de que abandonara el país, ya que éstos querían elegir un nuevo jefe y nuevos ministros. O'Higgins no recibió a la diputación sino que la rechazó tres veces distintas con palabras violentísimas. Después con su espada desenvainada salió del Palacio y acompañado por sus ayudantes se dirigió a los cuarteles donde exhortó a los soldados para que lo defendieran del pueblo, y durante la visita recibieron alimentos, bebidas y dinero. Los soldados gritaron mecánicamente: ¡Viva el Director Supremo! ¡Viva la Patria! ¡Viva la Independencia! Después de estas visitas regresó a Palacio, cuyas entradas hizo custodiar fuertemente, y la plaza de Armas fué cercada por la Guardia de la República.

Mientras tanto los ciudadanos, empleados públicos y jóvenes desarmados, se aglomeraron en la Municipalidad y la plaza, temiendo a cada instante ser ametrallados por los soldados. Se enviaron mensajeros a los cuerpos insurgentes que se acercaban, para apurar su marcha. El batallón de Cazadores Número 7, mandado por un comandante genovés llamado Rondizzoni, y el de artillería, fueron visitados para sondear las actitudes de los jefes, y se tuvo la seguridad de que estos cuerpos con sus oficiales estaban decididos a apoyar el partido del pueblo. Pronto salieron de sus cuarteles y tomaron colocación en la Cañada.

Todo el día pasó en consejos y deliberaciones sin que acaeciera nada de importancia en ningún lado; pero hacia la noche, O'Higgins avanzó a la cabeza de sus tropas e hizo rodear la Municipalidad. Esto suscitó al principio sensación y ansiedad entre los ciudadanos encerrados; pero ahora estaban provistos en secreto de pistolas cargadas y una arma aun más efectiva—y a menudo más irresistible—, *doblones*, que a es-

condidas se repartían entre los soldados, mientras O'Higgins discutía con los oficiales sobre los preparativos para un ataque a la masa del pueblo.

Entonces se acercó a él el ministro antes mencionado, Rodríguez, y este consejero intrigante que era bastante listo para comprender que la caída de O'Higgins se acercaba, pasó por una metamorfosis repentina, y se hizo *liberal*. Se dirigió a O'Higgins a nombre del pueblo, le advirtió que no se opusiera a «la soberanía popular» sino que se acomodase a su voluntad. Entonces O'Higgins perdió su actitud tranquila, se puso fuera de sí, empezó a increpar al ministro con palabras durísimas, le acusó de doble y de tornadizo, le reprendió por ser la única causa del desorden y de la excitación actual. En el momento que pensaba dominar al pueblo con sus soldados, el jefe de la Guardia de la República, el comandante Pereira, se adelantó y declaró a Su Excelencia que él y su cuerpo no querían luchar contra el pueblo.

Esta inesperada declaración de uno de los favoritos del Director Supremo, que él mismo había designado, le hizo recuperar la calma. Y comprendió el riesgo de permanecer a la cabeza de un ejército en cuyo afecto podía tener tan poca confianza, y, confiando en que la mayoría de ciudadanos y empleados públicos reunidos estaban a su lado, se dirigió a la Municipalidad, acompañado de Rodríguez, Pereira y sus ayudantes.

Notó ahora un movimiento violento entre la multitud aglomerada; reinaba una confusión visible, durante la cual algunos ciudadanos querían impedir la entrada al Director, pero fueron acallados por los gritos de otros: «paso libre». El Director entró, se abrió camino entre la multitud y avanzó con paso firme a la tribuna; pero un criado suyo, que le acompañaba armado, fué detenido.

Después de una corta pausa, O'Higgins habló. Expuso los servicios que había prestado a la República, describió en frases optimistas la situación y las perspectivas de prosperidad, los puso en guardia contra los imberbes jóvenes que, según su opinión, habían tratado de persuadir al buen pueblo chileno de introducir un nuevo orden en las cosas del Estado y se declaró decidido a no abandonar las riendas del gobierno.

Sin embargo, su pequeña figura corpulenta unida a su tono de voz bajo, casi inaudible, no hizo la impresión que hubiese deseado en el auditorio; pues durante el discurso fué muchas veces interrumpido por los gritos negativos de: ¡No, señor!

Al terminar hubo una pausa, luego una protesta se levantó contra él. Finalmente se adelantó Infante—uno de los ciudadanos más liberales,—y le preguntó a O'Higgins con voz de trueno con qué derecho se atrevía el Director a rechazar a los representantes del pueblo, reprochándole el monopolio antirrepublicano de la dirección del Poder y los nombramientos de empleos recaídos en sus favoritos, su parcialidad, su egoísmo, etc.

El orador fué apoyado por los ciudadanos Errázuriz y Eyzaguirre, y todos ellos insistían en la renuncia como el único medio para impedir la guerra civil y la decadencia de la República. Toda la concurrencia asintió y fué obligado finalmente a firmar el acta de dimisión, después de lo cual la Junta se disolvió, los Ministros fueron depuestos, y los tres ciudadanos recién mencionados fueron elegidos para mantener el Gobierno «ad interim», aconsejados por una nueva Junta que fué nombrada provisoriamente.

Todo se realizó en adelante dentro de la mayor tranquilidad, y daba gusto ver la unanimidad, alegría y paz que reinó durante toda la noche en la ciudad, pues las familias aun hasta las dos permanecieron sentadas en las puertas, comentando los sucesos del día. El pueblo, o mejor dicho los promotores de la revuelta, consiguió así su objeto. El gobierno empezó a actuar, y el Reglamento de Aduana y otros actos de O'Higgins fueron anulados.

El antes mencionado Arcos huyó con su dinero vía la cordillera a Buenos Aires y de allí a Europa; pero el ex-Ministro Rodríguez fué capturado durante su fuga y traído de vuelta a Santiago como prisionero del Estado.

O'Higgins gozó de entera libertad y habitó durante unos días en el Palacio con su hermana, doña Rosa; pero luego se dirigió a Lima. Bolívar le prometió ayuda para reconquistar el Poder en Chile, lo que, a pesar de todas las intrigas, nunca pudo realizar.

O'Higgins era considerado como persona de carácter apa-

cible, y seguramente se hubiera hecho querer de los chilenos, si hubiera sido más independiente; entonces su séquito halagador como ahora era el caso, no hubiera aprovechado de su consentimiento para meterlo en el laberinto que le arruinó.

En el día de la revolución mandó doce baúles, que contenían sus efectos personales, para ser guardados donde mi patrón, cuya casa estaba situada frente a una de las alas del palacio, porque temía que éste pudiera ser saqueado por el pueblo, lo que no sucedió.

Esto parece probar que O'Higgins confiaba más en los extranjeros que en sus compatriotas. También sé que favoreció en varias ocasiones a los extranjeros.

Durante estos disturbios regresó desde Perú a Chile el general San Martín, donde había dejado ser jefe del ejército patriota.

Su primera época en Chile fué brillante; la romántica marcha sobre la cordillera, y la siguiente afortunada batalla en Chacabuco, le hizo ser el ídolo de sus tropas y de los chilenos. Además su personalidad tenía algo de respetable, que inspiró veneración e inclinó a que fuera obedecido y a mantener la disciplina en el ejército que mandaba.

Se le perdonaba su negligencia de aprovechar esta primera victoria, y su actitud después del triunfo en Maipú, que los chilenos no obstante atribuyeron a Rodríguez, Bazán, etc., y al antes mencionado Las Heras; pero en verdad la atribuyo a los planes del primero y la valentía del último. Se le perdonaba también su actitud inexcusable en Cancha-Rayada; pero no se le perdonó la lentitud para expulsar a los españoles del país, mientras que las tropas de Buenos Aires vivían a expensas de los chilenos. No se le perdonó, sin embargo, su lentitud en atacar a los españoles, después de haber desembarcado en territorio peruano con el ejército más completo que tal vez se haya reunido en Sud-América; y sus comunicaciones inexplicables con los generales españoles. La fundación de la Orden del Sol (45), la opulencia y el lujo que introdujo en Perú

(45) La Orden del Sol ha tomado sus atributos de la idolatría primitiva del país, por la misma razón que en los teatros los autores han aprovechado como tema las victorias de los indios sobre los españoles.

y toleró entre sus tropas, le fueron también censurados. El abandono del sitio de la fortaleza de Callao a los españoles, dió pábulo a otras críticas.

San Martín se entrevistó con Bolívar en Guayaquil—cuando éste con su ejército colombiano se acercaba al Perú—y quiso delinear un plan común con él; pero como Bolívar no quiso ponerse de acuerdo con San Martín, éste tuvo que volver a Lima; y cuando comprendió que tanto las autoridades como sus propias tropas estaban descontentos con él, abandonó el Perú y su ejército, trasladándose otra vez a Chile. Pero aquí fué recibido con cierta frialdad; y cuando la prensa liberal insinuó su participación en el triste fin de Manuel Rodríguez, y otros incidentes de su vida, tuvo que dejar el país que había celebrado sus hazañas.

Vuelto a Buenos Aires, se encontró allí también frialdad y crítica, y aunque no fué en verdad exilado, tuvo que abandonar su patria por su propia voluntad, para no oír las quejas de la opinión pública.

Tanto los habitantes de Chile como los de las Provincias del Río de la Plata, habían desde luego esperado que el jefe de los ejércitos unidos hubiese mostrado mayor eficiencia al libertar el Perú, que les hubiese recompensado los sacrificios extraordinarios que habían hecho con este fin, y no comprendían que hubiera entregado los ejércitos a la discreción de un gobierno extraño; se creían engañados en esta justa esperanza y no debe extrañarse que la opinión sobre San Martín y su reputación militar en estos países hubiera decaído.

CAPÍTULO XII

Freire.—Partidos.—Unitarios y Federales.—Constitución.—Deuda del Estado.—Expedición al Perú.—Expediciones a Chiloé.—Impuestos.—Estanco.—Forelius.—Intentos de revolución.

Antes de abandonar la ciudad de Concepción con su ejército, el general Freire había lanzado una proclama a los chilenos en que explicaba la causa de la revuelta de las tropas, a saber el descuido en que los había dejado el gobierno, y la

usurpación por el Ejecutivo de los derechos constitucionales del pueblo, renunciando de antemano a formar parte del Directorio. Cuando sus tropas se acercaron a la capital, hizo un alto, lanzó otra proclama a los habitantes en el sentido que él no iba a entrar a la ciudad hasta que el pueblo hubiese voluntariamente elegido el gobierno que deseaba, y después de realizado este acto él y sus tropas le rendirían homenaje.

Sin embargo, todos consideraban a Freire como el libertador de la patria; y tanto el Gobierno provisional como el Cabildo y la masa del pueblo creían no poder confiar las riendas del Estado a otra persona más digna, y así se le nombró Director Supremo, dignidad que rechazó tres veces, pero que finalmente aceptó, bajo el inocente pretexto de «la salvación del Estado».

Esta sutil manera de enmascarar la ambición personal se ha convertido en una costumbre en Sud-América. Así el Libertador Bolívar se excusó de aceptar el directorio al mismo tiempo que se esforzaba abiertamente por mantenerlo; y el general Rosas en Buenos Aires y sus ministros han repetido la misma farsa todos los años, hipocresía que no poco ha contribuido en estos países a adormecer el espíritu republicano y debilitar la decidida voluntad que debiera constituir la base de vida de estos Estados libres.

Los diputados tuvieron que reunirse, pero entonces se presentó a Freire un delicado asunto de la forma; porque los intereses contrarios de los terratenientes, de los empleados públicos, militares y civiles y los eclesiásticos chocaron en la discusión, y ocurrieron violentas disputas sobre las personas que podrían considerarse con derecho a voto: los propietarios mantenían que este derecho les pertenecía sólo a ellos por ser dueños de la mayor parte de la tierra; los militares consideraban que tenían derechos naturales para votar, basados en los sacrificios y sufrimientos que habían experimentado en aras de la libertad y de la independencia; los empleados civiles se remitían a su rango social, su educación y su influencia; los eclesiásticos por su parte acudían a los derechos de la religión y del culto. Finalmente se llegó a un acuerdo entre todos los partidos, por el cual los intereses de todos serían estudiados por una Junta preparatoria, con representantes de las ciuda-

des y provincias que deberían elegir cierto número de miembros en proporción a su población.

La consecuencia fué que Santiago y las provincias más pobladas, eligieron mayor número de diputados que Coquimbo, Concepción y las otras provincias juntas; y ocurrió el hecho de que los diputados de la capital y provincia de Santiago, casi siempre pudieron decidir sobre los asuntos que se trataban en las discusiones. Esta circunstancia, junto con el resentimiento que las demás provincias demuestran a Santiago por su opulencia y poderío, causó un descontento y odio de parte de ellas que empezó a amenazar con la bancarrota del sistema y se pensó en introducir el sistema federal, cuya aplicación había costado inmensos sacrificios en la Argentina.

Como muchos de mis lectores deben carecer de una clara idea de lo que realmente eran los partidos Unitarios y Federales en Argentina, partidos cuyas luchas han empapado la tierra americana con sangre, y por muchas generaciones han arruinado parte de los Estados recién creados, será, sin duda, oportuno entrar en aclaraciones.

Como lo dice su nombre, los Unitarios se basan en el principio de *unidad*, esto es: quieren tener todo el país subordinado bajo *un* gobierno—cuyo jefe puede llamarse Gobernador, Director, Presidente, Junta, Senado o lo que se quiera—, el cual deberá tener en sus manos el poder legislativo y ejecutivo y la última instancia tanto en los procesos civiles y criminales como policiales. Este gobierno sería elegido por tiempo fijo por los diputados del país, y tendría poder para nombrar a los gobernadores, jueces y otros altos empleados de las provincias para cobrar los impuestos, usando las entradas fiscales solamente en interés del Estado y obligado a dar cuenta de sus actos ante las Cámaras. Este sistema trata de lograr una economía benéfica para todo el país; porque hay muchos distritos que han tomado el nombre de provincias, cuya población solamente llega a unos pocos miles de personas, entre las cuales a menudo no es posible encontrar un solo individuo cultivado; por lo cual no sólo carecen completamente ahí de personas apropiadas para llenar los altos puestos de estas provincias, sino que el pago de todo un cuerpo de empleados públicos sería necesariamente muy oneroso para un número tan pequeño

de habitantes. La experiencia ha también probado con qué indiferencia y mala voluntad estas provincias han prestado sus contingentes de soldados y dinero en ocasiones de guerra, u otros acontecimientos, que eran comunes para todo el Estado; y estas circunstancias son la verdadera causa de la terrible lucha entre Buenos Aires y las demás provincias del Río de la Plata.

Los Federales, por su parte, miran el gobierno federal de Norte América como norma y espíritu de su sistema. Los dirigentes de este partido opulento son los propietarios, que durante los primeros tiempos de la libertad han ganado influencia, sea por medio de las armas, sea por medio de dinero y sobre todo por la dignidad de sus altos puestos en las provincias lejanas, donde más tarde dominaron a los habitantes igual que los reyes «Fylkin» en nuestra patria. Las distancias que les separaban del gobierno central les hacía fácil eludir sus órdenes, poder usar violencia contra los menos poderosos de la provincia sin ser castigados, y cuando así querían podían levantar al pueblo en masa o por medio de la agitación, el odio y la envidia, o por promesa de pillaje, o por alusiones al orgullo nacional e ideas quiméricas de independencia regional.

El general Rosas, el jefe del partido federal en las Provincias del Río de la Plata, posee una estancia cerca de Buenos Aires y goza del aprecio general de los gauchos. Aunque es un hombre culto se ha opuesto a las leyes del país en varias ocasiones y ha impedido su cumplimiento dentro de los límites de sus predios, y de esta manera peligrosos criminales, condenados a muerte, han encontrado un refugio, sin que los defensores de la justicia hayan osado reclamarlos.

En un país con una población tan pequeña y tan dispersa, las formas políticas del gobierno federal parecen inoportunas, y donde han sido aplicadas, han detenido el desarrollo de la cultura y la riqueza por mucho tiempo. Bien distinto es el caso de los Estados Unidos. La educación, la industria y la inclinación al orden heredados de Inglaterra y también de otros Estados europeos han sido trasplantados por los colonizadores antes de estallar la revolución, y por estas razones los hombres inteligentes, educados y justos—hombres serios con altruismo y voluntad religiosa—han sido los caudillos

del pueblo: es unión de colonias pequeñas integradas como Estados en la Unión principal cuando tuvieron bastante fuerza física y moral, libertad de religión y conciencia, por lo cual los eclesiásticos estaban incapacitados para manejar a los hombres, lo que desgraciadamente todavía es el caso en mayor o menor grado en los Estados Sud-Americanos.

Cuando, como ya se ha mencionado, la discordia entre las tres provincias principales de Chile amenazó con la desunión del país, el Gobierno y la junta pensaron seriamente en la división de la República en varias provincias pequeñas, para así prevenir toda rivalidad. Esta proposición fué aceptada más tarde en forma que el territorio fué dividido en ocho asambleas llamadas Asambleas Provinciales, cuyos miembros en igual número eran nombrados por electores elegidos por las comunas, que contaban con un número de entre seis a ocho mil personas. Estas asambleas tenían que examinar y presentar al Congreso sus observaciones sobre todos los proyectos de leyes, antes que pudiesen ser sancionados como ley.

Los diputados fueron también elegidos por los electores de las comunas; pero en estas elecciones reinaba un desorden tan espantoso en votos de individuos que aun no habían obtenido su ciudadanía, de los vagabundos, de los extranjeros y también de soldados, que los heraldos de los partidos distribuían atrevidamente en sus listas, publicadas en los diarios. Los votos se entregaban y se registraban en mesas colocadas al aire libre, siempre se reunía una multitud mixta, y a menudo ocurrían violentas disputas.

Las disposiciones no alcanzaron a cumplirse, por lo cual los diputados se reunieron rápidamente en Santiago, y en un Congreso aceptaron una Constitución provisional, la cual fué jurada por el Director Supremo, los Ministros y las autoridades, el 29 de diciembre de 1823; en que se vió algo extraño en una República, pues los interesados hicieron lanzar dinero al pueblo para hacerse aclamar, lo que fué hecho con muy poca voluntad.

Los eclesiásticos tenían sin embargo tanta influencia en las

elecciones que una gran parte de los diputados estuvo constituida por miembros de esta profesión venerable, y como la mayoría de los demás tenían ideas aristocráticas, la consecuencia de sus deliberaciones fué una Constitución muy incompleta. No se toleraba en ella ninguna religión fuera de la Apostólica, Católica y Romana: no se fijaba ningún control sobre la administración pública y los límites entre los poderes legislativo y ejecutivo quedaron indecisos. Un artículo contenía por cierto la frase que todos los chilenos eran iguales ante la ley, pero esto se convirtió en una quimera.

Los extranjeros que hubieran permanecido en la República durante seis años y gozaran de buena reputación en sus oficios y hubieran pagado impuestos al Estado, podían tener derecho a la ciudadanía; sin embargo, no podían casarse con una chilena a menos que fueran o se hiciesen católicos. No obstante se hacían excepciones, cuando la necesidad lo obligaba. Pero hasta la ciudadanía se podía comprar con dinero, de lo cual, entre otros, mi patrón es un ejemplo: se hizo ciudadano aun cuando había estado establecido solamente un año en el país.

Como el país estaba regido por las leyes españolas y éstas, como todas las instituciones de la madre patria, eran odiosas para los chilenos, se hizo necesario su cambio; se nombró para ello una comisión para estudiar un nuevo código criminal y civil; pero nunca se supo el resultado de sus discusiones y de su trabajo.

Los chilenos habían logrado deponer un Director Supremo, nombrar a otro, y habían conseguido una Constitución. Su dignidad había despertado, y al pensar en el ejército que habían mandado al Perú, y al recordar sus antiguas hazañas, se electrizaban; y como el antiguo Gobierno había prometido apoyar al Ejército Libertador con tropas auxiliares, el Congreso decidió que una expedición de 500 hombres sería despachada. Pero carecía del dinero para ello. El Estado había contraído deudas considerables dentro del país, cuya existencia y cantidad ya no podía ocultar, dado que el mismo gobierno al cobrar los impuestos no recibía los papeles del Gobierno (bi-

lletes) sino por una cantidad menor que la mitad de la suma que debía ser pagada, y exigía que la otra mitad debía ser pagada por el deudor en metálico.

Por entonces llegó una nota oficial del Encargado de Negocios de Chile en Londres, con la noticia de que por cuenta del Estado él allá había contratado un empréstito de (si bien recuerdo) cinco millones de pesos. Esta medida había sido tomada por el gobierno anterior, y sorprendió al Congreso, porque contraer una deuda en el extranjero era una idea repulsiva para la nación, y se sabía por experiencia que la administración no siempre había economizado el tesoro nacional. Por consiguiente el asunto encontró fuerte resistencia de parte de algunos diputados; pero como el gobierno carecía de recursos, necesitaba dinero. Muchos canales secretos se utilizaron para ablandar las conciencias duras e implacables de los diputados opositores, y al fin se resolvió el asunto favorablemente.

En consecuencia, se pudo equipar, con toda rapidez, un ejército de 3.000 hombres, que poco después se embarcó en Valparaíso y zarpó, bajo el mando del general Pinto, hacia el Perú; pero, al llegar al puerto de Arica, encontró a los patriotas fugitivos, un insignificante resto del ejército del general peruano Santa Cruz, que el día anterior había sido totalmente derrotado, cerca de Arica, por el prudente y valiente general español Valdés. Pinto, en vista del desastre, inmediatamente hizo reembarcar a sus tropas y volvió con ellas a Chile.

Mientras tanto Freire había juntado algunas tropas cerca de Concepción, para castigar a los indios que habían entrado al territorio chileno al mando del cacique Pincheira. Estas tropas unidas al ejército que regresaba del Perú, formaron el grueso del ejército que debía ocupar a Chiloé.

Chiloé, o más bien dicho el archipiélago de Chiloé, está situado al sur de Valdivia, entre los 41 y los 44 grados latitud sur y constituye hoy una provincia de Chile, compuesta por una isla grande y 46 pequeñas, y era en ese período el único punto del territorio chileno que ocupaban todavía los españoles.

Estas islas tienen alrededor de 22.000 habitantes, de los cuales la mitad está compuesta de indios civilizados, y la otra mitad de españoles criollos. La isla más grande, Chiloé, de la cual el archipiélago ha recibido su nombre, posee tres pueblos, a saber San Carlos, Castro y Chacao, los cuales, sobre todo el primero, además de ser buenos puertos están bien fortificados.

Los españoles habían organizado la defensa bajo el mando de oficiales de rango, y habían fortificado todos los caminos de acceso a la isla grande (lo que es fácil en un territorio tan accidentado); y como los habitantes también les eran afectos, podían darles instrucción militar y por esto podían oponer a sus enemigos una fuerza respetable.

Los chilotes (los habitantes de estas islas) son generalmente pequeños de tamaño, pero trabajadores, sufridos y pacíficos y los frecuentes matrimonios entre militares españoles y las chilotas, han contribuído no poco a convertir a los indígenas en amigos de los españoles y enemigos de los patriotas.

Los preparativos de Freire habían detenido la expedición largo tiempo. Los españoles sabían de antemano que los iban a atacar, y en consecuencia estaban preparados para recibirles. La estación del año era además muy avanzada, así que, al desembarcar con su ejército (a fines de marzo o a principios de abril de 1824) en Chiloé, una lluvia continua había cambiado los valles en lagunas y los pastos en pantanos, lo que, junto con la valiente defensa de los chilotes, hizo imposible que sus tropas avanzaran, y después de varios ensayos repetidos y siempre desafortunados, tuvieron que retirarse con considerables pérdidas entre muertos y heridos.

Esta doble derrota hizo que la nación quedara descontenta con Freire. Su indulgencia como brazo ejecutor de las leyes, la corrupción de algunos de los ministros y empleados, y sobre todo el uso incomprensible y nunca explicado del Empréstito, que al principio del año 1824 ya estaba completamente agotado, contribuyó no poco a aumentar el descontento de la nación hacia él.

La medida de cobrar impuestos exorbitantes a los españoles que habían quedado en el país ya no se podía usar más; y el Estado tenía pocas entradas con excepción de las de la Aduana, que, como ya se ha mencionado, habían disminuído considerablemente por las disposiciones de O'Higgins. Era solamente el «diezmo» que pagaban los propietarios, el impuesto principal, y esta obligación se hacía por medio de un cálculo clemente, muchas veces arbitrario. También fué una consecuencia natural de las disposiciones económicas incontroladas de la administración, que el pueblo estuviese adormecido con la idea de hermosos días y una orden social sin preocupaciones, en una sociedad aliviada y sin tributos. El pueblo no comprendía que no hubiese ganado nada con la revolución, y tal vez en ese caso hubiera reaccionado encontrando la razón para examinar más cerca la administración de los gobernantes, lo que hubiera sido bien desagradable para ellos.

Ahora había llegado el momento crítico de sacar al pueblo de su equivocación, la miseria estaba a la puerta, había que aplicar medidas de alta emergencia, introducir un sistema racional de contribuciones. Este sistema fué proyectado por el Ministro de Hacienda, Benavente.

Hasta ahora, salvo el comercio que pagaba los derechos de Aduana y diezmo, solamente la producción de oro y plata pagaba tributos. Todas las otras profesiones estaban libres: así comerciantes, artistas, artesanos, hosteleros, etc., aun siendo extranjeros, ejercían sus oficios en bodegas y tiendas, sin pagar ni aun el más pequeño impuesto al Estado. Hasta la venta de tabaco, que durante la época española había sido uno de los estancos, era libre desde el principio de la revolución.

Al contrario, los gastos para la mantención de caminos y puentes, eran pagados por los traficantes, y en las ciudades por los dueños de las casas y sus arrendatarios.

Por consiguiente no era tarea fácil inducir al pueblo a pagar impuestos, después que había gozado de una libertad tan ilimitada. Benavente tuvo sin embargo bastante valor para abocarse a ello, y redactó el proyecto que el Congreso aceptó más tarde, aunque con modificaciones considerables.

Su proyecto estaba fundado en un catastro de bienes raíces y actividades comerciales según su importancia, capital pre-

sunto para ejercerlas, y las ganancias calculadas. Los grandes fundos deberían pagar impuestos proporcionalmente considerables. Los comerciantes que poseían barcos o mantenían bodegas mayoristas, tendrían que pagar anualmente: los extranjeros 200, los nacionales 100 pesos. Los artesanos y almaceneros: los extranjeros 25, los nacionales 12 pesos. Hosterías, salones de billar, cafeterías, bares, etc. desde 50 a 100 pesos. También los extranjeros deberían pagar el doble que el chileno. Los «faltes», o sea lo que los franceses llaman «colporteurs», deberían pagar 2 pesos, lo que parece mucho en comparación con sus ganancias. Estos llevaban en los hombros un cajón, atravesado por varios listones, de los cuales colgaban tejidos, cintas, paños, collares, sedas, hilos, etc. que habían comprado a crédito y a un precio elevado de los comerciantes. Con estas mercaderías andaban de casa en casa, como vendedores ambulantes, y pregonaban sus mercaderías. El número de faltes es considerable: uno los encuentra en todas las calles.

—El Congreso estuvo de acuerdo en aprobar este proyecto, en las partes que no herían los intereses de los propietarios y capitalistas; porque a estos caballeros no se les podía de ninguna manera inducir a desistir de sus antiguas prerrogativas. Sin embargo Benavente, que había ideado el proyecto, fué públicamente criticado por los contribuyentes, aunque en verdad se le debe todo el gran mérito de esta medida rápida y bien fundada. Otra operación financiera de este mismo Ministro restó, sin embargo, méritos a su obra patriótica.

El mencionado empréstito inglés gravó al Estado con un servicio de alta tasa de interés, además de la garantía del gobierno y la falta de recurso para pagar el interés anual, y amortizar el capital. Por esta razón el Ministro Benavente propuso que por medio del Estanco de ciertos artículos de importación consiguiera el Estado una entrada suficiente para dicho fin. Después de varios debates el proyecto fué aprobado por el Congreso, y en consecuencia se entregó a una sociedad anónima formada por los más ricos capitalistas del país, el monopolio de importar o vender toda clase de alcoholes, vino,

tabacos, cigarros, naipes, café y té. Este contrato debía terminar tan luego como el gobierno hubiera alcanzado a cancelar el empréstito inglés. Los impuestos aduaneros moderados que se fijaron debían ser pagados por la sociedad.

Sin embargo el precio de todos esos artículos fué alzado a su capricho por la sociedad, lo que despertó el descontento y el enojo del pueblo. Una revolución en el comercio y la producción fué una de las desafortunadas consecuencias. Los comerciantes que ya tenían provisiones de las mercaderías monopolizadas, fueron obligados a entregarlas a la sociedad a un precio bajo, o bien a reexportarlas dentro de un tiempo fijo, sin restitución de los impuestos aduaneros, lo que causó la ruina de varias casas de comercio. Muchos ciudadanos de la clase baja perdieron sus salarios por la prohibición que tenía la sociedad de manufacturar en el país estas mercaderías, y especialmente la fabricación del tabaco, rapé y cigarros que había sido hasta entónces el mayor sostén de esta clase de gente.

Los accionistas, que así habían obtenido en gran parte el derecho de cobrar impuestos a todos los ciudadanos, escalaron por sus crecientes riquezas el poder y una peligrosa influencia se dejó sentir, algo como un estado dentro del Estado. Choces con los gobernantes fueron las lógicas consecuencias de este estado de cosas, pues al comenzar su ejercicio la sociedad rehusó pagar las sumas acordadas, bajo el pretexto de que algunas medidas y decretos las consideraba en desacuerdo con los privilegios que había obtenido por ley.

El gobierno tuvo que ceder ante la aristocracia comercial; pero se encontró en las mayores dificultades, pues varios años pasaron sin que la casa comercial en Inglaterra que había otorgado el empréstito, pudiera recibir una sola vez el interés vencido. La falta de orden y el descuido del Ejecutivo contribuyeron no poco a aumentar el conflicto; porque cuando más tarde la sociedad del Estanco pagó su contingente anual en forma más regular que antes, gran parte de los ingresos quedaron en manos de la administración.

Los españoles estaban mientras tanto en posesión de Chiloé, que, por su latitud, constituía un importante punto de repliegue y reunión para los barcos que España posiblemente mandara al Pacífico, y un refugio para los españoles fugitivos de Perú y Colombia, lo que era tanto más peligroso para Chile, pues podían unirse con los indios, y excitarlos a incursiones contra los chilenos, para lo cual siempre estaban dispuestos.

En la primavera de 1824 Freire emprendió una nueva expedición contra las islas, con un ejército de alrededor de tres mil hombres bajo su propio mando, durante la cual el brigadier Borgoño (46) sirvió como Ayudante General. La estación del año fué la apropiada. Los objetivos fueron tomados por sorpresa al desembarcar, y en consecuencia el comandante español Quintanilla entregó Chiloé con todas sus islas, pueblos y fortalezas, por medio de una capitulación amplia. La provincia fué incluida a la República y el comandante Aldunate fué nombrado su Gobernador. Tomó parte como secretario un sueco: Daniel Forelius.

Como muchos suecos todavía deben recordar a este compatriota, séame permitido dar una corta descripción aquí de sus actuaciones en Sud-América.

En 1822 llegó a Valparaíso en un barco sueco, al mando del capitán Ambrosius, junto con otro sueco llamado Osterling, que poco después se dirigió a Lima. Es una alegría tan grande encontrar compatriotas en lugares tan distantes de la patria, que no se necesitan presentaciones oficiales para saludar al recién llegado y darle una cariñosa bienvenida. Esta franca y cariñosa recepción fué dada a Forelius el mismo día que llegó a Santiago, por parte mía y de Ahrengren. Su inteligencia le hizo familiarizarse con el idioma castellano en un tiempo extraordinariamente corto, y su alegre e interesante personalidad contribuyó a introducirle en las mejores familias. La casualidad de que el Mayor Grayner había estado en Chile

(46) El antes nombrado Ahrengren fué su ayudante y se distinguió en esta expedición.

algunos años antes—ambos se habían conocido personalmente y tal vez tenían el genio algo parecido—contribuyó en extremo a despertar y mantener la extraordinaria buena voluntad que recibió de la mayoría de las familias distinguidas; y sus amigos se alegraban con la esperanza de poder aun ver su espíritu y sus talentos usados en obras de bien público; pero le sucedieron varias desgracias. Fué nombrado teniente del batallón N.º 7, y acompañó a la expedición a Arica, pero fué separado junto con su compañía, y mandado a Lima, donde con verdadera bravura tomó parte en el sitio de Callao. Pero las familias que se interesaban por su futuro le persuadieron después que regresara a Chile. Poco después recibió la promesa de un puesto permanente en Lima de una poderosa casa comercial. Pero las circunstancias, por desgracia, no le permitieron aceptarlo.

Como secretario del Gobernador de Chiloé se distinguió por sus útiles reformas, la presentación y la preparación de informes, la introducción de periódicos, etc., por lo cual la administración de Chiloé se consideraba superior en progreso y efectividad a la mayoría de las provincias Sud-Americanas. Se casó y tuvo varios hijos. La última noticia que recibí de él fué en 1829.

Después de la conquista de Chiloé, Freire hubiera debido dejar un batallón veterano y prestigioso, pero en lugar de esto dejó allí un cuerpo de la tropa del Perú y desmoralizado, un cuerpo formado de negros que era fácil para los emisarios de Bolívar engañar. Los sueldos fueron cancelados e inmediatamente la fuerza militar se rebeló, a raíz de lo cual La Fuente y Aldunate (hermano del Gobernador)—ambos oficiales al servicio de Bolívar—fueron proclamados jefes del movimiento por la guarnición, en espera de la llegada de O'Higgins.

Estos hechos produjeron alarma en Chile y al año siguiente el gobierno tuvo que preparar una nueva expedición. La caja fiscal estaba vacía, la tropa del ejército estaba tan descontenta como la guarnición de Chiloé, por la misma causa, a saber por sueldos no pagados. Esta expedición hubiera probable-

mente tenido que aguardar mucho tiempo, si el inglés De Vic Tupper (que desde 1822 estaba al servicio de Chile) no se hubiera ofrecido a recuperar Chiloé poniéndose a la cabeza de 300 hombres elegidos.

El gobierno aceptó esta arriesgada idea de lograr los objetivos deseados sin mayores sacrificios, y los otros jefes militares no opusieron resistencia, como podía presumirse en una empresa tan peligrosa, fácil de malograrse. Pero la fortuna favoreció al intrépido joven. Había obtenido el permiso de elegir personalmente los mejores hombres de los distintos batallones, y no recibió a nadie que no viniera como voluntario. Después de embarcarse con 300 soldados, penetró durante la noche a San Carlos, y con la mayor presteza sorprendió y conquistó las fortalezas una tras otra y así Chiloé quedó en manos del gobierno.

Regresó Tupper victorioso, la envidia lo silenció pero el pueblo le hizo justicia.

Más tarde ascendió a teniente coronel y a coronel, y finalmente a Gobernador del distrito de Coquimbo; pero se vió envuelto en los disturbios internos del país, y cayó víctima de la feroz crueldad de los soldados. Abandonado por sus propios compañeros y gravemente herido, se defendió mucho tiempo contra cinco soldados enemigos, que le rodeaban; pero finalmente se rindió, pero el soldado que había aceptado su sable atravesó con él el cuerpo de su noble prisionero.

Reanudando el hilo del relato, Freire y sus Ministros que habían causado por desidia la revuelta de Chiloé, no fueron castigados; solamente La Fuente fué tomado prisionero, pero poco tiempo después pudo dirigirse libre a Lima; y no pasó mucho tiempo antes que estallara una nueva revuelta en Chiloé, la cual probablemente habría tenido graves consecuencias, si el gobernador Aldunate—reinstalado en su cargo junto con su secretario—no hubiera tenido la energía suficiente para procesar de facto y ahorcar a los instigadores, que eran ocho en total.

Sin embargo, las tropas de la República y también los em-

pleados civiles permanecían impagos, lo que dió motivo para que los partidos de oposición activaran la propaganda contra el débil gobierno de Freire.

Una noche, el batallón llamado Guías abandonó su cuartel y se dirigió a los alrededores de la ciudad después de haber apresado a los oficiales, a excepción de un capitán llamado Valenzuela, que les capitaneaba. Formaron los rebeldes una tropa de reclutas, y proclamaron el cambio del gobierno. El plan era nada menos que levantar a todo el país, unir al cuerpo de reclutas a todos los descontentos vagabundos y saquear las haciendas, lo cual ya el primer día habían intentado en un gran latifundio cerca de Santiago, donde habían acampado y vivían como Cresos con las gallinas, el ganado, el vino y la chicha (47) del propietario.

En Santiago el Gobierno estaba frente a grandes dificultades. Hubiera debido reducir a la obediencia a este pequeño cuerpo, para lo cual hubiera sido más que suficiente la guardia nacional montada; pero el espíritu de fronda dentro de esta guardia era similar al de las tropas regulares, y finalmente Freire tuvo que dirigirse personalmente donde estaban los revoltosos para parlamentar. Pidieron y obtuvieron dinero, y como comandante al oficial que habían elegido ellos mismos. Les fué prometida una amnistía general, lo que Freire sin embargo no cumplió, pues Valenzuela fué arrestado.

La calma estaba restablecida; pero los sueldos de las tropas seguían impagos, y frecuentes revueltas acaecían. Excepcionalmente grave fué la provocada por los coroneles Sánchez y Viel, ambos jefes de batallones.

De las tropas estacionadas en Santiago, parte había sido persuadida a unirse con los revolucionarios, y Sánchez tuvo hasta la temeridad de pedir al Congreso en sesión plenaria la dimisión de Freire y del directorio, y lo que era contrario a lo prescrito en la Constitución, a saber: «Que el directorio

(47) Esta es una bebida ácida, que se bebe aquí como la cerveza en Suecia. Se prepara de uva o frutas fermentadas, y es agradable al paladar, sobre todo la preparada de manzanas, que en Concepción he encontrado precisamente tan buena como la sidra norteamericana. Emborracha y constituye la bebida favorita del huaso.

debía durar tres años». Sin embargo Sánchez fué proclamado Director Supremo en medio de la sorpresa de las personas cultas.

Por supuesto Sánchez había astutamente esperado la sesión en que los miembros del Congreso concurrieron en corto número, y la casualidad hizo que entre los presentes la mayoría era de su partido, lo que decidió la votación en su favor.

A tiempo Freire fué advertido de los sucesos, se dirigió con el batallón de Guías, que le era fiel, más allá de la Cañada, y de allí envió mensajeros a varias regiones para reunir las milicias. En Santiago se unieron a su bandera la mayoría de los jóvenes distinguidos de la ciudad, que compartían la opinión general de la ineptitud de Sánchez para el puesto que aspiraba. En pocas semanas Freire tuvo un respetable grupo de intrépidos jóvenes, todos bien montados, bajo sus órdenes.

Sánchez y Viel desdeñaron ocupar la ciudad, y pasaron toda la noche siguiente en debates y discusiones.

El jefe de artillería Borgoño y los coroneles Beauchef y Rondizzoni, fieles al gobierno, pudieron mantener sus fuerzas acuarteladas, y cuando Freire a la mañana siguiente se acercó a la ciudad, las tropas se unieron a él y poco después los demás cuerpos siguieron su ejemplo, en forma que Sánchez y Viel tuvieron que entregarse en manos de Freire.

Daba pena ver a este hombre, que el día anterior estaba inflado de vanidad (Sánchez), conducido entre soldados, para oír su futura suerte de boca de su jefe traicionado, pero victorioso.

No encontró simpatía alguna en el pueblo, y cuando rotos y palomillas le persiguieron a los gritos de: «Viva Sánchez! el director mono, el director macaco», hubo risa general entre los espectadores.

El castigo que se le impuso junto con Viel fué simple destierro, y pocos días después fueron enviados a Lima, para lamentar allá su desgracia en compañía de O'Higgins.

Varios otros intentos de rebelión se alejaron durante la administración Freire, hasta que finalmente el Director Supremo se aburría de los disturbios permanentes y después de haber sido jefe del Estado durante tres años, se retiró en 1826 del Directorio, dedicándose a la tranquilidad de la vida privada.

CAPÍTULO XIII

Nueva Constitución.—La caída de los liberales y Freire.—La victoria del Estanco.

El Congreso eligió como sucesor de Freire, pero con título de Presidente, al Almirante Blanco Encalada, que había sucedido a Cochrane en el mando de la flota chilena; pero apenas se vió éste a la cabeza de los asuntos políticos, se le ocurrió asustar al Congreso con los imaginarios peligros de la invasión de Chile por los españoles, aludiendo a un partido español existente en el país, a las secretas intrigas de éste contra la independencia de la República, etc. Blanco Encalada llegaba a la conclusión de que su nombramiento como Director Supremo sería la única manera de salvar al Estado.

Los crédulos diputados se entusiasmaron tanto con sus promesas y amenazas, que estaba a punto de aceptar sus sofismas y acordar lo que había pedido, cuando Infante nuevamente tomó la palabra y probó que todos los argumentos de Blanco eran falsos. El discurso de Infante obtuvo la aprobación unánime y Blanco Encalada fué obligado a renunciar; después de lo cual Eyzaguirre fué nombrado Vice Presidente. Era un hombre prudente y justo, y dirigió la República mejor que ningún otro de sus antecesores.

Pero esta calma no duró largo tiempo, porque nuevas desavenencias se suscitaron entre los partidos. El Estanco se apoderó rápidamente de la riqueza del país, y luego suplantó además a la misma administración. Era la política de esta sociedad tratar de atraer a su lado a todas las personas y corporaciones que tenían alguna influencia en el gobierno, y pronto se vieron los empleos más altos ocupados por personas que estaban directa o indirectamente interesadas en la Sociedad.

Especialmente activos fueron sus agentes electorales que trataron de obtener mayoría en el Congreso próximo a elegirse. Sabían lo descontenta que estaba la masa de la nación con los privilegios otorgados al Estanco, y temían que los diputados del pueblo, al reformar la Constitución provisional de 1823, suprimirían los monopolios, lo que significaba la rápida disolución de la Sociedad. Para poder afrontar la resistencia

de los militares en caso de violencias, encontraron un remedio y gracias al dinero y a nombramientos oportunos se atrajeron a una parte de los jefes y oficiales.

Mientras tanto los liberales trabajaban contra el Estanco y sus planes de dominación, cuyos candidatos, a pesar de todos los esfuerzos de la sociedad, llegaron a constituir la mayoría en el Congreso que en 1828 se reunió en Valparaíso. Esta asamblea revisó la Constitución provisional a base de las observaciones hechas por las asambleas provinciales. Valparaíso, que era también la sede principal del partido del Estanco, estaba lleno de agentes provocadores que produjeron violentos debates, pero finalmente una nueva Constitución fué aprobada y jurada, la cual, aunque difería poco de la antigua del año 1823, terminó con los monopolios y los declaró ilegales.

Con estas medidas la suerte del Estanco parecía haberse decidido. El pueblo estaba contento, y los liberales se daban la mano llenos de confianza; pero el momento todavía no había llegado, y el poder y la influencia del Estanco habían aumentado al punto que ellos podían oponerse a la voluntad del Congreso.

Hasta ahora el Estanco había tratado indirectamente de influenciar al gobierno, lo que había logrado; pero en 1828 se apoderó violentamente del poder, y levantó contra los liberales un ejército bien pagado al mando del general Prieto, que había estado inactivo mucho tiempo.

Los liberales se habían mientras tanto fortificado en las cercanías de Santiago, al mando del general Freire, cuya ambición no le permitió gozar de la calma filosófica en que había vivido desde su dimisión, en compañía de su joven y simpática esposa.

Prieto también se aproximaba a Santiago, cuyos habitantes, temiendo ser víctimas de estos dos ejércitos, en caso de batalla en la ciudad o sus alrededores, persuadieron a Freire para que abriera negociaciones. Una tregua fué el resultado, pero fué violada por las tropas de Prieto, y los soldados de ambos ejércitos se acometieron en una sangrienta batalla, durante la cual varias casas fueron saqueadas, y entre otras también la del Cónsul General de Francia, Martín La Fo-

rest (48). Finalmente Freire y sus tropas tuvieron que abandonar la ciudad. Después de algunos meses una nueva batalla se libró entre los dos ejércitos, en la cual Freire y los jefes liberales fueron capturados y después deportados. Freire probó su suerte a la cabeza de los liberales; pero el ejército del Estanco tenía dinero, y el liberal carecía de recursos, y por lo tanto los soldados se pasaron a las filas del primero, y Freire perdió la importante batalla de Lircay, que aseguró a la Compañía del Estanco la supremacía en Chile. Su carrera terminó de la misma manera que su rival y predecesor (O'Higgins). También escogió a Lima como su refugio en donde tal vez la suerte parecida de ambos los convertiría en amigos.

El Estanco se entronizó en el gobierno, y probablemente todavía siga la República. Quedan pocas esperanzas al pueblo de poder librarse de este yugo político. El Estanco posee todos los recursos del país y los medios para mantenerse, hasta influye en la nueva generación, porque es natural que todo joven con aptitud y ambición de profesar su carrera, tiene que tratar de ganarse el favor de esta sociedad, si quiere tener éxito, y es igualmente lógico que el Estanco sabrá y podrá controlar si no el voto mismo del pueblo en las elecciones de diputados, por lo menos las sesiones del Congreso, y, en última instancia, obtendrá la realización de acuerdos que favorezcan sus designios políticos.

(48) Primeramente, los Estados Unidos, después Inglaterra, Holanda, y las ciudades hanseáticas habían reconocido la Independencia de Chile; pero la política de Francia se había opuesto al reconocimiento, aunque las especulaciones del comercio francés en este país habían dado resultados magníficos, y las relaciones comerciales entre los habitantes aumentaban anualmente, y éstos por consiguiente podían aspirar a la protección de sus gobiernos.

Finalmente el Gabinete francés se decidió a atender a los pedidos de sus súbditos, y nombró agentes para Chile y Perú, bajo el nombre de Consules Generales que debían proteger los intereses comerciales. En esta calidad llegó el señor La Forest a Chile y fué acreditado, aunque no podía mostrar credenciales diplomáticas de su gobierno. El señor Desfossée que partió a Perú con el mismo título, no fué reconocido por Bolívar. Conoció a este último en Santiago. Me contó que durante nueve años había sido Cónsul General de Francia en Estocolmo; hablaba sueco bastante bien y fué condecorado con la cinta de la orden de Wassa. Me dijo que re-

CAPÍTULO XIV

Industria y minas.—Arenas auríferas.—La decadencia de las minas.—Minas de oro.—Minas de plata.—Empresas mineras inglesas.—Minas de cobre.—El minero.—La economía en las minas.—Petré.

Todavía los chilenos no han podido dedicarse por entero a la industria, artes y ciencias. La guerra contra los españoles y sus desavenencias civiles han absorbido su tiempo y su actividad. A consecuencia de ello la nación podía apenas alcanzar objetivos más lejanos que la defensa propia y su mantención. Los tiempos también habían cambiado mucho; lo que entonces estaba en plena marcha, fué interrumpido por la revolución. Nuevas necesidades surgieron que requerían un nuevo desarrollo de la fuerza humana. La dispersión de las fortunas, que anteriormente pertenecían a un número pequeño de magnates y capitalistas, abrió por cierto ahora nuevos horizontes a un mayor número de empresas individuales. Sin embargo, la atención estaba todavía concentrada en el pasado, y las supersticiones y las antiguas costumbres impedían toda novedad. En este proceso se mantuvieron las empresas útiles que los antepasados habían desarrollado. Se conservó el cariño a la madre tierra que habían roturado por generaciones, y las faenas íntimamente relacionadas con ella.

Lo primero que atrajo la atención del español al descubrir este continente, fué el metal noble. Toda su alma pareció ligarse al oro y a la plata americana. Se olvidaron los demás valores para sacrificarse completamente ante este ídolo metálico. Ello produjo la habilidad tan común en los descendientes de españoles y criollos para encontrar dichos metales; aunque el clima, la facilidad de vivir y la pereza, gradualmente apagaron en ellos la ardiente sed descubridora de sus antepasados. Sin embargo, la explotación de las minas se ha mantenido como rubro principal de la industria chilena; y si durante los

cientemente había estado en Suecia y alabó a su gobierno y su pueblo. Fué una agradable sorpresa para mí recibir tan frescas noticias, porque la correspondencia entre Chile y Suecia era entonces bastante lenta e insegura.

disturbios políticos del país ha sufrido abandono, será probablemente la mayor ocupación económica del país y sus resultados sobrepasarán con mucho todo lo que los antepasados han obtenido y aun han podido esperar de esta actividad.

Chile es rico en oro. Sus montañas y ríos contienen reservas de este precioso metal. Parecerá increíble a los lectores, pero es un hecho cierto, que en Chile se ve a menudo gente sacando arena aurífera de las acequias que tanto en Chile, como en todos los demás países sudamericanos, corren por en medio de la calle.

Un día vi en Santiago, al pie de mi ventana, dos huasos ocupados de esta faena, provistos de un trocito de madera, una pequeña calabaza, en forma de un cucharón, y un jarro con agua. Tan luego sacaban un poquito de tierra, la colocaban en la calabaza, vertían un poco de agua al jarro, después de lo cual la sacudían y así continuaron hasta que el oro—no completamente limpio todavía—quedó a la vista; después de lo cual sacaron nueva tierra y así prosiguieron hasta la noche, obteniendo más oro que el total del sueldo diario.

Este método se emplea aquí siempre; pero para purificarlo se mezcla con mercurio en una pequeña batea que se agita acompasadamente hasta que el oro se amalgama con el mercurio y se separa de las otras partículas impuras, después de lo cual la masa se aprieta con fuerza en un trapito de hilo húmedo, que después se coloca sobre fuego, con lo cual se evapora el mercurio, y el oro adquiere la forma de una bola metálica.

Sin embargo, para ésta, como para las demás empresas, se necesitan conocimientos, experiencia y disposiciones que logren hacer lucrativa la profesión. Hay en Chile ciertos entendidos en el arte, que pueden discernir a primera vista cuál piedra, tierra o arena rinde más, y que en un día pueden extraer y purificar más oro que otros en seis o diez; pero por indiferencia o indolencia rara vez ejercen su profesión por cuenta propia con la energía suficiente para reunir un capital para la vejez.

Conocí en Santiago a dos de estos hábiles buscadores de oro (generalmente salen de a dos). Partieron de la ciudad hacia las regiones exploradas de antemano, provistos de una

pequeña bolsa de provisiones y las herramientas mencionadas. Se quedaron catorce días fuera; después de lo cual volvieron a la ciudad, cada uno con dos bolas de oro del tamaño de una bala de mosquete, que vendieron inmediatamente a un joyero francés, quien, después de pesar el oro, les pagó cierta suma por quilate, pero siempre con un seis a diez por ciento menos de su valor. Al recibir el pago los «mineros» se fueron a un «bodegón» (49), de allí a una «chingana», así alternativamente, hasta que la plata se gastó, saliendo de nuevo en busca de oro otros catorce días. De esta manera siguieron viviendo todo el año, mientras el tiempo y la estación los ayudaban.

Minas de oro, plata, mercurio, cobre, plomo, estaño, etc., hay en Chile en abundancia; pero de éstas hay muchas abandonadas desde la época española; y éste es el caso especialmente con las minas de oro; aunque también las ricas minas.

(49) Así se llaman las bodegas cuando tienen taberna, almacén y paquetería juntos. Pulpería es tienda de menor importancia y que vende solamente licores de mala calidad. Los bodegones están ubicados en las cuatro esquinas de las casas de la ciudad, donde se cruzan dos calles. Ahí se vende al por menor: caña (un ron ordinario; pero no obstante de mejor calidad que la llamada Caizasa en Brasil, o «Finkel» en Suecia), «charquí», tocino (la carne gorda del cerdo, de la que se separa la carne), vinos del país, frutas, pan, mantequilla, queso, salchichas, pescado (frito en manteca), azúcar, café, cigarros, tabaco entero, polvo de rapé, aceite de comer, cereales, papas, aceitunas, grasa, velas, huevos, sombreros de Guayaquil, agujas, hilo, pañuelos y corbatas de mala calidad, calzados, vestidos, etc.

Estos bodegones están siempre, sobre todo en las noches, llenos de gente baja de ambos sexos, que bailan allí al son de la guitarra, juegan al naipe, cantan, riñen, comen, beben y fuman. Este comercio es sumamente lucrativo, y hace generalmente la fortuna de los italianos, españoles y portugueses.

Es extraordinaria la cantidad de aceitunas que la gente consume en estos lugares. Chile produce gran cantidad, se adoban en una salsa, aliñada fuertemente con hojas de laurel y pimienta y se salan en aceite verde de oliva y un poco de agua salada. Los «huasos» generalmente no consumen sino dos tortillas y una vasija de alrededor de dos almudes de aceitunas; y muchas veces tuve ocasión de ver el apetito con que consumían este alimento tan repulsivo a mi paladar; pero finalmente aprendí no sólo a comerlas, sino también a apreciarlas, debido al hecho de encontrarme durante un viaje en una región donde no había ninguna otra cosas para comer. Entonces las probé y las encontré excelentes. Las aceitunas son baratas y cuestan alrededor de tres reales el almud.

de plata, que bajo el dominio español habían producido enormemente, en gran parte están abandonadas, o se trabajan en pequeña escala aun la rica mina de Potosí. Esto se debe a muchas razones; pero sobre todo a las siguientes:

1.º—Los españoles tenían capitales sobrados con los cuales en gran parte efectuaban sus trabajos y la confianza entre estos capitalistas era casi ilimitada, lo que produjo asociaciones duraderas para un fin común; al contrario, ahora los capitalistas están dispersos; la confianza ha desaparecido, en consecuencia pocas sociedades pueden formarse, y si se logran algunas, duran poco. Sucede con las minas como con otras empresas, que lo que se trabaja en gran escala siempre rinde más que lo que se produce en pequeño.

2.º—Durante la época española la manera de vivir era ordenada, y el pueblo obedecía a las leyes; de manera que un trabajo siempre se podía emprender con plena seguridad de poder contar con una cierta y no muy cara mano de obra, por medio de la cual las operaciones proseguían en forma continua. Ahora, por el contrario, pocos dueños de minas pueden estar seguros de mantener sus trabajadores por un tiempo largo y muchos se ven obligados a cesar el trabajo en sus minas por falta de trabajadores, de manera que éstas se inundan y finalmente son abandonadas.

3.º—Por lo que toca solamente a las minas de oro, el trabajo de chancar, moler y purificar el mineral es mucho más agotador y difícil que la fundición de la plata, por lo cual también se necesita mayor capital, y como se puede extraer el oro de la arena más fácilmente y con menos costo, los criollos se han dedicado últimamente casi exclusivamente a la faena de la purificación aurífera. Para ello se emplean ahora mujeres y niños, que luego adquieren destreza en enjuagar y purificar el oro, ocupación sencilla. La estación más apropiada para esta tarea es en la primavera, o mejor aun el verano, cuando se han agotado los riachuelos.

La mayoría de las minas conocidas, tanto de plata como de cobre, contienen también oro. Desde la época española sobresalen los siguientes lugares, tanto como asientos mineros auríferos, como por la abundancia de arenas: Copiapó, Huas-

co, Coquimbo, Petorca, Quillota, Tiltil, Illapel, Putaendo, Carén, Alhué, Chivato, Nancagua, etc.

Esta última mina estuvo abandonada por mucho tiempo, hasta que en 1823 dos ingleses, Feering y Davidson, empezaron a trabajarla. La veta desviada hacia abajo se había llenado de agua por descuido. Por ello no podían alcanzar a la parte más rica, sin molestias y gastos, pues las maquinarias necesarias para desaguar la mina todavía no eran comunes en Chile. Los ingleses se vieron obligados a abrir un «socavón» desde el lado de la montaña, para así poder preparar un desagüe seguro desde la base más baja de la veta. Este trabajo fué difícil, y continuó por varios años hasta que tuvieron éxito. Hay que observar que en Chile el minero generalmente no usa explosivos, sino que afloja trozos o pedazos de roca con la barreta (una barra de hierro puntiaguda y con la punta bien templada, que empuña con las dos manos). Generalmente el socavón se hace bajo y estrecho, y no pueden trabajar sino a lo sumo dos personas. Sin embargo, la montaña por donde pasaba este socavón contenía tanto oro que pagaba los costos del trabajo. La faena no alcanzó a terminarse durante el tiempo que permanecí en Chile, y después no he oído si el resultado ha correspondido a las esperanzas de los dueños.

Al este y sur de Valdivia hay yacimientos que, según se dice, son los más ricos del país; pero están dentro del territorio de los indios, y por esta razón no pueden ser aprovechados por los chilenos.

Minas de plata de calidad diferente hay en casi todas las partes montañosas, y la mayoría de los lugares recién mencionados contienen cantidades variables. Copiapó, Coquimbo, San Pedro Nolasco, Aconcagua y Uspallata, en la frontera con Cuyo, se destacan sobre los demás, porque en estas minas a menudo se han encontrado considerables trozos de plata pura, y allá el mineral generalmente rinde de un 40 a 60 por ciento. Ultimamente las regiones cerca de Coquimbo han sobresalido por las ricas minas de plata descubiertas allá.

En 1827 un minero estaba sentado en un cerro, cerca del pueblo de Coquimbo. Algunos niños pastores estaban jugando cerca de él y se entretenían lanzando piedras, cuando de pronto una de las piedras cayó cerca de los pies del minero; por ca-

sualidad la levantó y descubrió entonces que era de plata pura, y al examinar el cerro encontró varias piedras semejantes. Había descubierto por casualidad un yacimiento de ricos minerales. En seguida se dirigió al pueblo para obtener su concesión.

Aquí debemos explicar que las explotaciones mineras en la Colonia habían sido favorecidas por el Gobierno español con estatutos y privilegios especiales, los que todavía servían de ejemplo a los chilenos. Según estas ordenanzas, cualquiera persona que descubriese un yacimiento tenía el derecho de inscribir el hallazgo y la región circundante— aun si el yacimiento estuviese dentro de la propiedad de otra persona—, con la condición de que el descubridor empezara a trabajarlo bajo pena de la pérdida de su concesión.

Al llegar la persona que había descubierto aquel yacimiento a la ciudad, con las pruebas de su hazaña, se difundió el rumor y fué rodeado de especuladores, que le hacían ofertas insignificantes por la mina, de manera que cuando le ofrecieron algunos cientos de pesos, fué tan estúpido que aceptó la oferta, y así vendió su concesión.

Luego que se supo en toda la vecindad lo rica que era la mina, desde los pueblos cercanos todos los cateadores trataron de conseguirse del nuevo dueño un terreno en la línea de longitud de la veta, y en poco tiempo se vió a gran parte de la población de Coquimbo emigrar hacia la mina. Aun de Santiago y otras partes partieron especuladores con un capital de algunos miles de pesos en dirección a esta tierra prometida. Algunos volvieron opulentos capitalistas; otros, la mayoría, quedaron arruinados. Estos últimos carecían de experiencia en minería y además les habían tocado terrenos donde la plata era menos abundante, o donde la veta se había desviado.

He oído a mineros afirmar que las vetas en estos yacimientos generalmente toman una dirección horizontal; pero, sin embargo, en un país cuya superficie ha variado por tantos fenómenos geológicos que actúan tal vez desde tiempos antiquísimos, no se puede ni se debe confiar completamente en este método práctico; y un curioso ejemplo de esto ocurrió al mencionado señor Petré, en la mina de San Pedro Nolasco, perteneciente al comerciante inglés señor Humphrey Bunster. Bajó

con el señor Bunster a la mina, mientras Bunster se quejaba de la dificultad y de los costos subidos de mantención de la mina y de la molestia de sacar el mineral de esa profundidad. Después de retornar a la superficie, Petré hizo una excursión a la vecindad, siguiendo la línea de la veta, y llegó entonces a una llanura cercana, en cuyo extremo se alzaba una cadena de montañas. Luego de ubicar bien el sitio, hizo excavar la cadena de montañas y encontró allí la veta, a la misma altura horizontal de la mina de Bunster. Probablemente debido a un violento terremoto se había alterado la superficie de la tierra y el lomo de montaña se había hundido formándose en su lugar una llanura. Gracias a este descubrimiento, el señor Bunster pudo seguir el trabajo con resultados más favorables.

La experiencia es necesaria para explorar y trabajar las minas aunque las vetas sean muy ricas, y esto lo han aprendido con grandes pérdidas las empresas formadas en Inglaterra (1824-25) para explotar los yacimientos de Chile y del Perú.

El plan de estas empresas era que el trabajo en las minas, tanto en su administración como en los detalles técnicos, debía realizarse según métodos ingleses, y solamente se debería emplear mineros ingleses. De acuerdo a esta opinión, fueron contratados en Inglaterra, en condiciones onerosas, tanto los administradores de los establecimientos, los ayudantes científicos, como también los oficiales y subalternos (porque tenían títulos militares y escalafón) y aun los simples mineros. El administrador general de una de estas empresas en Chile, Cameron, tenía 30.000 pesos de sueldo anual, fuera de otros privilegios, y los dos subjefes, 25.000 pesos cada uno. Los otros oficiales y suboficiales, los técnicos, médicos, trabajadores manuales, etc. y mineros, que trajeron sus mujeres, niños y menaje de casa, eran pagados en la misma alta proporción. Si se agrega a esto los costos del transporte y de alimentación de todas estas personas durante el largo viaje de Inglaterra, alrededor del Cabo de Hornos hasta Valparaíso, o de Buenos Aires por la vía de la cordillera, se puede imaginar el monto total.

Por mucho tiempo estuvieron dudosos los administradores, dónde debían empezar el trabajo; y cuando finalmente esto fué decidido (se determinó fuera cerca de Coquimbo) nadie,

ni aun los mineros quisieron vivir en los «ranchos», que se empleaban en Chile como viviendas para el personal. Hubo que edificar casas decentes para toda la colonia (si se la puede llamar así), y maestranzas al estilo europeo, antes de poder empezar el trabajo de las minas; y cuando, a pesar de todos los sacrificios, la empresa no tenía un número suficiente de trabajadores, se insistió en emplear trabajadores ingleses radicados en el país. Tampoco aquí podían los ingleses prescindir de su nivel de vida y del lujo en la comida a que se habían acostumbrado en Inglaterra, lo que era bastante costoso de conseguir en Chile. Hasta en sus trajes la clase trabajadora inglesa mostraba una suntuosidad muy extraordinaria para este país. Los «Miners» se vestían de ternos de lana, por lo cual también fueron motejados por los mineros chilenos de «señoritos» u «obreros de casaca».

La consecuencia fué que varios años pasaron en medidas preparatorias, lo que junto con los sueldos, fletes y el sostén costoso de la gente, inútilmente absorbía el capital de la asociación, sin que pudiese mostrar resultados de importancia. El mismo capital, con una administración moderada y establecida según los principios del país, probablemente hubiera podido producir beneficios inmediatos.

Por estas causas fracasó completamente la empresa, y otras dos más abiertas por capitales ingleses. Por fin se juntaron ellas en una sola compañía, que tampoco tuvo buen éxito.

Esta empresa gigantesca que, según he oído tendría por fin influir políticamente en el país, ha introducido en Chile considerables capitales y los ha puesto en circulación, contribuyendo no poco al progreso de la minería nacional. Los chilenos se han confirmado en su opinión, general en el país, y que debería ser aceptada como axioma, de que las empresas de esta índole deben estar basadas en las experiencias del país y sólo se pueden introducir cambios poco a poco con experimentación previa.

Tal vez no exista otro país con minas de cobre más abundantes o más ricas que Chile. Empezando con la provincia de Santiago y continuando hasta el desierto de Atacama—frontera norte de la República—, en todas las cadenas de montañas hay abundancia de este metal; y en consecuencia el cobre

constituye un importantísimo artículo de exportación, sobre todo en las regiones alrededor de Coquimbo, Copiapó y Huasco. Casi todos los barcos norteamericanos que vuelven desde el Perú e intermedios atracan en estos puertos, y cargan allá barras de cobre a la medida de su tonelaje. Los comerciantes residentes en Coquimbo tienen grandes depósitos de este mineral, comprado por cuenta norteamericana; y como este cobre es de la calidad más pura, se usa en los Estados Unidos para forrar los barcos.

Al considerar la abundancia inagotable que posee Chile de metales nobles, uno se imagina que muy pocos especuladores dedicaran su trabajo y sus capitales a las minas de cobre, las que a primera vista, parecen rendir una utilidad pequeña en comparación con las minas de oro y de plata; pero el que así piense cae en un error; pues aunque el valor intrínseco del cobre es insignificante, la abundancia compensa el precio.

Los yacimientos de cobre son comunes. Forman «vetas» anchas y compactas que pueden ser trabajadas ventajosamente a flor de tierra, en forma productiva, segura y fácil. El minero no necesita concentrarse en una veta, lo que sucede a menudo en el caso de yacimientos de oro y plata; tampoco necesita asociarse con más personas para sacar el costoso desagüe de la mina. Cuando ocurre uno de estos accidentes, abandona el pique, y empieza de nuevo, sin necesitar alejarse mucho desde el lugar donde comenzó; y por dicha razón muchos capitalistas, pero sobre todo los trabajadores independientes de menores recursos, se dedican principalmente al cobre.

El «ingenio» se establece junto a una napa de agua y cerca del socavón de la mina. La fundición se verifica en varios hornos menores, los que se calientan con fuelles. El «patrón» vive allá en forma sencilla pero cómoda. El bodegón lo provee a él y a los trabajadores con alimentos que se descuentan en las planillas de pago. Los obreros acuden por su propia cuenta, y en número considerable, hasta de los pueblos más lejanos, cuando los yacimientos están cerca del ingenio y son fáciles de trabajar. Generalmente sacan del bodegón las provisiones de la semana durante la cual se mantienen y trabajan continuamente en el yacimiento que han elegido. Cada sábado llevan al ingenio el producto que han obtenido durante la semana,

acarreado el mineral en burros, mulas o caballos, en árguenas de cuero. El metal es examinado por el patrón, y si es admitido se amontona en fila aparte para cada minero.

Si ocurriese, lo que rara vez pasa, que el rendimiento del trabajo semanal no equivaliera a las sumas adelantadas al trabajador, después de haber restado del valor lo que éste había sacado del bodegón, y otros anticipos, los costos de fundición del mineral, y la parte correspondiente al patrón, tal trabajador no recibe más crédito, salvo circunstancias particulares que pudiesen garantizar su capacidad.

El cobre se extrae durante la estación seca y se beneficia durante la lluviosa, en que se elabora el aporte de los trabajadores. Después de fundido se divide el producto en dos mitades entre el minero y el patrón. Muchos trabajadores que han tenido inteligencia al elegir sus estacas y tienen más costumbre y destreza en la extracción, y que pueden vivir económicamente, han podido volver a sus pueblos con un capital suficiente para sostener sus familias durante todo el año. Al contrario, otros ganan muy poco, o—como antes he aludido—en pocas semanas gastan el producto de varios meses. En verdad esto último es un caso más raro entre los mineros verdaderos.

En muchos respectos las características de este tipo de obreros tiene una gran semejanza con la que imperan en Suecia. Sencillo en el hablar, austero de costumbres, franco en sus expresiones, he aquí el retrato del minero chileno. Y para que el lector se persuada de la semejanza hasta en los menores rasgos, voy a agregar que no es inferior a los mineros suecos en ocurrencias y réplicas apropiadas, a veces agudísimas; todo bajo una apariencia modesta e indiferente. Generalmente es frugal en la comida y bebida, serio por naturaleza y muy económico; pero a la vez es hospitalario y alegre a su manera, y amigo de la fiesta entre amigos. Se distingue del «huaso» por su traje sobrio y serio.

Fuera de otras comodidades, que el patrón tiene que proporcionar a sus trabajadores, el hierro y el acero constituyen un requisito indispensable, especialmente para afilar, remendar y también fabricar *barretas*. Es cierto que éstas se importan en grandes partidas desde Inglaterra (50); pero los mine-

(50) Siempre he tenido la opinión de que en este país como en otras

ros están descontentos con su forma y su temple, y además muchas veces la distancia del ingenio a los pueblos hace imposible al patrón reemplazar las que se han inutilizado o procurarse mayor cantidad cuando aumenta la faena.

Herrero y fragua son indispensables en las minas; y ellos dan también entradas fijas al propietario, debido a la necesidad diaria de estos servicios, sobre todo de herraduras y clavos. Al emplear un herrero, el patrón generalmente llega a un acuerdo con él calculando los gastos de instalación y los materiales en proporción al trabajo que va a desarrollar.

Lo mismo sucede generalmente con el «bodegón», al cual el patrón provee de todas las materias necesarias para comer y beber, etc. El «bodegonero» recibe, después del balance, una tercera parte o la mitad de las entradas netas. En algunas partes se hace un inventario a fin del mes, en otras cada tres meses. El patrón recibe con toda confianza el dinero que hay en caja, calcula lo vendido, y si el porcentaje llega a la suma calculada, o está por encima de ella (lo que casi siempre sucede), el bodegonero continúa en el negocio sin más trámites; pero si la ganancia no llega al porcentaje fijado, se le suprime.

Los domingos y días festivos, la gente acude desde las «villas» y «parroquias» más cercanas, montados y vestidos con sus trajes de gala. Las mujeres vienen también montadas al anca—detrás del jinete—sobre un pelero o un paño, tendido en la grupa del caballo. Algunas montan sus propias sillas, que tienen la misma forma que las que usaban antiguamente

partes donde no hay maestranzas, Suecia puede competir con el extranjero en la venta de herramientas pesadas como taladros de minas, fraguas y tornos, hachas, palas, rastras, puntas de arados, herraduras, espuelas, ejes de hierro y otras herramientas, que son importados a Chile exclusivamente por los ingleses. De ellos he enviado descripciones y aun dibujos a Suecia. Estos, lo mismo que mis observaciones de Argentina y mi descripción completa del comercio de Buenos Aires y Montevideo, mandada últimamente (en 1830) desde Río de Janeiro a Suecia, han tenido la desgracia de ser conservados en archivos privados y nunca han llegado al público en general.

Si se considera la escasez de esta clase de noticias desinteresadas desde partes tan lejanas, y si al mismo tiempo se anota la indiferencia con que a veces se reciben las investigaciones y los sacrificios del viajero, verdaderamente no hay que asombrarse de que sean pocos los viajeros que se dediquen a la ingrata tarea de mandar datos útiles al país que los ha visto nacer.

las damas en Suecia, y que todavía emplean las campesinas suecas. Generalmente se cubren con terciopelo café y se adornan con bordados y flecos de plata y cintas de seda.

Tan luego como la gente se instala en el bodegón, comienzan inmediatamente las carreras, y alrededor de la cancha se forman «chinganas», para cuyo objeto el bodegonero ha conseguido guitarristas y cantantes. La ganancia del día en los tragos que se expenden compensa con creces los gastos de conseguir los músicos. Sus refrescos no se toman en cuenta, pues la cortesía con el bello sexo es tan común aun entre la gente baja, que ningún «mozo» (joven) deja de obsequiar dinero o refrescos a la ninfa cuyo canto y música le ha agradado.

Estos bodegones constituyen un factor de importancia en la economía de un ingenio, porque fuera de la importante ventaja que proporcionan por la concurrencia de muchos trabajadores, el patrón tiene en estas entradas una ganancia que compensa los sueldos exagerados de los obreros. Las ganancias de estos establecimientos son considerables, sobre todo en los establecimientos donde se cruzan varios caminos.

La «ganga» del cobre, que está mezclada con varios metales como oro, plata, plomo, etc., tiene un aspecto brillante de variado color. Del señor Petré recibí muestras, bastante hermosas, de más de veinte minas de cobre diferentes, así como también de varias minas de oro y plata. Ellas se perdieron en el naufragio del barco *Atlas*.

En la época mencionada, Petré trabajaba las minas de cobre de Tiltil, pero como en varias ocasiones he dicho en este libro, es necesario apuntar algunos datos biográficos sobre este meritorio compatriota.

A su llegada a Chile, Petré entró al ejército, como oficial ingeniero, después de la batalla de Maipú. El y el señor Dalbe, de nacionalidad francesa, eran entonces los oficiales más hábiles de aquel cuerpo. Aburrido de las intrigas de San Martín y O'Higgins, Petré pidió su retiro, y al ser aceptada su renuncia se instaló en la cercanía de Copiapó, para trabajar las minas de cobre que allí había, en lo que tuvo tanto éxito que ya logró juntar un pequeño capital antes de empezar a trabajar en el comercio. De la pérdida de su barco y propiedades, de

su encarcelamiento y liberación, el lector está informado en lo ya escrito.

Después de haber recuperado la libertad hizo algunos viajes a la costa Oeste, por cuenta de comerciantes limeños, en calidad de sobrecargo; pero poco pudo ganar en este giro, y como muchas veces había sido solicitado por la firma Bunster & Vidder de Santiago de Chile, para explotar una de sus minas, abandonó la profesión y volvió a Chile, donde el señor Bunster le hizo la oferta de cualquiera mina que quisiera escoger entre sus múltiples ingenios de oro, plata y cobre. En compañía del señor Bunster, Petré hizo entonces un viaje durante el cual visitaron varias pertenencias, y después de reflexionar eligió las minas de cobre de Tilttil. Con la debida autorización, en compañía del señor Bunster, reabrió un viejo ingenio llamado Tapigüe, situado en la parroquia de Tilttil, dentro de los límites de una hacienda de nombre Polpaico, que pertenecía a una señora Rojas, que tuvo por la ley que ceder un vasto terreno para abrir el establecimiento.

Petré empezó inmediatamente a trabajar. Su primera obra fué la construcción de un horno de reverbero, según modelo inglés. Trabajó él mismo como constructor, maestro albañil y muchas veces de obrero. Tuvo éxito en parte, a saber porque sirvió el horno para la purificación del cobre fundido de fuelle; pero no se pudo aplicar a la fundición de la «ganga».

En seguida plantó una gran viña y más de 500 árboles frutales, cercó sus propiedades y edificó una mansión de adobe, de acuerdo al estilo nacional.

En esa época tuve ocasión de visitarle, y me informé entonces de la manera de construir en Chile, que seguramente interesará a los lectores técnicos de Suecia.

Después de ubicar las cuatro paredes exteriores se entierran en las cuatro esquinas, y a una profundidad de seis cuartas, los «horcones», troncos de árboles de un diámetro de nueve a doce pulgadas. Los horcones son de madera durable y alcanzan la altura de las vigas, que arrancan de sus coronaciones. Se entierran firmemente en el suelo y se coloca entre ellos un tablón, unido por tablas gruesas, sin fondo ni tapa, de una longitud de siete cuartas, de un ancho de tres cuartas, y tres cuartas de alto. Los dos extremos de la estructura están uni-

dos. Cerca del sitio de la construcción de amontonan cantidades de greda humedecida, mezclada con guano de caballos, suficiente para la faena del día. Estos materiales son acarreados por los «peones» en «capachos» (bolsas de cuero) hasta la construcción. Al llegar a un «horcón», el tablero se coloca a sus dos lados, y de esta manera se logra abarcar toda la circunferencia del edificio, dejando las aberturas para las puertas y ventanas. Un muchacho está continuamente salpicando con agua la greda durante la trituración, para prevenir el endurecimiento. Al terminarse las murallas se coloca el marco del techo, y luego las vigas, que se embarran con una delgada capa, sobre la cual se colocan «coligües» (una clase de bambú) atravesados, que se cubren con paja o totora.

La separación de las piezas se hace por medio de listones, colocados casi en la misma forma empleada para construir cercados; en seguida se embarran para formar los llamados «tabiques», que a veces se blanquean.

Las demás instalaciones, ventanas, puertas, pisos, entretechos, etc., se hacen después con excepción de la puerta principal.

Esta manera de construir permite techar una casa de una longitud de diez brazas, cinco brazas de ancho y dos brazas de alto, en 14 días, a base de cuarenta operarios.

El mismo procedimiento se usa también para la construcción de murallas para cercos, donde la falta de maderas no permite otra clase de rejas. Este sistema es apropiado, donde la tierra es gredosa. Tengo que dejar constancia que generalmente la greda de los países de Sud América, es de buena calidad.

Visité a menudo a Petré. Vivíamos juntos cuando iba a Santiago. Nos llevábamos bien, nuestras opiniones eran parecidas, y terminamos siendo amigos íntimos. La última vez que le vi fué a fines de septiembre de 1827, cuando hice una visita a su ingenio, para despedirme, porque me iba a trasladar a Valparaíso por un tiempo. Relataré el viaje.

Después de haber encontrado un «baqueano» (guía), que en realidad es un huaso bien montado que se emplea para cuidar los rebaños, partimos a las 4 de la mañana. El tiempo era agradable, de primavera, y el viaje fué simpático por la charla alegre del baqueano. Era conversador, habló de su familia,

y discurrió largamente sobre su habilidad en la profesión, que en realidad consistía en manejar montado un «birlocho»; entre Santiago y Valparaíso, dos veces por semana. Era divertido escuchar su amor propio de ciudadano, al contar de sus aventuras durante el viaje con «los huasos» y «las huasas», a los cuales siempre aludió con los epítetos de «lesos», «simples» o «rústicas».

Pasamos por tierras despobladas, cerros cubiertos de espinos, valles planos, revestidos de un verdor fresquísimo, en donde encontramos sucesivamente un higueral, una sementera de trigo, una yeguada, una «manada», un rebaño, un rancho, un arroyuelo y un pantano. Este último paso fué lo más desagradable del camino. Para vadearlo ensayamos varios lugares, y los caballos tuvieron gran dificultad en levantar las pezuñas, pues a cada paso se hundían hasta la rodilla en el barro. Fué necesario un fatigante viaje a pie, y creo que nada hay tan aburrido como una cabalgata por esta clase de terrenos.

Aun mi alegre compañero, de cuya boca brotaba continuamente un raudal de cuentos y chistes, empezó a ponerse aburrido y misantrópico. Por fortuna, después que habíamos pasado en silencio un cuarto de hora, se le soltó de nuevo la lengua y la conversación se restableció, y cruzamos alegremente el resto del pantano. Por último orillamos un estero de estrecho cauce, cubierto de arena y piedrecillas, que durante el invierno es ancho y profundo, pero que ahora era tan solo un arroyuelo de quedo murmullo. Seguimos luego en la dirección del arroyuelo; para evitarnos las curvas, y como generalmente lo atravesamos montados, rara vez el agua subió de la altura de las rodillas de los caballos.

Es en Chile regla común fundada en la experiencia, no dar al caballo ni alimento ni agua durante los viajes, sino al acampar por la noche, porque de esta manera el corcel conserva su agilidad y velocidad. Por el contrario, si se le da de beber y comer, se pone pesado y perezoso, e incapaz de aguantar mayores esfuerzos. El jinete emplea en Chile el mismo método para su caballo que, según dicen, emplea el campesino de Finlandia con su estómago, quien durante los largos trabajos al aire libre y cuando las provisiones empiezan a escasear se

abrocha su cinturón más ceñido alrededor de la cintura, a medida que las provisiones disminuyen, lo que, según se dice, conserva sus fuerzas y le impide sentir apetito. Al igual, durante la cabalgata el huaso aprieta a menudo la cincha de su caballo, probablemente para así prevenir que el vacío del estómago se haga notorio.

Después de un viaje de siete horas, llegamos por fin al ingenio de Petré. Estaba en casa, me recibió cariñosamente y me introdujo en su nueva casa, ahora completamente terminada y bastante agradable; aunque sin más piso que la misma tierra. Después del almuerzo, Petré hizo ensillar dos caballos con elegantes «recados». Montamos y partimos a inspeccionar sus tierras. Los caballos eran «de paso», y aunque yo estaba bastante molido después del viaje matinal, fué para mí un verdadero placer avanzar columpiado por mi regia cabalgadura a paso rápido por sobre cerros y valles. No ocurrió accidente alguno a los caballos que, bien entrenados, ni aun resbalaron a través de las abruptas quebradas.

La propiedad se encontraba en muy buen estado. Ovejas y cabros pastaban en los cerros; los vacunos en la lejanía y la viña prometían una cosecha excelente. Fué para mí una alegría escuchar las calurosas expresiones de mi amigo sobre aspectos prometedores de la propiedad; seguir sus cálculos para el futuro, y percibir que un hombre cuya carrera militar había sido distinguida en hazañas y brillantes actuaciones, y cuya suerte en años maduros había sido triste, de nuevo podía aclimatarse en una actividad humilde y sencilla. El lugar debe ser hermoso durante el invierno y al principio de la primavera, cuando el río trae bastante agua; pues entonces serpentea en múltiples curvas alrededor de los terrenos. El horno de reverbero da un aspecto imponente a la propiedad, con su alta chimenea en forma de torre. El bodegón, donde a menudo se reúnen los vecinos para efectuar chinganas, carreras y otras fiestas, presta alegría al lugar, situado en una región monótona. Grandes pilas de «gangas» de cobre yacían dispersas alrededor del horno de reverbero, esperando la época del otoño para ser beneficiados. El plano alrededor de la casa estaba sombreado por frondosas y refrescantes higueras.

Con sus empleados Petré era serio, pero cariñoso y hospita-

lario con sus vecinos, sin distinción de personas. Había adoptado las maneras francas, sinceras de la gente de Chile y vestía como aquí se acostumbra, sombrero de Guayaquil, poncho y botas para los viajes. Era amante de la música y tocaba la flauta con gusto y precisión. Su repertorio era hispano-americano y el himno nacional de Argentina era su melodía favorita. Me fué difícil hacerle ejecutar el vals del Tirol, la «Polonaise» de Vogler o algunos trozos suecos. A veces permitía a sus empleados y algunos de los vecinos, bailar en el salón. El mismo era buen danzarín, y participaba en los alegres bailes chilenos. Su genio parecía no haber perdido nada de su alegría primitiva, sus movimientos eran ágiles, y demostraba—sobre todo a caballo—vigor y destreza.

Uno de sus vecinos más cercanos era el arrendatario de Polpaico, de nombre Marcos, con su hija mayor Rosario, o en diminutivo, Rosarito. Bien sabía yo que a Petré le gustaba esta señorita, y que él no le disgustaba a ella. Sin embargo no creía que su inclinación fuera algo más que una simple simpatía, por consiguiente me asombró un poco cuando Petré no solamente la presentó como a su novia, sino que al mismo tiempo me pidió que asistiera al día siguiente a su boda. Al principio creí que mi amigo bromeaba, lo que a veces le ocurría; pero luego comprendí que era algo serio. Petré empezó a rogarme con insistencia que postergara el regreso (porque yo había decidido volver a la ciudad al día siguiente), y pudiera servirle de testigo en esta importante ocasión.

En contadas ocasiones mi persona ha sido tan decisiva como en ésta, tanto porque era compatriota de Petré, como porque conocía su reputación durante la guerra de Finlandia y a muchas de sus relaciones personalmente. Por sobre todo esto sabía que no estaba casado en Suecia, y en Chile los extranjeros que contraían matrimonio con una chilena debían demostrar su buen nombre, su reputación, que eran de familia conocida y en especial el ser solteros en su patria de origen. También se exigía ser católico, apostólico y romano. Petré había conseguido dispensas en esta materia.

Para no perjudicar a Petré decidí quedarme hasta el día siguiente; y en la misma noche, después que Petré hubo terminado la faena, las cabalgaduras fueron ensilladas de nuevo

y partimos todos juntos hacia la aldea de Tilttil, donde vivía el cura, para invitarle a bendecir la unión al día siguiente en Tapigüe. Estaba oscuro y tuvimos que recorrer a caballo las tres cuartas partes del camino. Lo hicimos al paso, al trote, al galope, a veces a la carrera, atravesando cerros y valles, tal como si fuera de día, por un estrecho sendero que a menudo se perdía entre las huellas de tropeles vacunos y cruces de caminos. Solamente de vez en cuando pude entrever el poncho blanco de Petré, balanceándose delante de mí; por lo cual no pude hacer cosa mejor que dar al caballo rienda suelta, y dejarle seguir a su compañero.

Cuando por fin llegamos a la aldea, encontramos al clérigo sentado en una casucha, y rodeado de jovencitas, con un vaso de «ponche de huevo» en la mano. Le saludamos cortésmente, y comprendimos por su ademán que estaba en antecedentes de la boda. Petré pidió algunos vasos más del mismo ponche, y después de beber bastante con el cura y haber recibido la promesa de bendición matrimonial, montamos nuevamente a caballo y volvimos con la misma rapidez.

Al día siguiente todo el «ingenio» estaba ocupado en los preparativos para la boda, en los cuales también tomaban parte la misma novia, su madre y hermanas. Yo también contribuí. Entre otras cosas, recuerdo haber cocinado un guiso sueco que tuvo éxito. Han de saber los lectores que era estofado de bacalao, que aunque fué muy elogiado por los corteses visitantes con la frase: «el plato sueco es delicioso», sin embargo probablemente debido a la falta de costumbre del «cocinero» sueco, quedó tan duro y espeso, que yo mismo no pude tragarme un solo bocado.

Al atardecer empezó el baile, después de lo cual se efectuó la ceremonia; después cenamos y las visitas se despidieron, con excepción del cura y algunos jóvenes parientes de la novia, que se quedaron hasta tarde de la noche. Entonces pude verificar la verdad de la expresión de Syrach: «La verdad en el vino», porque el cura que había tomado una inclinación especial hacia mí después que hube redactado las declaraciones necesarias para la boda, según su dictamen empezó a conversar bastante liberalmente sobre los ritos de la Iglesia católica, so-

bre los cuales adelantó opiniones que, aun a mis oídos profanos, sonaron mal.

La señora de Petré no era bonita, pero sí lo que se llama atractiva y simpática. Su padre no era acaudalado; pero con el cariño que los recién casados se tenían, tengo razón para suponer que aquel matrimonio fué feliz.

Al día siguiente de la boda me despedí y regresé a Santiago; desde entonces no he vuelto a ver a Petré, aunque nos hemos escrito. Su última carta está fechada a 24 de julio de 1833, y desde entonces carezco de noticias de él.

Antes que yo dejara a Chile, la mina de Petré producía 800 quintales de cobre al año, que a diez y seis pesos por quintal puesto en Valparaíso, significaba para él y su socio doce mil ochocientos pesos de entradas. Había instalado Petré una forja de cobre, y parecía estar en camino de hacer fortuna.

CAPÍTULO XV

La ganadería en general.—El ganado.—Los baqueanos.—Las matanzas.—Leche y mantequilla.—Ovejas y cabros.—Cerdos.—Caballos.—La amansadura de caballos.—El lazo.—Burros y mulas.—Aves.

La ganadería, lo mismo que los otros ramos de la vida campestre, tiene su origen en los españoles, que fueron los primeros en introducir al continente los animales domésticos europeos, que ahora se han multiplicado en forma innumerable. Estos animales eran originalmente de excelente raza, que no sólo han mantenido, sino que aun han mejorado a juzgar por su tamaño, fuerza y hermosura, acostumbrándose al clima y a los pastos. Las vastas llanuras americanas ofrecieron al ganado y a los caballos una oportunidad de evitar el excesivo cuidado de los hombres; y su agradable clima, junto con la abundancia de forraje, hizo innecesario este cuidado. La naturaleza fué su único guardián, y la libertad su elemento.

Pero como la naturaleza ejerce distintos efectos en los diversos países que forman la superficie del globo, también ha tenido en Chile una influencia original en el desarrollo de las especies animales. Así el ganado se acostumbra más y se multiplica mejor en la parte sur de Chile, que en el norte. En la

parte sur hay corpulentos ganados ovino y caballar en el estado natural o cimarrón (salvaje) y «res nullius» (propiedad de nadie). Al contrario, el ganado en el norte, aunque se cría bajo el cielo de Dios, es limitado a las posibilidades y condiciones de los campos.

Las guerras contra los peninsulares y los indios y las guerras intestinas han disminuído considerablemente el número de cabezas de ganado que había antiguamente en la parte sur de Chile. En la cercanía de Concepción había haciendas dotadas de diez a doce mil cabezas de vacunos, donde ahora se pueden contar por cientos. Durante las guerras y las intranquilidades internas, los indios se han aprovechado de la ocasión, y han vagabundeado por las provincias, arreando el ganado a sus propias tierras. Los propietarios amenazados han huído de las haciendas a las ciudades, para no caer ellos mismos en manos de los indios. De esta manera las propiedades agrícolas han quedado en abandono, y muchas han sido saqueadas. Se ofrecía después la tierra en venta a dos reales *la cuadra*, la cual en parte pertenecía a los herederos de los difuntos propietarios, en parte a los españoles que habían abandonado el país; y en parte a los primitivos propietarios, seguramente arruinados por la guerra. Esa fué ocasión propicia a los especuladores, si hubieran podido dejar su capital sin movimiento por varios años; porque sin duda esta misma tierra podrá en el futuro venderse, con un alza en el precio de subido porcentaje; pero creo que actualmente, y sobre todo si el propietario piensa trabajar su fundo de inmediato, la especulación es arriesgada.

No obstante había un buen número de haciendas que se habían salvado del pillaje, y se conservaban en buen estado. De la misma manera las propiedades en el centro y región norte del país estaban generalmente bien provistas de ganado, aunque en muchas partes la extensión de los terrenos no admitía un aumento considerable en su masa animal. En otras el número aumentaba progresivamente.

El ganado constituye en todo Chile, pero principalmente en el centro y norte del país, la entrada principal del hacendado opulento. El cuidado del ganado es su verdadera profesión. Los terrenos son vastos, y el ganado se mantiene apiña-

do dentro de los límites de las propiedades, cuando hay agua, y donde no la hay, cerca de las excavaciones superficiales o cisternas que se acomodan. Generalmente esto es fácil de hacer en las llanuras bajas y los valles, donde se acostumbra encontrar agua a pocos metros de la superficie de la tierra; pero a veces ocurre, especialmente en largas sequías, que hasta este medio falla, y entonces cuesta mucho dar de beber al ganado, pues hay que arrear los piños a campos lejanos.

El ganado se mantiene al aire libre, y la costumbre y la naturaleza lo aclimatan a los cambios del tiempo, siendo raras las enfermedades. Los establos serían por cierto útiles y prácticos, para proteger el ganado contra el sol ardiente durante el verano, y contra la lluvia fuerte y muchas veces la helada en el invierno; pero ¿cómo construir un número suficiente de refugios para rebaños tan numerosos? Además los animales tienen aquí una gran ventaja sobre las demás partes del mundo, donde durante la estación calurosa están expuestos a moscardones, zancudos y otros insectos, plagas de las cuales están aquí exentos.

Como las propiedades no están separadas entre ellas por murallas, acequias u otros cercos, los dueños tienen que disponer de un número de «baqueanos», en relación al tamaño de la propiedad y al número del ganado. Baqueanos se llama a los guías, y por extensión a los «huásos» bien montados que cuidan el ganado y trabajan en los rodeos, la marca y la matanza, y cuya profesión consiste en rodear al ganado, mantenerlo junto e impedir su dispersión.

En varias haciendas hay *cercos*, trancas todas de maderos enterrados uno cerca del otro. Allí entra el ganado en la primavera, para ser contado, marcado, castrado o separado del ajeno, y en el verano, para la faena de la matanza y salazón del charqui.

No carecerá de interés para los lectores describir un rodeo. Se ven a lo lejos las manadas que se acercan por la llanura con aspecto majestuoso. A primera vista parece ser un gran ejército que se avecina. Todavía no se pueden distinguir los objetos, y la línea movable del rebaño es interrumpida a intervalos por una nube de polvo; pero a medida que la tropa se acerca, la escena cambia, se ven entonces los piños que se dis-

persan en distintas direcciones, perseguidos tenazmente por los baqueanos, que demuestran su perfecta habilidad, tanto en la veloz carrera y las rápidas vueltas, como en el manejo del lazo. Casi siempre logran detener y hacer retroceder estos grupos, arriándolos hasta la tropa principal. A veces ocurre que un toro bravo atraviesa la línea, y aunque perseguido de cerca por un baqueano, alcanza a trepar una loma cercana y empinada. Entonces sus perseguidores tienen que arriesgarse a todos los peligros para poder llevarlo al plano, o enlazarlo. Para ello parten en plena carrera entre los «espinos» más densos (arbusto con espinas de 4 a 5 pulgadas), por sobre troncos caídos, a través de subidas y bajadas escarpadas, cerros y valles. A veces ocurre que el animal que ha tomado ventaja, de repente se detiene en una avenida estrecha y arremete contra el huaso, que entonces necesita de toda su habilidad para salvarse a sí mismo y a su caballo. Muchos bravos baqueanos han perdido la vida en esta forma.

Aunque tienen sus trajes cubiertos por un grueso cuero, lo mismo que la cabeza y parte de la cara, y calzan botas de cuero, no obstante el perseguidor y el animal perseguido quedan cubiertos de heridas, tras esta carrera de vida y muerte como la descrita.

Todos los jóvenes de la clase alta que ambicionan ser «jinetes» asisten a estas faenas, y a veces aun se atreven a disputar al baqueano el honor de las empresas más difíciles y arriesgadas. Hasta jóvenes del bello sexo toman parte a cierta distancia, y escoltadas por algunos caballeros, y entusiasman y recompensan al atrevido con sus miradas.

Extraordinaria es la rapidez con que estos baqueanos marcan y castran a los animales; casi en un instante está terminado el trabajo; pero es horroroso el sufrimiento que el hombre causa a las bestias. No obstante, nada equivale a la crueldad que he visto practicar en las matanzas.

Las matanzas se hacen, como ya he mencionado, en el verano, antes de que llegue la sequía, en que el ganado enflaquece. Generalmente se escogen para la matanza bueyes viejos y bestias inservibles como también los toros superfluos, que se han castrado antes para este fin. En cada hacienda es costumbre matar cada año la tercera parte del número básico

de animales; porque calculan en Chile que un ternero necesita solamente dos años para ser beneficiado o para multiplicarse. De esta manera se mantiene el ganado joven, lo que es necesario para la calidad tanto de la carne como del cuero. Estas faenas en las cuales se benefician a lo sumo unos mil animales por año se hacen sin embargo humanamente; pero en las matanzas, donde se compra el ganado, y en que muchas veces tres a cuatrocientos animales son muertos diariamente en un lapso de varios meses, son tratados en forma cruel, aunque el dolor es rápido.

Vi una vez una matanza y voy a relatar cómo se efectúa. El ganado adulto consistía en grandes bueyes de tiro y estaban como siempre encerrados en un cerco. Para buscar al animal entraron dos baqueanos a caballo, cada uno con un lazo, de los cuales uno enlazó los cuernos del animal, y salió con el lazo tirante fuera del cerco, mientras que el otro hacía la misma maniobra con las patas traseras y sujetando el buey. Cuando la bestia quería avanzar, era detenida por el lazo de la pata trasera, después el animal quedó quieto. Entonces se adelantó el matarife con un afilado hierro y cortó los tendones de las rodillas traseras del cuadrúpedo que, probablemente excitado por el dolor, dando un estridente bramido avanzó a saltos sobre las patas destrozadas. Poco después otro hombre saltó de atrás sobre la espalda del animal y ultimó su vida con una puñalada bien dirigida a la nuca; después de lo cual se hizo lo mismo con los demás animales encerrados. Tan luego como el animal se tumbaba, acudían las personas elegidas, que después de apuñalarlo en la garganta, dejaban que la sangre corriera. Primero se saca el cuero (51), y luego

(51) Es curioso el método con que se conservan los cueros en Chile y en otras partes de Sud-América, diferente al que he visto practicar en Suecia y Rusia. Tan luego como se ha despellejado el animal, lo que se hace con una habilidad y un esmero notables, se estira el cuero sobre la tierra por medio de palos, colocando el lado interior hacia arriba. Cuando ha secado completamente, se somete a un curioso aireamiento y sacudimiento al aire libre, después de lo cual se dobla exactamente a lo largo del espinazo y se coloca en «la barraca» en una pila donde se aprensa bajo el peso de los otros cueros hasta alcanzar la superficie lisa y suave que se ve en los cueros de Buenos Aires y Río Grande, que se embarcan para Europa.

la carne y los huesos. Esta se sala y después de enfriarla se cuelga al aire libre para secarla, y cuando estaba bien seca se coloca en pilas y queda lista para la exportación. Se llama «charqui» o carne seca; y cuando empieza la estación lluviosa se almacena en las bodegas.

Junto a las «matanzas» hay establecidas fábricas de velas y jabón, las cuales producen bastante, pero son poco refinadas. El consumo es, sin embargo, bastante grande. Generalmente las matanzas son sumamente lucrativas y enriquecen rápidamente tanto al dueño como al administrador. Es necesaria cierta falta de sensibilidad para que una persona con normales órganos olfativos se pueda acostumbrar a vivir en un establecimiento como el descrito.

Los residuos de los animales sirven de comida gratuita para los trabajadores empleados en las matanzas, y para los vecinos y habitantes de los alrededores. La sangre y tripas se dan a los perros y a las aves (por cuanto éstas se alimentan tanto en Chile como en Buenos Aires principalmente de carne cruda). Los cuernos, que se arrancan a golpes, se utilizan como cercos alrededor de los huertos y plantaciones. Los demás huesos se juntan para ser usados como combustible (en Chile se usan como leña para quemar, pues los huesos arden fácilmente, aunque dan un olor repulsivo). Las colas y el crin constituyen un importante artículo de exportación.

Si se agrega a todo los excrementos de los animales que se arrojan a poca distancia de las ramadas, uno se puede imaginar la incomodidad de las personas que viven cerca de las «matanzas».

A una distancia de media milla, la atmósfera se siente sofocante por un olor que aumenta a medida que uno se acerca al lugar, y ya antes de avistarlo, el cielo muchas veces se ve oscurecido por un número incontable de aves de rapiña de todas clases y tamaños que acuden a devorar los despojos de la hecatombe.

Cuando se llega a la hacienda, torturado por una sed ardiente, lo que siempre sucede por el calor y la fatiga, causa repugnancia todo lo que a uno se le ofrece, aun el agua más limpia. La gente, sobre todo las mujeres, se ve pálida como la muerte, con la mirada fría e indiferente, síntomas de la pér-

dida de la alegría de vivir e indiferencia por todo lo bueno del mundo. A esto hay que agregar, además, la falta de limpieza que completa el cuadro; las moscas rarifican el aire y se posan en todos los objetos tanto comestibles como bebidas, obscureciendo ventanas, loza y vidrio con sus inmundicias.

¡Qué derroche tan enorme significan estas matanzas! Tan sólo la sangre sería en otro lugar del mundo de un valor inapreciable. Probablemente desde los tiempos de los españoles la gente ha adquirido la superstición de que el hombre no debe beber sangre, porque es impura, dañina y qué sé yo. De la misma manera se economiza la médula, y es solamente el extranjero el que sabe apreciarla. El resto se quema en el horno junto con los huesos. Toda la carne que se deja en la cabeza y los huesos podría alimentar a un gran número de personas, en vez de arrojarse a las bestias que apestan el aire.

Pero ¿qué significa este derroche en comparación a lo que sucede en el interior del país, donde se matan las reses por el puro cuero, y muchas veces por el capricho individual, solamente por un buen trozo de «carne con cuero», que se asa en las brasas y constituye un beefsteak sabroso y delicioso?

Además hay regiones tan lejanas, que los habitantes para poder obtener alguna ganancia del ganado salvaje, muerto, sólo pueden utilizar el cuero, que seco se puede transportar con facilidad. Esto lo practican los compradores ambulantes de cuero, y sobre todo los indios.

Pero ¿por qué no se ordeñan estas vacas y se emplea la leche para comida, mantequilla y queso? Esta es una pregunta difícil de contestar, puesto que los españoles ordeñan sus vacas y por consiguiente han llevado este arte a los países transatlánticos que colonizaron.

No obstante, la pregunta podría contestarse, en parte, de la siguiente manera. Estos países tenían tantos víveres aprovechables que los españoles colonizadores al llegar a América de inmediato se hicieron independientes, y como sus objetivos principales eran el oro y la plata, probablemente consideraron el ordeñar tan por debajo de su dignidad, que en comparación a los metales daba muy poca ganancia y ocupaba mucho tiempo y trabajo. Veían que el ganado se aclimataba bien sin el cuidado humano, y por esto dejaban libres las manadas

que creían no necesitar, y cuidaban solo algunas pocas reses para las necesidades de la casa.

Por lo menos ésta era la situación en Chile en 1823. Un número insignificante de vacas lecheras se mantenía cerca de las ciudades para este objeto, lo mismo que en las haciendas, para las necesidades del propietario y su familia; pero rara vez se fabricaba mantequilla o queso en cantidad apreciable.

Hasta el método de ordeñar es extraordinario en Chile y es testimonio del poco interés que los habitantes han demostrado en esta industria. Se ha de saber que al ordeñar mantienen al ternero al lado de su madre, y primero le permiten succionar un poco de leche, después de lo cual amarran su hocico y entonces empiezan a ordeñar. La vaca luego nota que es alguna mano extraña la que tira sus ubres y deja de dar leche; entonces hay que desatar el ternero de nuevo, y así se alterna hasta que no queda más leche en las ubres. Generalmente las vacas lecheras se largan al potrero en el día y vuelven al anochecer por sí mismas con sus terneros, que permanecen con ellas toda la noche; por consiguiente, el dueño obtiene poca leche en la mañana al ordeñarla.

No obstante se produce en Chile en relación a su población, más mantequilla que en las regiones del Río de la Plata y el Brasil, donde la importación es considerable, y esto a pesar de que la vegetación se agota en la mayor parte de Chile durante los meses del verano.

Es verdaderamente un extraño fenómeno que el pasto amarillo y seco—que durante aquella estación es casi el único alimento que el ganado puede encontrar en los campos y en los montes—pueda servirle como forraje; pero sin embargo es éste el caso, y las bestias parecen no resentirse con esta miserable alimentación; pero a veces ocurre que, después de haber pasado la acostumbrada estación seca y la lluvia deja de caer por algún tiempo, que los animales se mueren de una especie de peste que, según se cree, deriva de las telas de araña, que en tales ocasiones cubren la tierra. Esta enfermedad se detiene inmediatamente con la caída de lluvia.

Si resultara el plan de colonización de don Juan Egaña, que por intermedio del Encargado de Negocios en Londres se expuso al Gobierno, no cabe duda que la producción de mante-

quilla en Chile aumentaría considerablemente. Se trataba de traer a Chile familias de Irlanda; y es bien conocida la preponderancia que la mantequilla irlandesa tiene en el comercio mundial.

Sin embargo he probado una mantequilla excelente fabricada en Chile; es una lástima que los chilenos no sepan sacarla. No obstante se conserva por mucho tiempo en los cueros, capachos y vejigas, en los cuales se ofrece a la venta. Estos se amarran tan apretada y compactamente, que el aire no penetra. Los chilenos llaman mantequilla a la grasa de la leche, y manteca a la grasa de los animales, aunque el nombre apropiado para la primera debiera ser «manteca de vaca», y para la última, «manteca de puerco». La mantequilla de buena calidad es bastante cara en Chile; a veces he tenido que pagar seis reales la libra.

La leche que sobra después de fabricada la mantequilla no se bebe en el país, ni tampoco la leche ácida o cortada; éstas, que son para nosotros golosinas, se arrojan a los cerdos. La leche fresca se acostumbra tomar únicamente cocida, con el café, el té, la cocoa, o se emplea en guisos como los huevos revueltos.

Incontables ovejas y cabras hay en Chile, para dos usos principalmente, el cuero y la lana.

La lana casi no se emplea, porque la gente siente poca o ninguna necesidad de trajes de lana. Por esto los pobres animales, que rara vez son trasquilados de su gruesa y abrigadora piel, pasan restregándose contra espinos y otros arbustos espinudos, donde muchas veces se encuentran grandes copos de lana. Por esta causa los animales tienen un aspecto miserable y ridículo; pues muchas veces fragmentos de su piel así arrancados cuelgan hasta el suelo, lo que les hace parecer monstruos con seis u ocho patas.

Tampoco es trabajo fácil desenredar y limpiar la lana de estas ovejas después de haberla cortado. Está empapada de mugre, pegajosa y forma casi una masa compacta, debido al sudor abundante en este clima caluroso y de vegetación enmarañada de espinos y arbustos. Por lo demás la lana es de buena calidad pues las ovejas derivan de la raza de merinos. Los cueros se usan sobre todo para los recados de montar, para lo

cual se preparan de lana pura, después de lo cual se tiñen de azul oscuro. Estos «recados» se exportan en gran número al Perú. El ganado cabrío se beneficia sólo por su carne y por sus cueros, sobre todo la de los cabritos, piel que sirve para la fabricación de los zapatos de las mujeres chilenas. Se aclimatan en todas partes del mundo, por consiguiente también en Chile; y el campesino que en estos países tiene pocas verduras que cultivar, saca una entrada anual por los numerosos cabritos que nacen al año, sin más molestia que dejar que uno de sus niños los arree al cerco en la noche. Son aquí, igual que las ovejas, extraordinariamente fecundos: tres cabritos de una cabra y tres corderos de una oveja es cantidad común. La cría crece rápidamente y se desarrolla sin sufrir de las enfermedades que afectan a los animales domésticos. En general, de cien cabros se puede calcular una cría anual de ciento cincuenta cabritos, que producen al dueño ciento cincuenta pesos. De los carneros se puede contar un cordero por cada oveja. Cien ovejas producen una entrada de doscientos pesos anuales a su dueño.

Todavía falta mucho tiempo hasta que los habitantes de estos países alcancen a trabajar con técnica y prolijidad las materias primas que se ofrecen en tanta abundancia. Aun la lana, de que se producen cantidades enormes en Sud América, debiera—si fuera bien elaborada y si hubiera un mecanismo fácil para limpiarla—ser artículo de exportación en lugar de ser empleada en forma mezquina por los habitantes. El resto se pierde porque fuera de la que se emplea en tejer los ponchos chilenos y algunas otras prendas de vestir, la mayor parte es utilizada para rellenar muebles, colchones, y como abrigo de cama. Sin embargo los crines constituyen el ingrediente principal de las almohadas y colchones.

Los cerdos se crían aquí en abundancia, y son de raza grande y carne deliciosa en las regiones que están lejos de las costas. El consumo dentro del país es considerable, en forma de tocino y de grasa para las comidas. La exportación de tocino es importante; pero la faena de ahumar el jamón no se practica sino en Chiloé. Tampoco saben cómo salar la carne en barriles. Este método ha sido ensayado por algunos carniceros ingleses, pero sin éxito, en parte por culpa del clima caluroso,

y en parte porque generalmente los carniceros usaron para esto la carne que no habían podido vender fresca, de manera que ya estaba dañada por el calor. Estos artículos, de los cuales gran parte se consume anualmente para la provisión de los barcos en los puertos, son comprados por los ingleses y norteamericanos. Los jamones de Chiloé son bastante sabrosos al paladar, aunque mucho más pequeños que los ingleses, hamburgueses y norteamericanos; tampoco duran tanto como aquéllos porque son menos salados.

Los caballos de Chile son considerados como los mejores en toda Sud América, por su bella apariencia, por su resistencia y su buen entrenamiento. Es cierto que los habitantes de Buenos Aires y la Banda Oriental de Uruguay aspiran a la reputación de ser los mejores jinetes, pero debo confesar mi poca experiencia en el ramo para decidir esta rivalidad, pero sin duda el caballo chileno es específicamente superior a aquéllos. Es de un porte macizo y fuerte, de pecho bien desarrollado, mientras que los caballos del Río de la Plata son de constitución débil y pecho estrecho.

Los caballos del Sur de Chile son más apreciados que los del Norte, lo que probablemente se explica por el clima, que es más frío, y tal vez por el pasto, que es más sabroso en el Sur. En la frontera, sobre todo en los terrenos de los indios—en la misma forma que he contado al hablar de los vacunos—, hay abundancia de «caballos chúcaros», que no pertenecen a nadie, e igualmente existe gran número de este tipo cimarrón entre las caballadas de los hacendados.

En las operaciones de guerra los ejércitos van acompañados de varias tropas de estos caballos salvajes—como también de ganado—, lo que facilita a las unidades efectuar maniobras rápidas, pues no necesitan detenerse en la marcha debido a caballos cansados. Aunque éstos al principio son salvajes, pronto son domados durante el camino. Cierto es que no he presenciado la domadura de uno de estos caballos chúcaros; pero he oído varias versiones concordantes, y quiero relatarlas sin garantizar su verdad.

Apenas un huaso desea uno de estos caballos salvajes, elige en los campos libres el animal que prefiere, lo enlaza, le coloca un freno fuerte, cuyo bocado consiste en una correa

firme pero no sobada, y, provisto de sonantes espuelas y de lazo, lo cabalga en pelo. El caballo salvaje se lanza entonces en veloz carrera a través de llanuras, arbustos, cerros y valles, pateando continuamente con las patas traseras, levantándose en saltos de altura y «saltos de carnero» (saltos rápidos hacia un lado). Mientras tanto, el huaso con las rodillas bien afirmadas en los flancos del caballo se mantiene firme y no se esfuerza en lo más mínimo en detener la velocidad del animal. Al contrario, clava sus afiladas espuelas profundamente en los ijares y aumenta aún más su velocidad con repetidos golpes de lazo. Esto se hace para persuadir al animal de la superioridad del jinete y para lograr su agotamiento lo antes posible.

Otro huaso le acompaña a cierta distancia, para estar a mano en caso de accidentes durante la loca carrera y ayuda al llamado «quebranto». Cuando por fin el caballo ha agotado sus últimas energías, cae generalmente a tierra, «quebrado» (lo que los ingleses llaman «wind-broken», es decir sofocado) del pulmón, o bien solamente extenuado. En este último caso el caballo se considera digno de «quebrantar», y esto se realiza de la siguiente manera.

Los dos huasos amarran las manos y patas del caballo, en seguida le levantan la cabeza y se la doblan lo más cerca posible del pecho, y uno de los hombres lo cabalga por la cola, y en seguida trepa con los pies sobre la parte convexa del cuello del caballo y recorre un buen rato al animal desde la cabeza hasta el pecho, después de lo cual dan vuelta al caballo hacia el otro costado y continúan en la misma forma.

Este «quebranto» es tan doloroso, que muchos caballos no lo pueden soportar, y mueren durante el tratamiento; pero los huasos insisten en que es necesario para formar caballos ágiles y flexibles, pues el animal que ha soportado la prueba es considerado excelente, y desde aquel día se le sujeta a un entrenamiento continuo, que dura varios meses consecutivos. Entonces el caballo adquiere una posición elegante, tanto en el movimiento de los pies y piernas, como en el mantenimiento airoso del cuello y de la cabeza; se le enseña a correr, al paso y a veces al trote, levantar el pie que el dueño desee; a dejarse herrar con paciencia; a estar desatado en un camino

o en una calle, y a no dejar nunca el sitio, aun si pasan coches o vehículos ruidosos, etc.

He tenido ocasión de asistir a estos ejercicios, y debo admitir que el tacto del huaso durante esta asidua y difícil instrucción sobrepasa con mucho mi imaginación.

La pista es a veces el patio de la hacienda y otras veces el campo; a veces una llanura y otras un terreno accidentado. El huaso esgrime un pequeño bastón, con el cual toca suavemente los miembros del caballo que quiere ver en otra posición. El caballo se deja libre, y cuando el huaso le manda por una seña a seguirle, lo hace inmediatamente. A veces el huaso mide en un camino una pista de carrera, el caballo lo sigue y vuelve al lugar donde debe empezar la carrera. Luego el huaso llama a un muchacho de siete años y lo sienta en el lomo del animal, con riendas livianas, sin otro bocado que una correa, se coloca a un lado y grita: «rompe». El corcel de inmediato se lanza en plena carrera a lo largo de la pista, hace al final una vuelta instantánea, y regresa a la misma velocidad.

Estas vueltas rápidas son asombrosas. A toda velocidad, y obedeciendo a un cierto movimiento del jinete, el caballo estira sus dos manos casi al unísono deteniendo su velocidad, y acto continuo levanta las patas y al mismo tiempo hace girar su cuerpo hacia el lado de donde vino, y sigue inmediatamente corriendo por el lado opuesto.

Generalmente los huasos son despiadados con sus caballos. Un huaso es capaz, por apuesta, de andar en su caballo una distancia de quince millas en igual número de horas. Esto inutiliza el caballo por un período de dos a tres meses; pero es echado a potrero, donde la naturaleza y la libertad generalmente le restablecen; aunque a veces queda inútil para toda la vida debido a estos abusos.

Esta indiferencia se deriva de la facilidad que tienen los huasos de reponer la pérdida de un caballo, sin pensar en el tiempo que pierden en la doma. Pero las personas de la alta sociedad chilena, al contrario, cuidan mucho sus caballos, y siempre ambicionan poseer bestias hermosas y útiles. Muchos, entre los hacendados, son hábiles jinetes y entienden las condiciones del caballo casi tanto como el mismo huaso; pero como el negocio de caballos constituye una de sus ocupacio-

nes principales, el hacendado se dedica más a la ciencia hípica, aliada a sus intereses. Sucede a menudo que los extranjeros son engañados en la compra de caballos por los huasos que, como los vendedores de caballos de otros países, tienen agudo ingenio para ocultar los defectos de las bestias.

Todos los caballos se marcan con hierro al rojo, en uno de sus muslos; y al comprar un caballo, siempre se debe averiguar si tiene la seña del vendedor; en otro caso uno corre el riesgo de tener que devolverlo sin recompensa, si es reclamado por el verdadero dueño.

La falta de medios económicos hace que aun estos nobles animales cuando se encuentran en estado chúcaro sean cazados y muertos solamente por obtener el cuero y las crines, sea por los huasos y más frecuentemente por los indios. Este tipo de cuatrерismo sin embargo es menos frecuente en Chile que en las Provincias del Río de la Plata y en la Banda Oriental del Uruguay, de donde anualmente se exportan varios cientos de miles de cueros. Para poder practicar este robo en gran escala, se acostumbra escoger un paso entre dos lomas de montañas. Se hace allí una fosa profunda, en seguida de lo cual varias personas montadas buscan una caballada en la llanura y la arrear hacia el paso, donde la mayor parte cae en la excavación y muere. En seguida se sacan los cueros, y se cortan las colas. La consecuencia de esta especulación abusiva ha sido la disminución de los caballos cimarrones de año en año. También las guerras han causado mucho daño en el ganado caballar y vacuno; porque los ejércitos muchas veces han rodeado los rebaños con fogatas, para privar así al enemigo de sus víveres, y dentro de unas horas han quemado vivos a los piños de animales.

Los burros y las mulas (52) son al igual animales domésticos de gran importancia para los chilenos.

Los primeros son abundantes, pequeños, lentos y feos, pero resistentes y fáciles de alimentar. Se emplean para trabajos

(52) En Chile no se usa el apelativo «mulo» para el macho de las mulas aceptado por varios tratadistas. El macho es bastante raro, y se llama en Chile solamente «el macho». El general Freire tenía un macho muy bello, parecido a una cebra, que, junto con un buen corcel de paso, regaló al rey Jorge IV.

que no queden muy lejos de la aldea, a las cuales llevan las mercaderías en «capachos» (canastos de cuero y mimbre) colgados en ambos flancos. Es fácil ver grandes recuas de burros arreados tan sólo por un niño pequeño, que con gritos y «chicotazos» los mantiene juntos y los arrea de ida y vuelta en la faena.

Fueron traídos de España y se han multiplicado considerablemente, constituyendo ahora un artículo de exportación importante, para el Perú, Australia y otros lugares, donde se emplean para el acarreo en senderos empinados y poco accesibles, debido a su andar seguro, y para sementales.

Las mulas se usan aquí principalmente para cargas en viajes largos y rara vez para montar; pero en el Perú y los sitios más cercanos al Ecuador, donde el caballo no se aclimata bien, la mula sirve de cabalgadura. La mula se usa principalmente en el tránsito de la cordillera y otros caminos empinados, resbalosos y estrechos, donde muchas veces la vida del viajero depende del andar seguro de la bestia que monta.

Las mulas son híbrido de yegua y burro garañón, no de caballo y burra, lo que en varias descripciones que he leído también ocurre pero nunca en Chile. No dudo que tal caso pueda ocurrir; pero probablemente es tan raro que no tiene aplicación práctica. Las mulas son raras, y en Chile no se ha tomado medidas para poder evitar la exportación de los burros. En el Brasil, por ejemplo, donde estas mulas se usan en gran escala y donde su multiplicación se facilita en toda forma posible, se importan con este objeto solamente burros, que muchas veces se pagan entre tres a cuatro mil reis.

Para favorecer la crianza, los campesinos mantienen, en un potrero especial, un gran número de yeguas, que no se usan para ningún trabajo; y entre ellas sueltan, en proporción al número de hembras un macho o varios, y generalmente todas quedan preñadas.

El trabajo de domar y entrenar la mula ocupa menos tiempo que el de amansar caballos, porque su trabajo es en general sólo el de llevar cargas, con excepción de las ciudades, donde las mulas se atan a las llamadas «calesas».

En largos viajes, y cuando la tropa de mulas es grande, acostumbran andar en «recua» (así se llaman cuando andan

en fila, una detrás de otra, atadas entre sí). Siempre son escoltadas por uno o varios huasos arrieros, que a menudo tienen que sufrir con estos animales taimados, tanto al separarlos cuando se enredan entre sí, como al apretar las cinchas que ciñen las cargas.

Cuando la mula siente que la carga se ha soltado o que algún otro desorden ha ocurrido, empieza inmediatamente a patear, a correr y a saltar; a veces aún se recuesta para frotarse en el suelo y deshacerse del peso que la ha molestado en el camino; si finalmente logra tirar alguna carga, huye con el resto, coceando continuamente hasta que se libra del todo. Si los arrieros no se dan cuenta inmediatamente de la fuga, suelen tener trabajo para varios días antes de encontrarla y conducirla de vuelta a la recua.

No hay que pasar nunca detrás de una mula, porque son sumamente traicioneras, y cuando menos se piensa dan una coz que, si da en el blanco, es difícil olvidar. Aun el mismo arriero no se atreve a cargar su mula sin teparle previamente la cabeza. Entonces se mantienen quietas, aunque se puede ver por las vibraciones de las orejas y sus intentos de morder, que no les gusta el procedimiento. Sin embargo, las que son adiestradas para silla, son de montura agradable; y cuando uno se acostumbra a su paso, se puede soportar más fácilmente un viaje largo en ellas que en un caballo.

Las aves como gallinas, pavos, gansos y patos se alimentan muy bien en Chile, y las hay en gran cantidad en los campos. Con excepción de las casas donde las recogen en las noches, se crían al aire libre, porque la vegetación siempre provee de semillas, raíces y pastos apropiados para su alimentación. El estado de este tipo de crianza es rudimentario; y ocurre que el propietario obtiene entradas casi nulas de los huevos y aves. Parte de ellas desaparece durante el tiempo de la incubación, y como las gallinas se echan lejos de las casas del fundo, al salir los pollos se crían silvestres y son presa fácil de las aves de rapiña. A pesar de todo, los mercados de abastos están provistos abundantemente tanto de aves como de huevos; y su precio en 1827 era de tres a cuatro pesos por un ganso o un pavo, doce reales por una gallina grande, cuatro reales por una docena de huevos, etc.

CAPÍTULO XVI

Agricultura.—La trilla.—Aceitunas.—Vino.—Azafrán.

En general puede decirse que la agricultura en Chile está descuidada, aunque la tierra y el clima tienden a hacerla productiva. Es en el valle sur del país donde la agricultura es más fructífera debido a que no sufre con factores adversos como la continua sequía que durante el verano azota las provincias del centro y del norte. Por otra parte, la falta de medios para el riego artificial impide la vegetación perenne.

Los cereales más comunes en Chile son el maíz, el trigo y la cebada. He visto en algunos libros que también se cultiva el centeno; pero ni he advertido rastro en ninguna parte de Chile, ni tampoco comentario al respecto, y por esta razón supongo que la observación es falsa aunque puede referirse al hecho cierto de que el centeno se encuentra en estado silvestre en todo el continente.

En las provincias feraces se calcula un rendimiento de sesenta a ochenta por grano, y en los lugares secanos de cuarenta a cincuenta; pero los rulos son en Chile mucho más vastos en proporción al territorio. Las herramientas agrícolas son, a mi parecer, rudimentarias sobre todo en la clase media agrícola donde no se usa más herramienta que un arado de palo, hecho de un tronco ramificado, con mango de madera. En Chile se ara con bueyes, que tiran por medio de un yugo atado a los cuernos; pero el arrastre es mucho más lento que lo que he visto en otros países, debido a los muchos obstáculos que hay en las sementeras mal preparadas.

Para cosechar se usan hoces, pero no guadañas. Después de secar el cereal, lo que generalmente se hace en el mismo potrero, se conduce a un cerco circular construido en el mismo campo (que se llama la trilla), donde se esparcen las gavillas por tierra. Después son desgranadas por caballos o mulas, cabalgados por muchachos. Los peones se ocupan en dar vuelta a la paja y revolverla con horquetas. Después de trillado el cereal se espera un día en que haya viento para limpiarlo, método que es bastante cómodo, si no llueve, pero en que se corre el riesgo de perderlo, en caso de lluvia. Han de saber los lectores que se coloca el trigo o cebada en pilas o montones y se

arroja con fuerza contra el viento por medio de palas especiales hechas de madera.

Ocurre muchas veces en la zona lluviosa del país, que el cereal se echa a perder debido a la humedad y a la falta de recursos técnicos para secarlo bien. Debido al buen precio del mercado ha habido la tentación de exportar trigo a Río de Janeiro y Buenos Aires; pero estos intentos casi siempre fracasan porque el cereal no se ha secado bien al cargarlo, y empieza a florecer en los barcos. Al contrario, las especulaciones que se han hecho con Lima siempre resultan, por la brevedad del viaje y de la sequedad del clima en el Norte.

Cerca de Concepción se produce trigo y cebada en abundancia, y una máquina para secar se podría usar allá ventajosamente. A lo mejor el señor O. Liljevalch, que ha hecho construir un molino en esa ciudad, y carga de harina varios buques al año, ya ha introducido el uso de máquinas secadoras.

Tanto el trigo como la cebada es en Chile extraordinariamente granado; e indudablemente los chilenos podrían obtener de este trigo una harina tan buena como la que compran en Norte América, si tuvieran molinos apropiados, pero, por negligencia, esta importante industria ha sido descuidada por los comerciantes del país, a pesar de que la falta de harina es a veces tan grande que al ser detenidos los barcos americanos por vientos contrarios, han debido usarse molinos de mano, y a pesar de ello seguía faltando harina en el mercado.

La cebada se cultiva principalmente para el forraje de los caballos; aunque las cervecerías de Valparaíso, antes mencionadas, también consumen una parte. El maíz es consumido tanto por la gente alta como por la baja, y constituye un alimento muy agradable en especial cuando está tierno.

Junto a los cereales, el campesino cultiva un gran número de otros productos bastante lucrativos. Tiene, como ya he mencionado, campos de fresas y de frejoles y olivares. Las viñas producen una entrada considerable.

Los olivos se plantan en grupos, generalmente en un cerro o colina. No necesitan cuidado alguno y alcanzan un tamaño considerable. Rinden más cuando están viejos. Alcanzan considerable edad, tienen un aspecto noble y proporcionan una sombra agradable.

La plantación de viñas aumenta en Chile de año en año, y parece extraño que el productor todavía pueda encontrar mercados. Casi no existe quinta alguna, aun la más insignificante, donde no se vea una viña bonita, y en un espacio de sólo algunas áreas el dueño percibe una entrada anual de varios cientos de pesos.

Es una lástima que los chilenos todavía no hayan aprendido el método preciso de cuidar las uvas y de preparar el vino. En el norte del país tienen que escoger un terreno plano y bajo, para plantar las cepas que pueden regar por medio de un arroyuelo o riachuelo cercano. El terreno queda a menudo anegado y pantanoso, lo que por cierto favorece el desarrollo rápido y abundante de la uva, pero también tiene el defecto de que ésta pierde en calidad, porque es sabido que las mejores uvas crecen en cerros y cuevas, donde reciben menor cantidad de agua. En lo relacionado con la preparación del vino, los mostos chilenos debieran alcanzar el mismo sabor que los españoles, pues las uvas son rosadas y blancas. Pero la preparación es inadecuada, y en lugar de quedar pegajosos como es ahora que tienen que ser mezclados con alcohol fuerte, serían suaves y resistentes.

Concepción o Penco, como se llamaba antiguamente, es el centro principal de la producción vitivinícola. A menudo ocurre—al dirigirse a algún propietario, que se ha molestado en preparar un buen vino de su cosecha—, que se puede comprar un tipo que es al mismo tiempo saludable y agradable al paladar.

Existen plantaciones de azafrán en varias partes en la región cercana de Santiago. Se presentan a la vista como cardos; pero se me asegura que son lucrativos para los dueños. También se cultiva en Chile gran número de plantas y árboles desconocidos en Europa, y cuyo uso el chileno ha aprendido del indio; creo que no hay ningún país con mayor abundancia de especies medicinales y drogas. Se afirma que los bosques tienen alrededor de cien clases distintas de árboles; pero el campesino hasta ahora no ha sabido usarlos fuera de la región costera, sobre todo en el Sur donde se embarcan considerables partidas para Valparaíso y las ciudades del Norte.

CAPÍTULO XVII

*Artes y ciencia en general.—Fábricas.—Ingenios de pólvora.—
Cigarros.—Hielo y helados.—Fabricantes y artesanos.*

Después de haber mencionado en el capítulo XIV lo poco que los chilenos han cultivado las industrias, las artes y las ciencias, y luego de haber descrito brevemente sus productos naturales y principales industrias, creo conveniente dar algunos conceptos sobre sus artes y ciencias en general, y trazar un panorama de algunas de las tentativas nacionales en el campo fabril.

Como ya he mencionado, hay sólo una Universidad bajo el patrocinio de la Iglesia, y donde los estudiantes adquieren solamente la instrucción que los clérigos y monjes pueden darles. Esta Universidad era primitivamente religiosa, y tomando en consideración la intolerancia ya descrita, es fácil comprender el tipo de educación que los profesores ofrecen a sus alumnos. Antiguamente eran encerrados dentro de las murallas de un convento, donde eran alojados hasta de a cuatro en cada celda; rara vez se les permitía salir a la ciudad, y vivían bajo una disciplina arbitraria.

Es cierto que muchos padres en los últimos años han decidido mandar a sus hijos a Inglaterra o Francia a educarse. Al principio se podía hacer esto con facilidad en Francia, cuyo gobierno permitía a los oficiales de los buques de guerra franceses, que cruzaban a lo largo de la costa Oeste de Sud América, llevar gratuitamente a los jóvenes estudiantes chilenos hasta Europa. Esta posibilidad desapareció cuando a los mismos capitanes se les impidió llevar tales pasajeros. La personalidad de estos alumnos fué generalmente enriquecida por la adquisición de idiomas y algunas ideas superficiales sobre las costumbres de los países mencionados, pero no hicieron estudios profundos de las ciencias y no asimilaron una cultura sólida. No es extraño entonces que aquí se carezca generalmente de profesores.

En un país beneficiado con un cielo tan claro y hermoso como el de Chile, ¡qué vasto campo se abre al astrónomo! Pero no hay, que yo sepa, ninguno; tampoco hay Observato-

rio. Las leyes son el único estudio profundo al que se dedican y solamente entre los juristas se encuentran los ingenios prometedores.

De este tipo son los doctores Bernardo Vera y Joaquín Campino, hombres de estudio y gran sabiduría jurídica.

Las bellas artes son en general descuidadas, y sobre pinturas y cuadros los conceptos y juicios no tienen mayor base, y por estas razones el comerciante que traía de Europa algunos cuadros de valor, nunca podía venderlos; a menos que estuviesen colocados en marcos fastuosos. Pinturas pésimas eran solicitadas por dichos marcos.

Como algo característico quiero mencionar un cuadro que estaba colgado en una capilla de la Catedral de Santiago. Representaba al Salvador con la cruz a cuestas azotado por los soldados, que vestían el emblema y los uniformes nacionales del ejército de Chile. Por lo demás el cuadro era grotesco y no daba prueba alguna del talento del artista.

De trabajos literarios no se editaba ni una sola obra de autores nacionales; y los que entraban del extranjero estaban sometidos a una censura severa. Muchos libros recién aparecidos en Europa estaban prohibidos en Chile. Sin embargo debo mencionar en honor de la verdad, que cuando un pequeño cúter inglés—quizás de diez toneladas—que había atravesado el Cabo de Hornos, llegó a Valparaíso con un cargamento de Biblias, traducidas al español en Inglaterra, pudieron internarse y venderse libremente. Por falta de compradores no se pudieron colocar y fueron liquidadas en un remate público a precio ínfimo (53).

No obstante, la prensa es libre; y diarios de opiniones divergentes se imprimen continuamente sin censura. Así M. Chapuis (francés) pudo publicar largo tiempo un periódico de oposición al gobierno, los diputados y toda la nación. Pero

(53) Sin embargo este remate hizo época en Chile, y tal vez favorecerá más pronto la tolerancia de que carecen completamente los chilenos. Es necesario abrir los ojos de las devotas matronas, que todavía con tierna nostalgia recuerdan la Inquisición casi con la misma pena que los israelitas recordaban las ollas de carne en Egipto. Para un protestante era extraño oír a una de estas venerables damas exclamar a propósito de la Biblia, nunca antes vista por ellas: «¿Habrán traducido correctamente los ingleses? ¿No habrán agregado algo propio?».

cuando finalmente el público se escandalizó de su atrevimiento, y la opinión comenzó a atacar la excesiva libertad de prensa, M. Chapuis debió abandonar el país sin ser presionado por las autoridades, pero asustado por algunos jóvenes chilenos que amenazaron con inculcarle a puñetazos una opinión más optimista del país y sus gobernantes.

✓Una fábrica de telas de lana y otra de cretonas existían en Santiago desde la época colonial, frente de la Maestranza. Esta fábrica trabajaba bajo la dirección de un suizo, con obreros cesantes, huérfanos y asilados. Los géneros que podían fabricar eran simples y del tipo que en Suecia se llaman «géneros del comisario», porque se usan para uniformes de los soldados.

El fabricante o inspector (porque el gobierno estaba interesado en la empresa) ganaba muy poco en esta fabricación, pues el gobierno le pagaba según precio estipulado de antemano, pero no obstante permanecía en la fábrica transitoriamente por disposición gubernativa que le impedía abandonar el establecimiento. El estampado de cretonas fué detenido por el auge del comercio inglés, que a pesar de los altos derechos de internación podía vender este artículo a un menor precio.

En los tiempos coloniales, cuando ningún extranjero podía comerciar en esta ciudad y todas las necesidades del país eran satisfechas por la madre patria, no había ninguna competencia en el comercio del ramo. Para la fábrica se importaban desde España simples géneros de algodón, que eran estampados y se vendían a un alto precio. Por esta razón las entradas del establecimiento eran abundantes, como se puede ver por los precios que el mismo administrador me ha proporcionado.

Según estos datos, el género de «Shirting» o «Madapolán», que se usaba para el estampe, costaba en aquel tiempo solamente uno y medio a dos reales por vara; y después de estampado, valía siete a ocho reales. Mejores cretonas que las que producía la fábrica son vendidas ahora por los ingleses entre dos y medio y tres reales, mientras que el género blanco de algodón, que forma la materia prima, en 1824 no se podía comprar a menos de dos y medio reales la vara. Todo negocio era imposible.

Hay en Santiago una fábrica de muebles, especie de cárcel

correccional, que emplea a los menesterosos, niños desvalidos y cierta clase de reos. Un joven francés administraba este establecimiento y mantenía allí un gran número de maestros y trabajadores. Se hacían bastante bonitos trabajos en la fábrica; pero como los productos no se podían vender a precio de competencia con los importados, aunque éstos habían pagado transporte y Aduana, la fábrica tuvo que cerrar. Esto verdaderamente va en elogio del Gobierno de Chile, que no ha querido aumentar los derechos aduaneros por el vano honor de ver establecimientos artificiales surgir al amparo de una desmedida protección que ataque al comercio extranjero.

El gobierno no descuidaba, sin embargo, la protección paternal, a menudo dañina en favor del nacimiento y desarrollo de la industria. Entre los aventureros que elevaron al gobierno proyectos para el establecimiento de fábricas y otras empresas industriales, hubo un coronel francés que, después de haber envejecido en el servicio militar y misiones diplomáticas, había decidido dedicarse a esta empresa en la vejez. Logró proporcionar al gobierno algunos datos sobre la existencia en Chile de una greda especialmente fina para la fabricación de loza, sobre cuyas bases inmediatamente hizo cálculos estadísticos sobre la gran ganancia que la República iba a obtener del establecimiento de fábricas de loza. Sus sofismas llamaron la atención, y el gobierno entregó al señor coronel los fondos necesarios para viajes de exploración, con el fin de que investigara si efectivamente existía tal greda dentro del territorio de Chile. Al partir yo de Chile habían pasado tres años de su viaje de descubrimiento, y todavía no proporcionaba al público los resultados de estas investigaciones.

Aun suponiendo que en Chile se descubriese una greda apropiada para la fabricación de loza, ¿cuál sería el resultado? Acaso el sacrificio de gentes y capitales para persuadir al mundo que el trabajo era posible. Porque en un país con tantas industrias naturales, como tiene Chile, siempre será físicamente imposible poder obtener un resultado satisfactorio de otras industrias que son artificiales y por todos aspectos menos productivas.

Una refinería de azúcar también se estableció en Santiago, pero por cuenta privada; y fracasó totalmente por la sim-

ple razón de que los chilenos no usan el azúcar refinado sino que prefieren—igual que los otros sudamericanos—el azúcar de «pilón», que, según afirman, es más dulce. El fabricante no pudo pedir mayor precio por el azúcar de pan refinada, de lo que generalmente pagan los parroquianos para el tipo rubio (chancaca).

Los jesuítas, si bien es cierto han hecho mucho daño político en el mundo, también han ejecutado innumerables obras buenas. Son los únicos que han logrado civilizar parcialmente al indio americano. Gracias a ellos la República del Paraguay fué fundada. Allí han establecido los primeros colegios y han edificado la mayoría de las iglesias, y en muchas partes de Sud América existen todavía monumentos recordatorios de su actividad.

Fuera de Santiago, alrededor de un cuarto de milla más allá del suburbio llamado La Chimba, había una fábrica de pólvora fundada por los jesuítas, y establecida en la cuesta de un cerro, donde los jesuítas, según cuenta la tradición, habían persuadido a los indios que condujeran el agua, por medio de acequias y diques, desde los promontorios más cercanos de la cordillera. La caída de agua es casi vertical, y pasa por tres grados diferentes, provistas de grandes ruedas. La fábrica no ha funcionado desde la expulsión de los españoles; pero antiguamente la cantidad de agua era considerable, y su posición es excelente todavía.

Cuando por casualidad he mencionado este establecimiento, varias personas me han preguntado si el salitre que ya he citado serviría para fabricar pólvora. Por eso deseo mencionar aquí como informe que en esta fábrica solamente se ha usado el salitre. En otra fábrica en la bahía de Talcahuano, isla Quiriquina, me dijeron que la pólvora producida del salitre es buena y apropiada.

Sin embargo es una lástima que una situación como la de la antigua fábrica de pólvora quede tanto tiempo sin utilización. Estoy persuadido que un buen molino para harina constituiría un negocio lucrativo. El sitio, que pertenece ahora al gobierno, estaba arrendado y es un terreno de considerable extensión.

Entre las industrias secundarias más comunes hay que citar

la fabricación de cigarros. Es cierto que ahora es menos productiva que antes; pero de todas maneras un gran número de obreros trabajan en sus talleres.

En Chile se fuman principalmente tres clases de cigarros, a saber: *a*) «Puros», que son de la Habana o nacionales. Los primeros cuestan hasta cuarenta pesos la caja (cien cigarros) puestos *a bordo*; los nacionales, que se consideran inferiores, cuestan en tierra treinta pesos; *b*) «De hoja», hechos de finísimas hojas de maíz, que al secarse se llenan con una cantidad pequeña de hojas de tabaco finamente picadas. Para liarlos se enrolla la hoja de maíz entre el pulgar y el índice de la mano, en un sólido cilindro, y después de ser plegados ambos extremos el cigarro está listo para ser fumado. Se considera más saludable que el siguiente; *c*) «De papel», para cuya fabricación se usa forro de papel en lugar de la hoja de maíz, y se llena con tabaco picado. Para liarlo se efectúa la misma operación descrita. El papel de lino se puede usar para este tipo de tabacos.

El papel de cigarros también se importa de España, y entra en grandes cajones en tránsito de Cádiz y Barcelona. Viene cortado en rectángulos del tamaño apropiado, y en atados, y sobre cada atado distribuidas pinturas grotescas, junto con versos en dialecto catalán.

La primera clase, o cigarros puros de La Habana, se fuma generalmente en la sociedad elegante y por las mujeres limeñas. Las chilenas no fuman. La otra clase de puros, o cigarros del país, son para la clase media, y los de hoja y de papel para la gente baja. Aunque también se encuentra entre la gente más distinguida gustadores de este tipo.

No obstante son principalmente los cigarros de papel los que se encuentran en los bodegones, porque los chilenos conocen muy bien la maniobra de liar el cigarro. Nunca mascan el tabaco, por lo cual no se encuentran «picanell», «negro head» u otras variedades comunes en los puertos.

La abundancia de nieve que ofrece la cercanía de la cordillera a la mayoría de los pueblos y ciudades chilenas, constituye una industria importante para los hosteleros y otros comerciantes. En Santiago la venta de nieve es monopolio del gobierno. Debajo del palacio hay varios subterráneos gran-

des y espaciosos, donde se almacena la nieve y donde un empleado público diariamente vende a los ciudadanos en grandes o menores partidas. Los sábados bajan varias recuas de mulas cargadas de este producto de la cordillera. El hielo se saca en grandes trozos, que se guardan en capachos o en costales (canastos de forma cilíndrica); pero siempre bien aprensados en paja. Tan pronto como llega a la ciudad se embodega rápidamente en los subterráneos.

Por un cuarto de real se puede comprar bastante nieve para enfriar el vino y el agua de una casa de seis personas. Esto es un deleite considerable durante el gran calor del verano. Por todas partes se ofrecen helados de bocado (yema batida), de leche, de canela y de naranja; y se pueden consumir a todas horas del día sin temor.

Hay hosteleros que en una noche venden helados por valor de a quinientos a seiscientos pesos. Estos cafés con sus patios espaciosos, están arreglados con carpas de lona atadas con roldanas desde las cimas de las casas, para evitar el viento cordillerano. Debajo de esta carpa se coloca un gran número de sillas, bancas, sofás y mesas, y en los rincones una orquesta de piano, guitarra y cantantes divierte al público. Las familias toman el fresco y beben, y es agradable para un extranjero encontrar a sus conocidos y poder dirigirse libremente a ellos. Hay aquí ocasión de ver y apreciar la cortesía española; porque tanto el administrador como el mozo compiten con los caballeros en «obsequios» para el bello sexo. Si ocurriera por ejemplo que una dama se encontrara de pronto separada de su compañía y perdida en la multitud, entonces el caballero más cercano le ofrecería su mano para sostenerla, sostén que ella aceptará con igual cortesía, aun si las personas no se han visto nunca antes. Aun en la calle los caballeros se ofrecen para ayudarla a pasar una acequia, o salvar cualquier obstáculo.

Como los chilenos tienen abundancia de nieve, muchas veces me he asombrado de por qué nunca se les ha ocurrido la idea de construir subterráneos para el hielo, los que serían de una utilidad incalculable para el conservar vinos. No obstante conocí a un francés, llamado La-Porte, de profesión curtidor, que había construido un subterráneo de esta

especie, y creo que cuando el método se generalice, no faltarán los que sigan su ejemplo.

Sobre las maestranzas, que incluimos entre las industrias, solamente deseo decir en general que son lucrativas, pero poco consideradas socialmente. Un artesano y un empleado de tienda todavía se encogen de hombros ante un peón; y no hace mucho que a los doctores se les daba este epíteto por irónico desdén a la ciencia médica.

De los artesanos, las profesiones de curtidor, relojero y joyero son lucrativas; los oficios de carpintero, fabricante de instrumentos, panaderos, vidriero y pintor rinden lo suficiente. Los zapateros, con excepción de boteros de damas, y los sastres son menos productivos, debido a la competencia de los productos extranjeros que llegan al país.

CAPÍTULO XVIII

Geografía.—Estadística.—Clima.—Astronomía.—Aguas termales.—Viaje a Colina.—Campos.—Edelhjerta.—Los suecos en Chile.

Benévolo lector: intencionalmente he postergado tratar el monótono tema que con gusto voy a tratar ahora, pues quiero obtener primero tu autorización. Prometo ser breve en los detalles y sólo insistiré en los temas de por sí interesantes.

Si echamos una mirada al mapa, causa asombro observar la posición ventajosa de Chile, en especial si tomamos en consideración sus límites que determinan un aislamiento completo. Forma una angosta franja entre la cordillera y el Pacífico, que se extiende entre los grados de latitud Sur 24 y 45, con cerca de 210 millas suecas, territorio que forma un cuadrilátero casi geométrico entre el trópico meridional y el grado 38, en la dirección Norte-Sur. Su superficie se calcula en cerca de 5.500 millas, y su población—sin incluir los aborígenes—llegaría a millón y medio de habitantes. El censo del país es todavía poco científico para que la población pueda fijarse de otra manera que por cálculos.

Aunque los geógrafos suponen el territorio de Chile limitando por la República de Bolivia y el desierto de Atacama en el Norte; al Oeste por el Pacífico, al Este por la Cordillera y las

Provincias del Río de la Plata; y al Sur y Sureste por la Patagonia, los chilenos aseguran—por las mismas razones que también reclaman los habitantes de la provincia de Buenos Aires—que sus límites alcanzan hasta el cabo de Hornos, porque el territorio al Sur pertenece a los indios y el derecho de aquéllos no fué reconocido por los españoles. España sería la verdadera dueña.

Hago omisión de la división administrativa del país, pues las provincias son distintas a las que describen los geógrafos. Me atengo solamente a las cuatro regiones principales del país: Coquimbo, Santiago, Concepción y el Archipiélago de Chiloé y demás islas.

El distrito de Coquimbo, o provincia del Norte, está compuesto de la ciudad de Copiapó, el puerto de Huasco, el puerto y pueblo de Coquimbo y el puerto de Tongoy. La Serena es la mayor de sus villas y está situada en el río del mismo nombre. Es la residencia del Gobernador militar y civil. Posee tres conventos, una escuela y su población alcanza a 2.500 habitantes. El puerto de Coquimbo está situado a una milla de distancia de la ciudad y es el mejor que Chile posee.

Dentro del territorio hay once ríos de mayor o menor importancia, entre los cuales el Salado, que deposita sal en sus riberas; también hay allí tres volcanes, a saber, el Copiapó, el Coquimbo y el Limarí.

Los principales artículos de exportación son oro, plata, cobre, plomo, cueros, carne, grasa, cuernos y frutas. Las minas son ricas. Hay mármoles, aunque no en abundancia. En los alrededores de Copiapó hay también minerales de azufre y lapizlázuli.

El distrito de Santiago o central, ocupa el territorio desde el río Limarí, al Sur de Coquimbo, hasta el río Maule, al norte de Concepción. Como la distancia entre el mar y la cordillera es la mayor del país, y el distrito alberga las más grandes de las ciudades, es por consiguiente la provincia más importante de Chile. Sus ciudades son: Santiago de Chile, capital del país, que ya he descrito. Valparaíso, primer puerto de la República. Quillota, situado a seis millas al N.O. de Valparaíso. Está hermosamente situada en el valle del río Aconcagua, y en la colonia fué importante. Ahora debe considerarse

como un villorrio; allí hay un colegio construido por los jesuitas, cuatro iglesias y tres conventos. Petorca, de que ya he hecho referencia. San Felipe es un pueblo cercano a la cordillera. Allí también los jesuitas han construido un colegio. Por este pueblo pasa el verdadero y principal camino trasandino. En 1828 el correo corría regularmente entre Santiago y Buenos Aires, aun durante el invierno. Cuando los comerciantes necesitaban una comunicación más rápida, se usaba el llamado «propio» (expreso), quien, a todo galope y sin descanso, hacía el viaje en doce días. Esta comunicación sufrió tropiezos en el tiempo de las guerras civiles de la Provincias del Río de la Plata. Melipilla es pequeña aldea a algunas millas de distancia de Santiago; pero donde sin embargo hay dos conventos y un colegio, construido por los jesuitas. Rancagua, situado alrededor de 25 millas al Sur de Santiago, es un pueblo insignificante, famoso por una batalla entre los patriotas y los españoles. Allí hay dos conventos. San Fernando es una de las ciudades agrícolas del país. Se calcula su población en cerca de seis mil habitantes. Entre los edificios sobresalen dos iglesias, un convento y un colegio, construido por los jesuitas. Talca es ciudad importante junto al río Maule. Su población ha disminuido por las últimas guerras que han dispersado a sus habitantes. Posee una iglesia, dos conventos y un colegio construido por los jesuitas. Curicó, Cauquenes y la Florida son ciudades menores, situados alrededor de 35 grados latitud Sur. La primera posee dos conventos, Cauquenes uno.

Esta región está atravesada por todas partes por ríos, que aunque son angostos y no navegables por su declive pronunciado, sin embargo favorecen la fertilidad de sus campos como regadío.

Hacia la costa y centro las principales ciudades son: Lima-che, Aconcagua, Quillota, Longotoma, Choapa, Ligua, Maipú, Colina, Lampa, Codegua, Cocalán, Cachapoal, Río Claro, Tinguiririca, Chimbarongo, Teno, Nillahue, Lontué, Pangué, Lircay, Putagán, Longaví, Loncomilla, Purapel, Mataquito y Maule, entre las cuales Quillota y Maule son las mayores.

Los artículos de exportación son los mismos aquí que en el distrito de Coquimbo, aunque llegan a sumas mucho más considerables por la mayor extensión, población y fertilidad

del territorio. Sin embargo, hay que exceptuar la exportación de cobre, que es más importante en Coquimbo y sus puertos cercanos.

Las bahías de este sector son numerosas pero ninguna importante. Son lo que los ingleses llaman «cove» (desembocadura del río); pero como no tienen aduana, a los barcos extranjeros les está prohibida la entrada.

También hay gran número de lagunas, pero todas insignificantes, más bien pantanos, si se exceptúa la de Bucalemu, situada al poniente de Rancagua, que tiene una longitud de tres millas, y la de Taguatagua; ambas lagunas abundan en peces y aves silvestres.

El distrito de Concepción, o del Sur, se extiende desde el río Maule hasta el grado 43 de latitud Sur, es decir, hasta donde los chilenos tienen establecimientos. Ocupa una extensión de ocho grados de latitud; pero está poco poblado por gente blanca. Hay varias aldeas indias, las que en parte están bajo dominio nacional, en parte son independientes, pero sus habitantes viven en armonía con los chilenos.

Las ciudades en este distrito son las siguientes: Concepción (también llamada Penco), la ciudad principal del distrito, que tiene una extensión considerable, y antes de las guerras de la independencia ha sido metrópoli, por su población y comercio. Se calculaba entonces su población entre 13 y 14.000 habitantes, pero dudo que ahora llegue a la mitad de dicha cifra. La ciudad está situada en un valle bastante hermoso, llamado la Mocha, que constituye la entrada a su puerto; pero la estructura pantanosa de la tierra impide aquí la comunicación con el mar. La ciudad, de planta regular, tiene calles anchas y derechas (la mayoría con veredas de piedra), varias plazas grandes rodeadas por jardines y muchos edificios espléndidos. Entre éstos debemos mencionar principalmente el palacio del Gobernador, la Catedral, monasterios, un convento de monjas, un colegio construido por los jesuitas, y varias escuelas menores, etc. Las casas particulares son generalmente grandes, espaciosas y edificadas con buen gusto, y aquí se encuentran muchos edificios de dos pisos; pero podemos afirmar que la mitad de las casas grandes están abandonadas, y varias de las construcciones sin terminar. Los terremotos han asolado

esta ciudad antes tan hermosa, y en todas partes se ven los destrozos. Aun las murallas y pilares de la Catedral son testigos de esta destrucción. Cerca de la ciudad hay un cerro alto, llamado Caracol. Tiene una altura considerable y domina una vasta extensión del panorama cercano.

Aquí encontré a un francés (Lozier), que en el cerro Santa Lucía de Santiago, había colocado el cronómetro que indica a los habitantes el mediodía por medio de un disparo de cañón. Era naturalista y de carácter bastante original. Evita casi siempre la compañía de los europeos, vive solo, y fraterniza más con la naturaleza. Había aprendido el idioma de los araucanos, que ellos llaman «Chiledugu», y estaba tan familiarizado con la lengua, como en la colonia los jesuitas. Llegaba de una pequeña colonia que había fundado entre los indios; y cuando nos encontrábamos en el Caracol, venía acompañado por una india de ocho años, un perro y dos «guanacos».

La niña había sido entregada voluntariamente por sus padres a él como ahijada, corría a pie descalzo por las peñas, casi tan rápido como el perro y los guanacos, y parecía quererle profundamente. Había aprendido castellano, y sabía contestar bastante bien las preguntas que se le hacían (54).

Los guanacos acompañaban al jinete dócilmente como perros y hacían como éstos saltos y cabrilolas, pero volvían siempre al lugar donde había quedado su amo. Si no lo encontraban, doblaban las orejas hacia adelante para escuchar; y tan luego lo sentían silbar, corrían con la rapidez del relámpago a encontrarlo.

(54) Los guanacos son del tamaño de un reno, de cuello largo y curvado. La cabeza es pequeña como la de un ciervo. El pelo color amarillo obscuro, pero en el vientre más claro, casi blanco. Es tímido y fácil de domesticar. Su balido es grave y quejumbroso, parecido al sonido del viento al pasar por la abertura de una ventana, y cuando se enoja, dobla las orejas hacia atrás y escupe con saliva que, según dicen, produce eczema. Durante el verano estos animales viven en la cordillera; pero en primavera bajan a los llanos, donde forman grandes rebaños. Son rápidos y corren más velozmente que el caballo. He visto varios de los domesticados trotar y galopar por las calles de Santiago. Algunos escritores cuentan que se usan para cargar, y es muy probable que esto se hiciera antiguamente, por la escasez de caballos, burros y mulas, pero en Chile nunca he visto usar otros animales que éstos para el transporte.

El puerto más cercano es Talcahuano, situado apenas a media milla de Concepción, al lado Sudeste de la bahía. Después de Coquimbo y Valdivia es el mejor puerto que Chile posee, protegido por la isla de Quiriquina de los vientos del Oeste. Después de la época colonial el comercio ha aumentado y progresado aún más que en Valparaíso. Durante la colonia entraban solamente dos o tres barcos españoles por año; en cambio ahora se pueden ver generalmente, veinte a veinticinco barcos anclados. No obstante, es extraño que no haya muelle alguno y la carga y descarga se hace por medio de lanchas. Las mercaderías principales son los cueros, sebo, vino, charqui, trigo y harina. El otro puerto es Tomé, que está al otro lado de la bahía! Aquí los barcos están menos seguros, por falta de protección contra los vientos del Oeste; pues solamente está defendido por un promontorio poco saliente. Varias bodegas se han construido en la playa, pequeña aldea con una capilla y una iglesia. En la primavera hay aquí grandes depósitos de tablas, listones, vigas, etc., que junto con el trigo constituyen la principal exportación. El tercer puerto es Penco o «Concepción» vieja, inferior a los anteriores, tanto en su posición, abierta a los vientos del Oeste, como por la extensión de anclaje. Antiguamente este puerto fué una ciudad importante y bien defendida; pero después ha sido víctima de los indios y de los terremotos. La mayoría de los habitantes emigraron a la actual ciudad de Concepción, alrededor de 1765. Todavía se ven las ruinas de fortificaciones antiguas, y se mantiene una guarnición. Por salir de este puerto se llama de Penco a un famoso vino. Sus habitantes han recibido por eso también el nombre de «penquistas».

La bahía contiene más puertos aún, entre ellos uno donde se embarca el carbón de piedra; pero son insignificantes. La bahía es de anchura considerable y bastante peligrosa, sobre lo cual daré mayores informaciones al describir el naufragio del barco sueco *Birger Jarl* y la actitud del capitán Edman. Hualqui es un villorrio junto al río Bío-Bío, que sin embargo es la verdadera capital del distrito, pues allí vive el Gobernador. Chillán, o San Bartolomé de Chillán, ciudad antigua situada junto al río Chillán, aproximadamente 12 millas al N. E. de Concepción, es populosa, tiene una iglesia, tres con-

ventos y un colegio jesuíta. Estancia del Rey, o San Luis de Gonzaga, pueblo cercano al Bío-Bío en el grado 36 y 45 min. lat. sur, se compone de una iglesia y colegio fundado por la Compañía de Jesús.

Al sur del río Bío-Bío empieza el territorio araucano. Los chilenos no han fundado ciudad alguna en este territorio.

Valdivia a 39 grados 58 min. de latitud Sur, es insignificante como ciudad, pero está fortificada y amurallada y ocupa una área extensa de población aborígen. Aquí hay un colegio jesuíta, varios conventos, una iglesia y un hospital.

Los ríos principales del centro y Sur de Chile son el Itata, el Ñuble, el Chillán, el Bío-Bío y el Valdivia. El Bío-Bío es el más importante. Nace en la cordillera cerca del volcán Tucapel, y desemboca en el océano un poco al sur de Concepción. Tiene en su desembocadura un ancho de cuatro leguas. En el verano trae tan poca agua que se le puede vadear; pero en el invierno barcos pequeños pueden remontarlo. Se usan canoas y balsas para el transporte. Diez ciudadelas fueron construídas a lo largo de este río para defender el distrito contra los araucanos. El comercio de exportación consiste principalmente en maderas, trigo, harina, vino de Penco, del cual el mejor proviene de Itata, queso de Penco, sebo, cueros, crin, cuernos, charqui, frutas secas, chicha, caballos, lanas.

Casi todos los ríos y arroyuelos que vienen de la cordillera son ricos en arenas auríferas; pero a pesar de ello y de las riquezas naturales, los habitantes de este distrito, si exceptúo una minoría, son en general bastante pobres, tal vez por los efectos de la guerra de la Independencia.

Del archipiélago de Chiloé ya he hablado anteriormente; me quedan por mencionar las demás islas de Chile.

Al Sur de Chiloé hay un grupo que se llama Archipiélago de Chonos, o Guaytecas; pero están inhabitadas y son poco fértiles.

La isla Mocha, situada a 38 grados 40 min. lat. Sur; tiene una circunferencia de 10 millas. Está inhabitada, aunque se asegura que es bastante fértil. Antiguamente había allí algunas colonias españolas. Ahora sólo es frecuentada por los balleneros por su abundancia de cerdos, en provisión suficiente para sus barcos.

Las islas de Juan Fernández pertenecen a Chile. Están situadas alrededor de 34 grados lat. Sur y dentro de los 62 y 64 grados de long. Oeste y son—con todo el respeto debido a Robinson Crusoe—bastante estériles. Las principales son dos, de las cuales la que está más al Oeste se llama «Más Afuera», y la del Este «Más a Tierra». Las he avistado tres veces a poca distancia; pero no he podido descubrir otra vegetación en las costas que espinos y helechos, y de animales solamente he visto piños de cabras. El gobierno las utiliza como prisión, para cuyo fin se mantiene una pequeña guarnición; pero todas las provisiones se traen de Valparaíso. Es cierto que hay algunos valles donde hay huertos; pero todos los viajeros que las han visitado están de acuerdo en declararlas incómodas para vivir; sobre todo durante la estación lluviosa, pues se desatan vientos salvajes que a menudo se llevan los techos de las casas.

Un sueco de Gotemburg, Mateo Arnaldo Hoevel, tío del señor Fredrick Freundt, residente en Guayaquil, pasó aquí varios años de miseria. Había tenido la desgracia de ser empleado por el gobierno norteamericano en varios servicios importantes. Pero cayó en desgracia bajo el régimen español y fué mandado como prisionero a estas islas. Fué Intendente de Santiago. Terminó sus días durante la administración de O'Higgins. Era conocido por su rectitud y benevolencia y una cultura superior a su tiempo. Su viuda, una dama chilena, vivía todavía en Santiago en 1828, y era una señora tranquila y agradable.

Cerca de la costa de Coquímbo hay tres islas, llamadas «los tres Coquimbanos»; son pequeñas e inhabitadas; pero a la altura de Copiapó y a 62 hasta el 64 grados long. Oeste, están las islas de San Félix y San Ambrosio, insignificantes, aunque a menudo visitadas por navegantes, sobre todo por los que necesitan provisiones, porque hay puercos y cabros en abundancia.

✓ Para poder dar cifras estadísticas sobre este país necesitaría las fuentes originales de las cuales carezco ahora por las razones ya mencionadas en la Introducción. Tengo que contentarme con la descripción de hechos conocidos y compararlos con el aumento de la producción e industria de los últimos tiempos.

Al principio de la revolución se acuñaban en Santiago anualmente monedas ($\frac{1}{3}$ de oro y $\frac{2}{3}$ de plata) por un valor aproximado de 1.700.000 pesos. Calculando que la acuñación de monedas hubiera disminuído en un tercio, la producción anual de oro y plata del país alcanzaría a 2.550.000 pesos; pero según mi opinión, esta suma debe ser mucho más alta ahora, tomando en cuenta las minas riquísimas que se han descubierto últimamente en las regiones de Coquimbo y Copiapó y el aumento creciente de la exploración de las arenas auríferas. Si bien es cierto que la fabricación de monedas no es tan grande ahora como antes, en cambio la exportación de oro y plata no acuñados es al contrario mucho mayor.

En la época colonial, la exportación alcanzaba a 3.500.000 pesos. Entonces el comercio estaba todavía en su infancia. Ahora la producción ha aumentado considerablemente.

En aquel tiempo entraban a lo sumo diez barcos a Valparaíso y unos tres a los demás puertos del país. Su número era en 1827 por lo menos cinco veces mayor. En los tiempos coloniales no había casi exportación de cobre, mientras ahora ésta debe alcanzar a 2.000.000 de pesos.

Por esta razón, y a base del cálculo de que en todos los puertos de Chile hay anclados unos noventa barcos de 300 toneladas, que durante el año se renuevan en tránsito cuatro veces, el cómputo sería una exportación anual de 108.000 toneladas. Pero calculando que la mitad de estos barcos zarpan en lastre y parcialmente descargan en los propios puertos del país, podemos fijar la exportación anual de productos en 54.000 toneladas, que, al moderado valor de 300 pesos tonelada, nos da la suma de 16.200.000 pesos, sin tomar en cuenta la exportación de los metales nobles.

El lector debe darse cuenta de que este cálculo es aproximado, y por lo tanto no puede ser otra cosa que una conjetura de los recursos del país, lo que sin embargo son considerables para su población de un millón y medio de habitantes. Pero aunque la exportación es subida, no creo que el comercio del país esté equilibrado en su balanza. El lujo es general, y la venta de artículos superfluos europeos es asombrosa. He visto barcos de 300 a 400 toneladas llegar a Valparaíso con artículos

para damas, de un valor de 400 a 500,000 pesos, que se vendieron al contado en dos semanas.

También el circulante es ahora menos abundante que durante los primeros años de la revolución, por las remesas que hicieron los españoles y los comerciantes de otras naciones hacen anualmente a Europa. Hay judíos cambistas en Chile pero son muy pocos, y no se atreven a hacer sus operaciones públicamente, porque los judíos no son admitidos en el país.

A pesar de estas circunstancias, no hace falta el dinero sonante, y las ventas son siempre cerradas y liquidadas al contado. Tampoco puso el gobierno atención especial en la escasez de circulante, y dejó que las transacciones siguieran su curso sin trabas, hecho que verdaderamente le honra, pues se ha visto que otros países con mayores pretensiones técnicas, cometen la equivocación de impedir la extracción de la moneda, como si—permítaseme la comparación—quisieran impedir por medios mecánicos que la superficie del mar perdiera su nivel natural.

Los precios de los productos europeos han bajado considerablemente en estos años e indudablemente bajarán aún más, pues la competencia mutua entre las naciones favorece esta tendencia.

Chile marcha a la cabeza de los países sudamericanos, beneficiado por un clima sano y agradable. El Norte y el distrito de Coquimbo es desértico por escasez de lluvias, pero la vegetación se mantiene gracias a los muchos ríos y a la neblina nocturna. En el centro, o el distrito de Santiago, llueve solamente en el invierno y ni una sola gota de lluvia cae en el verano, pero la naturaleza allá también recompensa esta carencia en la misma forma que en el distrito del Norte. En el sur o el distrito de Concepción, llueve tanto en el invierno como en el verano, de manera que la vegetación es frondosa.

Cuando recién llegué a Chile, sufrí mucho del calor, pero más aun por la sequía. Un resfrío de mi juventud me había provocado un fuerte reumatismo, del que había sanado mucho tiempo antes de mi viaje a América. En el cabo de Hornos me volvió, aunque no tan fuerte. Me mejoré antes de llegar a Valparaíso; pero allí, y también más tarde en Santiago, me atacó fuertemente durante todo el primer año, y supongo que

esto provino de mi falta de costumbre al clima seco, porque durante los siguientes seis años de mi estadía en Chile, no sentí ni ésta ni ninguna otra enfermedad.

Casi todos los extranjeros sienten a su llegada al país, durante el primer año, un cambio en su físico por plétora, dolores de cabeza y pecho, indigestión o reumatismo; pero después se aclimatan. Los nativos gozan de buena salud; y ninguna enfermedad contagiosa o epidemia he visto en este maravilloso país, donde la temperatura—sobre todo al interior o alguna distancia del mar—es constante. En Valparaíso y en otras partes de la costa se levanta en el verano, alrededor de las 11 a. m., un fuerte viento terrestre, que refresca el aire durante el período más caluroso del día. Sopla hasta las tres de la tarde; pero al mismo tiempo incomoda por los muchos remolinos de polvo y arenilla que arrastra desde los cerros cercanos. En Santiago, al contrario, no se siente este viento en el verano, en que está generalmente despejado al mediodía; el calor es molesto a esta hora. Entonces no se trabaja, se descansa bajo techo con las ventanas y puertas abiertas. Aun el extranjero debe aprender a gozar de algunas horas de reposo, porque toda la naturaleza incita a ello. Los habitantes se abandonan a la «siesta» despreocupadamente. Hay algunos que no resisten la ropa sobre el cuerpo. Pero ¡qué goce proporcionan entonces el agua fresca y los helados, que se pueden consumir en este clima sin peligro alguno!

Los meses de invierno, mayo, junio y julio, son a menudo bastante fríos y desagradables. Como las habitaciones no tienen otro piso que ladrillos, es natural que durante esta estación haya humedad, a lo cual contribuyen no poco las ventanas y puertas que siempre tienen rendijas. Con todo el cariño que siento por Chile, no puedo dejar de añadir que nunca he sentido tanto frío como durante el primer invierno que pasé ahí. Durante la noche me era imposible mantener el calor, a pesar de dos colchas, y en el día me era necesario ponerme bastante ropa, y aun sobretodo, al salir.

Cuando llueve usan los «zuecos», tanto los caballeros como las damas. Los de los caballeros son más grandes y simples, y tienen la parte superior de cuero de vaca curtido. Los de las damas son pequeños, bonitos y cubiertos con terciopelo bor-

dado y camelote (pelo de camello), o bien tafilete. Al principio me fué difícil andar con ellos, porque la suela tiene de dos a tres pulgadas de grueso, así que me resbalaba fácilmente; pero son excelentes como resguardo contra el frío, pues mantienen los pies secos.

A pesar de las prolongadas lluvias, se veía muy a menudo a las chilenas vestidas de blanco, y con calzados elegantísimos, andar a pasitos cortos, con sus pequeños «zuecos», para demostrar su habilidad de mantener su vestido y calzado sin manchas. Los «zuecos» hacen que los pies se vean aún más chicos.

Durante el invierno las damas se quejan mucho del frío y del «reuma», y la mayoría del tiempo lo pasan en casa, «bien arrebozadas» (con la cabeza, el cuello y los hombros cubiertos por una gran bufanda), alrededor del «brasero» (gran redondel de piedra o plata) sobre el cual se coloca un canasto invertido en que ponen los pies y extienden sus faldas para guardar el calor. En pocos lugares hay estufas de carbón; pero sería fácil construirlas de loza y serían seguramente más saludables que los braseros.

Aunque el clima generalmente es sano, existe aquí una enfermedad común, que se advierte en el cuello como una hinchazón, que al principio es pequeña, pero que poco a poco crece en tamaño. Esta forma de carbunco, que los chilenos llaman «coto», no duele; pero molesta la respiración e impide hablar de manera que «el cotudo» tiene que susurrar las palabras. Se dice que la enfermedad proviene de cierto tipo de agua potable, porque varios «cotudos» han mejorado en Tucumán (una de las provincias de La Plata), donde el agua sería favorable. En Mendoza, de cada tres personas una sufre de coto, y desgraciadamente la enfermedad parece hereditaria, así es que se propaga en los niños y los nietos por generaciones. No obstante, nunca he encontrado personas extranjeras que sufran de esta enfermedad.

La atmósfera chilena ofrece el aire más puro, y esto debe necesariamente influir beneficiosamente en la salud. En Chile la población alcanza una edad considerable.

No existen serpientes, insectos venenosos, ni aun «el mos-

quito», el *Bichá* (insecto que penetra en la carne del hombre) o el «tábano», molestan aquí a las personas y animales.

Sin embargo, y aunque el estado higiénico generalmente es bueno, tanto los médicos como los farmacéuticos abundan en Chile y se enriquecen en corto tiempo. Conocí aquí a un doctor inglés, Mr. Nathaniel Cox, considerado el más hábil de Chile, y que, desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche, tenía enorme trabajo, visitando a sus clientes, dando buenos consejos y recetas para la grippe, dolor de cabeza, palpitaciones, etc. Hay médicos que por una corta consulta *particular* se hacen pagar cuatro pesos, y una junta era para el cliente, o, como es usual el caso, para los herederos, muy onerosa. No obstante había médicos que se conformaban con un peso por visita, y medio por receta.

La ventosa no fué conocida en Chile hasta el año 1824, en que fué introducida por un médico francés, Carlos María Buston. Después se generalizó su empleo, aunque en este país los hijos de Esculapio guardaban hermético silencio. Uno de mis amigos que sufría de reumatismo, y que había mejorado en Europa con dicho instrumento, tuvo a su llegada a Chile un ataque grave a las rodillas. Entonces consultó a un médico inglés, que poseía una ventosa mecánica, pero el médico le contestó que no aprobaba el tratamiento. En vano el enfermo expuso el argumento de su propia experiencia, en vano ofreció dinero para poder usar la máquina; el doctor se mantuvo firme. El paciente tuvo entonces que sangrarse a sí mismo con una navaja y, después de haber extraído cierta cantidad de sangre, se mejoró completamente. Lo más extraño era que esta persona, a quien los cambios de clima le producían ataques reumáticos, había tenido la misma experiencia, en otros países, pues parece que los médicos se niegan a aplicar la ventosa. En Sud-América existe predilección de los médicos por las sanguijuelas y prevención contra la sangría en el caso clínico de «delirium» (al cual personas apopléticas están expuestas en climas calurosos). Generalmente prescriben la aplicación de sanguijuelas en los pies; yo sigo el método clásico del doctor Sangrador: sangrar.

Las sanguijuelas en tal ocasión tienen un efecto demasiado lento y débil y su uso da lugar a muchas molestias y pérdidas

de tiempo, y también subidos gastos. Hay ocasiones en que se debe pagar en Sud-América un peso por cada sanguijuela, y se corre el riesgo de obtener algunas ineficaces. Estos bichos los hay por ciento en casi todas partes del continente, pero las de Chile son generalmente difíciles de obtener, por lo cual constituyen una medicina de lujo.

En Chile he visto en un pantano en el camino entre Santiago y Casablanca, la forma en que se extraen. Los huasos se sacaban su ropa interior, metiéndose en el barro donde se quedaban inmóviles un rato. Al retirarse tenían un gran número de sanguijuelas pegadas en las piernas desnudas. Después de separarlas repetían la operación.

La sonda auscultadora, instrumento de dos tubos que aplicado uno en el pecho de una persona, el otro al oído del médico, transmite un susurro de cuya regularidad se puede calcular el estado de los pulmones, tampoco se conocía aquí antes. Fué introducido por el mismo doctor Buston, quien tuvo que soportar muchas burlas, porque todo el mundo consideraba el auscultar con ese instrumento una charlatanería.

El país produce gran número de hierbas medicinales, que aprovechan los médicos del país, y sobre todo las «curanderas», como medicinas simples de fuerza milagrosa. Aquí preparan una infusión llamada «Congoya», especie de té, que siempre prescriben cuando alguien se golpea, o sufre de una violenta agitación, como también para el resfriado.

Los chilenos se cuidan mucho del «sereno», neblina mojadora que cae con tal fuerza que en pocos minutos se siente uno empapado. En otras ocasiones no se siente «el sereno» sino a la puesta del sol y dura hasta la aurora, especialmente en Santiago y sus alrededores.

¡Pero qué cielo más hermoso cubre el distrito de Santiago durante los meses de verano! Al principio no pude habituarme a la costumbre general de la «siesta»; sino que aprovechaba este tiempo para pasear por la ciudad y sus alrededores. El calor era insoportable, las calles estaban desiertas, y toda la naturaleza parecía descansar. Veía tendidos grupos de huasos en la vereda elevada de una iglesia; más allá dormía un perro en la mitad del camino, sin mostrar la menor conciencia de mi

llegada (55). En un umbral, una vieja roncaba; lejos, entre montones de «sandías» y rodeada de una nube de moscas, dormía una vendedora.

Me aburría luego del paseo, volvía a la casa y me sentaba en el patio, a la sombra de una pared, para contemplar el bello cielo azul de Dios, que cuidadosamente ciñe este país bendito. No había límite a la vista; me parecía penetrar al infinito, y mi alma cruzaba con la rapidez de un relámpago por las regiones siderales.

El azul del cielo, igual que el verdor profundísimo de la vegetación de Chile, es algo tan dulce, tan suave al ojo, que el espectador se encuentra obligado a mantener la mirada fija en la comba azulada. Entonces la mirada penetra en la fuente de la felicidad, la mente se despeja, el pulmón respira con facilidad, y el hombre cree adivinar sus orígenes divinos.

Pero ¿cómo dar a mis lectores, una idea de la indescriptible maravilla de la noche chilena?

¡Imagínense este bello cielo recién descrito, adornado por clarísimas estrellas mayores que las del Norte! Están dispersas tan armoniosamente por el azul que es difícil distinguir la Vía Láctea (56). Agreguemos a esto el aire fresco y sutil que se respira, el céfiro de los poetas hecho realidad, y una temperatura ideal para el hombre, y creo que los lectores concorderán conmigo en que el espectáculo es sublime, y con razón obliga a los espectadores a sentimientos de admiración, embeleso y asombro.

Para completar esta maravilla y darle esplendor relevante, aparece la dulce e inocente luna con su majestuosidad y su clara sonrisa. A su llegada se retiran todas las estrellas, ho-

(55) Es asombroso cómo la naturaleza, en otras partes siempre vigilante y ágil, del perro, se ha transformado en este país en flojera e indiferencia. He visto varios perros que han sido atropellados por un caballo y muertos por sus cascos, únicamente porque no se molestaban en dejar su cómoda posición de reposo.

(56) Sin embargo dos manchas oscuras, una al centro y la otra al borde de la Vía Láctea, constituyen una excepción; porque no he podido, ni con el ojo ni con el telescopio, descubrir estrella alguna. La misma originalidad de la naturaleza también he observado en dos o tres manchas claras en el cielo del hemisferio Sur, que forman una asamblea extraordinariamente brillante de gran número de estrellas aglomeradas.

menaje a su majestad. Saluda dulcemente a todo el mundo, y mira suavemente a los hijos de los hombres. Extraordinariamente espléndida y bella es la luna de Chile. Se ve tan cercana y grande, que me parecía descubrir mayores matices en su disco que los que he podido ver aquí en el Norte.

La noche de nuestro verano es por cierto imponente, sobre todo para los hijos del Norte, que en general tienen un amor innato por sus estaciones variables. Yo también participo con alegría de este amor; pero sin embargo no puedo negar que después de una ausencia de 16 años, durante la cual mi mirada ha alcanzado a acostumbrarse y ha aprendido a apreciar el fuerte colorido de los árboles y las plantas de Chile, Buenos Aires y especialmente Brasil, el verdor sueco me ha parecido pálido y, para ser franco, otoñal, de la misma manera que el cielo nórdico a mis ojos parece haber perdido parte de sus estrellas, parte del brillo que admiraba en mi infancia.

La naturaleza que ha bendecido este país con un clima espléndido, de vegetación frondosísima, donde los hombres viven libres de epidemias y dolores físicos, ha derramado, además, el dón de las aguas termales que en diversos puntos ascienden de las capas geológicas de la tierra.

Las termas más conocidas son las de Cauquenes y de Colina, de las cuales las primeras son las más activas. Estas están situadas en el distrito de Santiago. Muchos enfermos de gota, reumatismo, erisipela o enfermedades escorbúticas, han recuperado la salud allí. Se empiezan los baños con las aguas más tibias y aumentan gradualmente en calor. En cada baño el cuerpo transpira fuertemente, por lo cual es necesario mantenerlo bien cubierto. Pero este lugar está en un sitio aislado, donde es difícil cubrir las necesidades inmediatas, aun contra buen pago. Además, nada en las termas satisface la comodidad de los bañistas, no hay piezas pasables, sino solamente algunos miserables ranchos. Servicio doméstico no hay tampoco en este lugar, y por consiguiente quien quiera usar sus baños está obligado a llevar todo lo necesario, lo que resulta caro y molesto.

Colina es una aldea grande, situada a cinco horas de cabalgata desde Santiago, cerca de Tapihue. Las termas están en un valle estrecho, al lado de una grieta del alto cerro, a cuyo

pie se ha construído una bonita capilla. Para los visitantes se ofrecen una fila larga de casas, del tipo que llaman en Chile «ramadas», con dormitorios, cocina y aun salones. También hay una hostería, donde se obtienen, a precios elevados, comida y licores. Las fuentes termales son cuatro, fuera del pozo donde se puede nadar; pero en las termas hay tan poco espacio que apenas se puede uno sentar o acostar. Aumentan en calor de derecha a izquierda, de manera que si en la primera el agua está a la misma temperatura de la sangre, en la última es tan intensa que el cuerpo se quemaría, sin estar preparado por los baños anteriores. El agua caliente sale a chorros por pequeñas grietas de la roca, y es sumamente clara. Se bebe en cierta cantidad y tiene gusto mineral.

Ahregren y yo teníamos algunos conocidos entre los bañistas de Colina, y decidimos una vez ir allá de visita, en nuestras propias cabalgaduras chilenas, y con las «alforjas» bien provistas partimos (57). Ahregren trajo como guía a un suboficial de artillería, que nos acompañaría hasta que llegáramos al camino principal, porque como hay muchos senderos, se necesita un buen «baqueano» para no perderse. Al principio dejamos que los caballos tomaran un paso forzado, para poder hablarnos cómodamente, fumando nuestros cigarros, y gozar así de la linda mañana. El camino tenía el mismo aspecto que el de Tapihue. En una parte atravesamos un campo de trigo, en un sendero arenoso bastante ancho, y tropezamos con varios cientos de ratones, tan juntos que parecían hacer un solo cuerpo. Sorprendidos por nuestra llegada escaparon por el camino, saltando unos sobre otros y dudo que el vencedor de Narva haya podido causar más confusión entre sus enemigos.

Los españoles, que han introducido tantos animales útiles en la tierra sudamericana, también han traído muchos innecesarios, a saber los perros y ratones que han aumentado en forma terrible; pero también pensaron en un correctivo contra los ratones, y con este fin introdujeron el gato. En una vieja crónica he leído que el conquistador Almagro recibió de

(57) El lector recordará las alforjas de Sancho Panza. Consisten de un saco abierto, formando de dos bolsas que cuelgan a cada lado de la montura. Así se llevan las provisiones y la ropa necesaria para el viaje.

Europa un ejemplar y que pagó seiscientas monedas de plata por él.

Pronto nuestros caballos empezaron un galope corto y finalmente corrimos. Después de una cabalgata de cinco horas estábamos a la una en las Termas. Aquí nos trataron «con toda satisfacción», e inmediatamente nos dirigimos al pozo. El agua estaba tibia y la cisterna bajo de techo de modo que no se corría riesgo de resfriarse o de insolarse. Tengo que admitir que rara vez un baño me ha caído mejor. Estábamos acalorados, llenos de polvo y machucados por el viaje, y por consiguiente necesitábamos refrescarnos.

Después del baño la patrona tenía listo la «olla podrida», y nos sentamos de buen humor a la mesa. La conversación alegre de la señora y sus dos hijas describía la agradable vida de las termas y la simpática sociedad que constituían sus compañeros. Las familias de los veraneantes eran alrededor de veinticinco, entre los cuales había muchos jóvenes de ambos sexos. La ramada de todas las familias se mantenía abierta a toda hora para los bañistas y viajeros. Habían acordado encontrarse cada noche, por turno, donde hubiera piano. Las damas que sabían tocar se consideraban obligadas a turnarse por la noche, mientras que la juventud bailaba. Como aquí había «satisfacción» (la gráfica palabra chilena) los jóvenes venían desde la ciudad a las termas, vestidos como huasos, y, para hacerse graciosos, invitaban al «chocolate», al «soldado» o a algún otro baile campesino. Las damas aceptaban la invitación inmediatamente y sin titubear. Estos bailes equívocos se ejecutaban aquí con toda decencia; pero sin embargo se veían actitudes bastante ridículas, que provocaban aplausos de los espectadores.

Alrededor de la media noche se terminaba la tertulia y cada uno volvía a su ramada. Muchas veces ocurría que cuando uno estaba en su mejor sueño, sonaba la música a la puerta y se ofrecía una «serenata», que terminaba con una cortés invitación a levantarse y unirse al grupo para renovar la tertulia en otro lugar, lo que nunca era rehusado ni por viejos ni por jóvenes. Las señoras de edad, sobre todo las de familia distinguida (58), eran las primeras en inventar y dirigir estos «chis-

(58) Por el momento no hay nobleza en Chile, y los pertenecientes a la

tes», bromas que merecieron el título de «llanas», «francas», y «graciosas».

Temprano en la mañana y a las seis de la tarde se tomaban los baños, después de lo cual se comía un bocado. En la comida y cena se debía comer una dieta; pero nadie observaba esto rigurosamente, y creo que aquí la gente es más golosa que en Suecia. El tratamiento duraba alrededor de seis semanas, y se repetía casi todos los años. Es más bien un pretexto para divertirse entre las familias que no tienen casa en el campo cerca de la ciudad, que una cura de salud, aunque gentes verdaderamente enfermas encuentran alivio a sus dolencias.

Era fácil notar en las grietas de la roca, olor de azufre, y probablemente tienen las termas comunicación con el volcán cercano.

Al regreso de esta visita, Ahrengren mencionó a un sueco que había pasado treinta años en Chile, estaba casado y tenía hijos adultos. Se llamaba Pedro Varg, que los chilenos por la dificultad de pronunciar dos consonantes juntas al fin de una sílaba, han cambiado en Bari o Vari. Nació en Estocolmo, de padres cultos, de familia de Akerfeldt. Abandonó Estocolmo como grumete de un barco sueco, a la edad de 14 ó 16 años. El barco naufragó. Después Akerfeldt se enroló en un barco inglés o norteamericano, que encalló en la costa de Chile. Allá recibió protección de un hacendado español. Como en Estocolmo había aprendido matemáticas, conocimientos que entonces eran muy raros en estas colonias, le fué fácil encontrar ocupación como vendedor de una tienda. Era industrioso y honorable, ganó gradualmente la confianza y el favor de su patrón, y al propio tiempo puso tienda propia en el pueblo de San Felipe. Con los años ganó aún más dinero, obtuvo la nacionalización, se casó y llegó a ser alcalde del pueblo. Ahora es un ciudadano opulento de San Felipe.

Cuando Ahrengren me informó de esto, le pedí que me presentara a este destacado personaje, lo que hizo algunas semanas después, cuando el señor Varg llegó a Santiago. Era un hom-

antigua, declinan todos los títulos por razones políticas; pero se considera de buen tono decir por ejemplo: señor Conde de Toro, en vez de simplemente, señor Toro.

bre serio y honesto; había olvidado su idioma patrio por completo, y no podía hablar otra lengua que el castellano.

No obstante, era agradable notar el interés caluroso que todavía tenía por su antigua patria; y durante algunas visitas reiteradas a la ciudad, empezó ya a recordar algunas palabras suecas. Le prestamos varios libros suecos que estudió con ahinco, y luego empezó a comprender, aunque tropezaba en la pronunciación.

Por casualidad tengo todavía guardada una carta que escribió a Ahrengren el 23 de septiembre de 1825, en la cual firma Pedro Bari & Akerfeldt.

Con intención he introducido esta anécdota aquí para que si este patriota tiene aún parientes en Suecia puedan ellos gozar de la alegría de saber de su suerte. Por la misma razón pido paciencia al lector por el breve relato siguiente de otro sueco, que conocí en Santiago en enero de 1827.

Este sueco se llamaba Edelhjerta (primitivamente se había llamado Sandels), y sirvió como teniente durante la última campaña noruega. Una herencia en Demarara, de un difunto tío que se llamaba Edelhjerta, fué el motivo de que Sandels tomara ese nombre. Para poder recibirla tuvo que hacer un viaje a Demarara; pero allá fué sumamente mal tratado por los albaceas, que, según él contaba, trataron de matarle, y en cierta ocasión lograron darle veneno, que seguramente hubiera terminado sus días, si no hubiera descubierto la intriga y tomado antídoto a tiempo. El veneno había, no obstante, arruinado su salud.

Después de haber salvado estos peligros tuvo que huir de Demarara. Después de varias vicisitudes llegó finalmente a Buenos Aires, donde conoció a Johan Ulrik Simson, hijo del antiguo hotelero Simson de Estocolmo. Simson le presentó a una respetable casa inglesa, Keenley y Cía., cuyo jefe estaba relacionado con el tío de Demarara. En vista de las injusticias sufridas por Edelhjerta, le recibió en su oficina, y poco después le entregó la administración y parte de las entradas de una gran estancia, que poseía en Chascomús (distrito situado a un día de viaje de Buenos Aires).

Aquí estuvo Edelhjerta varios años, y el ejercicio corporal al aire libre le hizo recuperar casi por completo la salud. La

estancia era considerable, con varios miles de vacunos, y por consiguiente tenía que andar a caballo continuamente cuidando del ganado.

Gracias a su vigilancia y a una economía prudente en las matanzas, el número de cabezas se había multiplicado. Cuando finalmente vendió la propiedad y se trasladó a Santiago, Edelhjerta contaba con un capital de 40 a 50.000 pesos.

Después que nos conocimos, me contó que pensaba ir primeramente a Perú y de allí a Demarara, para intentar otra vez hacer válido su derecho de herencia; tras lo cual pensaba volver a Suecia para dedicar el resto de sus días a la única hija que dijo tener en Suecia. Poco después partió a Valparaíso y de allí a Lima. Después no se ha oído nada de él. ¡Ojalá no haya sido víctima del egoísmo de los demás herederos!

Era generalmente respetado por su carácter ordenado y sus maneras agradables; y conocía la gratitud, que demostró en su promesa de pactar, después de su retorno a Suecia, con los acreedores de Simson, para que éste según sus deseos pudiera volver a la patria. Esta buena intención no pudo cumplirse, pues Simson falleció en Buenos Aires en 1828.

En Chile en esta época conocí al señor Johan Gustaf Dahlström, de Estocolmo, que regresó a la patria.

Había también un sueco de Carlscrona, llamado Möller, contador de la firma Mitchell & Ashton, de Valparaíso, que enfermó de gota. Se le contrajeron los brazos y rodillas, y la muerte puso fin al sufrimiento, después de agotar los medios para recuperar la salud. Había estado en las termas de Cauquenes; pero, según dicen, no pudo acostumbrarse a una dieta estricta.

En Valparaíso vive otro sueco, de nombre Pedro Eliseo, también de Carlscrona; su apellido original es Peter Elis. Grumete y marino en barcos de varias naciones, finalmente se había establecido en Valparaíso, como vidriero. Después obtuvo el premio de piloto y capitán de puerto. Era casado, tenía una propiedad, y buena salud. Hay además en Chile varios artesanos suecos, casi todos ellos acomodados.

En Valparaíso conocí a un noruego llamado Fredrik Ring. Era contador en la administración del Estanco, y tenía condiciones espléndidas. Inteligente y provisto de energía y ac-

tividad, luego se ganó la confianza de sus jefes, hacía negocios bajo sus auspicios y ganó en pocos años un capital considerable, con el cual volvió a Noruega, respetado por todos sus amigos y conocidos.

CAPÍTULO XIX

Letrados.—Escribanos públicos.—Abogados.—Cortes.—El Defensor de los ausentes.—Profesión militar.

Letrado, que significa en castellano un hombre educado y culto, equivale al «homme de lettres» francés; pero la palabra se aplica en Chile a los juristas, abogados o jueces, o sea a todas las personas versadas en leyes. Los letrados gozan en Chile de alta consideración e informan a la opinión pública. No se puede negar que los estudios jurídicos dan una mayor educación e instrucción que ningún otro tipo de enseñanza. En otros países hay además de un gran número de sociedades eruditas y facultades universitarias, individuos aislados como los poetas y escritores, teólogos y sabios, y una clase militar refinada, que pueden disputarles a los juristas preponderancia en la educación y en la enseñanza. En Chile, donde sólo los abogados estudian, éstos ejercen un dominio cultural absoluto.

A veces me he divertido escuchando en las galerías del Congreso los discursos y las discusiones de los diputados; con excepción de José Miguel Infante, cuyos claros argumentos, dominio del asunto y presentación imponente y fuerte por su voz varonil y vigorosa, evoca en la imaginación del oyente una idea de los Tribunales romanos, no hay sin embargo ningún orador que se destaque, a pesar de los conocimientos jurídicos generales. Oí con interés al doctor don Carlos Rodríguez, hermano del héroe de la Independencia. Entre otros discursos de tendencia liberal que le escuché, hizo uno referente a las riquezas del clero y especialmente de los conventos, en el cual acusó a los monjes de flojera, e insistió en la venta de los conventos por cuenta del Estado. Hay que imaginar la sensación que este valiente discurso produjo entre los oyentes y los diputados mismos, entre los cuales hay curas y monjes.

Sin embargo, la moción no fué aprobada *entonces*; pero probablemente lo será dentro de poco, como ya se hizo en Buenos Aires.

De letrados está compuesta la redacción de los periódicos liberales; y si aparece en el país algún panfleto de contenido general, se puede tener la certeza de que el autor es un abogado.

La profesión es sumamente lucrativa, no tanto porque los chilenos sean peleadores, ya que al contrario, son apacibles y pacíficos, sino por la oportunidad de engorros que ofrece su complicado sistema de leyes, y las muchas posibilidades de confusión que causan el torcido orden procesal y la aplicación muchas veces arbitraria de las leyes. Solamente se necesita pensar en la administración española durante el siglo pasado y el actual, para poder comprender cómo son las leyes y las constituciones hechas bajo la influencia de las tradiciones coloniales, que en este período sirven aún a los chilenos como base. Hay que agregar los cambios atropellados que han sufrido estas leyes en la época republicana por las imposiciones momentáneas y parciales de sus jefes políticos.

Los escribanos públicos (*Notarii publici*) son aquí una legión de empleados confusos y desordenados. Para «dar curso a una causa», hay que utilizarlos para identificar al acusador, certificar sus documentos, etc.

Todas las comunicaciones a los Tribunales se hacen por medio de los escribanos, que mandan sus ayudantes a los interesados. Lo devuelven con un certificado que termina con estas palabras: «Doy fe»; bajo lo cual primero escribe su nombre, y luego lo que en Chile llaman la *firma*, que consiste en una rara figura laberíntica e ininteligible.

Esta autoridad otorga todos los poderes, según un formulario lleno de repeticiones como el inglés; en las Notarías también se anotan y hacen protestas en procesos navales, documentos comerciales de extensísima prolijidad y con un empleo confuso de repeticiones jurídicas. En estos procesos se introducen en el acta expresiones tradicionales rarísimas. Por ejemplo, en protestas navales figuran estas sentencias extrañas: «y protestó que todavía protesta contra el tiempo, el viento, el océano y todos los elementos».

La posibilidad de extender y jurar protestos ante un *Notarius Publicus*, como asimismo autenticar un documento, es sin embargo, si no se toman en cuenta las extensas formalidades, mucho más eficiente que en otras partes donde es necesario guardar los originales para poder decidir, en lo cual se pierde mucho tiempo.

Después de haberse obtenido el poder del Escribano público, el acusador consulta a su abogado. Generalmente se entra primero a una gran sala, donde varias personas esperan su turno. Algunos desean solamente consultar al señor Doctor (así se llaman los juristas titulados, aunque no usan toga ni birrete). Estas consultas cuestan de dos a diez pesos, según el tiempo que emplean. Otros vienen a pedir que se hagan cargo de un proceso. Si son asuntos nuevos, hay que hacer un corto relato de ellos, después de lo cual decide el abogado si los acepta o no. Si son pleitos antiguos, los litigantes deben dejar el caso con la promesa de volver un día fijo. Aquí debo hacer justicia a los señores letrados de Chile relatando que fuí testigo cuando un letrado declaró con franqueza a un cliente que estaba equivocado, y le disuadió de entablar el proceso y trató de apaciguarlo.

Al ser admitido al estudio se entra a un escritorio (59), una pieza clara y amueblada con buen gusto, con una mesa de centro, tapizada en lanilla verde. *L'Esprit des lois* de Montesquieu es el libro clásico que resalta, y hay además una fila de textos europeos más modernos sobre temas jurídicos. En el centro se ve un cómodo sillón, y junto a las paredes lucen un espléndido sofá y elegantes sillas. En un rincón está el secretario del abogado, que a intervalos afila y talla las plumas. El piso está generalmente cubierto por una alfombra de tripe (60).

(59) Escritorio tiene muchos significados en Chile, quiere decir estudio o gabinete; pero en una tienda designa un mueble. En una Notaría pública significa la oficina.

(60) Es una clase de tela de alfombra que ahora se fabrica en Inglaterra, e imita perfectamente las famosas alfombras persas. De un ancho de una yarda, es bastante resistente y las flores y figuras tienen un colorido hermoso. El tripe cuesta tres pesos la yarda.

Al entrar se es invitado a tomar asiento, después de lo cual el Doctor empieza a inquirir sobre el asunto, que debe relatarse breve y simplemente; aunque en Chile como en Suecia hay sujetos que tienen una lengua voluble para describir todo, menos lo que concierne al asunto. Cuando el Doctor «queda enterado del asunto», exclama: «fuego»; a cuyo grito un muchacho entra con el «sahumador» (61). El Doctor enciende un cigarro de La Habana y empieza, con pasos mesurados, un paseo, y dicta, entre las pausas de las chupadas, más o menos en el estilo siguiente:

Carlos Diego Pérez, ante Vuestra Señoría (62), respetuosamente se presenta y dice: Que... (aquí sigue la queja y las razones por las cuales se pleitea), todo tan prolijamente escrito que en ciertas partes parece una sola sentencia encadenada.

Luego viene la providencia en la siguiente forma:

Por esta razón pide y suplica que Su Señoría... — Es justicia que espera de su honorabilidad, o, si se suplica algo: Es gracia que espera de su favor.

Su humilde y devoto servidor.

CARLOS DIEGO PÉREZ.
Por Gabriel O'Meara
con Poder.

La petición generalmente se anota en la primera página, entre el título y el texto mismo, siempre en papel sellado, y se comunica a las partes por intermedio del escribano público.

Todos los escritos se mandan a la Corte, al Juez de Paz, al Consulado, la Aduana, la Policía o al Juez de Letras (primera instancia, tanto en los procesos civiles como los criminales). Si el asunto es de naturaleza tal que la «citación» es necesaria,

(61) Sahumador es un pequeño brasero de plata, donde se colocan brasas para encender los cigarros. Las damas también lo usan para tostar pastillas y sahumarse con este olor, de lo cual deriva la palabra. Estos sahumadores se obtienen como una rareza de los indios peruanos, que los fabrican en filigrana de plata, en forma de un Venado, Pavo Real, u otro animal. El brasero es usado por las damas como incensario.

(62) Este título pertenecía antes a los «Oidores»; pero ahora se da hasta sub-jueces y oficiales del Estado Mayor. Vulgarmente se dice solamente Usía.

ésta se redacta por escrito, menos a la Policía y a la Aduana, que llaman a las partes verbalmente.

Bajo la autoridad del Juez de Paz funcionan los Alcaldes de barrios y sus tenientes y subtenientes, que forman la policía de la ciudad.

Los Alcaldes y los Jueces de Paz se ocupan de los desórdenes que ocurren en la capital. El trabajo del Juez de Paz consiste principalmente en apaciguar las disputas antes de que lleguen al Tribunal. No pueden decidir legalmente ningún asunto legal, sino sólo le concierne su examen y la remisión del protocolo junto con su propio informe a la corte superior. No obstante se ocupan de asuntos policiales, y si es necesario ordenan arrestos.

El Consulado es un Tribunal de Comercio, compuesto de un prior y dos cónsules. Juzga en primera y última instancia en todos los asuntos civiles que conciernen al comercio, y en los procesos por deudas.

Este tribunal está sujeto a críticas. Tanto el prior como sus miembros son hombres que no están versados en leyes, y a menudo son elegidos por su situación social y riqueza, sin considerar si tienen sentido común e imparcialidad, no quiero decir sabiduría o conocimiento.

El letrado está ausente de las decisiones.

La Aduana es de gran importancia en Valparaíso, y se requiere no poca costumbre y trabajo para alcanzar a familiarizarse con todos sus secretos y formalidades, y poder despachar las mercaderías rápida y ventajosamente. Hay diez a doce mesas distintas, a las cuales hay que llevar los papeles. Después las mercaderías se muestran al «vista», que las examina y avalúa (63).

Las ganancias o pérdidas de un comerciante dependen a menudo de la habilidad del vista, por lo cual generalmente tiene muy buen sueldo. Conocí a un vista en Valparaíso, que estaba empleado por varias casas distintas, y tenía un sueldo anual de cuatro mil pesos. Frente al vista «el depen-

(63) En general se llama dependiente al contador de una casa de comercio y también a la persona que ayuda a otro individuo en estos asuntos. El que lleva los libros de un comerciante se llama «guarda libros»; y el que despacha en la Aduana, «despachador».

diente despachante» tiene oportunidad de destacarse. Al final se entregan las mercaderías por intermedio del «Alcaide» (inspector de las bodegas).

Como la mayoría de las mercaderías se consumen en Santiago y el interior del país, considerables partidas son enviadas a dicha ciudad, las que deben ser acompañadas por una «guía», documento que indica el lugar de procedencia y el monto pagado. Sin la tal *guía* las mercaderías pueden ser confiscadas.

La policía y los jueces de paz que dependen del Juez de Letras, constituyen en Santiago un vasto cuerpo, que, aunque sujeto a críticas, posee muchos méritos. Entre otros debo mencionar aquí su severidad en impedir a los paseantes a caballo y en coche ir demasiado velozmente. Cuando se sorprende a alguien en la calle que cabalga al galope o al trote, inmediatamente se manda un alguacil montado que detiene al infractor y se apodera de su caballo que dentro de pocas horas es vendido en remate público, en caso de no pagar la multa.

El Juez de Letras corresponde más o menos al «kämnersrätten» (juzgado de una ciudad) de Suecia, y la apelación se hace al «Juez de Alzada», y luego a la «Suprema Corte de la Justicia», que es la última instancia.

Fuera de los tribunales y cortes civiles, el clero también tiene sus organismos propios. En ciertos casos, por ejemplo cuando dos novios se casan sin la aprobación del padre, y en ciertos crímenes, como incestos, etc., pueden, sin la ayuda de un Tribunal civil, detener por un tiempo corto o largo al culpable y condenarlo a penitencias, etc.

Entre estos tribunales nombrados, los procuradores constituyen un eslabón importante e indispensable. Son a un tiempo las víctimas y los ayudantes de los abogados, y constituyen el tormento diario de los clientes. Los abogados sudamericanos son caballeros de demasiada importancia y comodidad, para molestarse personalmente de los procesos confiados a ellos. Emplean para esto procuradores, cuyos nombres están inscritos en la corte.

Sirven como eslabones entre los abogados y escribientes y conocen la rutina de los procesos y las formalidades. Deben atender continuamente a los abogados, conocer los procesos

de sus clientes, y sobre todo informarse de los tiempos de prescripción, días de las citaciones, etc. El abogado y el cliente confían en ellos, aunque no asumen ninguna responsabilidad.

Pero el pobre cliente nunca es dejado en paz por estas inquietas criaturas. Por los numerosos y distintos encargos que cumplen, y las casas que frecuentan, se han acostumbrado a cierta intromisión doméstica. Visitan la casa del cliente a todas horas del día, y mandan allá como si fueran el patrón mismo. Algunos cobran al cliente cierta suma por cada intervención, otros por una vez al año; pero además saben bastante bien cómo hacerse de entradas extraordinarias.

Entablar procesos es caro en todo el mundo, pero es más caro, donde solamente corre moneda sonante. En Chile el costo de las estampillas, papel sellado, los honorarios de abogados, procuradores y porteros, el pago de certificados, citaciones y comunicaciones, etc., constituyen gastos pesados. Hay procesos que rara vez alcanzan a terminarse sin que las partes se arruinen. Resienten también la salud, porque las cóleras, las angustias y embrollos consumen completamente la paciencia y el ánimo durante el largo tiempo que el cliente tiene que esperar el resultado del proceso.

La pena de muerte no es usual en Chile; y cuando ocurre, primero se fusila y después se cuelga al delincuente. La encarcelación es el castigo común para los criminales.

El defensor de ausentes es en Chile sinecura que se confía a los favoritos del gobierno, y muy lucrativa. Quien tiene este empleo, posee además de un salario considerable, brillante oportunidad de incautarse de la herencia del ausente o menor de edad, y de usarla sin pagar interés. Innumerables controversias retardan la entrega de los bienes, y muchos huérfanos languidecen en la miseria, sin poder usar los recursos depositados. Es generalmente odiado, y el público deplora esta situación que se mantiene por la fuerza con que estos individuos incapaces se imponen sobre las autoridades. Durante la guerra un gran número de personas fallecieron y sus propiedades quedaron en manos del Defensor, sin que los herederos pudieran comprobar el derecho de su herencia, circunstancia que favoreció los intereses pecuniarios de los «Defensores de Ausentes».

Al llegar a Chile en 1822, la casta militar me pareció indisciplinada y en peor situación que durante el régimen español. Los soldados que habían quedado en los fortines de Valparaíso iban tan miserablemente vestidos, que hubieran podido tomarse por «huasos», al no fijarse en el fusil. En la tropa formada, su aspecto varía bastante desde el oficial hasta el soldado. El primero usa sombrero, o gorro, ropa blanca o azul y porta sable o espada. El soldado viste ropas sucias y «morrion» (gorra de fieltro, o gorra de lanilla).

Durante los últimos años los jefes se han esforzado en introducir homogeneidad en la vestidura y armas, y esto representa una gran ventaja, pues los oficiales del ejército dejaron de llevar la enorme «charretera» (escarapela tan inmensa que casi cubría un lado del sombrero), sin embargo hay todavía diferencia en el equipo.

De su preparación me es difícil hablar, pues debo confesar mi ignorancia en este tema. Por cierto debe haber algo que criticar, pues el coronel Beauchef, durante unas maniobras en la Cañada, criticó al batallón del coronel Sánchez que hacía algunas evoluciones, lanzándole denuestos. La carcajada irónica, la irrespetuosidad de esta escena podría tal vez dar alguna idea del ambiente que reinaba dentro del cuerpo de oficiales.

El hecho ocurrió, como ya he dicho, en la Cañada, donde había un gran número de personas reunidas, y que vieron el gesto poco delicado de Beauchef. El resentimiento contra los extranjeros y el ultraje sufrido por Sánchez, que era chileno, tuvieron gran influencia sobre sus compañeros, que acordaron pedir explicaciones a Beauchef; pero Sánchez era demasiado prudente, y nadie quiso interesarse por su caso. Esta diferencia podría también provenir de la opinión poco favorable que tiene entre sus compañeros.

Los cuadros del ejército, tanto oficiales como soldados, se ven bastante bien en lo físico: los chilenos son generalmente corpulentos y saben vestirse con buen gusto. Son corteses y hospitalarios, y los oficiales saben cómo portarse en las fiestas. No gozan de la preferencia que tienen los oficiales de Europa; al contrario, se ven en las reuniones sociales pocos militares, y cuando se los invita son generalmente del Estado Mayor, o personas que por matrimonio están relacionados con los huéspedes.

No puedo afirmar que la falta de cultura fuera la explicación de esto; por el contrario, poseen tanta cultura como un comerciante, hacendado o empleado civil; y tuve el placer de conocer a algunos, tanto coroneles como capitanes, que por su educación y maneras amables, eran excelentes contertulios.

Los que han residido en España podrán juzgar la situación que los militares han tenido allí durante los últimos años; pero hay que admitir, sin embargo, que las palabras «familia» y «sangre» las han inculcado los españoles a sus descendientes americanos, y ahora que ha desaparecido la nobleza, la riqueza ocupa su lugar. Por consiguiente, el militar que no es rico, no goza de consideración en Chile.

Algunas familias chilenas están relacionadas en los ejércitos de España. Muchos españoles mantuvieron amistad con los oficiales patriotas. Por tales circunstancias, ha sido una necesidad en las familias desde el principio de la revolución, celebrar sus reuniones sociales dentro de los círculos ajenos a la política militar, para no perturbar la armonía social. Sin embargo no han faltado casos de militares jóvenes que se han trabado en disputas violentas, de consecuencias desagradables, y ellas tal vez explican la ausencia de militares en las reuniones de la alta sociedad chilena.

CAPÍTULO XX

Diversiones públicas.—Inmoralidad.—Los matrimonios de los curas.—Ignorancia y crímenes.

Las diversiones del pueblo son, fuera de las chinganas, las carreras y el juego de pelota, ya mencionados, que son de muchas clases y cambian según las estaciones. Hasta la gente distinguida toma muchas veces parte en ellos.

En septiembre los volantines constituyen un diversión general. A veces se fabrican de gran tamaño, y con viento fuerte se necesitan dos personas para maniobrar la cuerda. Sus formas y colores varían considerablemente: los hay redondos, cuadrados, en forma de óvalo, y a veces representan un águila, un dragón u otro animal.

Durante esta estación se ve el cielo cuajado de figuras raras, y las familias de las casas en donde se prepara alguna bola

(gran volantín), acostumbran invitar a sus amigos para presenciar las comisiones. Han de saber los lectores que se da el nombre de «comisión» a la lucha entre dos o más volantines. El que ha sido «cortado», cae en el mismo lugar o es capturado por otro. Se proclama vencido, y el ganador acepta los restos como premio.

De esta manera un grupo de amigos se entretiene toda la tarde. Los gritos tremendos que el pueblo y los rapaces emiten a cada etapa de la comisión; las escenas ridículas o serias que ocurren en las disputas entre los equipos sobre los derechos a los volantines caídos, y el orgullo que cada grupo pone en el éxito del volantín favorito, contribuyen no poco a hacer de esta diversión un juego curioso e interesante.

Entre el pueblo estas ^{divisiones} comisiones terminan a menudo con riñas de vida o muerte. Estas son peligrosas, y rara vez se interpone el público a separar a los contrincantes.

Cierta vez estuve presente en una de estas comisiones entre huasos de fuera de Santiago, en una llanura grande, llamada «el llano del portón», en que el partido ganador se apoderó del volantín contrario. Esta es la costumbre tradicional, y no se discute entre la gente decente; pero los huasos que están acostumbrados a reclamar su derecho por la fuerza o las armas, rara vez se conforman con esta costumbre, y los que habían perdido decidieron recuperar su propiedad.

Varios huasos se lanzaron con cuchillos desenvainados sobre los captores, y éstos, preparados para la defensa, desenvainaron sus armas. Empezó de pronto una batalla campal. Por cierto que había varios caballeros entre los espectadores que quisieron separarlos; pero nadie tenía armas, y sin éstas era peligroso entrometerse entre los combatientes. Varios huasos fueron heridos, pero uno de los caballeros empezó a recoger piedras grandes del suelo, y atacó a los luchadores por el flanco. Yo y varios heridos seguimos su ejemplo, y nos esforzamos al máximo para poner fin a la riña. Este ataque inesperado provocó una interrupción en la lucha entre huasos, y logramos así separarlos y desarmarlos.

Si los huasos espectadores hubieran tomado el partido de los otros, habríamos perdido, pero ellos encontraron la idea

divertida y estallaron en un júbilo alegre, que desanimó a sus compañeros.

El uso del cuchillo es tan tradicional en Sud América, que su supresión tendrá que esperar aún mucho tiempo. Con el mayor enojo he observado a gente decente que en una riña entre muchachos, han formado un círculo alrededor de ellos, y con palabras y gestos les han animado a pelear.

Este tema me da oportunidad de tratar el famoso sistema inglés de boxeo, que se ha introducido entre los chilenos y contribuye innegablemente no poco a la mantención de estas ideas bárbaras. En Valparaíso se ve a menudo huasos que se desnudan hasta la cintura (*English fashion*) e imitan esta lucha brutal, científicamente estudiada en medio de las aclamaciones de los caballeros asistentes. Pero poco después los boxeadores excitados, se han provisto de piedras para atacarse en forma contundente, lo que siempre termina con roturas en la cabeza de uno y otro de los contrincantes.

¿Se podría creer que existan hombres educados (*gentlemen*) que exciten a una broma tan pesada? Son hombres considerados que tienen el título de boxeadores, y que no se avergüenzan de desafiar con sus puños a sus semejantes. ¿De qué sirve entonces vanagloriarse del progreso cuando un círculo de hombres cultos no se avergüenza de seguir una costumbre tan denigrante y bárbara, y aun más, quiere elevar al grado de ciencia los vicios del pueblo? Admito francamente que no recibiría yo con mayor tolerancia el golpe de un boxeador, que una coz de burro, y dudo que sintiera escrúpulos en usar los pies, a menos que tuviera otras formas, para defenderme.

«El juego de palos» o chueca, es otra diversión de huasos. Se juntan entonces en dos grupos y juegan a una especie de guerra, que a menudo termina con muertos y heridos.

«El trompo» es diversión de los muchachos durante las estaciones de primavera y verano, que también se juega por dinero. Entonces se ve tanto en las casas como en las calles un continuo jugar, que expone las piernas de los transeúntes, pues algunos de estos trompos son muy grandes.

3. La rayuela. } es también diversión común en Chile, y con asombro se puede ver adolescentes que pierden tres a cuatro pesos en el juego. }

[2. El billar se juega desde el almuerzo hasta tarde en la noche, tanto por adultos como por niños de siete a diez años, que a menudo, para mostrar su hombría, fuman sus buenos cigarros de La Habana durante el juego.]

Hay juegos de naipes de varias clases, sobre todo «el monte», que se efectúa en todas partes, tanto por la gente decente como por la gente más baja. En todos los boliches se ven partidas de juego, en las cuales se hacen trampas, y ocurren riñas y a veces hasta asesinatos.

Aun la llamada gente distinguida practica este vicio en grado sumo. Hay comerciantes que en una sola noche han perdido doscientos doblones, y muchas familias ricas se han arruinado por el vicio. Esta mala tendencia es tan general aquí, que las autoridades cierran los ojos y callan.

Aun las buenas y hermosas chilenas han sido contagiadas por esta manía del juego. En las casas distinguidas se forman verdaderas tertulias, donde los caballeros y las damas se reúnen regularmente todas las noches, a tomar mate o té, y luego se sientan a la mesa de juego, donde continúan hasta después de la media noche. En estas ocasiones no es extraño que una señora pierda tres a cuatro doblones. Esta moda por suerte no se ha extendido sino entre pocas familias de sociedad.

La peor de todas las diversiones es la lucha con puñal entre los huasos. Se desafían a pie o montados, con la mano y el brazo izquierdos envueltos en el poncho y el derecho provisto del puñal. Se apuñalean con la derecha, mientras que se protegen con el izquierdo. Continúan el simulacro, hasta que uno de los dos queda herido. Esto se hace para mostrar su habilidad, y a veces el valor.

En un país como Chile, donde la clase trabajadora no posee tierra alguna, donde el pueblo se ha acostumbrado a una manera de vivir vagabunda e inquieta, es natural que la inmoralidad se generalice.

Los huasos que, según ya se ha dicho, carecen de un hogar estable, y siempre viven errantes, no están dispuestos a casarse, y pocos matrimonios se realizan entre las gentes de la clase baja. Otra causa de esto es la alta contribución que cobra el clero por la ceremonia religiosa de las bodas, pues el

cura bendice el matrimonio por paga, y se dice que los derechos mínimos son de ocho pesos.

La consecuencia de esto es que la mayoría del pueblo hace vida marital sin pasar por el matrimonio, y que se cambian esposas a su gusto. La inmoralidad en este respecto también ha aumentado a tal grado que en los campos, no solamente entre los huasos, sino también entre los propietarios y dueños de pequeñas fincas, no provoca crítica alguna el que una dama no casada viva con un hombre.

Al interior del país existen por desgracia eclesiásticos que siguen la costumbre de los campesinos; unos los hacen en secreto, otros abiertamente; y hay familias que sin avergonzarse, aun con orgullo, dicen: «Ella es la querida del Padre».

¿Cuándo llegará la hora que la Santa Sede decrete nuevamente que los curas puedan casarse? Hay que esperar por el bien de la humanidad que Sud América rompa el hielo en este aspecto, en parte por la libertad de los curas mismos y en parte porque la revolución todavía no ha terminado y es ocasión propicia para hacerlo.

En Chile es raro encontrar un huaso que sepa leer un libro; y encontrar uno que sepa escribir es aún más extraordinario. Como además la instrucción religiosa del pueblo consiste en algunas lecciones memorizadas, no debe asombrar que los conceptos de moral sean estrechos entre las clases populares, y de poca influencia sobre la conducta de los individuos. Los asesinatos y otros crímenes que ocurren en Chile, debían tener proporción mayor que en otros lugares más cultos, dada la negligencia en la instrucción del pueblo; pero como al contrario estos crímenes aquí son menos frecuentes que lo que hubiera razón de suponer por dichas circunstancias, ello hay que atribuirlo al innato buen humor y naturaleza pacífica del pueblo, y en gran parte a la vida devota y patriarcal de los hacendados y a su conducta ejemplar.

La ebriedad, vicio generalizado después de la Revolución, ha aumentado considerablemente en Chile, pero podría seguramente impedirse si el pueblo estuviera entretenido y los huasos sintieran amor al hogar, sentimiento que su naturaleza vagabunda no conoce. Este vicio es el más peligroso, y tiene la misma influencia en el campesino chileno que en el indio, a

saber, que en estado de ebriedad se vuelven asesinos y crueles. Casi todos los crímenes se cometen en estado de embriaguez, y por esto es necesario evitar en lo posible frecuentar los lugares donde el pueblo tiene sus fiestas ruidosas, y es preferible dejar un insulto sin contestar y disimular una ofensa, que exponer la vida en una pelea estúpida.

Muchos extranjeros se han procurado dificultades y aun la muerte, por no usar la discreción necesaria a este aspecto, contestando con bravatas. Conocí a un francés que fué apuñaleado en la cintura, por querer recuperar de un huaso ebrio el freno que éste le había sustraído, y todo en presencia de cinco o seis personas. El huaso se lanzó sobre su caballo y en pocos instantes desapareció; el francés murió a consecuencia de las heridas.

CAPÍTULO XXI

La vegetación en general.—El capitán Edman y el barco «Birger Jarl».—Paisaje.—La vida social en Concepción.

Las frutas de Europa y las flores se aclimatan en este país. Fuera de las mencionadas existe una clase de manzanas, que los habitantes llaman «membrillo» y los ingleses «quince», que en estado natural tienen un gusto áspero, pero que son deliciosas preparadas en dulce todo a la manera inglesa, pues los chilenos emplean demasiada azúcar para sus mermeladas, lo que echa a perder el sabor propio de la fruta. En el Sur del país hay grandes huertos de estos árboles, lo mismo que de manzanos, perales, cerezos, guindos, duraznos y avellanas. En el Norte se encuentran plantaciones de naranjos, limoneros, limas (limón sin ácido), y un gran número de árboles tropicales, verduras y tubérculos, sobre todo la «Mandioca», de cuya raíz los chilenos hacen «chuño», una harina parecida al sagú. La jalapa, la zarzaparrilla, la casia, el tamarindo y la canela son de uso común.

El cardón florece en todas partes de Chile, y es de un tamaño enorme. Se usa como cerco divisorio. Plantas de enredaderas, o lo que los ingleses llaman «creepers», hay aquí en una variedad infinita. En pocos meses se puede cubrir con

ellas un parrón, o formar una cerca de una altura de cinco pies. Hay flores de innumerable variedad, de las cuales solamente quiero mencionar el árbol del «floripondio», que crece solitario en los patios, y cuya flor embalsama toda una cuadra de exquisita fragancia.

Con excepción de los valles profundos de la cordillera, no existen bosques verdaderos en otras partes sino en el Sur. En ellos las especies características son el laurel, el raulí y el roble, árboles que se usan para construcciones y trabajos de carpintería.

Entre los árboles grandes de Chile hay que mencionar la luma (una especie de mirto) que crece a una altura de veinte pies o más, y se usa para la ebanistería; la palma o árbol del coco, y el pehuén, una clase de pino que es considerado como uno de los más lindos de Chile. Tiene una altura de hasta cuarenta pies y una circunferencia de cuatro. Del tronco salen cuatro ramas a una misma altura, que se repiten a intervalos regulares, disminuyendo de tamaño, hasta la misma punta. El fruto parece un cono de pepas, y tiene dos almendras de gusto similar a las castañas.

En Chile existe un árbol cuya madera se mantiene fresca por más tiempo que el árbol índico llamado Tek.

Pero como ya he hablado de la vegetación forestal, invito a mis lectores a acompañarme en un viaje a Concepción, en que relataré las desgraciadas aventuras de un compatriota.

En el mes de abril de 1828 me embarqué en Valparaíso en el barco sueco *Birger Jarl*, capitán Carl Peter Edman, con carga para Talcahuano y Tomé, donde cargaba trigo para el Perú. Aproveché la oportunidad con gusto, pues el capitán era mi amigo y podría visitar el Sur de Chile, que no conocía.

El capitán estaba enfermo de reumatismo y tuvo que contratar en Valparaíso a un capitán de apellido Martin, que se encontraba sin empleo. Y como el capitán también estaba sin piloto, acepté este cargo durante la navegación a Talcahuano.

Tuvimos lluvia y mal tiempo y vientos contrarios, así es que el viaje demoró diez días, en vez de menos de dos, en que se puede hacer con viento favorable.

Apenas llegamos a Talcahuano, el capitán Edman y yo conseguimos caballos y fuimos a Concepción. Algunos ingleses

nos acompañaron. El camino era corto, y el viaje habría sido bastante agradable si no me hubiera tocado un caballo joven, no bien amansado, que, tan luego como solté la rienda, se lanzó a la carrera, coceando. Primeramente pasamos a lo largo de la costa de la bahía, luego un cerro, cubierto de arbustos y cercado por una mina de carbón. Precisamente entrábamos a una vasta llanura, cuando mi pie izquierdo se salió del estribo y el «recado» me impidió volver a ponérmelo. Tuve que agacharme para ayudarme con la mano. El caballo, que por mi postura agachada tenía las riendas más sueltas, retrocedió y se lanzó en una furiosa carrera, y en un movimiento repentino y brusco me lanzó delante del recado, en la cruz, en forma que mi pecho descansaba sobre su cuello. Los presentes, que vieron mi peligrosa posición, espolearon sus corceles y trataron de alcanzarme, pero fué en vano. Corría a una velocidad loca. En la mitad de la llanura, en un salto sobre una acequia tuvo la suerte de librarse de mi carga, y yo la fortuna de caer en lugar seguro. El pasto era abundante, sin piedras; por consiguiente caí blandamente y no sufrí más daños que algunas rasguños en la nariz y en las mejillas.

Apenas alcancé a darme cuenta de que no me había pasado nada, cuando un huaso vino al galope. Me preguntó si me había lastimado, y tras mi satisfactoria respuesta detuvo mi caballo, lo enlazó y regresó con él al lugar donde había caído. Me ofrecieron cambiar de caballo, y aunque estaba muy asustado, me subí de nuevo en el mismo todavía bastante nervioso y encabritado. No obstante no me sucedió ningún otro percance en el viaje; pero cuando, después de esta aventura, encontramos un grupo de ingleses montados que venían de Concepción, y uno de los jinetes cayó del caballo sin hacerse daño, esto causó el mayor alboroto, pues habían visto mi caída y reído de mi postura.

A nuestra llegada a Concepción, supimos que el precio del trigo había bajado considerablemente en Lima, lo que alteraba los planes. Al principio el fletador propuso al capitán desistir del viaje previo pago de una modesta suma, pero no se llegó a un acuerdo. Ya había cargado algo de trigo, cuando el fletador suspendió el embarque, y trató de obligar al capitán a desistir del contrato.

Amenazado con un proceso en país extranjero, el capitán eligió como árbitro al comerciante penquista don Pedro Prats, que decidió el asunto en forma desfavorable para el capitán Martín. El barco estaba arrendado por tres mil pesos, con la condición de que la mitad de esta suma se pagara a aquél de los contrayentes que violase el contrato, y de veinticinco pesos por día de atraso. El tribunal anuló el contrato. El capitán recibió mil quinientos pesos por ello, más ciento cincuenta pesos por seis días de espera, dinero que entregó al cuidado del señor Prats.

Fué un trabajo difícil servir de intérprete en estas ocasiones. Primero redacté el contrato en sueco, luego lo traduje al castellano. Finalmente, cuando todo estaba listo, y faltaba sólo la firma del capitán Martín, éste se golpeó la frente con la mano exclamando:

—No, esta es una costa desgraciada, no firmo.

Martín decidió cargar por su propia cuenta maderas y llevarlas a Buenos Aires o Montevideo.

El capitán Edman, que se había mejorado, despidió a Martín y contrató como piloto a un joven inglés de nombre Kennedy.

La noche del 4 de julio había invitado a un comerciante inglés llamado O'Brien, para que lo acompañase a Talcahuano. Durante el almuerzo el capitán subió a cubierta para observar el estado del tiempo y cada vez que bajaba decía:

—No sé si puedo salir hoy, porque el tiempo está amenazante.

Al mismo tiempo trataba de persuadirme a mí, pero siempre he tenido miedo de navegar en bote abierto, y sabía por el propio capitán que el sloop de emergencia era inestable, y por ello me excusé de acompañarles.

Muchas veces traté de hacerle postergar el viaje, pero me contestaba que perdía tiempo y temía que la sociedad armadora estaría descontenta por su larga estadía en Chile. Al fin decidió zarpar en el bote; pero antes de levantarse de la mesa me dijo:

—Por favor, Mr. Bladh, cuídeme el barco durante la ausencia, y vigile a mi piloto; no le tengo confianza.

Después de lo cual partió acompañado por O'Brien y los remeros Klemetson y Löfgren. Las palabras del capitán y el

conocimiento del mal estado del bote, me habían deprimido en forma que permanecí largo rato en la cubierta, siguiéndolos con la mirada, hasta que una lluvia me obligó a bajar a la cabina. Si el instinto me hubiera hecho presentir lo que iba a suceder, y me hubiera quedado en la cubierta otro rato más, tal vez se hubieran salvado esas cuatro vidas; porque entonces habría visto darse vuelta el bote y hubiera podido auxiliarlos a tiempo usando la lancha; pues el capitán, O'Brien y los grumetes eran todos buenos nadadores y probablemente hubieran podido mantenerse largo rato en el agua.

Cuatro días pasaron. La noche del 8 de julio, el señor Prats y el capitán Wylie, del barco *Eliza Dick* de Sunderland, subieron a bordo. Habían hecho la travesía desde Talcahuano, de donde habían zarpado temprano en la tarde. Nadie puede imaginar mi consternación al saber, que ni el capitán Edman, ni O'Brien habían llegado a Talcahuano. El pensamiento que se apoderó violentamente de mí fué el de un accidente; pero ellos me consolaron con la esperanza de que el bote podía estar a la deriva.

Pasaron la noche a bordo. Cuando estuvimos los tres solos les confié el secreto del lugar donde el capitán había guardado su dinero al salir de Valparaíso. Como ya he dicho, estaba entonces bastante enfermo y temía morir durante el viaje; por lo cual me informó de este escondite, que se encontraba entre las dos puertas del escritorio, en su cabina. Levantamos el sector superior, y encontramos allí cuarenta doblones, los que entregué al señor Prats, pidiéndole que él y el capitán Wylie informaran al vice-cónsul inglés residente en Talcahuano.

Rogué al señor Prats, en su calidad de comisionado del capitán Edman, prestarme la colaboración necesaria para proteger tanto el barco como la herencia particular del capitán contra las autoridades. Porque desde la colonia existía una ley por la cual el Estado heredaba a todos los extranjeros que murieran intestados en el territorio, y temía, no sin razón, que el gobierno insistiese en esta prerrogativa legal.

Al día siguiente el señor Prats mandó explorar a lo largo de las costas, por si acaso el bote hubiera encallado. Yo me dirigí a una pequeña aldea, adonde iban los habitantes de la

isla Quiriquina, e interrogué a los pescadores, que me contaron que habían visto un bote a la vela con cuatro hombres a bordo, en dirección a Talcahuano, llevado a la deriva por un remolino. El mar entonces estaba tan agitado que no se habían atrevido a salir en sus pequeñas canoas a salvar a la tripulación. Cuando más tarde la brújula y el timón del bote fueron encontrados en la playa, y el cadáver del grumete fué llevado por las olas a tierra, no hubo duda posible sobre el fin trágico de los tripulantes. La cabina del capitán, junto con los cofres de los difuntos marineros, fueron sellados por el juez en presencia del señor Prats.

Al día siguiente se presentó el capitán de puerto, Sr. Sadler, con la orden del gobernador de Concepción para proceder al inventario y retirar los documentos del capitán y del barco, lo que impedí exponiéndole que el señor Prats en su calidad de comisionado representaba a la persona de los propietarios, y debería estar presente en tal acto. Cuatro días después volvió con el juez, y pretendió dar órdenes para hacer el inventario. Entonces mandé izar la bandera sueca y ordené a la tripulación que no prestara ayuda al capitán del puerto, mientras no llegara el señor Prats.

El capitán del puerto mandó entonces al sobrecargo Lindh que abriera la cabina del capitán con una hacha. Después de muchas disputas desistieron de abrirla y prometieron esperar la llegada del comisionado Prats.

Poco después, cuando éste llegó a bordo, se efectuó el inventario, y el señor Prats recibió todos los documentos, tanto los privados del capitán como los del barco. Debían ser revisados en Concepción para declarar si el capitán era accionista en el barco, y con este fin acepté la orden del gobierno de pasar a la ciudad mencionada para ayudar a traducir los papeles. El examen tuvo lugar en la casa del señor Prats, que gozaba de la confianza del juez. Se desprendió del examen que la viuda de Carl Magnus Frees, de Estocolmo, era la propietaria del barco.

Como ningún documento diera a conocer que el capitán fuese socio, el gobierno entonces estimó el monto de la sucesión, y el señor Prats recibió un certificado del gobierno, donde se declaraba que como Suecia estaba en relaciones pacíficas

con la República de Chile, se consideraba que tanto el barco como los bienes del capitán estaban libres de impuestos de herencia.

Como Prats no podía de ninguna manera decidir la venta del barco sin el permiso de los armadores, y era evidente que si el barco quedaba más tiempo en Chile, su estado se deterioraría considerablemente, yo quise persuadirlo de mandar el barco de regreso a Río de Janeiro y esperar allá las instrucciones de los armadores; pero ahora que el gobierno de Chile le había hecho responsable de las decisiones que tomase respecto al barco, Prats se creía obligado a mantenerlo en puerto.

En vano expuse mis argumentos contra esta interpretación que iba a causar grandes pérdidas a los armadores, porque me objetó que desgraciadamente mis razonamientos no fueron formulados antes. Para persuadirle le rogué que me acompañara a Talcahuano, donde vivía nuestro común amigo el capitán de fragata Pablo Délano (suegro del señor Liljevalch), para conocer su opinión. Tuvimos la oportunidad de exponerle nuestros mutuos argumentos. Este honesto y experimentado marino norteamericano pesó nuestras razones, pero finalmente aprobó los escrúpulos de Prats, recomendando que el barco, que todavía estaba en Tomé, fuera llevado a Talcahuano por ser un puerto más seguro. Prats dió al piloto Kennedy la orden de atravesar la bahía con el barco.

Yo tenía desconfianza de este joven, que era sumamente flojo y dejado. Durante mi permanencia a bordo había tenido que obligarle con violencia a dejar su hamaca de la cubierta, para aflojar jarcias o echar el ancla. Siempre me contestaba que «este asunto lo entendía él mejor que yo», y nunca subía a la cubierta, a menos que le sacara casi a la fuerza de la hamaca. Con la confianza de un joven imprudente dejó que el barco entre oleadas y mareas perdiese tres anclas, y seguramente hubiera perdido la nave, si el capitán O'Brien, que entonces había anclado en el puerto de Tomé en el barco *Los Dos Hermanos*, no le hubiera ayudado con la tripulación a remolcarlo fuera de las rocas.

Finalmente llegó el infortunado bergantín a Talcahuano, donde inmediatamente se levantó un inventario exacto de velas, maromas, etc., material que fué guardado bajo llave.

Después que el bergantín quedó desarmado, toda la tripulación fué despedida, y en contra de la ley el señor Prats rehusó repatriar al sobrecargo Lindh, que era el único hombre que quedaba de la tripulación primitiva del barco, y que, a pesar de su sueldo bajo, había servido fielmente la bandera sueca, no obstante las tentaciones y malos ejemplos. Como no pudo conseguir el puesto de cuidador del barco, por ruegos y reclamos obtuve la promesa del señor Prats de una gratificación para él, la cual, según supe más tarde, consistió en diez y seis pesos. En seguida aceptó un empleo en un barco extranjero y volvió a Suecia, y en 1835 era capitán en el fuerte de Carlscrona. Gozó de la confianza del capitán fallecido, y se distinguió durante la desgracias recién mencionadas por su lealtad, conocimientos y energía de carácter.

El capitán Edman falleció en la flor de la edad, llorado por todos los que habían aprendido a conocer su sinceridad, su habilidad como marino y su buen corazón como hombre. Su genio vivo que a veces le atrajo críticas, se suavizaba cuando podía expresarse libremente en un círculo íntimo. Tanto en Valparaíso como en Concepción era buscado por todos los amigos, y el pesar ante su fallecimiento fué general.

Durante mis múltiples viajes entre Concepción y Tomé, tuve oportunidad de examinar casi todas las regiones que rodeaban la vasta bahía; y encontré que tanto el clima como las formas variadas del paisaje y la frondosa vegetación, eran más concordantes con mi espíritu nórdico que las otras regiones de Chile que yo había visitado: montañas, valles, bosques y ríos se alternan a menudo, y la vista no se cansa aquí del cuadro de anchas llanuras y de la larga muralla de montañas, a una distancia lejana. Las pocas rocas que hay aquí parecían más agradables por estar colocadas, sea en un valle, en una arboleda, al lado de un arroyuelo rodeado por árboles frondosos, o en la costa.

El camino de Tomé a Concepción es agradable, aunque casi demasiado largo para hacerlo con un solo caballo. Hay que cabalgar mucho aquí, pues el camino de Concepción a Talcahuano es sólo apto para vehículos en verano.

Toda la costa desde Tomé a Penco está llena de conchas y

mariscos de formas rarísimas; junté dos sacos de muestras, los cuales sin embargo no pude llevar cuando dejé Concepción.

Al recorrer la costa hacia el interior de la bahía se topa uno con una montaña alta, que sube casi verticalmente, y que presenta la superficie partida en dos. Toda ella consiste de piedra gris común, cubierta por bolitas redondas de pizarra negro-azul, de las cuales algunas empotradas, casi invisibles. Otras ofrecen la mitad visible, y otras están colocadas fuera de la hendidura. Presenta la roca el aspecto de una escuadra, con cañones de distintos tamaños. Al descender la montaña hay un gran número de rocas grandes y chicas, las cuales se pueden soltar fácilmente a golpes de martillo o de piedra. Tienen el color de un pizarrón; aunque más azulado, y son de distintos tamaños.

A lo largo de la costa se encuentran desparramadas algunas pequeñas y pobres rucas, construídas de tierra, adobe o ramitas, sin más muebles que un pequeño banco. Al rededor de una fogata descansan grupos de niños desnudos o semidesnudos, bajo el cuidado de una vieja que hila en su telar.

Abajo en el mar se ven balsas movibles. Allí trabaja el padre de familia con su mujer. En sus manos lleva un palo de seis a ocho pies que mueve a compás desde la balsa hacia el fondo del mar. Ella, desnuda, se ocupa en sumergirse hasta el fondo, para sacar de los bancos los choros que después venden en el mercado. Así pasan a menudo todo el día, llevando la balsa de una parte a otra. Esto aun durante los meses de invierno en que el agua está bastante helada.

Como ya he mencionado, los choros constituyen un artículo de exportación de Chile, y los pobres pescadores están siempre seguros de recibir pago al contado por estos mariscos y por lo tanto se dedican principalmente a esta faena, aunque hay abundancia de pesca.

Durante la marea alta las olas suben más de seis pies y no se puede pasar por el camino de la costa, que es el más corto y cómodo. Hay que tomar otro camino que pasa por cerros y bosques, hasta llegar a Penco. Se cruza un afluente del río Bío-Bío y después se sigue a lo largo de la costa, hasta alcanzar la planicie.

Este camino es generalmente incómodo por sus muchas cuestas, y en el invierno peligroso. Al dejar Tomé se pasa una cuesta empinada y pedregosa de verdaderos escalones, por los cuales el caballo sube regularmente y con facilidad, pero baja resbalando, sobre todo durante la noche, cuando está oscuro. Después, y antes de llegar a Penco, vienen varias cuestas empinadas y gredosas, que durante el invierno están tan resbalosas que el caballo no puede mantenerse en las patas traseras, sino que baja con las manos estiradas a manera de freno. Es bastante arriesgado para el jinete, que corre peligro de que sus piernas queden atascadas contra alguna piedra o arbusto. Al pasar Penco se llega al río, que a veces, durante la estación lluviosa, se desborda por sus riberas en tal forma que el caballo tiene que pasar un largo trecho nadando o vadeando.

Cierta vez vine de noche por este camino, con el señor Prats. Había llovido continuamente una semana entera, y todavía seguía lloviendo cuando llegamos a Penco. Prats, que tenía muchas ganas de llegar a su casa para poder dormir en su propia cama, me hizo acompañarlo aunque yo hubiera preferido dormir en una cama mala esa noche antes de arriesgarme. Partimos con un baqueano, montado en una miserable mula. Al llegar al puente, éste se movía ferozmente, debido a las aguas que con fuerza golpeaban los débiles cimientos. Nuestro baqueano nos aconsejó regresar, pero Prats era obstinado y obligó al pobre hombre a pasar adelante. Todos cruzamos sin novedad, pero al llegar al otro extremo, nos encontramos separados de tierra por una ancha laguna. Tuvimos de nuevo una larga discusión con el baqueano, pero nos dimos cuenta de que el agua seguía subiendo a cada instante. No había tiempo que perder, el baqueano se echó primero al agua con su mula que nadaba velozmente. Me pidió seguir sus huellas, pero mi caballo tenía las piernas largas y a veces tocaban el fondo, lo que provocó continuos saltos de cabra. No obstante me fué pasablemente bien. En cambio, el señor Prats, cuyo caballo se tumbó en una fosa, se mojó hasta el cuello.

Después de haber llegado a tierra firme, galopamos todo el tiempo, y de esta manera el señor Prats tuvo el placer de descansar en su propia cama, y yo no tuve tampoco razón para estar descontento con la mía.

En la mayor parte de este camino, antes de llegar a Penco, el bosque es bastante denso, y a veces se encuentran árboles altos; pero éstos son difíciles de distinguir entre todos los arbustos. Además las hojas crecen generalmente tan bajo que no se puede deducir su altura por los troncos. Sin embargo es interesante, cuando uno viene de Santiago y sus vecindades, donde la mirada se pierde en vastas llanuras, encontrar aquí un bosque denso, que de vez en cuando se abre en avenidas y muestra un panorama de valles, arroyuelos y montañas, realzado no poco por el verdor fresco de la tierra. Pero precisamente esta calidad de verdor perenne cansa la mirada nórdica; aunque también hay que admitir que es más agradable que el lánguido color amarillo que cubre el centro y el norte de Chile en los meses de verano.

Nuestra vegetación nórdica sufre cambios dos veces al año; pero estas interrupciones se diseñan con suma nitidez. Además hay que agregar otra cosa que contribuye no poco a nuestra predilección por el país donde nacimos, y es según mi opinión, lo que nunca permitirá a un sueco querer estos bosques, a pesar de lo frondoso; la falta del pino nórdico. Quien haya pasado su niñez en una región donde este árbol orgulloso crezca favorable, donde su tronco majestuoso y derecho intrépidamente levanta su copa hacia el cielo y donde un sinnúmero de estos gigantes, imágenes de nuestra seriedad, nuestra perseverancia, nuestra fuerza, en colaboración fraterna han conquistado un territorio que antes tenía musgo y lianas, nunca se acostumbrará en los bosques del sur, sino que recordará siempre con respeto las alamedas naturales erectas y altas que dejó en su patria.

En la misma forma, un habitante de estos parajes sureños, de frondosísimos bosques, no podría nunca acostumbrarse a nuestras avenidas estrechas, aunque respetara muchísimo la grandeza y la sobriedad que ofrece el norte en otros aspectos. Admito de buen grado que las imponentes montañas y florestas que se ven en el Brasil, por ejemplo, constituyen algo hermoso y sublime, y quien las ha contemplado difícilmente encontrará algo de majestuoso y grandioso en nuestras propias sencillas montañas y pequeños valles, aunque pueda sentirlos *bonitos y agradables*.

La vida social en Concepción es aún más alegre y animada que en Santiago, aunque gran número de familias han sido arruinadas por las guerras, y por consiguiente están aquejadas de tristeza y preocupación.

La gente es aquí sumamente hospitalaria y afable; y tanto jóvenes como personas de edad no dejan escapar ninguna oportunidad de divertirse. Bailes y tertulias improvisan continuamente una u otra familia conocida. Los extranjeros son recibidos con cortesía y bondad. En Concepción pasé muchas veladas alegres en compañía del capitán Edman, y si el tiempo lo hubiera permitido, no habríamos pasado ni una sola noche solos, porque no había descanso alguno entre las familias amigas conocidas.

El boticario de la ciudad era un inglés que se había casado con una «penquista» y que tenía muy buen humor. En su casa había tertulia diaria, las que siempre terminaban con baile, y como estaba ansioso de conocer y acoger a los extranjeros, yo y el capitán Edman tuvimos varias ocasiones de visitarle.

En su hogar conocí a un extranjero establecido en la ciudad como comerciante, pero que se había retirado de los negocios. No sé si era de familia cuáquera, ya que su vestimenta no daba a conocer tal cosa; pero quería notarse de original, pues siempre traía el sombrero puesto dentro de las piezas, aun cuando bailaba, con desagrado tanto de sus compatriotas como de los otros presentes. Ni el patrón ni la dueña de casa se ofendieron por esto, sino que le trataban de una manera igualmente cortés que a los otros invitados, y siguieron invitándole a sus tertulias. Tal circunstancia no hubiera nunca podido suceder en Santiago sin incidentes, y el excéntrico hubiera tenido que esperar mucho, antes de recibir invitación de una casa donde hubiera cometido falta tan grave contra la urbanidad.

Las chinganas y carreras son también aquí las diversiones usuales. Era interesante concurrir a las últimas por los muchos caballos veloces que corrían. No obstante, me pareció notar que la embriaguez es más común aquí que en el distrito de Santiago. Las carreras son concurridas por las clases altas, y hasta las damas mostraban sus lindos trajes en sus cabalgaduras de lujo.

Las «penquistas» son lindas, de buenas figuras, pero, según mi parecer, no se visten tan bien como las «chilenas» (64), y no tienen tampoco el mismo refinamiento, que es el caso frecuente en las ciudades pequeñas de todos los países.

Aquí conocí varios comerciantes y hacendados que en su mayor parte eran peninsulares. Eran bastante afables y parecían generalmente estar contentos con la situación; pero aunque evitaban prudentemente durante la conversación todo lo que podía referirse a la política, se podía observar en algunos la nostalgia por los tiempos pasados. Creo que entre los españoles son pocos los individuos que pueden olvidar su patria y sus costumbres, posiblemente menos que entre otros pueblos de Europa. Era entretenido ver lo alegre de sus miradas, conversación y gestos, cuando alguna vez se tocaban asuntos de esta clase, y las palabras *entonces*, *ahora*, les servían para expresar sus recónditos pensamientos.

En Concepción, algunos sudamericanos ocupados en el transporte de trigo al Callao, hacen seis o siete viajes por año y ganan sumas considerables. Son honrados y no se dejan nunca tentar por una oferta más alta, a abandonar el cliente de confianza. Para poder aprovechar este flete, los barcos deben ser rápidos y no demasiado grandes, alrededor de cien toneladas.

CAPÍTULO XXII

Cuadrúpedos y anfibios.—Pájaros.—Pescados.—Mariscos.—Insectos.—Reptiles.—Naturalistas.

Entre los animales aborígenes, los cuadrúpedos son bastante escasos. En Chile hay tres especies de la familia del camello que se parecen mucho, a saber: 1.º Los guanacos, que ya he descrito. 2.º Las vicuñas, del porte de una cabra común y del mismo aspecto de los guanacos. Se crían en las partes más altas de la cordillera, y se cazan principalmente por sus cueros,

(64) «Chilenas» se llaman principalmente las damas de Santiago de Chile, la capital de la República. Probablemente por la misma razón los huasos también contestan, en el camino según que lleguen de Santiago o vayan hacia allá: «Vengo de Chile» o «Voy a Chile».

que se exportan y de cuya lana se fabrican sombreros y telas en Europa y América. 3.º Los chilihueques, una especie de ovejas americanas que los indios acostumbran domesticar. Su lana se usa para vestidos, etc. Hay también cabras americanas salvajes, menores que las europeas, y fáciles de domar; y también una especie de burro que los habitantes llaman «huemul».

De la especie de los conejos hay dos tipos: la llamada vizcacha, grande y parecida a la liebre europea, pero de piernas más cortas, y el cuy, absolutamente igual al conejo, pero la mitad en tamaño.

Los armadillos son animales pequeños, de dos cuartas de largo, provistos de una concha rodeada por varias cintas como un barril. Hay de varias clases y constituyen un plato de lujo de gusto parecido al ternero. Cuestan un peso cada uno.

El culpeo es un perro del porte de un lobo.

El zorro es extraordinariamente pequeño, casi como nuestros zorritos cuando tienen dos meses.

El maullín es tan grande como un gato, y se mantiene domesticado en bodegas para pescar ratones y lauchas ordinarias. Además hay varias otras especies de ratones y lauchas americanas de distintos tamaños, que no se parecen a los europeos.

El puma o pagi (el león chileno) tiene el cuero manchado amarillo ceniciento, con pelo largo, pequeñas orejas erguidas y cola de cinco cuartas de largo. El tamaño del animal hasta la cola es alrededor de cinco pies. Los chilenos aseguran que no ataca al hombre, pero sí por cierto al ganado. Sin embargo, como vive en las montañas lejanas, rara vez ocurre que el campesino sufra pérdidas por sus ataques, pues generalmente encuentra su alimento en la vecindad de su guarida. Igual que la caza de osos en Europa, es la del puma un entretenimiento excelente para cazadores perseverantes y resueltos. Hay que asistir montado y provisto de buenos perros entrenados para la caza, armas de fuego y también una lanza. Se persigue al puma varios días antes de que se agote. Entonces es rodeado por los perros y muerto por los jinetes.

Del lince he visto varias clases: generalmente se mantienen encadenados en bodegas y mataderos para asustar a los ladrones; vi uno de éstos del porte de un perro de Terranova. Era negro y de forma casi igual a un gato ordinario.

En los bosques habitan el puerco espín americano y varias clases de martas y de linces. De éstas he visto solamente una marta domesticada que servía en una bodega para cazar ratones. Tenía un hocico extraordinariamente largo y puntia-gudo. El cuero de este animal era parecido a aquel de nuestra marta oscura, y muy codiciado (65).

Chinchillas (una clase de ratón) hay aquí en abundancia, y el cuero se exporta a Europa, sobre todo a Inglaterra.

Focas de todas especies se cazan a lo largo de la costa, «uri-ñes», lobos de mar, leones marinos, gatos marinos y el lame, foca corpulenta que se afirma tiene una longitud de más de 20 pies. Se cazan todos por su grasa y aceite.

Aves y sobre todo aves marinas hay en Chile de muchas clases distintas, y su caza es muy entretenida y lucrativa. Entre las comestibles se deben mencionar los cisnes que tienen el cuerpo blanco y la cabeza negra, iguales a los nuestros; los gansos, más pequeños que los nuestros; los patos, más grandes. Hay ánades de varias clases; loros de distintos tipos; palomas y tórtolas: múltiples clases de becasas, tordos, garzas y perdices; fuera de gallinas, gallos de la Pasión, pavos, etc.

Sobre todo hay perdices en abundancia. Son de dos clases: grandes y chicas como las europeas. Se cazan generalmente a caballo, pues el cazador se les puede acercar bastante. Se dice que los huasos les pegan con palos o las enlazan; pero esto no lo he visto nunca. Creo que la mayoría se caza con trampas, aunque no quiero negar que también se puede usar a veces el otro método.

Los loros también se comen y constituyen una caza abundante. Se encuentran en todas partes en grandes bandadas, y son presa fácil.

Además hay un sinnúmero de águilas, azores y halcones que los huasos entrenan para la caza y llevan colgados en la montura en el caballo.

He aquí las aves de rapiña más grandes:

El cóndor es tan grande que se calcula medir de ocho a nueve pies entre los extremos de sus alas, al estar estiradas.

(65) Los petimetres usan estos cueros para cuellos en sus trajes de equitación. Las damas también usaban bordes de cuero, principalmente las extranjeras.

Vi una gran bandada en uno de mis viajes entre Tomé y Concepción. Habían atacado a una ballena que el mar había arrojado a la playa, y estaban justamente devorándola en compañía de un gran número de aves de rapiña y perros, cuando llegué con mis compañeros de viaje. No se movieron del lugar hasta que estuvimos cerca. Entonces echaron a correr con las alas extendidas, hasta que el viento les levantó gradualmente del suelo. Dieron una pequeña vuelta y volvieron a la presa, tan luego como pasamos. La bandada consistía en treinta aves. También llevamos un cóndor a bordo, al regresar de Chile. Estaba en una jaula de siete cuartas, y devoraba más comida que la ración de un tripulante. Tiene tanta fuerza que puede a menudo remontar en sus garras ovejas y cabras.

Hay un águila que se llama jote en lenguaje indio; pero es mucho menor que el cóndor.

También alcatraces, pingüinos y quiethus en abundancia, se ven en todas las rocas y promontorios, sobre todo en la parte sur del país.

El avestruz se captura en las llanuras del sur y se domestica fácilmente. Cuando yergue la cabeza alcanza una altura considerable. Sus alas son largas y con ellas se ayuda para correr tan rápidamente, que ningún caballo puede alcanzarla. Generalmente es de color gris en la espalda y las alas, y lo demás blanco. A veces se encuentran algunos ejemplares blancos enteros. Ponen más de cuarenta huevos, tan grandes como un coco ordinario, y bastante sabrosos al paladar. Las plumas se exportan a Europa en gran cantidad, y algunas se importan de nuevo, después de haber sido preparadas y teñidas. Los indios saben teñirlas para su propio uso, en forma de abanicos, cinturones, quitasoles y otros adornos. He visto varias de estas avestruces domesticadas en Santiago y Concepción, donde corren por las calles, con placer para los huasos y los rapazuelos.

Los flamencos son de varias clases. La grulla ordinaria es igual a la europea, con la diferencia de que tiene teñida de rojo la extremidad de las alas. El típico flamenco chileno, que es más pequeño, tiene un color rojo púrpura bellissimo.

De colibríes he visto innumerables tipos, tanto rojos, como con la cabeza azul. Los niños capturan estos hermosos pájaros

con trampas. Se ha probado mantenerlos vivos en grandes jaulas, colocados al aire libre; pero nunca he oído que se haya tenido buen éxito.

Fuera de los mencionados hay muchos pájaros hermosos, cuyos nombres no recuerdo ahora. Es pobre el país en aves canoras, salvo el zorzal, que se parece a nuestro tordo de pino y cuyo canto se aprecia, aunque es bastante monótono.

Entre los pájaros que aprenden a hablar mencionaré el tordo y el choroy. Ambos son pequeños y pueden ser amaestrados con facilidad.

Peces hay en abundancia en Chile, tanto en sus costas, como en sus ríos y lagos; pero dudo que los habitantes conozcan el método apropiado para extraerlos. Fuera de la ballena, que a menudo visita la costa, hay maravillosos peces en la región: el congrio, el robalo, la pescada, la liza y los pejerreyes.

El pescado es blando y sabroso, pero sería sin duda excelente si fuera cocido o frito a la manera sueca.

Los crustáceos, que los chilenos llaman mariscos, abundan en todas partes de Chile, pero sobre todo en el sur, y entre éstos hay que mencionar las siguientes especies:

Ostras, parecidas en la forma a las que se encuentran en Suecia; pero muy pequeñas, y no tan buenas de sabor; como no hay en abundancia, generalmente no se comen.

De los camarones, en apariencia como los suecos, se puede decir lo mismo que de las ostras.

Las jaivas son extraordinariamente grandes y abundantes. Son deliciosas y se ofrecen en todas partes a la venta con dos nombres: «Bocas» y «Jaivas». Las primeras tienen las pinzas delanteras del cangrejo y son excepcionalmente grandes, conteniendo casi tanta carne como la langosta. Las últimas constituyen las más comunes, se venden aparte; pero no son tan apetecidas.

Los choros los he mencionado en varias ocasiones. Solamente quiero agregar que son deliciosos. Se sirven a veces cocidos con sus conchas, a veces en estofado, y se exportan vivos de Concepción a Lima, viaje que dura dos a tres semanas, envueltos en cañas o «chiguas» (bolsones tejidos de raíces y paja), sobre los cuales se va vertiendo agua fresca de mar para conservarlos.

Los erizos constituyen una delicia para los habitantes; pero yo les encontré demasiado gusto a sal y barro. Este marisco vive en una concha espinuda, que tiene la forma de un cardo aplastado, pero es tan grande como un pan. Se comen cocidos.

Los picos son mariscos que crecen pegados sobre rocas. La concha calcárea tiene adentro vainas, a la manera como la cría de avispas y abejorros en los nidos. Tienen una longitud de tres pulgadas y algo más que el grueso de un dedal, pero son más angostos en la boca, en la cual se asoma la cabeza del marisco, parecido al pico de un pájaro. Se comen lo mismo que los camarones, tanto estofados como cocidos.

Se pesca en Chile un sinnúmero de otros mariscos, cuyos nombres y cualidades ignoro.

Insectos de todas clases vuelan aquí en el aire y se arrastran por el suelo; pero como ya he mencionado, no son dañinos al hombre.

En la noche del sur se ve un gran número de luciérnagas volando entre los árboles, y gusanos de luz se arrastran por el suelo, lo que ha originado muchas supersticiones entre el pueblo. Durante sus viajes, los arrieros han visto objetos luminosos, los que han tomado por malos espíritus. Durante el día vuelan enjambres de abejas, abejorros y avispas sobre los campos y jardines. Las variedades de abejas y avispas son infinitas, desde las que miden dos pulgadas a las casi invisibles. Es rara la especie que pica. Buscar los enjambres silvestres constituye una ocupación lucrativa para la gente pobre, pues sacan bastante miel y cera. Vi cierta vez en un campo de trébol un enjambre de abejas ocupadas en libar las florcitas, cuando de repente, un abejón grande, del tamaño de dos pulgadas se lanzó contra ellas, agarró una, voló lejos con ella, y volvió después de un rato a repetir la escena. Al fin lo pesqué; era de color rojo, menos en la espalda, que era negra. Los hay azules y verdes. Al tocar su cuerpo con el dedo me pareció tan suave como terciopelo.

De mariposas existen en Chile muchas variedades. La mayoría son deslucidas, pero entre las pequeñas hay algunas bastante bonitas. Las libélulas vuelan en abundancia sobre arroyuelos y lagos. Las hay de todas clases de colores, alternando graciosamente los fuertes rayos del sol.

Entre los coleópteros (cucarachas) hay algunos bonitos. La familia del escarabajo está representada en abundancia por clases raras.

En la misma forma la familia de los ortópteros presenta curiosas variedades. De los saltamontes comunes, que allá se llaman «langostas», vi a menudo algunos que medían cuatro y cinco pulgadas. Las llamadas chicharras y los grillos hacen un ruido molesto al acercarse a ellos.

El «caballo del diablo» es un insecto seco y delgado, cuyo cuerpo y piernas se ven como púas. Carece de alas y corre muy rápido. Su picadura se considera peligrosa, lo que nunca he experimentado.

De arañas hay múltiples clases, y entre otras una, que es mayor que un puño, alternativamente amarilla, verde, roja y negra; pero inocua. No obstante he oído decir que existe en Chile la «tarántula» (araña venenosa), lo que otros niegan. También se afirma que vive una especie menor de escorpiones y cientopiés venenosos, lo que no puedo asegurar.

Ahora debo referirme a la hormiga, la peor y principal plaga de Sud América. No obstante, causan menos daño en Chile que en otros países. En las casas hacen perjuicios enormes royendo los géneros elegantes, encajes, bordados, tapices. Si penetran en una bodega, pueden en una noche arruinar todas las mercaderías que allá se encuentran. Se acostumbra espolvorear rapé español en las paredes de las bodegas, para exterminarlas, lo que es efectivo al principio mientras el tabaco conserva su olor; pero cuando éste desaparece, lo que ocurre en pocos días, ya no produce efecto. El arsénico es al contrario un recurso efectivo, aunque peligroso. Las hormigas son pequeñas, y casi blancas; pero existen también una clase trepadora, algo mayores.

Durante un viaje tuve experiencia de sus efectos, pues sentí de repente en todas partes de mi cuerpo una extraña quemazón, sin poder darme cuenta de la causa. Por fin prendí luz y observé que toda la cama, el suelo y la pared más cercana estaban completamente cubiertos por hormigas. Inmediatamente hice la prueba de barrerlas afuera con una escoba; pero sin éxito, porque habían hecho un hoyo bajo la pared, por el cual entraban a medida que las barría por la puerta.

Entonces recurrí a otro experimento. Dispersé una gran cantidad de pólvora sobre el camino que seguían, empezando desde el hoyo por donde habían entrado; y prendí la mecha para que estallara la carga. Sus compañeras estaban sin embargo ansiosas de proseguir la marcha por el mismo camino, y me obligaron a repetir el auto de fe, hasta que por fin desaparecieron.

Las moscas, pulgas y chinches son muy molestas durante el verano. Para mantener la mesa libre de moscas se usa a veces un abanico colgado del techo, que mueven los sirvientes con cuerdas, lo que refresca el aire y las ahuyenta. Contra las pulgas que se crían muy bien en los ladrillos, se acostumbra regar el piso diariamente; pero barrer es sin embargo el medio más efectivo. Contra las chinches, el mejor recurso era airear continuamente la ropa de cama y el empleo de catres de acero.

De reptiles conozco en Chile las tortugas terrestres y marinas; dos especies de ranas, la lagartija y la culebra, que es inocua. El lagarto es aquí bastante común, pero pequeño y de variados colores. Se arrastra por los troncos de los árboles y arbustos para asolearse, y resplandece como metal brillantísimo. Son inofensivos y andan por las casas, en el suelo, las paredes y techo.

En mi época no había ningún Museo en Chile y no conocí ningún naturalista que hiciera colecciones por cuenta del Estado. Los pocos particulares que se preocupaban lo hacían en pequeña escala. En el país hay así campo para importantes descubrimientos científicos.

Entre los extranjeros que conocí en Chile había un joven prusiano de Berlín, que viajaba por cuenta de su gobierno por Sud América, con el encargo de coleccionar plantas, minerales e insectos, etc. Era un buen catador e infatigable viajero y se dedicaba con toda su alma a la profesión. Lo visité para inspeccionar sus colecciones verdaderamente curiosas, pero por desgracia no pude quedarme con él sino algunos minutos. El aire estaba apestado por el olor de los animales disecados que todavía no estaban completamente secos. Y en esta pieza, con las puertas y las ventanas cerradas, porque era invierno, se mantenía, comía y dormía este mártir de la ciencia.

CAPÍTULO XXIII

Indios chilenos.—Guerra contra los españoles.—Costumbres y religión.—Tribus independientes.—Araucanos.—Mujeres araucanas.—Habitaciones y costumbres araucanas.—Toquis, Ulmenes y Caciques.—Las Boleadoras.—Magia.—Las Transhumancias de los araucanos.—Ensayos civilizadores.

Según la tradición, Chile estaba habitado al llegar los españoles en 1535, por no menos de quince tribus aborígenes distintas, de las cuales muchos de los pueblos y ríos del país, han recibido sus nombres, a saber: Copiapó, de Copiapinos, Coquimbo de Coquimbanos, Quillota de Quillotanos, Mapocho de Mapochinos, Curicó de Cures, Cauquenes de Cauques, Penco de Pencones, Chiloé de Chilotes, etc. Las otras tribus genéricas son los Promaucaes, Araucanos, Chiquillanes, Pehuenches, Puelches y Huilliches.

A la llegada de los españoles, los peruanos habían sometido a las cuatro primeras tribus hasta el río Mapocho o Santiago de Chile; pero siempre fueron vencidos al tratar de avanzar más hacia el sur, donde los habitantes eran más robustos y belicosos.

Los españoles hicieron su primer viaje desde el Perú, pero no llegaron más allá de Copiapó, donde el Adelantado Diego de Almagro, con ayuda de los peruanos, aplicó tributo a los indios.

En 1540, el capitán español Pedro de Valdivia invadió el país y ocupó todo el territorio desde Atacama hasta el río Mapocho. Fundó en 1541 la ciudad de Santiago, que los indios destruyeron pronto. Pero después de someter a las tribus cercanas fundó en 1550 el pueblo de Penco o la antigua Concepción. Aquí los españoles enfrentaron a los araucanos, tribu valiente, que todavía mantiene su independencia. Los españoles tuvieron éxito, invadieron el territorio de Arauco y fundaron allí adicionalmente las ciudades de Imperial y Valdivia y los fuertes de Arauco y Tucapel. Continuamente eran molestados por los araucanos, que finalmente los derrotaron en una sangrienta batalla en que el conquistador Valdivia perdió la vida.

La guerra continuó, destacándose uno de los jefes araucanos, «toquis» o «caciques», de nombre Caupolicán. Estos disturbios duraron hasta el año 1641, en que vino la paz general entre los españoles y las tribus indias confederadas. No duró mucho tiempo, y la guerra estalló de nuevo en 1655 y ha continuado con intermitencias y largos períodos de paz. Los araucanos no han podido nunca ser sometidos, y después de la última batalla grande, que tuvo lugar en 1773, el gobernador español que firmó la paz dió a los araucanos el derecho a mantener un representante en Santiago

Al llegar a Chile los españoles encontraron a los habitantes ocupados en la agricultura. Tenían un instrumento primitivo para arar, que empujaban por medio de un palo atravesado que descansaba en el pecho. Hoy los araucanos aran con bueyes y una especie de arado de modelo español, y saben utilizar las aguas de los ríos por medio de acequias y diques.

Comían alimentos cocidos y conocían la industria de hacerse ollas de greda. Vivían en aldeas, cada familia aparte, y se sabe, por los relatos de los cronistas, que no solamente trabajaban las minas sino también conocían el arte de fundir los metales.

Sobre la religión de estos indios las afirmaciones se contradicen, y probablemente éstas en su mayoría están basadas en leyendas; sin embargo, quiero relatar lo que he aprendido sobre sus creencias. Creen en un ser superior rey del cielo, que gobierna otros espíritus inferiores de ambos sexos, cuyas funciones son las de guiar el destino de los hombres. Cada persona tiene su espíritu protector. A Dios lo llaman Pillán.

Sus Úlmenes o Caciques son solamente consejeros en la paz y caudillos en la guerra, pero en lo demás no tienen ningún poder ni legislativo ni administrativo, como tampoco derecho a recaudar impuestos.

Para anotar sus decisiones tenían una madejita de hilos multicolores que llamaban «pron».

Las tribus de Chile ocupan, como ya he mencionado, el territorio entre los ríos de Bío-Bío y Valdivia, que limita al Este por la Cordillera y al Oeste por el Pacífico. Se denominan con el nombre común de «Araucanos». Hay por cierto otras tribus independientes allí, como los chonos, que ocupan las islas, y los huilliches, que habitan las llanuras al sur de Valdivia; los

puelches, que viven en la Cordillera; los pehuenches y chiquillanes, que habitan la parte Norte de la Cordillera hasta la latitud de Santiago de Chile y un territorio indefinido al lado Este de la Cordillera.

Todo el territorio de los araucanos es hermoso y fértil, alternando las montañas, los valles y las grandes llanuras, donde pasta un gran número de ganado salvaje. Las regiones que están más cerca de la Cordillera son bastante heladas por su situación; pero el territorio entre ésta y el océano es de un clima temperado, y tiene los mismos productos ya descritos. Oro y plata hay también en abundancia, pero las minas se aprovechan hoy menos que durante la época en que los españoles tenían el país bajo su poder.

He visto a algunos de estos indios famosos en la historia. Tienen la misma estatura que los demás aborígenes sudamericanos, pero no son tan pequeños como las tribus vecinas. Son fuertes y musculosos y poseen un aspecto orgulloso, algo desafiante. El cutis es algo más blanco que el de los demás indios sudamericanos, aunque tienen las mismas características: el pelo negro, liso y tieso como crin, las caras pequeñas y redondas, los ojos chicos, los pies pequeños, la frente baja, los brazos redondos y gordos, igual que los muslos y las pantorrillas, y las piernas cortas.

Llevan una vida simple y dura, andan casi todos los días a caballo, y si se agrega la atmósfera fresca que respiran y la alimentación sana, no debe extrañarnos que alcancen una edad avanzada.

Son sufridos y pacientes en el trabajo, valientes en la guerra y crueles contra sus enemigos; pero son hospitalarios con el extranjero que les visita para asuntos pacíficos, y su hospitalidad es segura. Los comerciantes visitan sus tierras y en la frontera hay varios almacenes, que cambian objetos, adquieren sus cueros, miel, oro, etc. Tienen los traficantes que cuidarse de ser engañados en el trueque, pues el indio es inclinado al hurto y al robo.

Su vestido es parecido al de los huasos, con excepción del calzado. Usan «botas de potro», fabricadas—como señala su nombre—del cuero de los muslos del caballo, estrechas y pegadas al extremo inferior. El poncho que los ricos usan de un

género más refinado que el que usan los huasos, no lo usan los pobres de la tribu, que llevan en su lugar un cuero de caballo o de vaca, o un paño de alfombra. En lo que toca a la ropa interior, la mayoría de los indios están tan desprovistos de ella, que muchas veces se ven las piernas y los brazos desnudos. Los caciques tienen, por el contrario, una apariencia decorosa y casi elegante.

Los hombres llevan en la cabeza un penacho multicolor atado con una venda, o un turbante bordado en varios colores. Si el indio es opulento o si tiene algún puesto, lo usan de oro. La mayoría de los indios no usan silla de montar, sino que colocan sobre el lomo del caballo un trozo de cuero, afirmado por una correa que también soporta los estribos. Muchos montan al lomo desnudo del caballo. Los jefes se jactan del oro y de la plata de sus cinturones, armas, riendas y recado.

Es curioso cómo estos hijos de la naturaleza, después de haber primeramente tenido un temor pánico por un animal salvaje para ellos, *el caballo*, han aprendido más que en la mejor escuela de equitación, mejor que un cosaco, a domarlo y dominarlo. Se puede asegurar que el indio en esto supera al huaso. Sus niños casi *nacen* en el lomo del caballo, y sus mujeres montan tan ágilmente como los hombres y en la misma forma.

Entre las mujeres se encuentran tipos hermosos, a lo cual contribuye no poco su talla redonda no corpulenta, sus pequeños pies, pero sobre todo su tez blanca, pues existen mujeres araucanas tan blancas como las europeas.

La humanidad debe horrorizarse al pensar que todos estos seres inocentes de ambos sexos hayan sido raptados de sus familias y sacrificados a la brutalidad del hombre. Esto ocurrió durante la época española, pero también durante la revolución. Muchas mujeres han sido violadas.

Las mujeres van mal vestidas; llevan una bata verde o celeste de «bayeta» cruda, en la forma de los trajes de las mujeres laponas, amarrada alrededor de la cintura, y encima un poncho o paño como bufanda. Casi siempre marchan a pie descalzo, con adornos grotescos en el pelo, los brazos y los dedos.

El pelo es largo y tieso, generalmente partido en dos, pero a menudo en varias trenzas, que cuelgan por delante de los hombros hasta los pies, y en las cuales llevan entrelazadas cin-

tas de seda, trozos de plomo o de vidrio y otros adornos brillantes. Desde la barbilla hasta el pecho la garganta está rodeada y cubierta de abalorios de distintos tamaños y colores fuertes, de placas y cruces de plata y oro. Alrededor de los brazos y también a veces en los pies, llevan guarniciones de plata, y en los dedos un gran número de ajorcas de oro o plata y anillos de piedras falsas.

Tanto hombres como mujeres se bañan diariamente en algún lago o arroyo y son muy buenos nadadores. No obstante están generalmente llenos de parásitos. Sus «rucas», habitaciones de barro y totora, están colocadas a gran distancia unas de otras en aldeas. Generalmente viven a orillas de un río, o en un plano con acceso al agua. Construída la ruca, no la venden, sino que es heredada por los descendientes. Cuando están de viaje llevan cierto número de cueros para armar tiendas provisionales en los lugares donde se detienen. Viajan generalmente acompañados por sus mujeres y niños. En la guerra las mujeres no toman parte en las batallas, sino que se quedan con los niños en un lugar aparte, siempre alerta para arrancar a la primera señal de peligro.

Sus rucas rodeadas de árboles, se ven bastante bonitas; bajo esos árboles se reúne toda la familia en el verano, para comer a la sombra. También celebran grandes fiestas, donde a menudo se juntan varios miles de personas; y en estas ocasiones cada uno trae sus alimentos y chicha, que después se sirven y comen en común. Siempre pasa que beben demasiado, se emborrachan, empiezan disputas y terminan peleando.

El indio se pone furioso y sanguinario con el alcohol. Es cruel con todos, hasta con su propia familia. Por cierto las mujeres se mantienen sobrias al comenzar la fiesta; pero cuando los hombres ya no pueden beber más, acuden las mujeres y los niños para aprovechar las sobras o «conchos». A menudo ocurre que las mujeres y hasta los niños se emborrachan. Es un espectáculo terrible.

Cuando un indio quiere casarse, se va a visitar a su futuro suegro, y le ofrece regalos considerables por la hija. El padre examina cuidadosamente los regalos y, si son de oro o plata, lo que casi siempre es el caso, los pesa. Si los encuentra correspondientes a lo que se esperaba, da su consentimiento y el pre-

tendiente se lleva a la hija a su ruca, y así quedan casados. El hombre puede tomar como mujeres a las que sea capaz de alimentar, y es una vergüenza ser soltero. La primera mujer es la verdadera dueña de casa, las otras tienen que obedecerle en todo lo que toca al arreglo del hogar; pero cada mujer tiene su propia pieza, donde diariamente prepara comida para el marido, que entonces decide con cuál de ellas quiere comer.

Los hombres no se ocupan de otra cosa sino de montar, luchar y cazar, de manera que todo el trabajo recae sobre la mujer, aun arar el campo y cuidar los animales domésticos. Además tiene que fabricar los trajes del hombre, entre los cuales el poncho les cuesta un trabajo increíble, porque es deber de la mujer proveer al marido con uno nuevo cada año. Ninguna de ellas quiere ser inferior entonces en esfuerzos para ganarse su aprobación por la habilidad y destreza en la fabricación de ponchos.

El jefe de los indios se llama «toqui», que manda en un distrito entero, y «ulmen» o cacique, el que bajo el toqui gobierna en las comunas o subdivisiones del territorio. El toqui es el capitán en la guerra, y los subjefes se llaman «Apo-ulmens». Los araucanos son reputados por su elocuencia aquí como en Norte América. Cuando algún asunto importante debe ser decidido, por ejemplo: la guerra o la paz, la elección de un jefe, etc., se reúnen todos los hombres del distrito en un lugar abierto para consultarse y tomar resoluciones. Entonces los jefes siempre dirigen largos discursos a los reunidos. De la misma manera corresponde a los jefes, durante las batallas, exhortar con discursos y gestos a la tropa para infundirles coraje. La historia de los araucanos refiere varios ejemplos del efecto decisivo de tales discursos en dichas ocasiones.

Se cuenta que Pedro de Valdivia, en la batalla que perdió contra los araucanos, primeramente había vencido completamente, y los indios estaban huyendo en todas direcciones, cuando un joven araucano llamado Lautaro, que había sido paje de Valdivia, se enfureció al ver a sus compatriotas en fuga, se abrió camino, alcanzó a los indios fugitivos y blandiendo su lanza en el aire, los llamó al combate en un discurso enérgico que les dió el triunfo.

Los jefes tienen sus distintos emblemas, así el toqui porta

un hacha; el Apo-ulmen, una caña de plata, rodeada por un anillo; el cacique, una caña sin anillo.

El territorio de Arauco está dividido en cuatro partes, a saber: el distrito de los lagos, la llanura, el que está al pie de la cordillera, y el que ocupa el Este de la montaña. Cada uno de estos distritos es gobernado por un toqui; pero cuando la tribu está en guerra, se elige un jefe común. Cualquier araucano puede obtener esta dignidad, si recibe la mayoría de los votos; y generalmente se elige al más fuerte y valiente. Tan luego como firman la paz, termina el cargo de jefe.

La gente es valiente y marcial, pero en sus guerras suceden cosas terribles. El ataque de los indios es tremendo, porque aunque columnas enteras caen bajo el fuego de los cañones, avanzan resueltamente hacia su enemigo, y si logran una batalla cuerpo a cuerpo, es generalmente suya la victoria. Como ya he mencionado, se han criado a caballo, de manera que son buenos jinetes, y fuera del lazo, la lanza, el sable y últimamente el fusil, manejan otra arma: las boleadoras, con las cuales pueden lacerar al enemigo a una gran distancia.

También luchan a pie, pero entonces van armados de «mancanas» (martillos), y a veces con armas de fuego; pero la infantería se emplea para atacar los fuertes.

Durante la batalla los indios no tienen otra idea que la furia y la venganza; por consiguiente no toman prisioneros, sino que matan a todos los enemigos que caen en sus manos.

Son sumamente supersticiosos, y sus hechiceros son magos. Cuando quieren consultar al Pillán, el «machi» se sube en una plataforma, formada por un gran número de lanzas, y allí se queda una hora o más, de pie, gritando toda clase de conjuros. Cae por fin al suelo, y con furia, pretendida o natural, balbucea algunas palabras caóticas, que contendrían la respuesta del Pillán.

He oído contar a los oficiales de guarnición en la Frontera, que los indios usan el mismo método para buscar remedios en casos de enfermedad y dolencias. Una vez, una machi (curandera) asistió a una muchacha atacada por una enfermedad interna. Después de haber efectuado la ceremonia, contestó que un espíritu malo había introducido un «daño» bajo el pecho de la muchacha. Los indios abrieron el cuerpo con cuchillo, saca-

ron algo negro, que parecía sangre coagulada, y después de cicatrizar la herida la muchacha había mejorado.

De la misma fuente recogí también la noticia de que Pillán es consultado por los viejos que alcanzan tanta edad que no saben cuidarse por sí mismos. Los parientes consultan a Pillán si tal viejo debe seguir viviendo. Si la respuesta es afirmativa, no se toma ninguna medida contra él; pero si la respuesta es negativa, sus propios hijos y parientes lo matan.

No tienen los araucanos ni iglesias, templos, ni culto divino organizado; invocan a los espíritus cuando hay necesidad o peligro, y en casos de suma desgracia ofrecen sacrificios a Pillán.

Los acaudalados aprecian muchos los objetos de plata y tienen hermosas fuentes, vasos y platos, mangos de cuchillos y látigos, además de sus armas adornados con este metal.

Entre sus caciques gloriosos se cuentan Caupolicán y Lautaro; el primero fué tomado en rehenes por los españoles y sentado en una pica. En los tiempos actuales podemos nombrar a Pincheira, criollo conocido y temido tanto en Chile como en Mendoza y en Buenos Aires. Los gobiernos de ambos países habían acordado actuar en conjunto, pero cada uno en su territorio, y mandaron destacamentos para perseguir al cacique criollo. Actuaban sin coordinación y orden, de modo que Pincheira alcanzó siempre sus objetivos antes que las tropas alcanzaran la Frontera. De improviso atacaba las posiciones de los chilenos en las regiones de Valdivia y Concepción y catorce días después, la región patagónica y las tierras de Argentina. Los caminos de travesía a los pueblos del otro lado de la cordillera, los conocen estos indios muy bien. Los pasan generalmente más rápido que las tropas regulares, y son muy veloces en sus movimientos, pues necesitan menos comodidades y víveres que la tropa.

El gobierno de Chile ha tratado de cultivar la amistad de los araucanos, y lo mismo el de Buenos Aires, en parte para evitar de esta manera las depredaciones y también para conducirles poco a poco a la civilización. Sin embargo parece que estos indios, lo mismo que los norteamericanos, no quieren cambiar su modo de vivir heredado de los antepasados.

En la época en que los jesuítas llegaron a Chile, trataron de enseñarles ideas sobre una vida mejor, y nociones del trabajo

útil; pero no lo lograron, pues la feroz soldadesca contrarrestaba sus nobles esfuerzos. En esta labor se señaló un jesuita, el padre Luis de Valdivia, quien después de haber vivido mucho tiempo entre estos indios, hizo un viaje a España para presentar ante la corte las quejas que no podía hacer valer ante los gobernadores, que en las colonias disponían de todos los derechos. Al principio fué adorado por la mayoría de las tribus, y había ya casi logrado una paz duradera entre los españoles y los indios, cuando la insubordinación de los criollos produjo un alzamiento de los indígenas. Estalló la guerra justamente cuando Valdivia había persuadido a todos los caciques indios a escuchar sus ideas sobre cultura, costumbres y orden basadas en la paz eterna con los españoles.

Entre los múltiples cuadros grotescos que cuelgan de las paredes de los salones de las ciudades de Chile, uno entre todos me ha llamado la atención. Representa un episodio de la destrucción de Penco, o Concepción. No aparece pintada la matanza de los habitantes ni el rapto de las mujeres, hijas y hermanas, o escenas del saqueo o incendio de la ciudad, sino solamente el momento del martirio de los jesuitas, cada uno de ellos arrodillado ante el Crucifijo, símbolo de los esfuerzos valientes e incansables de los jesuitas para transformar a este pueblo bárbaro.

De vez en cuando los gobernadores han tratado de introducir entre los indios costumbres y hábitos europeos. Así en 1770, un gobernador de nombre Guill y Gonzaga, trató por la benevolencia y la violencia de hacerlos vivir juntos en aldeas y pueblos, para cuyo efecto les había obsequiado maderas. También éste fracasó por la conducta de los soldados.

Cuando estos indios hacen sus incursiones, lo que sucede todos los años, antigua tradición de la época española, vienen en grupos de veinte o treinta individuos encabezados por un cacique y acompañados desde la frontera por un intérprete chileno que constituye la garantía de que se trata de un viaje pacífico. Es entonces costumbre que el cacique sea obsequiado con vestuario nuevo, generalmente el uniforme de cabo de ejército. Los parientes reciben collares de abalorios u otros adornos, y se les atiende con bebidas fuertes. Sus estadas acostumbran durar catorce días o tres semanas, durante lo

cual pasean por la ciudad acompañados del intérprete. Se muestran tranquilos y son festejados por los habitantes que los dejan tomar y emborracharse sin pago en las tabernas. A veces ocurre que se desplazan por las calles sin guardias, y entonces cometen toda clase de hurtos y molestan sobre todo a las mujeres.

El Abate Molina describe su lengua como sonora. Les he oído hablar y cantar; su lenguaje se oye como un murmullo indefinido de palabras aglomeradas; pero como no conozco su idioma, no puedo tampoco pronunciarlo definitivamente sobre su estructura. Respecto al canto no creo equivocarme al asegurar que es el peor que se pueda escuchar: es un repetido y monótono *quejido*, durante el cual el cantante se mueve de un lado a otro. El sonido es tan extraño que se podría creer que viene de un cuerpo sin alma. Reproducirlo con letras ortográficas o musicales no es posible; pero se puede obtener una idea de ello, al imaginarse una multitud de indios que con las manos unidas, bailaran uniformemente y cantaran en un tono sordo y quejumbroso, emitiendo estos sonidos: «Hubbub bub bub, hubbub bub bub», lo que repiten durante una o varias horas.

Hay que mencionar por último que estos indios acostumbran saquear los barcos que encallan en la costa; que cocinan de una manera antihigiénica y que su alimento principal consiste en carne de caballo.

CAPÍTULO XXIV

Reflexiones sobre los Estados libres sudamericanos.—Reconocimiento de la Independencia.—Aventuras teatrales.

En Europa se oye exclamar frecuentemente: ¡Qué infelices son estos Estados Sud Americanos! ¡Parece que nunca terminarán sus guerras civiles! La seguridad pública es desconocida. La inmoralidad predomina, y los habitantes no tienen ideas de religión ni modales. ¿Qué habrán ganado con su llamada libertad?

Estas y varias otras preguntas se oyen en todas partes de Europa. Hasta las he oído expresadas por los ingleses, siempre tan flemáticos.

Que algunos de estos profetas no fundan sus lamentaciones

en fuentes fidedignas, se puede ver claramente al comparar sus ideas sobre la política en los tiempos coloniales y sus propios intereses. Condenan por ejemplo los comerciantes la revolución, porque ha interrumpido el lucrativo comercio en las Antillas, y elogian a los países que han suscrito tratados desventajosos. Se quejan modistas, cortesanos, almaceneros, contra la Revolución, por haber disminuído el lujo imperante.

Pero en general las quejas sobre la infortunada posición de estos Estados tienen su origen en la arrogancia de los europeos. Muchos creen ser más prudentes que otros, y callan o desacreditan a los demás. Siempre existe cierto placer en presentar la situación propia bajo un aspecto agradable. Si así es el caso en la vida privada, no debe extrañar que haya individuos que aplican los mismos métodos para despreciar a los nuevos Estados, cuyo régimen es opuesto al que existe en su país. Así se oye, por ejemplo, que la situación en los Estados Unidos es precaria, y de vez en cuando se ha predicho la disolución de esa unión, aunque en vano, pues la opulencia es común allá en comparación con la de los otros países. Es más, se ha llegado a tal extremo de parcialidad en la crítica a los Estados Unidos, que se ha declarado francamente que la crisis económica y comercial reciente, es una consecuencia de su Constitución.

Chile, lo mismo que todos los otros Estados sudamericanos, está en vías de formación; el proceso durará algún tiempo. Para explicar esto, hay que tomar en cuenta los diferentes factores que han intervenido en la conquista de la libertad. Los norteamericanos tuvieron su origen en un pueblo libre, ilustrado e industrioso, y después la ocasión de adquirir los adelantos de la cultura, las artes y las ciencias. Poseían ya la libertad de conciencia y de pensamiento. Al contrario, las colonias sudamericanas en su origen han sido pueblos sujetos por el fanatismo a un régimen medieval en sus ideas, lo que ha demorado su adaptación al espíritu moderno.

Sin embargo, a pesar de tener que afirmar que estos nuevos Estados aun no han alcanzado la firmeza, la tranquilidad e independencia que merecen sus esfuerzos y sacrificios, el desarrollo de la cultura es notable, lo que garantiza su independencia que sabrán seguramente mantener.

Nunca se dejarán conquistar por los europeos, y si alguna vez se intenta tal cosa, se unirán luego todos los países para formar un frente común sudamericano.

Hubiera sido prudente que el Gobierno de España hubiera reconocido la Independencia de las colonias en el siglo XVIII, cuando tal concesión habría podido importar millones a España; pero por desgracia la ocasión pasó. Todas, sin excepción, habrían acordado a España un comercio más favorable que a las otras naciones, si entonces hubiera sido reconocida su Independencia. Pero el Gobierno español estaba ciego y en parte engañado por informes falsos de la situación en América.

Varios Estados europeos han reconocido ya la Independencia de Chile y de las otras Repúblicas, y veo con satisfacción que el Gobierno español al fin se está inclinando a ello.

Gran Bretaña y los Estados Unidos fueron los primeros en reconocer la Independencia de Chile. Inglaterra mantiene en Valparaíso un Cónsul General, y un Vice-Cónsul en cada puerto importante. El Cónsul General se llama Nugent, y es hombre bastante respetado, que goza de considerable influencia en el gobierno del país, lo que ofrece ventajas a los súbditos ingleses que trabajan en Chile.

Los Estados Unidos acreditaron un Ministro, Mr. H. Allen. Ahora hay un Secretario de la Legación en Santiago, Mr. Larned, y además en Valparaíso un Cónsul, Mr. Hogan, y vice-cónsules en diversas ciudades.

Holanda siguió la misma política y reconoció la independencia enviando a Mr. Durster, como Cónsul y agente general. Las ciudades hanseáticas y finalmente Francia, la han reconocido.

Como una prueba de la efectividad del trabajo de estos diplomáticos, relataré un hecho que sucedió en Valparaíso durante mi estadía en Chile.

Mr. Fullerton, de la Marina Inglesa, de servicio en la fragata *Doris* anclada en el puerto de Valparaíso, fué al teatro una noche y allá tuvo un cambio de palabras con un oficial del cuerpo de la Aduana, quien logró conseguir del comandante de plaza la orden de detener a Fullerton. Cuando se iba a efectuar el arresto, el cabo y los cuatro hombres de tropa estaban

casi borrachos y no podían hacerse entender en idioma español. El cabo comenzó a punzar a Fullerton con la bayoneta. Fullerton sacó entonces una pistola y amenazó al cabo si no dejaba de usar la bayoneta. Pero como el cabo lo siguiera empujando, Fullerton disparó y lo mató. Esto ocurrió junto al teatro en el salón para los fumadores, que estaba lleno de gente. Hay que imaginar la consternación que el tiro causaría. Los soldados se enfurecieron dando golpes a ciegas a los espectadores, pero sin poder capturar a Fullerton que salió corriendo y se refugió en la fragata. Informó a su jefe, Sir John, de lo sucedido. Este, junto con el Cónsul General de Inglaterra que se encontraba a bordo, desembarcaron inmediatamente y llegaron al teatro en los momentos en que toda la sala resonaba a los gritos: «¡Que corra la sangre inglesa! ¡Vengamos la sangre chilena!»

El gobernador de la ciudad, señor Lastra, pidió explicaciones, pero cuando por fin el Cónsul, que se expresaba bastante bien en castellano, quiso hablar, un soldado se lanzó sobre él con el sable desenvainado, que blandía sobre su cabeza y la de Sir John, repitiendo los gritos recién mencionados. Entonces Sir John hizo señas a un «midshipman» (cadete naval) apostado en la puerta del teatro, y a una señal dada por éste, llegaron las tripulaciones de la escuadra inglesa entera. Sir John exigió que los oficiales ingleses que estaban prisioneros fueran entregados inmediatamente, mientras que él se comprometía a entregar a las autoridades del país al teniente Fullerton, para que él pudiera defenderse ante una Corte Marcial compuesta por militares chilenos.

Algunos días después se constituyó la Corte Marcial. Mr. De Vic-Tupper fué el defensor de Fullerton, que salió absuelto.

Si en esta ocasión Inglaterra no hubiera tenido un diplomático en el lugar, respetado al mismo tiempo por las autoridades, es probable que muchos, no solamente ingleses, sino también otros extranjeros, hubieran caído víctimas de la furia del pueblo excitado por la muerte del cabo.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

INDICE

	Págs.
Introducción.....	5
Prefacio	15
CAPÍTULO I	
Viaje doblando el Cabo de Hornos.—Sus puertos.—El Estrecho de Magallanes.—El Pacífico.....	15
CAPÍTULO II	
Llegada a Valparaíso.—El Puerto.—Almendral.—Inundación.—Frutas y plantas.—Fortificación.—Fuerza naval.—Rodil y Petré.—Teatro	18
CAPÍTULO III	
Chinganas.—Carreras.—Toros.—Peleas de gallos.—La conversación.—Los habitantes.—El Huaso.....	24
CAPÍTULO IV	
El Comercio	28
CAPÍTULO V	
Viaje a Santiago de Chile.—Las Cuestas.—El terrateniente.—Los campesinos.—Vista de Santiago de Chile	33
CAPÍTULO VI	
Santiago de Chile.—Edificios.—Ahrengren.—Paseos.—Modo de vestirse.—Distracciones.....	39

	Págs.
CAPÍTULO VII	
La vida social.—Bailes.—La manera de vivir.—Las chilenas.—Costumbres.—La mesa.—Serenos.....	45
CAPÍTULO VIII	
La religión.—El Nuncio.—El obispo.—El carnaval.—La Semana Santa.—El Rosario.—Los votos.—Los protestantes	52
CAPÍTULO IX	
Ideas sobre los terremotos.—Humboldt.—Hipótesis.—Terremoto.—La noche espantosa.—Frailes-Mendigos.—Milagros.—La subida y bajada del fondo del mar.—Callao.....	60
CAPÍTULO X	
La emancipación y la libertad.—Chacabuco.—Cancha Rayada.—Fiestas cívicas.....	68
CAPÍTULO XI	
Los héroes de la Independencia y la Administración...	75
CAPÍTULO XII	
Freire. — Partidos. — Unitarios y Federales. — Constitución.—Deuda del Estado.—Expedición al Perú.—Expediciones a Chiloé.—Impuestos.—Estanco.—Forelius.—Intentos de revolución.....	84
CAPÍTULO XIII	
Nueva Constitución.—La caída de los liberales y Freire.—La victoria del Estanco.....	100
✓ CAPÍTULO XIV	
* Industria y minas.—Arena aurífera.—La decadencia de las minas.—Minas de oro.—Minas de plata.—Empresas mineras inglesas.—Minas de cobre.—El minero.—La economía en las minas.—Petré.....	103

	Págs.
✓CAPÍTULO XV	
✦ La ganadería en general.—El ganado.—Los baqueanos. —Las matanzas.—Leche y mantequilla.—Ovejas y cabros.—Cerdos.—Caballos.—La amansadura de caballos.—El lazo.—Burros y mulas.—Aves.....	121
✓CAPÍTULO XVI	
✦ Agricultura.—La trilla.—Aceitunas.—Vino.—Azafrán..	137
CAPÍTULO XVII	
Artes y ciencia en general.—Fábricas.—Ingenios de pólvora.—Cigarros.—Hielo y helados.—Fabricantes y artesanos	140
CAPÍTULO XVIII	
Geografía.—Estadística.—Clima.—Astronomía.—Aguas termales.—Viaje a Colina.—Campos.—Edelhjerta.—Los suecos en Chile.....	147
CAPÍTULO XIX	
Letrados.—Escribanos públicos.—Abogados.—Cortes.—El Defensor de los ausentes.—Profesión militar...	168
CAPÍTULO XX	
Diversiones públicas.—Inmoralidad.—Los matrimonios de los curas.—Ignorancia y crímenes.....	176
CAPÍTULO XXI	
La vegetación en general.—El capitán Edman y el barco <i>Birger Jarl</i> .—Paisaje.—La vida social en Concepción	181
CAPÍTULO XXII	
Cuadrúpedos y anfibios.—Pájaros.—Pescados.—Mariscos.—Insectos.—Reptiles.—Naturalistas.....	193

CAPÍTULO XXIII	Págs.
Indios chilenos.—Guerra contra los españoles.—Costumbres y religión.—Tribus independientes.—Araucanos.—Mujeres araucanas.—Habitaciones y costumbres araucanas.—Toquis, Ulmenes y Caciques.—Las Boleadoras.—Magia.—Las Transhumancias de los araucanos.—Ensayos civilizadores	201
CAPÍTULO XXIV	
Reflexiones sobre los Estados libres sudamericanos.—Reconocimiento de la Independencia.—Aventuras teatrales	210

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
VEINTE DE NOVIEMBRE DE
MIL NOVECIENTOS CIN-
CUENTA Y UN AÑOS,
EN SANTIAGO DE
CHILE.

Publicaciones de la
SOCIEDAD CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
Santiago de Chile
Casilla 1386

ERNESTO GREVE

La nomenclatura geográfica y la terminología técnica

Precio: \$ 30.00

ERNESTO GREVE

Don Amado Pissis y sus trabajos geográficos y
geológicos en Chile

Precio: \$ 30.00

DR. JUAN BRÜGGEN

Geología sísmica de Chile

Precio: \$ 60.00

DR. JUAN BRÜGGEN

Geología de las guaneras de Chile

Precio: \$ 40.00

DR. JUAN BRÜGGEN

Geología y morfología de la Puna de Atacama

Precio: \$ 60.00

DR. JUAN BRÜGGEN

El origen de las aguas minerales de Chile

Precio: \$ 30.00

ISAIAH BOWMAN

Los senderos del desierto de Atacama

Precio: \$ 100.00

INDICE DE LOS CIEN PRIMEROS NUMEROS DE
LA REVISTA CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
1911 - 1942

Precio: \$ 60.00

Todos los pedidos a la
SOCIEDAD CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
Santiago de Chile
Casilla 1386